

Gabriela Lo Curto

Un Amor a mi  
Medida  
Decaso



UN AMOR A MI MEDIDA  
OCASO

Gabriela Lo Curto

Título: Un amor a mi medida: Ocaso.  
Autora: Gabriela Lo Curto.  
Ilustrador: Iván Kljuce.  
Editora: Jessica Fermín.  
Copyright © 2017

Primera edición: Junio de 2017

DL VA-209-2017  
ISBN: 978-1539359722  
SC N° 1706052521232

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo derechos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos, lugares y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*«Cada uno de nosotros es un ángel con una sola ala. Y solo podemos volar si nos abrazamos [...]».*

*Luciano De Crescenzo.*

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CONTINUACIÓN DE ESTA HISTORIA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CONTACTA CON LA AUTORA](#)

[PLAY LIST BOOK](#)

# CAPÍTULO 1

Dicen que el amor genuino es por siempre y para siempre, que quien ama le roba tiempo al tiempo, pero para Fiorella Bonucci, su amor le había robado demasiado; sin embargo, ¿podría decirse que era un amor para siempre?

Diez años atrás le entregó su corazón a Nicola Favilli. Definir «relación» en el mundo de él era algo complicado, más aún cuando las palabras «novio» y «compromiso» no estaban en su vocabulario.

—Llamó tu padre —informó Bianca de espalda a su hija—. Me insistió que les pidiera que le devuelvan las llamadas y que recuerden que está vivo, dice que al parecer ninguna de sus dos hijas lo extrañan.

—¡Qué dramático por Dios! —exclamó Fiorella, entrando a la cocina para tomar su botella de agua.

Fiorella había violado la primera norma establecida por su padre: «no mantener relaciones amorosas con vecinos ni con compañeros de trabajo». Su padre afirmaba que cuando esas relaciones terminaban, dejaban restos de basura a tu alrededor, obstaculizando la continuidad de tu vida.

Nicola, para su suerte o desgracia, vivía en el mismo edificio que ella. Su amistad había iniciado cuando ambos tenían apenas quince años, una amistad que poco a poco fue cambiando de matiz e intensidad.

—No olvides llamarlo.

—Ya te escuché mamá.

Fiorella llevaba seis meses sin ver a su padre, después del divorcio eran pocos los momentos que compartían en familia.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Bianca, cerrando la puerta del refrigerador.

—¿De qué hablas? —inquirió, haciéndose la desentendida, mientras guardaba la botella de agua en su mochila.

—Te escuché discutir.

—Nada importante, no te preocupes.

—¿Era Nicola?

—Sí, pero ya todo se aclaró y estamos bien —dijo, intentando parecer despreocupada, cuando en realidad estaba tensa por el escrutinio de su madre.

En la relación que mantenía con Nicola, Fiorella fue la primera en amar. Simplemente lo contempló, lo admiró y lo deseó. Él era su mejor amigo, por eso estaba convencida de que su amor era verdadero, y para ella, cuando un amor era verdadero, no tenía límites ni fronteras.

—¡Estamos bien! —repitió Bianca con sarcástica serenidad—. Me gustaría entender lo que significa para ti esa frase.

—Madre, todas las parejas discuten por tonterías, y luego de conversar se solventan las diferencias. ¡Bueno, Fabiana y Pietro son peores!

—Ni lo menciones, ese par me volverá loca.

—No te preocupes mamá, todo está bien. —La abrazó por detrás y le besó una mejilla—. Me tengo que ir, nos vemos luego.

A pesar de sus esfuerzos por preservar la relación con Nicola, Fiorella sentía que luchaba contra algo que podía llegar a ser mucho más poderoso que el propio amor: «la desconfianza». En el pasado, Nicola tuvo una relación traumática, que le fracturó el corazón. Un corazón que Fiorella poco a poco estaba reconstruyendo, o eso creía.

Veintiséis años atrás, Bruno, el padre de Nicola, fue el novio de Bianca. Mantuvieron una relación de años, la cual terminó al poco tiempo de Bianca conocer a Gael, el padre de Fiorella.

Su madre fue arrastrada por una pasión desconocida, que la hizo romper sus promesas de amor y olvidarse de todo, de los recuerdos y de los planes de boda con fecha anunciada. Algo que Bruno jamás le perdonaría.

Acompañada por los primeros rayos de sol y la música de su cantante favorito: Marco Mengoni, Fiorella trotaba los siete kilómetros diarios que exigía su rutina de ejercicios. Aunque había crecido en la isla de Ortigia, aún seguía admirando en sus recorridos los monumentos de arquitectura griega, barroca y clásica que poseía su tierra. Transitar en el laberinto de callejuelas empedradas, y subir y bajar sus estrechas escalinatas, era algo que disfrutaba todos los días.

Ortigia era el centro más antiguo de Siracusa. La primera ciudad griega de Sicilia.

Cuando volvió a casa, bebió su mezcla de proteínas, se duchó y vistió con su respectivo uniforme del hotel donde trabajaba desde hacía un año, como contadora. Aunque tenía auto, prefería ir caminando hasta el extremo sur de la isla, donde se ubicaba el hotel, el cual ofrecía preciosas vistas al mar y

albergaba un centro de bienestar *fitness* y dos restaurantes de cocina tradicional italiana.

Después de un día bastante movido en el trabajo, Fiorella se sentía cansada. Necesitaba con urgencia su clase de Zumba, donde su mente y su cuerpo encontraban el equilibrio perfecto. Amaba la música, sin distinción de género, pero tenía cierta inclinación por la música latina caribeña. Hacía cuatro años que era instructora en el gimnasio donde entrenaba con Nicola, el cual quedaba a pocas calles de su casa.

Nicola era socio mayoritario y uno de los instructores más solicitados por los clientes. No solo monitoreaba las prácticas, sino que personalizaba las dietas y rutinas de ejercicios. Como nutricionista, él se especializaba en las propiedades y características de los alimentos; diagnosticaba y elaboraba planes nutricionales, agregándoles actividades físicas.

Fiorella vivía para complacerlo, por lo que era muy estricta con su dieta, nunca un gramo de azúcar, jamás una gota de licor, mucho menos alimentos con grasas saturadas. Hacía siete años que llevaba ese estilo de vida, que era recompensado cuando los preciosos ojos azules de Nicola le recorrían cada parte de su cuerpo con admiración. Ella era su modelo, su ejemplo hacia los demás.

Pero como todos los logros y éxitos en la vida tienen una cuota de sacrificio, el de Fiorella había sido olvidar su sabor de helado favorito: fresa con chocolate.

Al llegar al gimnasio lo encontró en la sala de pesas, monitoreando a los clientes que entrenaban.

—Hola. —Lo saludó con dulzura, mientras se acercaba para darle un beso.

—¡Aquí no Fiore! —Le recordó él, ladeando un poco la cabeza para recibir el beso en la mejilla y no en los labios.

—Lo siento.

Fiorella se forzó para no ruborizarse por la vergüenza.

—¿Vas a entrenar? —indagó él, colocándose unos guantes de cuero para ayudar a una chica con el levantamiento de una barra.

Ella vaciló.

—Claro, primero voy con el calentamiento y luego inicio las pesas.

—Perfecto, apúrate para que entrenemos juntos.

—¿Qué tal te fue hoy?

Sonrió con entusiasmo, mirándolo con ojos sugerentes.

—Bien, este mes se han inscrito nuevos clientes y con la nueva publicidad creo que mejorará aún más.

—¡Me alegro! Seguro será todo un éxito.

—Anda a calentar. —Le ordenó.

—Sí, ya voy —rezongó ella, quería seguir hablando con él. Necesitaba esos momentos, donde compartían sobre su día y las incidencias de sus trabajos, pero una vez más, él tenía otras prioridades; y un poco desilusionada inició su rutina.

Como era costumbre cada noche, al salir del gimnasio ambos se despedían en la puerta con un beso en cada mejilla.

Ella caminaba sola las pocas cuadras hasta su casa, donde vivía con su hermana menor Fabiana y su madre.

Desde el divorcio de sus padres años atrás. Fiorella se adjudicaba la ruptura, estaba convencida de que obligar a su padre a casarse por el hecho prematuro de su nacimiento, había coartado la juventud de ambos. Y como consecuencia, después de diez años de matrimonio, Gael pidió el divorcio, alegando que necesitaba vivir, experimentar cosas nuevas. Fue devastador para las tres.

—¡Buenas noches mamá!

—Hola cielo, ¿cómo te fue?

—Bien, bien. Todo bien —contestó, mientras levantaba del suelo a sus dos gatos siameses Mía y Pata, para consentirlos—. ¿Y Fabi?

—Salió un rato con Pietro, deben estar por llegar —respondió Bianca desde la terraza del apartamento—. ¡La cena aún no está!

Antes de su clase de Zumba, Fiorella entrenaba una hora completa con pesas, por lo que debía absorber alrededor de un gramo de proteína por kilo de peso corporal diario. Esto la obligaba a consumir en cada comida alguna fuente de proteína, como pechuga de pollo, carne vacuna o de pavo; así como carbohidratos, principalmente de fuentes ricas en fibra; y nutrientes como las frutas, verduras, legumbres, pan integral y arroz.

Era su madre quien la ayudaba en la preparación de su dieta y siempre le respetaba las cantidades exactas que debía comer.

—¡De acuerdo, me voy a dar un baño! —respondió e ingresó a su cuarto.

A los pocos minutos llegó Fabiana con su novio, era costumbre que él se quedaría a cenar, casi vivía con ellas. Pietro era un chico súper agradable, que se ganaba el cielo soportando día a día a Fabiana.

Su madre siempre imaginó que Fabiana tendría novio antes que Fiorella, por su personalidad, aunque solo se llevaban cuatro años de diferencia, cada una de sus hijas tenía temperamentos tan opuestos, que la volvían loca. Una era demasiado agresiva y extrovertida, la otra introvertida y calmada, pero ambas se complementaban a la perfección.

Si bien Fabiana era rubia, alta y voluptuosa, se veía pequeña al lado de Pietro. Ellos llevaban dos años en una relación algo peculiar, porque que cada vez que ella se molestaba con él, daba por terminado su noviazgo, y cuando la rabia la abandonaba, volvían como si nada hubiera ocurrido.

Bianca los consideraba un par de locos que se amaban como nadie.

Al reunirse todos en el comedor, comenzaron a cenar.

—Cuñada, ¿y por fin vas a ir al reencuentro con tus amigos del instituto?

—No lo sé Pietro, estoy esperando a que Nico me confirme si me acompañará o no.

—¡Uff! Sabes que no irá —intervino Fabiana, molesta con su hermana por definir su vida en función a las posibilidades de Nicola.

Bianca permanecía en silencio, intentando como siempre no involucrarse en la vida amorosa de sus hijas. Estaba segura de que nadie aprendía por experiencia ajena; sin embargo, odiaba ver cómo Fiorella desperdiciaba su tiempo en una relación sin futuro. Su divorcio con Gael la había convertido en una madre sobreprotectora, quizás intentando cubrir esa cuota de amor paterno que las niñas no disfrutaban a diario.

—¡Aún no me ha dicho que no! —soltó Fiorella, levantándose de la mesa e ingresando a la cocina para buscar una jarra de agua.

Fabiana entornó los ojos con gesto de cansancio y obstinación. No entendía cómo una mujer tan inteligente y hermosa como su hermana podía ser tan dependiente emocional y físicamente de alguien. Ya había agotado todo su repertorio para hacerla entrar en razón, para que entendiera que esa relación no iba a ninguna parte.

Después de comer y de que Pietro se marchara, Fabiana entró al cuarto de su hermana.

—Si Nico no te acompaña, puedo ir contigo. —Le sugirió.

—Yo puedo ir sola, es una simple reunión de excompañeros, no es la gran cosa.

—Claro que lo es. Es la primera vez que se unen todos los de tu clase desde que culminaron. ¿Ya confirmaste tu asistencia?

—No, lo haré mañana, así Nico no me acompañe.

—¿Por qué quieres ir con él? —indagó Fabiana, mientras se sentaba en el borde de la cama—. No es tu novio.

—Pero es mi mejor amigo, y sé que todos asistirán acompañados. Al menos eso anunciaron en el grupo de Facebook. No te invité porque sé que tienes compromisos en la universidad, además de los que tienes con Pietro.

—Estoy segura de que no todos irán acompañados.

—Puede ser, sé que una de las chicas está separándose del novio, y tal vez vaya sola.

—Entonces tú también puedes ir sola.

—Sí, sí, claro —admitió Fiorella.

—Perfecto, lo que no quiero es que dejes de ir y te pierdas de ver a tus amigas solo porque Nicola no pueda o no quiera acompañarte.

—No lo haré.

Fabiana se sintió más tranquila al escuchar la respuesta de su hermana, le molestaba su relación con Nicola. Siguieron conversando durante unos minutos más, hasta que Fabiana decidió irse a dormir.

## CAPÍTULO 2

Al día siguiente, la rutina de Fiorella tuvo un ingrediente extra de placer, esa noche Nicola la había invitado a cenar, y ella estaba segura de que podía darse algo más.

Comieron en la terraza de un restaurante vegetariano, disfrutando de la fresca brisa del atardecer. Tenían tanto en común, que las conversaciones entre ellos se hilaban unas tras otras. Fiorella halagaba el desempeño del hombre en el gimnasio y el gran avance que había logrado con el atleta ese trimestre.

Al terminar la velada, la chica lanzó la pregunta que la había mantenido ansiosa durante toda la cena.

—¿Vamos a casa o tienes otros planes?

Nicola se puso de pie y con un movimiento de cabeza afirmó. Una mirada maliciosa apareció en su rostro.

—Tengo otros planes —sentenció y dejó un par de billetes sobre la mesa.

Mil sensaciones se apoderaron del cuerpo de Fiorella, mariposas en su estómago revolotearon sin parar.

Como era habitual, Nicola alquiló una cabaña fuera de la isla, intentando estar lo más lejos posible de sus conocidos. Mientras cruzaban por el puente Umbertino, sus miradas se encontraron, presagiando un gran encuentro.

Al instante de ingresar en la habitación todo cambió para ellos, la forma de hablar, la manera de tocar y hasta la intensidad de sus miradas. Entraron en un mundo donde se detenía el espacio y el tiempo, allí solo primaban las ganas y sus cuerpos.

Nicola avanzó hacia Fiorella, permitiendo que las luces de las lámparas iluminaran su figura. El corazón de la chica se detuvo por segundos y luego pareció estallar en su pecho.

¡Qué bello era! Estaba segura de que no existía hombre más perfecto que él. La genética de su madre inglesa, mezclada con la sangre italiana de su padre, le proporcionó rasgos únicos. Su cabello castaño y liso se iluminaba con algunos mechones rubios; las pestañas largas y espesas enmarcaban sus ojos de color azul grisáceos, como auténticos diamantes; la incipiente barba le oscurecía la cuadrada mandíbula, y cuando sonreía, su dentadura perfecta

iluminaba todo a su alrededor.

Él era el hombre que siempre había soñado, no pedía más.

Se acercaron desenfrenados, ella levantó ambas manos y le rodeó el cuello, él con una mano le sujetaba la cabeza para devorarla con un beso mientras que con la otra comenzaba a desnudarla con agilidad.

Los labios del hombre bajaron hasta su cuello para disfrutarlo con delicia, al tiempo que sus caricias le recorrían toda la espalda. Cuando le atrapó un pezón con su boca, ella se disolvió entre sus brazos, se retorció de placer y se arqueó, implorando más.

Y Nicola se lo concedió, su hambre por ella se desató, estallando una violenta pasión, una que jamás hubiera imaginado poder contener.

Sin reconocerlo, aquel lado perverso de él la excitaba sobremanera. La creciente erección que se apoyaba contra su abdomen, era una firme demostración de que él la deseaba a más no poder.

Los encuentros sexuales entre ellos estaban siempre cargados de fantasías eróticas, que los disparaban a otro nivel. Sus juegos se iniciaban con estimulación, acariciándose mutuamente las partes exactas para obtener placer, hasta explotar ambos en un éxtasis lleno de gemidos y jadeos. Un orgasmo perfecto e intenso sin penetración vaginal.

Para Fiorella sentir sus manos, sus labios, su lengua y cada arañazo de su barba recorrer todo su cuerpo era alucinante; su piel quedaba tan sensible, que pronto comenzaba a extrañar aquellas sensaciones. Nunca era suficiente, porque siempre quería más de él.

Exhaustos sobre la cama, Fiorella decidió preguntarle por última vez si la acompañaría a la actividad, pero él, alegando miles de excusas, le dijo que no.

Para no opacar el momento vivido, ella prefirió no insistir, así que decidió ir sola.

No entendía por qué él se negaba a ir, eran amigos de toda la vida y conocía a casi todas sus amigas. En su época de instituto habían coincidido en varias oportunidades, cuando la visitaban o se juntaban en alguna fiesta; pero terminó resignándose, no se podía tener todo lo que se deseaba.

Aún resguardada entre sus fuertes brazos, inhaló su aroma y cerró los ojos, para disfrutar los últimos momentos junto a él. Ya que no eran muy frecuentes.

De pronto, lo sintió removerse un poco incómodo entre las sábanas.

—Tengo que comentarte algo que sucedió. Nada importante en realidad, pero entre tantas cosas se me olvidó decírtelo —confesó él, algo inquieto.

—¿Qué pasó? —Quiso saber ella, preocupada por el cambio de su voz y la ligera tensión de su cuerpo.

—Hace dos días Gina fue al gimnasio.

Un incómodo silencio se hizo presente.

—¿Para qué? ¿Qué quería? —preguntó con el corazón latiéndole como un colibrí.

Fiorella sabía que Gina había significado mucho en la vida de Nicola, y esta era la primera vez que se encontraban, después de la ruptura. Ella fue la mujer que lo traicionó, obligándolo a desconfiar del amor y del resto de las mujeres.

¿Qué habrá sentido al verla?

—Solo quería saber cómo estaba y si ya había olvidado todo, después de estos cinco años.

—¿Y qué le respondiste?

—¡Por favor Fiore! ¿Crees que le voy a perdonar lo que me hizo? ¡Jamás! ¡Nunca!

—No me grites. Odio hablar de este tema, siempre te exaltas. —Se movió un poco para tomar un mechón de cabello entre sus dedos.

—¿Te parece poco lo que hizo?

—No, por supuesto que no, pero difiero de ti en algunas cosas.

—¿En cuáles? —preguntó con recelo.

—Estoy casi segura de que Gina jamás pensó que después de tomar la píldora anticonceptiva por tres años, al olvidarse de algunas podía quedar embarazada.

—¡Te equivocas! Mi error fue confiar en ella. Le di el control de la situación y permití que su desconocimiento y su falta de responsabilidad destruyeran la vida de mi hijo.

—¿Aún crees que no fue un aborto espontáneo?

—¡Por supuesto que no! Era una mujer súper sana.

Fiorella respiró hondo para controlar su enojo por la insistencia de Nicola.

—Pues yo no la creo capaz; al final, también era su hijo.

—Un hijo no deseado, recuérdalo.

—Era muy joven Nico, quizás si...

—Quizás nada. —La interrumpió, irritado—, yo también era un muchacho de veintiún años cuando eso ocurrió, pero te juro que, si en mis manos hubiese estado, hoy mi hijo estaría conmigo, sin duda alguna.

—No te tortures, no tiene sentido remover el pasado —alegó en tono conciliador.

—Sé que tú no tienes que cargar con mis traumas, pero lo siento Fiore, no puedo... No puedo confiar de nuevo y...

La chica no sabía qué contestar, anhelaba entregarse por completo al hombre que tanto amaba, sincerar su relación ante todos y establecerse a su lado, pero si había esperado tanto para tenerlo, estaba segura de que podía seguir haciéndolo hasta que llegara el momento indicado.

—Está bien Nico, pero ya cambiemos de tema. Te hace daño recordarlo.

—Tienes razón, discúlpame. Ven aquí. —La rodeó entre sus brazos y besó su frente—. Gracias por estar siempre Fiore. Tú nunca me abandonas, siempre estás a mi lado cuando más te he necesitado. Eres mi mejor amiga.

—Y tú eres mi mejor amigo —concluyó, disimulando su incomodidad, pues ella quería más de él.

Al llegar a casa todo estaba oscuro, Fabiana y Bianca ya dormían. Los únicos que seguían deambulando eran Mía y Pata, quienes la recibieron entre maullidos y caricias. Fue directo a la cocina, tomó un vaso de agua fría, y finalmente se dirigió a su cuarto, donde se conectó al Facebook y confirmó su asistencia al evento.

Detalló las imágenes de los perfiles de sus amigas, mientras se preguntaba qué locuras pasarían ese día.

Ya lista para dormir, apagó las luces y se acostó. Volvió a sentir tristeza por Nicola, intentaba comprenderlo, pero era difícil hacer a un lado lo que quería solo para complacerlo. ¡Deseaba ser su novia, su mujer!, y no la fachada de «mejor amiga». Todo era muy complicado.

Intentó pensar en otras cosas mientras acariciaba el suave pelaje de su gata. Sin darse cuenta comenzó a recordar las locuras que hacía con sus amigas en el colegio y le fue imposible no sonreír ante esas remembranzas. En su clase eran veinticinco, pero su grupo íntimo estaba conformado por cinco chicas, una más chiflada que la otra.

Con toda seguridad, ella era la más cuerda.

En los ocho años que habían transcurrido desde el instituto, jamás habían vuelto a estar las cinco juntas. Todas se habían marchado fuera de Siracusa para iniciar la universidad, excepto ella y Pia, a quien se topaba en ocasiones muy contadas.

La distancia, los compromisos y la falta de comunicación habían hecho que se alejaran, pero gracias a Facebook organizaron ese encuentro y ella estaba ansiosa por ir.

—¡Dios, muero por verlas!

En la isla de Ortigia amaneció otro día radiante, de fresca primavera, la estación favorita de Fiorella. En el mes de abril las temperaturas mínimas fluctuaban entre los once grados y las máximas en veintidós, perfectas para los turistas que viajaban a contemplar la gran variedad de monumentos históricos.

El Royal Ortigia Hotel estaba a su máxima capacidad, como el escritorio de Fiorella, quien gestionaba infinidad de cuentas, analizaba los estados financieros y contestaba el teléfono cada vez que su jefe le solicitaba alguna documentación; y como guinda del pastel, debía salir corriendo al finalizar su jornada, ir a cambiarse de ropa e intentar lucir lo más fresca posible para el reencuentro.

Era viernes y esperaba pasar un momento agradable.

Se vistió con unos *jeans* blancos, una camisa de seda negra y se calzó unas sandalias de tacón alto, a juego con la cartera. Esperó por su hermana para el maquillaje, Fabiana era una artista con los labiales, sombras, bases y rubores; en cambio ella, solo se aplicaba brillo labial y máscara para las pestañas. Quería asistir lo más bonita posible, tenía claro que la primera impresión siempre era reveladora.

Una hora después, contemplaba su imagen en el espejo de su cuarto. Su piel blanca resaltaba debajo de la camisa oscura que se fundía con su larga cabellera, y el azul de sus ojos resaltaba por el delineado aplicado sobre sombras claras. Le gustó lo que vio y eso la llenó de valor y seguridad. Tomó su cazadora de cuero y se despidió.

## CAPÍTULO 3

El evento se desarrollaría en la terraza de un restaurante muy concurrido de la isla, frente al mar. Habían reservado el lugar para unas cincuenta personas, porque la mayoría iba con acompañantes.

La suave luz de las lámparas que colgaban entre las callejuelas, formaba una larga y resplandeciente línea que iluminaban la calle. No tuvo necesidad de entrar para descubrir las dueñas de los gritos y las risas que salían del interior; definitivamente, algunas cosas no cambiaban. Con un poco de emoción por la expectativa del encuentro Fiorella entró.

—¡Llegaste! —gritaron al unísono Donna y Alessia, quienes salieron del grupo donde se encontraban para recibirla con un mega abrazo.

—Sí, finalmente. ¿Ustedes cómo están? —preguntó Fiorella aún abrazada a ellas.

—Bien, bien, ¿y tú? —contestó Alessia sonriendo.

—Feliz de verlas después de tanto —celebró Fiorella, mientras se quitaba la cazadora de cuero y la colgaba en su antebrazo.

—¡Yo también! —proclamó Donna eufórica—. Hace unos minutos les decía a las chicas que no entiendo por qué dejamos pasar tanto tiempo para vernos si no vivimos tan lejos —censuró, entornando los ojos.

Caminaron juntas hasta el centro del restaurante, donde estaban congregados la mayoría de sus excompañeros. Con gran afecto se saludaron entre abrazos y besos. Los que habían asistido con sus familias o parejas los presentaban al resto de compañeros. El ambiente era relajado y con toques de humor.

Poco a poco fueron llegando todos y el lugar comenzó a quedarles pequeño. No pasó mucho tiempo para que los mini grupos se reencontraran y recordaran sus viejas andanzas.

El grupo de Fiorella estaba completo. A su lado izquierdo se ubicaba Carlotta con su esposo Marco, quien cargaba en brazos a su hija de dos años, Carmelina. Luego estaba la más joven del grupo, Alessia, con su novio de hacía un año, Rocco. En frente de Fiorella, y más escandalosa que la última vez que la vio, se encontraba Donna, quien en ese momento relataba su

reciente separación de «*el hombre más imbécil de la faz de la tierra*», según sus estrictas palabras. Y, por último, su mejor amiga durante todos los años del colegio, Pia, quien estaba cómoda, abrazada a su novio Mario. El amor entre ellos se percibía en el aire.

Fiorella los detallaba uno a uno y escuchaba con atención todas sus hazañas, sus logros y los viajes realizados. Hasta que una voz masculina a su lado la desorientó.

—Y ahora, cuéntenos de ti Fiore. —Le pidió Mario en tono de confianza, y en ese momento siete pares de ojos se situaron sobre ella.

—Hmmm, bueno... No hay mucho que contar. —Hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

Bajando la voz a un tono conciliador Pia intervino.

—¡Seguro que sí! —Soltó a su novio y se sentó junto a su amiga. Le tomó la mano y cubrió sus dedos con los suyos—. La última vez que nos vimos me comentaste que tenías trabajo nuevo.

Fiorella se quedó mirando un instante la mano y recordó por qué Pia había sido tan especial en su vida. Ella la conocía mucho, sabía interpretarla y solía llegar justo cuando más necesitaba de su apoyo.

—Me gradué hace dos años de contabilidad administrativa, trabajo como contadora en el Royal Ortigia Hotel, y por las noches soy instructora en un gimnasio cerca de mi casa. No tengo novio, aún vivo con mi madre y mi hermana. Fin —contó su historia lo más breve que pudo, odiaba ser el centro de atención.

Todos estallaron en carcajadas.

—¡Más resumido imposible! —bromeó Marco—. Por cierto, ese hotel es de mucho prestigio, felicidades.

—Gracias —respondió apenada. No le gustaba presumir, pero la verdad es que económicamente no le iba nada mal.

—A ver chicas, ¿alguna recuerda la coreografía que hacíamos de los Backstreet Boys? —Quiso saber Donna, tan entusiasmada que sus ojos brillaron.

—¡No! —Fiorella negó con la cabeza, alargando la palabra, dejando claro que ella no jugaría a recordar nada de esa etapa de su vida.

Solo al escuchar el nombre del grupo juvenil los hombres reventaron en risas y preguntas.

—¿Bailaban o también cantaban? —indagó Rocco, quien no quitaba los

ojos de su novia. Para él, esa información de su novia era una novedad, y quería saberlo todo.

—¡Cállate Donna! ¿Por qué tenías que decir eso justo ahora, con ellos aquí? —La censuró Carlotta. Estaba segura de que los chicos no dejarían de insistir hasta verlas cantar o bailar.

Hasta que Alessia se levantó, y mirando a cada uno, les afirmó:

—Lo hacíamos estupendo. Chicas, admitan que éramos las mejores fanáticas.

Rocco no iba a perderse por nada del mundo ver a su novia bailar, así que, sin pensarlo dos veces, buscó en su móvil el último álbum del grupo y dejó sonar la primera canción que encontró.

—No, no, no... Esa no —protestó Alessia, y se ubicó al lado de Rocco, para ayudarlo a buscar.

—¿Cuál?

—*Everybody* —admitió Pia entre risas.

Fiorella jamás pensó que algo así pudiera suceder. ¿Era real? ¿Sus amigas estaban dispuestas a bailar delante de todo el mundo?

Siempre que ensayaban lo hacían en su casa o en la de Carlotta, pero jamás en un sitio público. Su rostro comenzó a tornarse rojo de vergüenza.

—Por nada del mundo me pierdo esto —remarcó Mario, quien movió su silla para dar mayor espacio a las chicas.

—¡No grabes Mario! —bramó Pia, apuntándolo con el dedo. Conocía muy bien lo travieso que era su novio.

Se levantó de su silla y tomó del brazo a Fiorella. Cuando estuvieron todas de pie en el centro del salón, comentaban sobre la rutina. Fiorella estaba conmocionada, aún no lo podía creer. ¿Acaso estaban locas?

—¡Esperen un momento chicas! ¿De verdad vamos a bailar? ¿Aquí? ¿Delante de todo el mundo?

—Fiore, no bailaremos la canción completa, será solo un pedacito. ¡Tú déjate llevar y recuerda! —alegó Alessia como si fuera algo sencillo.

—¡Ese es el problema, que no lo recuerdo! —confesó esta, aterrada, aferrándose al brazo de su amiga. Necesitaba que entendiera que ella no estaba lista para eso.

—Rocco, pásame el móvil. —Le solicitó Carlotta, y cuando lo tuvo en sus manos lo alejó, para que todas pudieran ver el video y recordaran las

posiciones de cada una y los pasos.

—¿A quién representabas tú cariño? —interrogó Marco a su esposa con cara de picardía.

—Al más bello de todos por supuesto, ¡a Kevin! —exclamó sonriendo—. Alessia era Howie, Donna amaba a A.J, Pia al tierno de Brian y Fiore moría por Nick.

—Amo a un hombre con tatuajes —intervino Donna, mordiéndose el labio inferior—. Me encantaba la personalidad de A.J, siempre rebelde.

—¡Sálvame Dios! Lo que uno se entera de sus mujeres... Luego dicen que somos los hombres los que babeamos por chicas sexis —bromeó Marco, mientras colocaba a Carmelina en el cochecito de bebé, pues se le había quedado dormida en los brazos.

Las chicas vieron el video un par de veces, hasta recordar el orden de cada una y los pasos principales. Sin mucho espacio para el baile, se acomodaron entre el círculo de sillas, mientras Marco, Rocco y Mario se sentaban frente a ellas. Fiorella estaba temblando. Carlotta inició de nuevo la canción, situó el móvil sobre una silla vacía y corrió a su posición para anunciar:

—¿Listas? ¡Ya!

*Everybody, yeah  
Rock your body, yeah  
Everybody, yeah  
Rock your body right  
Backstreet's back, alright*

*Hey, yeah  
Oh my God, we're back again  
Brothers, sisters, everybody sing  
Gonna bring the flavor, show you how  
Gotta question for you better answer now, yeah*

Y como si los años no hubiesen pasado, cada una representó a su cantante. Carlotta imitó la voz de Kevin e inició la canción seguida por Donna. Bailaron, se tropezaron, confundieron algunos pasos y se volvieron a colocar en sus lugares, muertas de risas y burlándose unas de las otras, hasta que no pudieron continuar con la coreografía.

Lo intentaron en varias oportunidades, pero el desorden que generaba verse entre ellas mismas tratando de reproducir algunos pasos, las obligaba a doblarse y apretar la barriga por las carcajadas. Era una locura total.

—Olvídenlo, me rindo. ¡No puedo más! —confesó Alessia, con lágrimas en los ojos de tanto reír.

Los chicos se levantaron y comenzaron aplaudir, como lo hizo el resto de los compañeros, quienes poco a poco se habían ido acercando al grupo para verlas bailar.

Fiorella no podía creer lo que había hecho, esas mujeres sacaban lo peor de ella.

Por fortuna, la noche estaba fresca y el calor no las derrotó tan deprisa, pero tenían muchísima sed.

—¿Qué quieren tomar las Backstreet Girls? —Se burló Mario, acercándose a Pia para robarle un beso.

—Una Coca Cola para mí —pidió Carlotta.

—Yo una cerveza —suplicó Donna.

—Que sean dos —añadió Pia—. Y rápido por favor, que muero de sed.

—¿Tú que prefieres Fiore? —preguntó el joven, volteando la cabeza hacia ella.

—Solo agua por favor.

—Perfecto.

Al poco tiempo Mario volvió y le entregó a cada una sus bebidas. Las chicas continuaron recordando las horas que invirtieron para memorizar esas coreografías. Se sabían las canciones y seguían sus pasos por los medios de comunicación; al final, y con unas cuántas cervezas en su cuerpo, Donna suspiró.

—¡Qué buenos recuerdos chicas! Esos años fueron los mejores.

—Sin responsabilidades ni preocupaciones. —La apoyó Alessia, moviendo la cabeza de forma afirmativa.

—Sin trabajos, sin hijos y sin... maridos —concluyó Carlotta sacándole la lengua a Marco, como gesto de broma—. Solo viviendo de nuestros padres.

—Yo he vuelto a vivir con los míos —reveló Donna con voz de resignación—. Al separarme del imbécil me quedé sin casa y con poco dinero, así que tuve que regresar, hasta estabilizarme un poco y mudarme sola. Por suerte mis padres no habían invadido mi cuarto.

Todos comprendieron que tal vez le había sido difícil dejarlo.

—¿Hace cuánto se separaron? —preguntó Pia, pasados unos minutos de silencio.

—Cuatro meses y catorce días para ser exacta —especificó Donna—, pero hoy es otro día y el sol sigue brillando, así que... ¡A vivir la vida que el mundo se acaba!

—Muy bien dicho. —La apoyó Rocco y levantó su cerveza al aire, para brindar por la vida.

Todos chocaron sus vasos y se desearon salud y muchos éxitos.

El grupo siguió conversando de todo un poco, algunas cosas triviales, hasta que Carmelina se despertó llorando. Carlotta y Marco anunciaron que se iban, para que la niña pudiera descansar más cómoda en su cuna.

Aunque ya muchos se habían marchado y otros le siguieron a Carlotta, el resto del grupo decidió quedarse, y obligaron a Fiorella a permanecer con ellos. Pidieron otra ronda de cervezas y agua.

Las canciones de Laura Pausini amenizaban el restaurante. Estaban fascinados con el reencuentro y querían repetirlo; ya que tenían el grupo de Facebook, pero las chicas decidieron crear otro por WhatsApp.

De pronto, Fiorella reconoció una de sus canciones favoritas: *Se fue*, de Pausini junto a Marc Anthony, y lo mejor de todo, estaba en versión salsa. Su cuerpo la delató y los pies empezaron a marcar pasos, aún desde su silla.

—¿Quieres bailar? —La invitó Mario galante, mientras le guiñaba un ojo a su novia y esta le asentía, aprobando su ofrecimiento. Le extendió su brazo a Fiorella y ella se puso de pie al instante.

—¡Por supuesto! —agradeció, y con una sonrisa inmensa se fueron a la pista.

*Se fue,  
Se fue, el perfume de sus cabellos,  
Se fue, el murmullo de su silencio,  
Se fue, su sonrisa de fábula,  
Se fue, la dulce miel que probé en sus labios.*

*Se fue, me quedo solo su veneno,  
Se fue, y mi amor se cubrió de hielo,  
Se fue, y la vida con él se me fue,  
se fue, y desde entonces ya solo tengo lágrimas.*

Para su sorpresa, Mario era un gran bailarín. Los cuatro minutos que duró la canción los disfrutó al máximo. Giró, movió las caderas, batió su larga cabellera negra y dejó que la música la consumiera. Fue libre en cuerpo y alma. Ese era el poder de la música: calmar las ansiedades, trasladarte a otros lugares, despertar sensaciones y hacer que tu cuerpo vibre con cada nota, con cada instrumento.

¡La música es mágica!

—¡Te mueves muy bien! —alabó Mario entre jadeos, cuando llegaron a la mesa muerto del cansancio.

—Gracias, es que me encanta bailar —respondió ella.

—Y lo demuestras de una manera excelente —indicó el hombre, antes de tomar un trago de su cerveza.

—Sí Fiore, eres tremenda. —Y todos se fueron en halagos hacia ella—. Aunque mi novio no se queda atrás, que conste. —Este último comentario la hizo ganadora de un beso y pícaras sonrisas de Mario.

—Chicos es que he bailado por varios años y estoy segura que la práctica hace la diferencia —dijo Fiorella.

Las horas pasaron entre un baile y otro, entre canciones y bromas. Los seis se sentían a gusto y no querían despedirse. Mario y Rocco se integraron al grupo como si fueran amigos de años.

Cuando decidieron dar por terminada la velada, repasaron los planes establecidos durante la noche. Plan A: conseguirle un novio a Fiorella; Plan B: buscarle un nuevo hogar a Donna, lejos de sus padres y Plan C: casar a Rocco con Alessia. Las fuertes risas retumbaron en todo el lugar, los efectos del alcohol habían secuestrado algunas horas atrás sus pensamientos coherentes.

Fiorella regresó feliz a casa, emocionada por haber disfrutado de una exquisita cena y de la mejor compañía.

Le resultó más que agradable volver a ver a sus amigos, darse cuenta de cuánto habían progresado cada uno, y, sobre todo, comprender que, a pesar del tiempo y la distancia, el cariño seguía vivo entre ellos. Ahora era solo cuestión de no dejar apagar la llama.

A medida que iban llegando a sus casas escribían en el grupo para informarles a los demás.

## CAPÍTULO 4

El domingo muy temprano, después de su rutina de trote, Nicola la llevó a la playa acompañados de Fabiana y Pietro. Viajaron en el auto de Fiorella, aunque siempre que salían juntos lo conducía él. Esa mañana decidieron ir hacia Arenella, a veinticinco minutos de la isla de Ortigia.

Nicola, que conducía por la vía transversal Pozzo di Mazza, giró a la derecha hacia Renella y al cabo de unos minutos llegaron a la playa Arenella. Por suerte, consiguieron rápido un lugar para estacionar. Los cuatro se bajaron, tomaron sus pertenencias y caminaron hacia la playa. Pietro de inmediato tomó la mano de su novia y la ayudó con su bolso, Nicola por su parte, le quitó a Fiorella la cesta de comida, pero no tomó su mano. Nunca lo hacía. En público era tan amable como distante.

Pasaron la mañana disfrutando a lo máximo. Tomaron sol, jugaron con un par de raquetas y conversaron de sus actuales actividades. Nicola era el encargado oficial de tomar las fotos e hizo uso de sus cualidades. Le encantaba retratar la figura de Fiorella. Él estaba seguro que no había mujer con un cuerpo tan bien proporcionado. Y ella era feliz con sus elogios y más cuando él se acercaba a ella y con el dedo índice le demarcaba todos los músculos que estaban tonificados a la perfección y los que aún debían trabajar.

Ya de regreso, dejaron primero a Pietro y luego continuaron hasta su edificio. Se detuvieron dos cuadras antes, para que Nicola se bajara del vehículo. Nunca llegaban juntos, era una de sus estúpidas reglas inquebrantables.

Esa noche, antes de dormir, Fabiana tocó su puerta, pero como siempre, entró sin esperar ser invitada.

—¿Estas despierta?

—No.

—¿Podemos hablar? —indagó Fabiana, mientras se acostaba en la cama.

Y como no podía faltar, Mía y Pata decidieron acompañar a las hermanas en la charla. Subieron al colchón de un brinco, y entre maullidos y contoneos, fueron abriendo un espacio para ellos, solicitando su cuota de amor.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, mientras colocaba a Mía sobre su pecho y la mimaba.

—De Nicola.

—¿Qué pasa con él?

—Exacto. No pasa nada con él.

Fiorella se removió un poco en la cama, como si el hecho de ser interrogada por su hermana la hiciera sentir molesta.

—No empieces con lo mismo. Hoy la pasé estupendo y no quiero que destruyas mi día.

—¿La pasaste estupendo? Deja que difiera de ti hermanita.

—Ve directo al grano, ¿qué me quieres decir?

—¿Has revisado sus redes sociales, las fotos que subió hoy?

—Sí, ¿qué hay de nuevo?

—Cincuenta fotos de él..., solo de él, en la playa. Ni una contigo ni tuya.

—¿Y qué tiene de extraño eso? Yo tampoco tengo fotos con él.

—No entiendo por qué te oculta, por qué no mostrar que estuvo contigo. Son amigos, ¿no? Y los amigos salen, comparten... Y no se esconde.

—No hay nada que entender —dijo Fiorella con profundo dolor y vergüenza en la voz.

Le avergonzaba no poder justificar las acciones de Nicola. Fabiana levantó su mano para acariciarle la mejilla y dijo con absoluta sinceridad:

—Tienes dos años en esta supuesta «relación». ¿Cuándo te dará tu lugar? O, mejor dicho, ¿cuándo se lo vas a exigir?

—Las cosas no son tan simples como tú las ves.

—¿Sabes qué? Olvídalo, contigo no puedo. Siempre sales con lo mismo.

Se levantó furiosa y salió del cuarto sin darle las buenas noches.

Fiorella se quedó en su cama con Mía entre sus brazos, procesando un poco las palabras de su hermana. Recordó con tristeza la última discusión realmente fuerte que tuvo con Nicola unos meses atrás.

Él le confesó que hacía poco mantuvo una corta aventura con otra chica, pero que había sido algo pasajero. Situación que ella no toleró, en principio.

La discusión terminó cuando Fiorella le aseguró que, si volvía a ocurrir, ella terminaría por completo con él e iniciaría libremente con otra persona, sin dar vuelta atrás.

Fiorella se quedó un largo tiempo contemplando el techo de su cuarto,

mientras miles de imágenes se aglomeraban en su mente. ¿Cuánto había luchado por ese amor? ¿Cuántos años invertidos? ¿Cuánto había entregado para ganarse su confianza? ¿Hasta cuándo sería solo «su mejor amiga»?

Justificaba algunas de sus acciones, pero otras eran tan indefendibles que no sabía qué pensar. Giró su cuerpo, bajó a la gata de su cama, y con la almohada entre sus brazos, comenzó a llorar.

Lloraba por ella, por él y por descubrir que ambos eran unos grandes egoístas. Tan egoístas que ninguno quería dar su brazo a torcer. Sin darse cuenta se quedó dormida, aferrada a la almohada.

El miércoles, Fiorella se encontraba cenando junto a sus amigas en uno de los restaurantes del Royal Ortigia Hotel. El lunes en la tarde habían conversado para poder encontrarse de nuevo, y por casualidad, todas disponían de esa noche libre.

Fiorella lo agradeció, necesitaba despejar un poco la mente y llenarse de esa buena vibra que conseguía con las chicas. Cuando servían el postre llegó Mario con su hermano mayor y dos compañeros de trabajo. De inmediato, el camarero buscó otra mesa y los ubicó junto a las mujeres.

Todas se levantaron para saludar a Mario, y él les presentó a sus amigos.

—Chicas, este feo de aquí... —dijo Mario tomando por los hombros a uno de ellos, trayéndolo hacia él—, según mi madre es mi hermano mayor.

—Un gusto conocerlas señoritas, Luca Rossi. —El hombre extendió su mano derecha para presentarse de forma educada—. Ellos son Lorenzo Totti y Flavio Sturaro, trabajamos juntos.

—Un gusto conocerlos chicos. —Fueron las palabras de Carlotta.

—No, no, no Mario. ¿Dónde las tenías escondidas? Quiero saber más de estas preciosuras: nombres, apellidos, edades, teléfonos, estado civil; cómo ubicarlas en las redes... —bromeó Flavio—. Yo estoy disponible, soltero y sin compromisos.

Lorenzo hizo un gesto con ambas manos, restándole importancia al asunto mientras negaba con la cabeza. Su amigo Flavio era incorregible.

Donna se levantó de su silla y le tomó la palabra.

—Yo también estoy soltera y sin compromisos, tengo veinticinco años y puedes anotar mi número de móvil —aclaró pícaramente y continuó—: Voy a tomarme el placer de presentarte a mis amigas: Carlotta Florenzi, tiene veintiséis, pero está descartada, es casada. —Todos sonrieron—. La rubia de

ojos azules es Alessia Marchisio, tiene veinticuatro, y muy pronto se casará con su novio Rocco, así que tampoco puede darte su número —sentenció y señaló al otro lado de la mesa—. Luego mi querida amiga Fiorella Bonucci, acaba de cumplir veinticinco años y no tiene novio, pero tampoco está buscando, ¿verdad amiga? —Y sin esperar respuesta continuó—. Y por último Pia, pero a ella ya la conocen.

—Gracias por tan valiosa información Donna, sabré agradecerte, y cuando gustes intercambiamos los datos —celebró Flavio, sonriéndole.

Donna se sonrojó, comprendiendo entonces lo que acababa de hacer; luego hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se echó a reír. Tampoco quería verse desesperada.

Fiorella se cambió de lugar para permitirle a Pia sentarse junto a su novio, y así terminó en la otra mesa, en medio de los dos desconocidos.

—Veo que llegamos tarde para la cena, pero temprano para el postre —remarcó Luca, recorriendo con la mirada a cada una de ellas, hasta que se detuvo en el rostro de Fiorella y le guiñó un ojo.

—Sí, acabamos de pedirlo —confirmó Pia mirándolo y luego llevó sus ojos hasta Fiorella, quien jugaba con el vaso de agua entre sus manos.

Parecía estar incómoda.

—¿No te han traído el tuyo? —Le preguntó Luca a Fiorella, como buen observador. Todas devoraban sus helados o pasteles, menos su compañera de mesa.

—No he pedido. Estoy bien así —respondió ella con amabilidad.

—¿Segura?

—Sí, gracias.

Fiorella odiaba que le insistieran en un mismo tema. Este hombre apenas estaba llegando y se tomaba mucha confianza. ¿Qué parte de no, no entendía? Sin evitarlo, cruzó los brazos y se volvió hacia el otro lado, lejos de él.

La mirada de Luca bajó por la cara de la chica y se detuvo en sus pechos, sintió salivar y tragó grueso. Hizo un esfuerzo inmenso por no quedarse mirándolos fijos delante de todo el mundo; sin embargo, no pudo detener su creativa imaginación, que voló muy lejos, recreando todo lo que podía hacer con esos pechos entre sus manos o su boca. La sangre ardiente que afluía a su entrepierna lo transportó con violencia al presente. Se removió en su silla y se acomodó un poco el pantalón, que ahora sentía muy ajustado.

Ignorante de las penumbras de su compañero de mesa, Fiorella conversaba

risueña con Lorenzo, descubriendo que era un amante del mundo cibernético y que trabajaba con Luca y Flavio en la misma constructora, como ingeniero en sistemas.

Flavio era arquitecto y Luca ingeniero civil. Lorenzo le comentó que estaban restaurando un hotel muy antiguo en la isla, el cual les generaría algunos meses de arduo trabajo. Hablaba con tanto entusiasmo que contagió a Fiorella.

—Yo trabajo en este hotel, como contadora. —Le dijo en tono cordial.

—¿Ah sí? ¡Qué bien! Te gustan los números, como a mí —subrayó Lorenzo, fascinado con su acompañante.

Al terminar el encuentro y llegar la factura de la comida inició el conflicto entre los presentes. Las chicas querían dividir el monto y cancelar todo a partes iguales. Los hombres se negaron sin mediar palabra, hasta que Mario tomó el control de la situación, le pasó su tarjeta de crédito al camarero y pagó el total de la factura.

Luego les pasaría a los chicos su parte de la deuda. Sin motivos para más discusiones, se despidieron en el estacionamiento del hotel.

—¿No tienes auto? —Quiso saber Luca, al ver salir a Fiorella caminando.

—Sí.

—¿Dónde lo estacionaste?

—No suelo traerlo al trabajo.

—¿Trabajas aquí? —preguntó el hombre, sorprendido.

—Sí, en el departamento administrativo, soy contadora. Y nunca traigo mi auto porque prefiero caminar.

—Bien, pero no será esta noche. ¡Sube! Yo te llevo.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a caminar.

—¡Te dije que subas! —insistió él.

Fiorella lo observó estupefacta. Juró que si volvía a ordenarle algo de esa manera le partiría la cara, para que aprendiera a dirigirse a las personas con amabilidad.

—¿Por favor? —Completó la frase de él con ironía, para que entendiera su poca caballerosidad—. Claro, si me lo pides así, con gusto me subo a tu auto.

Él sonrió con cierto rastro de disculpa.

La chica rodeó el vehículo y ocupó su lugar, lanzando la puerta al entrar.

Luca ignoró la pataleta y se tragó las cuatro palabras que quiso decirle sobre cómo debía tratar a su adorado auto. Ya había cometido con ella un

error.

—¿Dónde vives? —consultó, mientras ponía en marcha el vehículo.

—A ocho cuadras de aquí.

—¿Eres una mujer de pocas palabras?

—De solo las necesarias.

Luca detuvo el auto cuando el semáforo cambio su luz a rojo y aprovechó el momento para mirarla atentamente.

—¿Qué tal el trabajo hoy?

—¿Disculpa?

—¿Que cómo te fue en el trabajo hoy?

Desconcertada por sus atenciones, Fiorella no sabía qué decir. Lo miró a los ojos y no vio más que sinceridad en ellos, lo que hizo que bajara un poco sus defensas.

—Bien, normal... No lo sé. Como siempre.

—¿Y qué es bien, normal y como siempre?

Ella no pudo evitarlo, reventó en una fuerte carcajada, la que él pronto acompañó. En ese momento descubrió que el hombre tenía una sonrisa preciosa, de anuncio publicitario. Tenía ese aire despreocupado y relajado que a ella tanto le costaba conseguir.

—Lorenzo me dijo que eres ingeniero civil.

Sus palabras le hicieron creer que quizás estaba un poco interesada en él.

—Sí, ¿por qué? ¿No lo aparento?

—La verdad es que no.

—Directa, sincera y de pocas palabras. ¡Fantástica! Poco a poco voy descubriéndote.

—No hay mucho que descubrir —confesó ella mirando por la ventana. Se contrajo un poco, consciente de que sonaba a la defensiva.

—¡Déjame disfrutar del proceso Fiorella Bonucci!

La mujer volteó la cara hacia él, y cuando sus miradas se encontraron, Luca le volvió a guiñar un ojo y sonrió.

Pronto llegaron a la calle donde vivía Fiorella, della Giudecca, y antes de que ella se bajara, Luca decidió no perder tiempo e invitarla a salir.

—¿Qué harás este fin de semana?

—¿Por qué? —Lo interrogó, manteniendo la puerta abierta y un pie colgando en el aire.

—Me gustaría invitarte... —Cuando vio que ella abría mucho los ojos e

inclinaba un poco la cabeza, titubeó las últimas palabras, cambiando un poco la invitación—. Invitarlos... a todos... a la playa.

—Hmmm..., no lo sé. Déjame conversarlo con las chicas y te aviso.

—Perfecto, guarda mi número.

Como ella se quedó mirándolo sin mover un dedo, él decidió aclarar.

—Necesitas mi número para avisarme si pueden ir o no.

—¡Ah, claro! Por supuesto.

Luca le dictó dígito a dígito su número, dos veces, para asegurarse de que lo añadía sin errores.

—Luca Rossi. —Le recordó su nombre completo, leyendo la pantalla del móvil de Fiorella—. No me agregues como: «hermano de Mario».

La chica subió la mirada y quiso morir de pena, mientras que él disfrutaba de su reacción.

—Disculpa, ya lo cambio —indicó, modificando los datos y guardando el móvil en su bolso.

Luca asintió, aceptando la disculpa.

—Gracias por traerme. Buenas noches Luca Rossi.

—Buenas noches Fiorella Bonucci.

Ella descendió rápido, sin darle los dos besos de despedida. Él observó cada uno de sus movimientos, desde que salió del auto hasta que desapareció de su vista. Le encantaba esa mujer, el contraste de sus ojos azules con el negro de su cabello le había fascinado.

## CAPÍTULO 5

Cuando Fiorella introducía la llave en la puerta de su casa, Nicola la sorprendió desde atrás.

—¿Dónde estabas? —Exigió saber. Estaba tan molesto que grandes manchas rojas decoraban su blanco rostro.

Fiorella sacó la llave de la cerradura y se dio media vuelta, para enfrentarlo. Cuando descubrió la condición de su rostro, predestinó el final de esa conversación. Se hallaba más que furioso y cuando él llegaba a ese punto, sus neuronas se bloqueaban.

Se inclinó para darle un beso fugaz y casto, pero Nicola retrocedió un paso y la evadió.

—Estaba con las chicas —alegó Fiorella con mirada inocente.

—¿Otra vez? —interrogó con voz severa.

—¿Qué tiene de malo?

—Tus mentiras e irresponsabilidades son lo malo.

Mientras él hablaba, su voz adquirió una cadencia diferente.

—¿De qué hablas?

—Ninguna de las chicas conducía el auto que acaba de dejarte en la puerta del edificio; además, no llamaste al gimnasio para cancelar tu clase de Zumba; tuvimos inconvenientes con tus alumnos, y como si fuera poco, me hiciste perder el tiempo, me quedé esperándote como un idiota para tu evaluación.

Ella respiró hondo, incómoda por los reclamos.

—No voy a discutir contigo en medio del pasillo. Tus padres pueden encontrarnos aquí —soltó Fiorella, y le dio la espalda para abrir la puerta e invitarlo a ingresar.

Al entrar a la casa, ambos encontraron a la familia reunida en la sala, viendo una película. El silencio se apoderó del lugar, hasta que Bianca intervino.

—Hola hija. ¿Cómo estás Nicola? —Se levantó del sofá y los saludó a ambos con voz dulce.

—Bien, ¿usted cómo está doña Bianca? —La saludó Nicola entre dientes.

—Muy bien muchacho. Pasa y siéntate —invitó la madre de la chica.

—Hola mamá —dijo Fiorella y se acercó a su madre para darle un abrazo.

—Hola Fabiana —balbuceó Nicola.

—Hola Nico. ¡Por fin decidieron regalarnos el honor de su presencia! —ironizó Fabiana.

Fiorella interrumpió sin cortesía el diálogo.

—Sigam viendo la película, nosotros vamos a mi cuarto. Necesitamos aclarar algunas cosas.

Fabiana y Bianca intercambiaron miradas, pero no pronunciaron ni una sola palabra.

Fiorella caminó hasta su habitación seguida por Nicola, la tensión entre los dos era palpable. Al entrar, cerró la puerta y lo enfrentó. No tenía nada que ocultar ni porqué mentir.

—Escucha Nico...

—¿¿Quién carajo era ese hombre?! —La boca de Nicola se había convertido en una línea tensa y hosca.

—Primero, no me grites. Segundo, no vuelvas a llamarme mentirosa. Tú eres el menos indicado.

—Contéstame —deletreó cada sílaba, apretando los dientes.

—Era Luca, el hermano mayor de Mario.

—¿Y quién coño es Mario?

—El novio de Pia. Lo sabrías si hubieses aceptado ir conmigo al reencuentro —contestó recuperando el control, frunció los labios y puso las manos en jarras para darle cara.

—No tengo tiempo para tus estupideces. Hay personas que tenemos cosas más importantes que hacer.

Fiorella se dejó caer en uno de sus viejos sillones, dobló las piernas debajo de ella y lo miró como si aún no creyera lo que sus oídos acababan de escuchar. Repitió mentalmente, «*estupideces*».

—Escúchame muy bien Fiorella, no es momento para tus niñerías, voy a comenzar el entrenamiento de una atleta que representará al país en los próximos Juegos Olímpicos, y mi reputación se verá afectada por el resultado de su desempeño. Necesito concentrarme en ella al cien por ciento y no puedo distraerme persiguiéndote o supervisándote.

—No son niñerías, son mis amigas, y no creo que tenga nada de malo salir un rato a comer con ellas.

—¿Quién sabe qué porquerías comiste hoy?

—Jamás descuido mi dieta —respondió Fiorella, indignada por la acusación.

—Dudo de tu afirmación.

—No tengo por qué mentirte, es mi vida y mi cuerpo. —Su voz sonaba extrañamente fuerte, imprimiéndole valor.

—La próxima vez que decidas no asistir a tus clases, tenle el mínimo de respeto a tus alumnos y a mi gimnasio. Avisa antes de faltar.

—Tienes razón, lo siento. Iba a hacerlo cuando...

—La próxima vez, serás despedida. ¿Te quedó claro?

Fiorella se impactó.

—Sí, pero no tienes por qué hablarme de esa manera. —Se llevó su mano al cabello y apartó un mechón de su enrojecido rostro. Estaba enfurecida.

—¡Sabes la importancia de cumplir las reglas!

—Soy adulta y sé perfectamente lo que hago —expresó ella, tratando de parecer valiente, pero sin ocultar su tristeza.

—Demuéstramelo.

—Siempre lo hago, a diferencia de ti, que no terminas de decidirte a darme mi lugar en tu vida.

Nicola la miró directo a la cara, sabía que lo estaba atacando en su punto débil.

—He trabajado en tu cuerpo durante siete años y no pienso permitirte que destruyas todo mi esfuerzo, simplemente porque ahora te dio la gana de ser una adolescente desenfrenada —sentenció él, inclinando el cuerpo sobre ella y apuntándola con su dedo índice directo a la cara. Dio media vuelta y la dejó sentada en el sillón.

Evadiendo por completo el reclamo de la chica.

Cuando Nicola abandonó el cuarto, Fiorella reventó en llanto. Estaba llena de furia con ella misma, pero mucho más con él.

Un zumbido de preocupación recorrió el salón, las mujeres se levantaron y corrieron hasta la habitación de Fiorella. Al llegar, Bianca miró a su hija; estaba pálida, encogida en el sillón y llorando desconsolada.

Fiorella percibió su presencia y alzó la cabeza. Abrió los brazos y su madre corrió hacia ella. Permanecieron en silencio. Fabiana le acariciaba la espalda y le susurraba palabras de consuelo.

—¿Qué pasó mi niña?

—No lo sé, todo fue tan rápido.

—Los gritos se escuchaban en el salón Fiore —intervino su hermana.

—¿Escucharon todo? —preguntó, molesta con ella misma, ¿cómo había permitido que las cosas se salieran de control?

—No, solo algunos gritos, pero ¿qué pasó? ¿Por qué estaba tan molesto? —Quiso saber su madre. Frunciendo el ceño, muy enfadada.

Fiorella entre gimoteos y sollozos intentó relatar el motivo de la discusión, y mientras iba avanzando, su llanto empeoraba.

Las dos mujeres hicieron una mueca de disgusto.

Fabiana no podía creerlo, su hermana nunca enfrentaba a ese bastardo. Se cruzó de brazos y se quedó mirándola con dureza.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —Directa y sin rodeos, Fabiana disparó la pregunta del día.

—No quiero dejar de compartir con las chicas, la paso muy bien con ellas. Me alegra volver a tenerlas en mi vida, me hacen reír muchísimo... En fin, es bueno salir de la rutina... —confesó secándose las lágrimas—, pero sé que Nicola tiene razón...

—¿En qué parte tiene razón ese imbécil? —interrumpió su hermana.

—Debí avisar en el gimnasio que no iría, no puedo dejar a las personas esperándome. Fue una irresponsabilidad mía.

—Cierto, pero tus clases son lunes, miércoles y viernes; las demás noches puedes hacer lo que quieras. El problema es que acostumbraste a Nicola a estar a su disposición y en el gimnasio todos los días.

—Lo sé —admitió la joven antes de reiniciar el llanto.

Fabiana estaba conmovida, le dolía ver a su hermana tan abatida. Sabía que al final Nicola volvería, pidiéndole disculpas por su comportamiento, y con tres besos y cuatro caricias la volvería a convencer.

\*\*\*

Dos días después, con los nervios a flor de piel, Fiorella traspasó las puertas del gimnasio y se dirigió a los vestuarios sin mirar a los lados. Se cambió el elegante uniforme del hotel, por unas mallas ajustadas y las zapatillas deportivas. Recogió su larga melena negra con una goma elástica y guardó los pocos accesorios que usaba en su pequeño clóset.

Iba camino a la bicicleta elíptica para calentar un rato, antes de acudir al área de pesas. Al pasar frente a las puertas de administración, le sorprendió

ver que la secretaria salía apresurada hacia ella.

—¡Hola Fiorella! ¿Cómo te sientes hoy? Nicola nos comentó ayer que estabas indispuesta.

La joven le devolvió el saludo y aunque la señora aparentara inocencia, estaba segura de que su preocupación era más por saber si podía lograr descubrir algún chismorre nuevo y hacerlo pólvora dentro del gimnasio. Su nivel de descaro no tenía límites.

—Sí, ayer me sentí algo congestionada, quizás sea un poco de alergia, por unos documentos viejos que he tenido que mover en la oficina —mintió.

—¡Ya nos había extrañado tu ausencia! Siempre eres tan puntual.

—Fue algo sin importancia.

—Me alegro —dijo con afecto, acariciándole el brazo.

—Gracias por preguntar, pero debo calentar y...

—Claro, claro. Continúa.

Fiorella echó a andar hacia la escalera, consciente de que debía enfrentar la actitud de Nicola luego de la última discusión. ¡Odiaba esos momentos de incertidumbre! Se detuvo en la parte exterior de la puerta y suspiró, nunca había imaginado que su «relación» con él fuera de esa forma, solo tenían que hablar y así solventar los problemas.

Lo encontró tomándose un vaso de agua frente a la pared de cristal. Su chico llevaba una simple camiseta negra y un *short* deportivo azul. Sin duda, dejaba a la vista muchas partes de su tonificado cuerpo, con el que hacía suspirar a más de una.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola —saludó él sin ninguna emoción.

—¿Podemos hablar?

—No, ya déjalo pasar. Estás aquí y es lo que importa.

—Creo que debemos aclarar algunas cosas —acotó ella con una extraña expresión en su rostro, parte incertidumbre y parte molestia.

—No —farfulló él incómodo—. Estás aquí para tu clase, además de que es mi sitio de trabajo y no es el mejor lugar para conversaciones personales.

Fiorella lo perforó con la mirada.

—Bien, pero necesitamos hablar. ¡Yo necesito hablar!

—En otro momento Fiore —dijo cansado, masajeando su frente con los dedos—. Ahora no, tengo que trabajar.

La contundencia de su observación la sorprendió. Ladeó la cabeza y

estudió su rostro para estar segura de su estado de ánimo. Miles de veces habían conversado de su vida personal en la oficina de él, de hecho, era el único espacio donde podían ser como una pareja normal. Ahora resultaba que también estaba prohibido.

¡Uff!

Respiró lento y se llenó de paciencia para poder continuar con él. ¡A veces era tan complicado!

—El lunes me tocaba la evaluación física, ¿puedes hacérmela hoy?

—Sí, vamos. —Le contestó con total normalidad.

Nicola, asumiendo por completo su rol, comenzó la evaluación, recordándole que no podía centrar todo su esfuerzo en la flexibilidad, que era siempre lo que ella más ejercitaba. Le explicó que debía entender su cuerpo como un todo, y por lo tanto, entrenarlo teniendo en cuenta todas y cada una de sus partes.

Después de seleccionar las pruebas más adecuadas para la chica, inició con la evaluación de fuerza, luego resistencia, seguida por la de flexibilidad y por último velocidad. En ese punto a Fiorella no le quedaba ni una gota de energía, pero cuando él llegó con la cinta métrica se levantó del suelo como un resorte. Venía su parte favorita, cuando él medía cada uno de sus músculos mientras la tocaba con fascinación.

## CAPITULO 6

Esa noche cuando Fiorella llegó a su casa, fue sorprendida al encontrar a su padre junto a su hermana en el salón. Tenía seis meses que no lo veía; según él, por culpa de su trabajo. Lo extrañaba siempre y mucho, pero no tanto como su pequeña hermana.

Para Fabiana, Gael era su Dios; ese ser único e irremplazable que amas sin condición y sin censuras; sin embargo, Fiorella tenía aún el recuerdo fresco de las lágrimas derramadas por su madre, y eso le generaba un leve rechazo que no podía evitar.

—¡Hija, llegaste! —exclamó su madre saliendo de la cocina.

—Hola mamá.

—Tu padre vino a verlas hoy, se quedará a cenar —agregó Bianca, odiándose por estar tan nerviosa. No podía creer que después de tantos años ese hombre la afectara tanto.

Fiorella se acercó a Fabiana y le dio un beso en cada mejilla.

—Fabi, ¿qué tal las clases hoy?

—Todo bien —contestó y su voz sonó alegre.

—Hola viejo.

—Preciosa, ¿cómo estás? ¿Dónde andabas? —Quiso saber su padre.

—En el gimnasio, recuerda que trabajo por las noches algunos días de la semana.

—No necesitas trabajar tanto cariño, ya tienes un trabajo bastante exigente en el hotel; además, yo cubro todos los gastos de la casa.

—Padre, no quiero discutir otra vez por el mismo tema. La última vez que hablamos de esto, te dije que lo hacía por placer, no por necesidad económica.

—¡Pero mira la hora que llegas a casa!

—Solo son tres días a la semana.

—No estoy de acuerdo. Bianca, ¿por qué le permites trabajar tanto a la niña?

Fiorella trató de encontrar el modo de explicárselo.

—Viejo, cálmate y deja a mamá fuera de esta discusión. Tengo veinticinco años y sé lo que hago. Entiéndelo, en el gimnasio no trabajo, doy clases de

Zumba, que es lo mismo que bailar. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Por supuesto que lo sé, ¿me crees un viejo decrepito?

Fiorella sacudió la cabeza, mientras que Fabiana se tapaba la boca para reprimir una carcajada.

—Don Gael, no vamos a discutir por una tontería, tengo seis meses sin verte y lo menos que me apetece es reñir contigo.

—Lo dejaré pasar, por hoy, pero luego tendremos una larga conversación sobre ese tema.

Fiorella entornó los ojos, sabía lo que aquello significaba: horas y horas hablando en círculos sin parar, hasta que su padre obtuviese lo que quería. Siempre hacía lo mismo, jugaba al cansancio de su oponente para lograr su victoria.

¡Uff, no conocía un hombre más terco que su padre!

—Ahora ven y dame un poco de amor.

—Primero baja a esa intrusa de tus piernas.

Fabiana le sacó la lengua y se apretó con fuerzas al pecho de Gael. Fiorella soltó una sonora carcajada.

—Tengo dos piernas y dos hijas. Una para cada una.

Y sin hacerse más de rogar, Fiorella se sentó sobre las piernas de su padre junto a su hermana, era como tener ocho años otra vez. Como si todo continuara igual y nada hubiese ocurrido.

¡Qué fácil era soñar!

Para Bianca, la escena de sus tres amores abrazados fue como un golpe a su realidad. Con sentimientos encontrados y los ojos inundados de lágrimas, anheló que ese instante fuera su día a día. Ver a sus niñas debatirse por el amor de su padre la entristeció.

Aún no sé explicaba por qué lo ocurrido entre ellos. En qué momento Gael la dejó de amar, qué había hecho ella para que un día le pidiera el divorcio y las abandonara sin medir consecuencias. ¿Acaso habrá sido por otra mujer? Nunca lo supo. Eran demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Sin embargo, para su terco corazón y su cerebro masoquista, ese hombre de ojos miel era su único y gran amor.

Cenaron en familia, en medio de un ambiente relajado. Fiorella no dejó escapar las miradas extrañas entre sus padres. Algo había cambiado, pero no quería llenarse la cabeza de ideas absurdas. Era imposible, ellos estaban divorciados hacía quince años, y nada iba a cambiar eso, por mucho que

Fabiana rogara al cielo cada noche para que sucediera un milagro.

Gael interrumpió sus alucinaciones bruscamente.

—Para mi desgracia, me encontré con el bastardo de Bruno en la puerta del edificio. ¡No podría tener tan mala suerte!

En lugar de expresar su irritación, Fiorella se limitó a decir:

—No entiendo por qué después de tantos años insisten con esa estúpida rivalidad.

—¿Te parece estúpido todo lo que ese hombre humilló a tu madre?

—No, por supuesto que no. Simple...

—Simplemente es un cabrón, que no supo retener a la mujer que amaba.

Bianca golpeó con fuerza la mesa.

—¡Basta Gael! No hables así delante de las muchachas.

—Lo siento, tienes razón. Discúlpennme niñas, es que... Ese bastardo tiene el poder de sacar lo peor de mí.

Y cuando Fiorella pensaba agregar algo más, Fabiana desde el otro lado de la mesa la hizo callar de golpe, lanzándole una mirada fulminante, que Fiorella captó y negó con la cabeza.

Tenía tanto que decir, tanto que contarle a su padre. Era el único de su familia que desconocía su relación con Nicola.

¿Pegaría el grito al cielo? ¿Se molestaría mucho con ella?

La noche terminó con la promesa de un próximo encuentro. Ambas hijas despidieron a su padre en la puerta del edificio. Fiorella se sintió impotente, cuando vio lágrimas caer por las mejillas de su hermana.

—No llores «tonta», dijo que volverá la semana que viene.

—Eso mismo dijo seis meses atrás. Ya no soy una niña Fiore, ya no me engañan tan fácil.

—¿Y si no eres una niña, por qué lloras así?

—¡Porque tengo corazón! Porque es mi padre y lo amo más que a nadie en la vida.

—¡Ven pequeña! —Le pasó un brazo sobre sus hombros y la pegó a su cuerpo—. Así es nuestra vida. Pensé que después de tantos años, ya era etapa superada para ambas.

—Habla por ti solita, porque yo sufro como si se hubiese ido ayer.

—¡Qué exagerada! ¿Quieres que llame a Pietro?

—Ni se te ocurra, y no le digas que me puse a llorar.

—¿Por qué?

—Porque él no lo entiende, nadie puede entender lo que siento si no lo ha vivido en carne propia. Y Pietro ha vivido siempre en un mundo de fantasía, con una familia perfecta. ¡La extraña soy yo!

—Y yo.

—Exacto, nosotras.

Fiorella le dio un cariñoso abrazo y le secó las últimas lágrimas del rostro. Fabiana aparentaba tanta independencia, que a veces hacía olvidar a Fiorella que solo era una joven de veintiún años.

Subieron las escaleras hasta su apartamento una al lado de la otra. Al entrar, Bianca estaba terminando de recoger la mesa y llevaba los últimos platos hacia la cocina. Fabiana se ofreció a ayudarla, mientras Fiorella comenzaba a limpiar la caja de arena. Era lo peor de tener gatos, pero era su responsabilidad y nadie más se ofrecía.

A pesar de la advertencia de Nicola, Fiorella sabía que no dejaría de ver a sus amigas. Esa noche estaban conectadas todas en el grupo de WhatsApp, y ella se partía de la risa con las locuras que decían. No sabía qué era más gracioso, si leer que Pia mandaba al demonio al imbécil del ex de Donna o que Carlotta le mandara fotos de los amigos de Marco, buscándole novio nuevo. Tenían un plan y las estrategias estaban en marcha.

Intentó leer los más de quinientos mensajes, para poder entender de lo que hablaban aquellas cuatro chifladas.

Seguirles el ritmo era algo complicado.

Quedaron en juntarse el domingo para almorzar en casa de Pia y así poder hablar con mayor libertad.

¡Cómo si los quinientos mensajes al día no fueran suficientes!

Fiorella aceptó la invitación y se ofreció a llevar las bebidas.

Pia pasó todo el domingo en la mañana limpiando y ordenando su apartamento. Era la primera vez, después de tantos años, que recibía a sus amigas en su propia casa. La noche anterior, y después de miles de discusiones, pudo sacar a Mario del lugar.

Hasta ese momento no se había percatado de la cantidad de días que compartían juntos. Movi6 la cabeza de un lado a otro y elimin6 conjeturas absurdas. ¡No vivían juntos! ¡imposible!

La primera en llegar fue Alessia, tan puntual como un inglés.

—Buenas, buenas. ¡Qué rico huele!

—Bienvenida, adelante. Preparé la receta de la abuela: lasaña de carne.

—¡Mmm, qué rico! Yo sigo sin saber preparar ni agua caliente, así que compré el postre: *Cannolis* de vainilla, chocolate y pistacho.

—¡Qué delicia!, ¡mis favoritos!

Y en el momento que Pia guardaba los *Cannolis*, tocaron el timbre. Las voces con exclamaciones y risas anunciaron la llegada de Donna, Fiorella y Carlotta, esta última con su inseparable pequeña Carmelina.

Cuando Pia abrió la puerta, las cuatro se unieron en un abrazo de oso, dejando casi aplastada a la pobre Carmelina, quien reía, contagiada por las locuras de aquellas mujeres, además de los mimos que les brindaban.

—Sean bienvenidas y siéntanse cómodas, como en casa.

Al entrar, Carlotta puso a su hija en el suelo, y de inmediato le recordó que no podía tocar nada.

—Pequeña, todos esos adornos son de tía Pia y no se tocan, ¿de acuerdo? Por favor, no vayas a romper nada.

—Si quieres los puedo ubicar en otra parte, donde la niña no los alcance.

—No, está bien. Ella debe aprender; si no, imagínate, en todas las casas tendrían que estar reubicando todo.

—Sí, tienes razón. —Sonrió Pia.

—¡Huele divino! —comentó Donna, acercándose a la cocina.

—Pia cocinó lasaña de carne —anunció Alessia—. Hoy almorzaremos como reinas.

—¿Dónde coloco las bebidas? —preguntó Fiorella.

—Dentro del refrigerador.

El apartamento solo contaba de un salón con cocina americana, un cuarto de baño, la habitación principal y una preciosa terraza. Ideal para una abogada que casi nunca está en casa. Aunque el bufete de abogados donde trabajaba Pia quedaba en Siracusa, era común que viajara por trabajo a otras ciudades.

—¡Me encanta la decoración que elegiste! Muy ambientalista —destacó Carlotta.

—Gracias, intenté utilizar gran parte de materiales y productos orgánicos, como la pintura de las paredes o la madera de algunos muebles. También la encimera de la cocina fue elaborada con materiales reciclados.

—¡Genial! Cuando lo comenté no había visto esos detalles que mencionas. Quedó hermoso.

—Gracias, es algo que siempre pensé tener en mi propia casa.

—¿Te ayudamos en algo? —preguntó Fiorella.

—No, tranquila. Aún la lasaña no está lista, así que tenemos algunos minutos para hablar.

—¿Y beber? —Ofreció Donna, levantándose del sillón—. ¿Quieren tomar algo?

—Pueden servirse lo que gusten. ¡Están en su casa chicas!

De pronto, un fuerte olor se percibió en el lugar, y Carlotta supo su procedencia.

—Lo siento, Carmelina necesita ir al baño.

—Creo que ya se adelantó —comentó Pia con una sonrisa, señalándole la segunda puerta al final del pasillo.

Luego de asear a su hija, Carlotta recorrió con la mirada el pequeño baño, descubriendo algunos detalles que despertaron su curiosidad.

Al salir, inició el interrogatorio.

—¿Mario y tú viven juntos?

Todas se voltearon a verla, y de inmediato intercambiaron miradas.

—¡Qué! —exclamó Pia, alterada, poniéndose de pie.

—¿Viven juntos? —indagó Alessia con la cabeza ladeada.

—No, claro que no. ¿Por qué lo preguntas Carlotta?

—Tu baño está invadido de artículos personales para hombre.

Donna se escandalizó.

—¿En serio viven juntos?

—No, no vivimos juntos... Debe ser que los ha olvidado.

Fiorella, Donna y Alessia se levantaron e iniciaron una pequeña carrera hasta el cuarto de baño. Entre tropiezos y risas recorrieron el diminuto lugar, exagerando con exclamaciones cada vez que descubrían algún producto de higiene masculina.

Pia quería morir de vergüenza, volvió a sentarse en su silla con las manos en la cara, negando con la cabeza; esperando que las cuatro mujeres terminaran el escrutinio.

—Trágame tierra y no me escupas por un largo tiempo —susurró en un suplicio. Tenía claro lo que venía a continuación.

—Admítelo. —Le exigió Donna, llegando al salón con la muestra del delito entre sus manos.

—No, repito, no vivimos juntos. Admito que algunos días se queda a

dormir conmigo y... Es inevitable que deje algunas cosas.

—¿Tantas? —bromeó Fiorella, guiñándole un ojo a Alessia.

A Carlotta le dio un ataque de risa, contagiando a su pequeña, quien sonrió sin tener la más mínima idea del motivo por el cual su madre se divertía tanto.

—Aunque no me lo estás pidiendo, te voy a dar un consejo amiga. —Se sentó Donna junto a Pia—. Toma una decisión ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—¿A qué te refieres? —preguntó alarmada.

—Bueno, ya sabes, hoy deja el cepillo de dientes, mañana el perfume y así poco a poco va invadiendo tus espacios; y luego, sin que te des cuenta, el hombre está pagando los servicios del apartamento, comprando los ingredientes de la cena, ¡y listo! ¡Se apodera de tu vida!

—A mí jamás me pasaría algo así. ¡Nunca!

—Eso mismo decía yo y mírame ahora. Viviendo con mis padres, después de que lo tenía todo. Al final, él se quedó con la casa, los muebles y hasta con nuestro perro.

—¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué no luchaste por tus cosas? ¡Podías reclamar tus derechos! —comentó Pia, sacando su parte abogada.

Donna pensó un poco antes de responder.

—Porque al final nada de eso tenía un valor para mí, todo lo contrario, repudiaba todo lo que me recordaba a él. Y llegó un instante en que no quería nada. ¡Mi paz espiritual no tiene precio!

Fiorella quedó pensativa ante la reflexión de su amiga y arrugó la frente.

—Muy cierto y te apoyo. Lo mejor fue dejar todo atrás y comenzar de cero —coincidió Alessia.

—Un brindis por nosotras, ¡Que nuestra amistad perdure por siempre! —exclamó Carlotta, levantando su copa de vino blanco.

Todas respondieron alegremente.

—¡Salud por todas! —Y se escuchó el sonido de las copas al chocar.

En cuanto se sentaron para almorzar, conversaron un poco de todo. Alessia les contó sobre su nuevo proyecto como diseñadora gráfica independiente; luchaba día a día para ampliar su cartera de clientes. La rubia les comentó lo feliz que estaba, porque le habían aprobado un jugoso presupuesto, el cual representaba un gran reto, tanto económico como profesional; y lo mejor, que Rocco la apoyaba en todo. Les confesó que aún no podía creer que eran novios hacía solo un año.

Rocco Parodi era un músico muy conocido en la isla, y que poco a poco ganaba fama a otro nivel. Era de piel acaramelada, y con un rostro hermoso de niño malo se ganaba las miradas de muchas féminas. Su espalda ancha y gruesa lo distinguía de muchos. Pero fue la personalidad de Rocco lo que conquistó el corazón de la rubia. Era muy responsable, disciplinado y trabajador. Todo lo contrario, a lo que muchos opinaban de los músicos. Y Alessia lo amaba por eso y por todo.

## CAPITULO 7

Terminaron de comer y entre todas ayudaron a recoger los platos y vasos. Un rato después, se ubicaron en la terraza para tomar el postre. Donna ayudó a Pia llevando los platos con dos *Cannolis* en cada uno.

—¡A llegado mi momento favorito! —exclamó Carlotta.

—Alessia tiene buen gusto con los postres, ¿o habrá recordado que es nuestro favorito? —inquirió Pia, y la aludida solo se encogió de hombros, haciéndose la desentendida.

—Chicas discúlpenme, pero no puedo ingerir más calorías por hoy. Con la lasaña ha sido suficiente —dijo Fiorella con cara seria, mientras jugaba con el vaso de agua que tenía entre sus manos.

Pia la observó desde la distancia y le guiñó un ojo.

—Perfecto, así me queda un poco más y puedo disfrutarlo esta noche.

—Mujer, ¡cómo puedes decirle que no a esta delicia! Cómete solo uno, anda.

—Tengo límites Donna y no puedo excederme.

—¿Desde cuándo tan estricta? —indagó Alessia, comiéndose su segundo *Cannoli*.

—No soy estricta, simplemente cuido mucho las cantidades de calorías que ingiero a diario, para mantener mi peso.

—¡Pero si estás excelente! —alabó Donna.

—Exacto, porque mantengo una rutina de ejercicios y vigilo todo lo que como.

—Necesito algunas rutinas como las tuyas Fiore —admitió Carlotta—. Desde el nacimiento de Carmelina he descuidado mi cuerpo, olvidé dietas y ejercicios; además, que Marco no me ayuda preparando pastas tan succulentas.

Asombradas, todas cuestionaron al unísono:

—¿Marco cocina?

Carlotta volvió a soltar una fuerte carcajada.

—Claro, y mejor que yo.

—¡Genial! —añadió Fiorella—. ¿Cuánto tiempo tienen juntos?

—Un año de novios y tres de casados.

—¿Eres feliz? —preguntó Donna.

Algo centelleó en la mirada de Carlotta, que hizo que la respuesta fuera evidente para sus amigas.

—Inmensamente. Doy gracias a Dios por haber conseguido mi compañero de vida y por regalarme a este angelito. —Tomó la cara de su hija entre sus manos y la colmó de tiernos besos.

Cuando Pia llegó con el café, Alessia se dirigió a ellas con ternura.

—Amigas, amo estar con ustedes. Siento que es un espacio para mí. No tienen ni idea de cuánta falta me hacían.

—Ay cariño. ¡Qué linda! —dijo Pia, levantándose para darle un abrazo—. ¡Somos las chicas de los Backstreet Boys!

Todas comenzaron a reír, ni siquiera habían pensado en ello.

—¿Por qué no aprovechamos que estamos todas juntas y echamos un bailecito? —propuso Donna, guiñando un ojo.

Y nuevamente, volvieron a vivir sus años de juventud; esos que conquistaron sus almas y las había unido por un gusto en común. No solo eran las chicas de los Backstreet Boys, fueron, eran y serían las mejores amigas.

La semana para Fiorella y Nicola transcurrió sin más discusiones, hasta el viernes que las chicas insistieron en verse, con la excusa de subirle los ánimos a Donna, quien estaba sufriendo una recaída emocional. Fiorella pensó que no podía ser tan egoísta y dejar de apoyar a una amiga, por el simple hecho de que Nicola no aprobara su compañía. El mundo no giraba a su alrededor.

Después de cenar, decidieron ir a beberse unos tragos a un club nocturno. Con tal de bailar Fiorella aceptó; donde había música estaba ella. Llegaron y se ubicaron en la terraza al aire libre. No habían pasado ni cinco minutos cuando cinco hombres las rodearon.

—¡Chicas! ¿No veníamos solo nosotras? —preguntó Fiorella, molesta por el engaño.

—¡No te molestes Fiore! A Carlotta se le ocurrió que Flavio podía ser la medicina que Donna necesita para su despecho. ¿Tú qué opinas? —Quiso saber Alessia.

La mujer buscó con la mirada a los antes mencionados y no dudó ni un minuto que la idea estaba genial. Ya Flavio estaba hablándole al oído y Donna muerta de la risa.

¡Cómo sufría la pobre mujer!

—Pues sí, la medicina parece ser efectiva.

Ambas sonrieron.

Los hombres buscaron sillas de otras mesas y se sentaron junto a las mujeres. Cada uno en pareja, menos Luca, quien había decidido darle su espacio a Fiorella, pues todavía seguía esperando su respuesta a la invitación que le hizo. La cual sabía nunca llegaría.

La noche transcurrió relajada, divertida y ocurrente. Hasta que Luca decidió invitarla a bailar.

¡Era solo un baile!

La canción comenzó a sonar, él tomó su brazo y la guio hasta el centro de la pista. Con manos firmes y seguras la envolvió y la adhirió a él, hasta hacerla descansar contra su pecho. Sus miradas se encontraron y un estremecimiento la recorrió. Teniéndolo tan cerca, le pareció incluso más lindo que la última vez.

Unos penetrantes ojos verdes aceitunas, de cabellos castaño oscuro; una boca ancha de labios carnosos y un mentón perfilado. Era un rostro de tosca masculinidad y a la vez muy atractivo.

Sorprendida por lo bien que bailaba, se dejó llevar por el ritmo alegre de la música y disfrutó. Bailaron una, dos, tres... Hasta que Ricky Martín hizo explotar el club con su canción: *La mordidita*. Todos, absolutamente todos los presentes se levantaron a bailar, y el lugar estaba a reventar. Gritos, aplausos, vueltas y cervezas volaban por los aires.

Una locura total.

Era imposible unir más sus cuerpos, el vapor generado por la multitud humedeció sus ropas. Fiorella intentaba bailar, pero el gentío se lo impedía; cada fracción de su cuerpo estaba acoplada a él. Su pierna derecha quedó atrapada entre los muslos de Luca y sus senos aplastados contra su pecho. Aunque no debería estar afectada, Fiorella se sonrojó. La expresión de él no le revelaba nada, pero de alguna manera ella supuso que no se sentía tan indiferente como pretendía simular.

Alzó la cabeza para mirarlo a los ojos y se dio cuenta de que él estaba cantando en español:

— ♪ Tus labios, mis dientes, bocado crujiente, rico pastel. ♪ Fuego en tus pupilas, tu cuerpo destila tequila y miel. ♪ Si Dios, oh, oh, puso la manzana fue para morder...

Le fue inevitable no abrir la boca. ¡Qué sexi, por Dios! Quiso suspirar, pero en lugar de eso se quedó sin aliento, embrujada en su mirada magnética.

La mezcla de acentos entre ambos idiomas, le producía un cantar hermoso.

*Quiero pensar, que no eres real,  
me pareces natural, letal,  
así te pones a bailar, no te pongas freno,  
cuando te pones a sudar.*

*Estamos a lo slow, para sentir tu show,  
diseñada desde niña para llamar la atención,  
te mantienes en tensión, sin bajar la presión,  
y si va y no tiene cura, le aplico respiración.*

*Déjame morderte,  
Estoy vampiro bien demente,  
Déjame morderte,  
En lo oscuro y sin la gente.*

*Déjame morderte,  
Bien despacito y bruscamente,  
Déjame morderte,  
Amarradito bien demente.*

Cuando la música terminó, atravesaron el salón, y justo antes de llegar a la mesa, él le soltó la mano y cada uno se ubicó en su silla, muy lejos del otro.

—¿Crees que funcione? —Le preguntó Mario a su novia Pia.

—Todas creemos que sí.

—Tengo mis dudas, son tan diferentes. ¡Míralos! Él se ha bebido casi todas las cervezas del club, y ella toda el agua potable de Sicilia.

Pia soltó una carcajada y le contestó con ternura.

—Amor... ¡Los polos opuestos se atraen!

—No lo sé Pia... Creo que esta vez no funcionará.

—Para ser Cupido eres muy negativo.

—Soy realista. Ella vive comiendo lechuga y pollo a la plancha, mientras que mi hermano ama las hamburguesas y muere por un plato de pasta con salsa.

Pia se subió a sus piernas y lo desafió.

—¿Quieres apostar?

—Mmm, qué rico. Yo contigo apuesto hasta mi vida *baby*.

Pia le susurró al oído su parte de la apuesta. Mario abría los ojos con cada sugerencia que escuchaba e imaginaba. Este juego se ponía interesante, y si resultaba, ambos hermanos ganarían algo.

Luca, desde la distancia la observaba. Recordó la noche que los presentaron. Por lo general, era Flavio el centro de todas las miradas femeninas, pero con Fiorella eso no ocurrió. De hecho, como ahora, ella no miraba a ningún hombre del lugar. Ni siquiera a él.

También tomó nota de que durante la noche no la había visto ingerir alcohol. Al igual que los aperitivos que estaban sobre la mesa, pero la manía de tener el móvil entre sus manos o en algún lugar visible en todo momento lo hizo pensar: «*Debe tener pareja... si no, no estuviera tan atenta al móvil*».

Cuando su hermano la invitó a bailar, decidió caer sobre su cuñada y conseguir las respuestas que lo estaban volviendo loco. Le gustaba la chica y mucho, pero no quería nada con mujeres comprometidas.

Se sentó a su lado y le habló en voz baja.

—Hola cuñi.

—Hola y no, no tiene novio.

—¿Cómo sabías que...?

—Porque tengo dos años conociéndote y no le quitas los ojos de encima.

—¿Cómo ella a su móvil! ¿De quién estará esperando llamada?

—Tan observador como siempre.

—¡Hay alguien, lo sé! Se le nota... Y tú me lo vas a decir.

Pia entornó los ojos y volteó la cara para mirarlo a los ojos.

—¿Qué quieres que te diga Luca?

—Todo, quiero saber todo de ella: sus manías, su color favorito, por qué solo bebe agua y no come...

—¡Tanto te gusta! ¡Pero si ni siquiera es tu estilo!

—Me gusta y punto. Dime... ¿Quién es?

—Ya te lo dije, no tiene a nadie. Quizás tenga «un peor es nada» o un amigo con derecho, pero novio no tiene.

—¿Cómo estás tan segura?

—Siempre sale sola o con su familia en las fotos que publica en sus redes sociales, no hay ni un hombre; además, ya nos lo hubiera presentado o mencionado.

—¿Será qué está con un hombre casado y por eso no salen en público? Pero de que hay alguien lo hay.

La chica se giró por completo hacia él y lo agarró del brazo.

—Luca, deja la paranoia. Lo que viviste con Sylvana no tienes que volverlo a vivir con otra. ¡Ya déjalo! Forma parte de tu pasado, ha quedado atrás. ¿Entendido?

Luca hizo una pausa, reflexionó sobre el comentario de su cuñada y luego afirmó con la cabeza.

—¡Le gusta bailar cuñi! Y lo hace muy bien.

—Sí, da clases de Zumba en el gimnasio donde entrena.

—¿Qué opinas? —Exigió saber él.

—¿Que opino de qué?

—Que si crees que tengo alguna posibilidad o si estoy fuera de liga.

Pia soltó una fuerte carcajada, que tuvo que taparse la boca cuando todos voltearon a verla.

—¡Tú, Luca Rossi me preguntas eso a mí! No me lo puedo creer... El donjuán, que posee una estrella en el paseo de los mujeriegos se encuentra dudoso.

—Cuñada, a veces..., solo a veces, no soporto tus sarcasmos.

—Está sola y tu hermano insiste en que es perfecta para ti. Yo, por supuesto, no estoy de acuerdo.

Pia recordó la apuesta y jugo sus cartas a favor. Conocía a su cuñado, y los retos, como la palabra «no», eran el mejor impulso para que lograra algo.

—¿Y por qué no? Si soy todo un bombón.

—Porque tú solo quieres una noche, máximo dos y en algunos casos especiales. Y Fiore no es mujer de una noche.

—¡Qué buen concepto tienes de mí cuñadita! Yo también te quiero mucho.

—Lo siento bombón, pero si es por mí, Fiore no saldrá contigo jamás. Tú sigue tu vida mundana con esas lagartas plásticas y de silicona que tanto te gustan.

—¡Cuánto amor cuñadita...! ¡Cuánto amor!

Luego de darle un beso en la mejilla a Pia, se levantó y le ofreció la silla a Fiorella, quien venía de la pista junto a Mario. Como deseaba hablar un poco con ella, decidió sentarse a su lado y no en la otra punta de la mesa, donde había estado.

Hermosa, de cuerpo exquisito, directa, sincera y de pocas palabras. Solo

necesitaba saber si tenía cerebro.

## CAPÍTULO 8

Las próximas dos horas pasaron sin ellos darse cuenta, él buscaba hacerla reír con sus ocurrencias, y ella disfrutaba como hacía años que no lo hacía, de sus locas aventuras. Luca nunca había conocido a una mujer que supiera tanto de deporte. Fiorella conocía todo sobre el fútbol local; ambos eran fanáticos del equipo de Palermo, pero cuando comenzaron a hablar del fútbol europeo, eran rivales en tres equipos.

Discutieron sobre el rendimiento de jugadores, el desempeño de la selección italiana en la próxima Eurocopa, y cada uno dio su punto de vista sobre la plantilla escogida para la competición. Coincidieron que no había un mejor guardameta que Gianluigi Buffon.

La conversación fue interrumpida por una llamada de Bianca, la madre de Fiorella.

—Hola mamá... ¡Oh, no me di cuenta de la hora! Sí, estoy bien. Estoy con las chicas en un club... Sí, claro mamá, en un rato voy a casa... Un beso, adiós.

—¿Todo bien en casa?

—Sí, mi madre estaba un poco preocupada por mí. Olvidé llamarla.

—¿Son muy unidas?

—Sí, mucho. Vivo con ella y mi hermana. Mis padres se divorciaron hace quince años, así que solo somos nosotras tres.

—Bien.

El móvil de Fiorella se iluminó entre sus manos, y cuando giró la pantalla, Luca pudo ver que era un mensaje de WhatsApp. Sin desbloquear la pantalla, la chica leyó atenta el inicio del texto recibido, y de inmediato se levantó, anunciando que se iba.

Luca supuso que no era un mensaje de su casa, ya que apenas minutos atrás había conversado con su madre. Todos se levantaron y uno a uno la despidió.

Cuando se fue a despedir de Luca, este se ofreció a llevarla a su casa.

—¡Espera! Yo te acompaño.

—No, gracias. No quiero molestarte, tú sigue con los chicos.

—No es molestia, te lo aseguro —afirmó, tomando su cazadora del

respaldo de la silla.

—Gracias, pero no. Puedo irme sola. —Lo paró, colocándole la mano sobre el hombro.

—¿Puedes avisarme que llegaste bien? Para estar más tranquilo... Por favor.

—Sí, claro. No te preocupes, estaré bien.

—Buenas noches Fiorella.

—Buenas noches Luca.

Salió del club y empezó a caminar muy rápido hacia su residencia. Cuando todavía le quedaban unas cuadras por recorrer, le llegó otros mensajes de Nicola.

- 🟢 Si para ti lo nuestro es menos importante que tus amigas, ¡que así sea! Disfruta no solo esta sino todas las noches que vienen junto a ellas y sus simpáticos amigos.
- 🟢 Fue un placer conocerte.

Las manos le temblaban, no sabía qué contestar. Se volvió loca y comenzó a girar sobre sí, buscándolo por todas partes. ¿La había visto? Seguro descubrió dónde estaba y con quién. Corrió y corrió sin mirar atrás en plena noche, traspasando las estrechas escalinatas y las oscuras callejuelas empedradas.

Necesitaba verlo y hablar con él, explicarle y así poder solventar la situación entre ellos. Quería con todo su corazón volver a estar junto a él, trotar algunas mañanas y entrenar a su lado. Necesitaba sus besos, sus conversaciones, su compañía diaria. Él era todo para ella y tenía que luchar por mantenerlo a su lado.

¡No podía perder diez años de su vida!

Fiorella no supo en qué momento llegó a su edificio, abrió el portal y subió las escaleras de dos en dos, hasta que llegó a la puerta del apartamento de Nicola. Ahí la realidad explotó en su cara, no podía tocar a la puerta. Sus padres desconocían su relación, entonces... ¿Qué les diría?

Tardó un momento en darse cuenta de que ella no hacía nada en aquel lugar. Lo intentó todo, lo llamó y no contestó, le envió mensajes y no respondió.

Poco a poco fue bajando los pisos, hasta que dejó las escaleras y comenzó a recorrer el pasillo medio alumbrado, para llegar a su apartamento. No quería

entrar, no quería ver a nadie que no fuera él, pero no tenía a dónde ir. Abrió la puerta, no encontró a nadie y se encaminó de puntillitas hacia su cuarto.

La voz de Bianca estalló como un látigo en la silenciosa noche. Por su tono, Fiorella supo que algo había pasado. Se volvió y vio a su madre levantándose del sofá del salón.

—Vino a verte.

Eso fue todo lo que necesito saber para dejarse caer de rodillas al suelo. Se le hizo un nudo en el pecho, que le impedía respirar. Comenzaron a caer ríos de lágrimas por sus mejillas. Bianca se acercó y la rodeó con sus brazos, buscando tranquilizarla.

Los ojos azules de su madre eran duros como zafiros, cada día sentía más rabia y rechazo hacia ese chico. En parte entendía que en todo lo sucedido, su hija tenía una gran cuota de responsabilidad; era culpable de permitir una relación así, tan incierta, tan inestable. Pero esa noche la furia le llegaba hasta los huesos, ninguna madre quería ver a su hija sufrir.

—Mamá, ¿qué dijo? ¿Hablaste con él? —indagó con voz temblorosa.

—No, tu hermana le abrió la puerta, él le preguntó por ti... —Levantó su cara y sus ojos vagaron por su semblante enrojecido y bañado en lágrimas—. Fabi le dijo que no estabas...

—¡Él sabe que salí con las chicas! —afirmó y tragó saliva. Su respiración era ligera, como si sus costillas le lastimaran cada vez que respiraba.

El temor se retorció en el interior de Fiorella como una víbora letal, preparada para morder al menor movimiento.

—Él lo sospechaba hija, porque desde el momento que preguntó por ti, ya estaba alterado —explicó Bianca, nerviosa.

—¿Qué dijo con exactitud? —Su lado masoquista le exigía saber todos los detalles.

—Se puso a gritar como loco: «¡Está con ellas! ¡Está con ellas, verdad? ¡Dímelo!».

—Ay Dios mío mamá...

—Estaba hecho una furia, fuera de sí. ¡Qué le podíamos decir!

A Fiorella se le desplomó el alma a los pies. No necesitaba oír más. ¡Dios santo! ¡Qué iba a hacer ahora?

Su madre la levantó del suelo poco a poco y la acompañó hasta su cuarto. Ella se dejó guiar, sentía las piernas tan débiles como las de una cria recién nacida, ya no tenía fuerzas. De la adrenalina que minutos atrás la había hecho

correr como un antílope, ahora no quedaba nada.

Se desplomó en su cama y cerró los ojos, intentando olvidar todo lo vivido. ¡Quizás era una pesadilla! Era muy probable que sus amigas, su madre y hasta su hermana la juzgaran con dureza y la consideraran dependiente de Nicola, pero aquellos que pensaban así, quizás nunca habían estado tan enamorados de alguien como ella.

A veces, los seres humanos dictaminaban sin ponerse en el lugar del otro; y peor aún, sin reconocer sus propios errores.

Nicola no tenía palabras para expresar lo que su cuerpo experimentaba. Molestia, frustración, indignación, mil sentimientos desbordaban en su pecho. Jamás pensó que ella lo contradeciría. Se encontraba conmocionada, sentía un anhelo salvaje de golpear cualquier cosa. «*No me quiere, nunca me ha querido*», pensó lleno de rabia. El engaño latía como una herida abierta y llena de sal.

Miró con amargura las fotos que guardaba de ella en su móvil y sintió pena de él. Por poco se enfrenta a su familia por una mujer que no lo amaba de verdad, que no lo respetaba; y lo peor de todo, él se lo había dejado muy claro. Se sentía humillado por la alevosía de sus actos.

—Le expliqué palabra por palabra y aun así me ignoró... No solo le advertí de las consecuencias de sus acciones con respecto a su condición física, sino que dejé en sus manos su futuro en el gimnasio y en nuestra vida, pero ella decidió... ¿Qué es lo que piensa? ¿Qué yo seré su títere? Está loca si cree que voy a perdonar su desafío —sentenció, quitándose dos lágrimas traicioneras, que bajaban por sus mejillas.

Nicola recordó cuántas horas de su vida le había dedicado a esa mujer. Estaba seguro de que siete años de disciplina condicionarían su estilo de vida, pero al verla incumplir con sus rutinas; y con seguridad, ingerir alimentos inadecuados, lo estrellaban contra una realidad que jamás pensó ver.

Él le demostró la importancia de una vida sana, sumida en dietas balanceadas y rigurosos ejercicios. Y ahora era evidente que nada de ese mundo existía para ella, solo sus divertidas amigas. Con absoluta certeza sentenció:

—He perdido dos años de mi vida en una relación sin futuro.

## CAPÍTULO 9

Pasaron cinco días y Fiorella seguía manteniendo las esperanzas de hablar con Nicola. Aquel miércoles lo esperó en el gimnasio y no pudo hablar a solas con él, porque siempre estaba acompañado de la atleta. Fiorella comenzó a seguirlos, a la espera de un momento, y lo que observó la cegó de celos.

Él miraba y tocaba el cuerpo de la chica igual que lo hacía con ella días atrás. La adrenalina comenzó a fluir por sus venas y sintió que el corazón le llegaba a la garganta. Lo esperó esa noche en la calle, estaba dispuesta a todo.

Tenía una corazonada, pero eso no bastaba; necesitaba pruebas.

Caminando de un lado a otro como leona enjaulada, maquinaba en su mente qué le diría. Tenía que definir muy bien sus preguntas, una a una. De pronto, sintió sus pasos; se volteó y lo enfrentó feroz, cuando lo tuvo cerca, cara a cara.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó fuera de sí, casi escupiéndole el rostro.

—Cállate, estás loca. Aquí la única puta eres tú.

Fiorella le estrelló la palma de su mano en la mejilla, con toda la fuerza que tenía. No podía creer lo que Nicola le acababa de gritar. Era como si le hubiera aferrado el corazón con un puño de acero y se lo apretara.

—Eres un mentiroso, un farsante. Mientras me prohibías salir con mis amigas, tú te revolcabas con esa mujer. ¡No tienes moral!

Se apartó de él, con todo el cuerpo tembloroso por la furia.

—Puedes pensar lo que te dé la gana. No pienso darte explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer. Tú ya no eres nada, nada en mi vida —sentenció con los dientes apretados y mirándola fijo a los ojos.

Fiorella se sintió decepcionada. Se había dedicado por diez años a idealizar a un hombre que no existía. No era el Nicola que la miraba lleno de odio, de quien se había enamorado por primera vez. Entendió que ese era el problema de enamorarse ciegamente, que no ves nada más allá de tus narices, hasta que la realidad hace implosión en tus sentimientos. Cuando la onda expansiva se mueve hacia dentro, destruye todo a su paso, sin medir consecuencias y aumentando su densidad hasta alcanzar tu corazón.

—Yo nunca te he engañado Nicola ¡Jamás! —afirmó ella y el rostro se le

ensombreció.

—No te creo, me mentiste. Te dije que pensaras muy bien lo que hacías, que no tenía tiempo para ir detrás de ti. Así que no vengas con dramas baratos. ¡Mírate ahora! ¿Dónde está la mujer disciplinada que yo conocí? La que nunca dejaba de ir a sus clases de Zumba o a sus rutinas. Ahora solo cuentan tus «amigas», cada vez que te llaman, te olvidas de todo.

—¿Estás con esa chica? ¡Dímelo! —bramó con el rostro rojo por la cólera que sentía.

Los ojos azules de Nicola se habían vuelto casi negros, aquel hombre era un desconocido ante ella.

—Sí..., no. Quizás..., aún no lo sé. Pero puede ser que me apetezca —ironizó con una sonrisa estúpida en su cara.

Un golpe de dolor la hizo dar un paso atrás. Sus palabras la destrozaron, abriéndole una herida que estaba segura nunca cicatrizaría. ¡No la quería! Y admitirlo le quemaba más de lo que quería reconocer.

Pero faltaba algo en su discurso.

Que no fuera del todo sincero con Fiorella significaba mucho, pero a ella no le quedaban energías para intentar averiguar por qué no lo reconocía de una vez por todas. No estaba dispuesta a que él sintiera lástima por ella. No había nada más que conversar, y antes de que él continuara humillándola, comenzó a correr hacia su edificio.

Se detuvo en seco cuando llegó hasta la puerta de su apartamento. No tenía por qué alarmar a su madre por tener una nueva crisis nerviosa. Él no merecía una lágrima más. Con el dorso de la mano, secó su rostro e intentó reponer un poco su ropa y el cabello.

Abrió la puerta, tragó saliva y alzó los ojos poco a poco.

Su madre la inmovilizó con la mirada, y estuvo segura de que podía leer a través de ella.

Fiorella caminó hasta el salón y se dejó caer sobre el regazo de su madre en el sofá.

Bianca comenzó a frotar su espalda y a acariciar su cabello.

—¡Déjalo hija! Por favor —imploró en un susurro—. Llevas diez años amándolo, inicia una nueva vida sin Nicola, apártalo, basta de mendigar amor cariño. Soy tu madre y no quiero verte así.

Entre lágrimas, Fiorella le confesó:

—Tiene otra mujer.

Bianca apretó la mandíbula y sintió un profundo cañonazo recorrer su cuerpo. Tardó unos segundos en procesar las palabras de su hija, pero cuando la niebla de la ira se despejó, le dijo:

—¿Y qué importa? Ya nada de él tiene que importarte, nada. Sabes muy bien que Nicola jamás iba a hablar con sus padres sobre su relación contigo. Ha tenido dos años hija, dos largos años para hacerlo y nunca lo hizo. Creo que llegó la hora de pensar en ti. ¿O piensas seguir suplicándole amor? ¿Vas a humillarte y rogarle que vuelva contigo? —No iba a permitir que su hija se arrastrara por amor. Ella lo había hecho por Gael, y cuando fue despreciada, juró ser fuerte, por ella y por sus hijas.

—No, claro que no. Sabes que nunca le he sido infiel, que solo he vivido para complacerlo...

—Pues ha llegado el momento de complacerte a ti, de vivir por y para ti. Al carajo el resto del mundo.

—¿Sabes que te quiero con todo mi corazón mamá? —Le confesó entre gimoteos.

—Lo sé, soy tu madre. Conozco a cada una de mis hijas, y por eso te pido, te suplico que acabes con esto ahora.

—Dame tiempo mamá, han sido diez años amándolo, de los cuales solo dos años he podido estar junto a él... Pero te prometo no volver a buscarlo.

—Muy bien, quiero que salgas con las chicas y te distraigas. Necesitas gente joven y alegre que te haga vivir. Apenas tienes veinticinco años, olvídate de dietas y rutinas, de calorías y gramos. Vive hija, vive como una chica normal.

—Las chicas normales vigilan su dieta y cuidan su peso.

—Bien, pero no al extremo. ¡Prométemelo!

—Te lo prometo. ¿Sabes que eres la mejor madre del mundo?

—Y ustedes son todo en mi vida. Cuando seas madre me entenderás.

Acostada en su cuarto y en compañía de sus dos gatos, Fiorella lloró sosegada en la oscuridad durante toda la noche, como hacía con frecuencia de niña, cuando sus padres discutían. Finalmente, el agotamiento la venció y se durmió, no supo por cuántas horas.

Cuando abrió los ojos, el fuerte dolor de su pecho seguía igual. Quiso quedarse en su cama, resistiéndose a la realidad de su vida, pero era jueves, y un trabajo la esperaba.

Se levantó arrastrando los pies e ingresó al baño. Se despojó de su pijama, abrió el grifo y entró sin esperar que el agua calentara un poco. Necesitaba despertar urgente, y una ducha de agua fría era el mejor remedio.

\*\*\*

Como era su costumbre, a primera hora del día Luca ya se encontraba en la obra; el hotel que estaban restaurando requería de mucha dedicación. Su arquitectura era casi una obra de arte, y el dueño, como buen conocedor, exigía un alto compromiso y al equipo mejor capacitado. Tenían un año como máximo para entregarlo en perfecto estado. Con una fecha de inauguración establecida, la constructora operaba a toda marcha.

Después de inspeccionar el acabado de unas columnas, se dirigió al improvisado comedor, ubicado en la terraza posterior del hotel.

—¿Cómo ves el trabajo? —preguntó Flavio, mientras se llevaba a la boca su taza de *Cappuccino*.

—Las columnas tienen las medidas que he calculado y el acabado quedó muy bien —contestó, sirviéndose un trozo de pastel y una taza de té.

—Luca, necesito los planos del sistema de distribución de aguas blancas y residuos.

—Los tengo en el auto, anoche estaba revisándolos un poco. No quiero cometer ningún error.

—¿Y qué coño hacías tú trabajando anoche, en vez de estar desnudando a una mujer?

—No todos somos Flavio Sturaro —soltó con ironía.

—¡Oh por Dios! Mira quién habla, san Luca.

Ambos soltaron una fuerte carcajada.

—¿Cómo vas con Fiorella?

—Ese es el problema. No voy ni vengo. No pasa nada.

—¿Y todo lo aprendido? —indagó, abriendo mucho los ojos.

—Nada funciona con ella. El viernes, antes de que se fuera, le pedí que me enviara un mensaje para saber que llegó bien y...

Flavio lo interrumpió.

—Y después de cinco días..., aún estás esperando el mensaje.

—No, ya no espero nada —dijo Luca, tratando de parecer sereno, cuando en realidad estaba ansioso por saber por qué Fiorella se había ido luego de

recibir ese mensaje.

Recordó las palabras de su cuñada Pia, «*Está sola*» «*Tu hermano insiste que es perfecta para ti*». Solo había memorizado lo que le interesaba. Estaba sola.

—Y tú, ¿cómo vas con Donna?

—Poco a poco, sabes que soy un hombre de espíritu libre. Pero puedo decirte que anoche..., las cosas comenzaron muy bien —afirmó con un movimiento de cabeza.

—¡Sabes que si la jodes, Pia te arrancará las bolas!

La cara del arquitecto perdió de inmediato su aire divertido.

—No es una niña; además, no le he prometido amor eterno. Solo vamos probando un poco de cada uno.

—Ten cuidado, no vayas a resultar «el saboreado».

El rostro de Flavio se iluminó con una gran sonrisa.

—Por mí..., que me saboreen todas las que quieran, este cuerpo es de ellas y para ellas. ¡Así que dejemos el drama para los teatros y vivamos la vida hermano!

—Dalo por hecho.

Los dos hombres sonrieron y fue Luca quien cruzó la estancia para buscar los planos que su amigo le había solicitado.

La noche del viernes veintinueve de abril, el grupo de WhatsApp estaba activo, las muchachas organizaron un encuentro para salir a cenar sushi. Fiorella no estaba de humor, así que decidió inventar una excusa para no asistir. Las chicas no le dieron mayor importancia y creyeron en su palabra. Fiorella envió un mensaje de despedida y subió a su cama en compañía de Mía y Pata.

Acariciarlos la llenaban de paz y serenidad. Veía en sus ojos lealtad, confianza y gratitud; los besó en la nariz, y recordó el momento que los conoció. Hacía dos años de esa navidad, cuando Nicola se los regaló como muestra de su amor. Recordó sus palabras: «*Ahora somos cuatro*».

¡Qué lejos sentía ese momento!

Sumida en sus pensamientos, visualizó su móvil, cuando se iluminó por un mensaje. Lo tomó con una mano, desbloqueó la pantalla y leyó.

 Si quieres, puedo llevarte el sushi hasta tu casa.

Al leer el ofrecimiento, se levantó como un resorte. Lo menos que deseaba era ver a Luca, y por nada del mundo que él la viera en esas condiciones: hinchada, con ojeras, despeinada y en pijama. Primero muerta que destruida frente al mundo.

El viacrucis se llevaba por dentro filosofó, mientras decidía qué contestar. Escribió.

- 📧 ¿Quién te dio mi número de teléfono?
- 📧 Y no, no quiero sushi. Gracias.

Esperó unos minutos, después que comprobó que él había recibido y leído los mensajes. Estaba en línea y no respondía. Se llenó de ansiedad, cuando pasaron diez minutos y él nunca contestó.

«¡Joder! Soy una mierda de persona. Él solo se ofreció a traerme comida y yo le respondo con dos piedras en la mano», pensó avergonzada, pero estaba hecho y no podía retroceder el tiempo.

Luca por su parte, decidió no caer en su juego, estaba furioso por ambos mensajes. Pero lo que en realidad lo mataba de rabia, era el simple hecho de haber sucumbido a la tentación de verla otra vez. Estaba preocupado, lo admitía. Llevaba ocho días sin saber nada de ella.

Cerró los ojos y recordó lo hermosa que era: su cabello largo y negro, enmarcando el rostro más perfecto que había visto, y esos labios llenos y sensuales, que llegaban a su visión para cegarlo de deseo.

La intensidad de su reacción, le dijo mucho más de lo que deseaba saber sobre la fuerza de su anhelo. Reconoció que debía alejarse y liberar su mente de todo lo que se relacionara con Fiorella Bonucci.

El sábado, al despertar, Luca tomó su mochila de viaje y su inseparable tabla de surf. Flavio casi siempre lo acompañaba, pero en esa oportunidad quería estar solo. Subió a su auto y de inmediato puso la música de su Dj favorito: Marco Carola. Para él no había surf ni playas ni olas, sin su música electrónica.

Condujo ciento cincuenta y tres kilómetros desde Fontane Bianche hasta Gela, casi dos horas disfrutando del paisaje, de la brisa de la mañana y degustando su *Mokaccino* favorito.

Le encantaba ir a surfear a Gela, por sus preciosas playas de dunas, sus zonas balnearias y un litoral perfecto para practicar vela, pesca submarina y un poco de surf.

Al llegar, estacionó en el aparcamiento frente a la costa y comenzó a desmontar su tabla de surf del techo del auto. Tomó su mochila, su botella de agua y se colocó los lentes de sol. Caminó hacia la orilla y se ubicó frente al mar. Enterró con un golpe seco su tabla en la suave arena y se dejó caer a su lado.

Levantó la mirada desde la infinidad del mar hasta el precioso azul del cielo. Era casi imposible distinguir dónde terminaba el mar e iniciaba el cielo. Como le fue imposible no recordar entre tanto azul, los ojos de Fiorella.

El día estaba despejado, la temperatura del agua a quince grados y la fuerte brisa le auguraba unas buenas olas.

Y ahí estaba él, en una de sus playas favoritas, con algo de frío, como todos los días que necesitaba conectarse con el mar. Pero no era el único loco que contemplaba el mar, en pocos minutos un grupo de jóvenes lo rodearon con sus tablas, como una comuna. Comenzaron hablando del clima, de las olas y de algunas chicas que se encontraban en la playa.

Media hora más tarde, ya mar adentro, remó con sus brazos para tomar la próxima ola. Empezó a crecer esa sensación inexplicable, que para él era la más gratificante de su vida.

Súbitamente, el grupo comenzó a nadar y dispersarse como peces hambrientos en busca de comida. A lo lejos Luca escuchó:

—¡Mía! —gritó un rubio el código de guerra.

Todos respetaron su turno y lo observaron remar como loco hacia una ola que iba creciendo muy rápido. Dio un impulso, se puso de pie y comenzó a zigzaguear sobre la ola.

La ansiedad corría por las venas de todos.

Para Luca el surf y montar una ola era tan placentero como un orgasmo. Era un placer tan intenso y en tan corto tiempo, que le hacían desbordar miles de emociones. Hacer un *tubo*, era como tocar el cielo. Y para lograrlo, el italiano viajó a Bali, y no descansó hasta conseguir su preciada ola. Lo recordó como si hubiese sido ayer.

Tenía tres días en Bali y aún su momento no había llegado. Esa tarde, estaba exhausto de tanto remar, hasta que la suerte lo acompañó. Una

sensación indescriptible invadió su cuerpo cuando montó una ola hueco.

Pisó atrás de la tabla para que la punta no se clavara en el agua, y mientras se deslizaba, iba apoyando con suavidad los dedos de la mano en la pared de la ola, sintiendo toda la fuerza, la energía y velocidad de la misma.

Miró hacia adelante y un labio de la ola se levantaba casi a un metro por delante de él. Era como pertenecer al mar, formar parte de él en cada fragmento de tu ser.

—¡Uuuuuuuuuuuuuuu! —gritó eufórico la palabra mágica que significaba: hay tubo.

Se situó en la mitad de la pared de agua y flexionó un poco las piernas, para volver a meter la mano en el agua y frenar el avance, así el labio de la ola pasaba por encima de él y conseguía ese maravilloso *tubo*.

Cuando lo logró, no lo podía creer. Todo sucedió en segundos, la adrenalina bullía por su sistema, generando un ritmo cardíaco acelerado y una respiración rápida. Era el momento de disfrutar ese mágico instante.

Era la primera vez, desde que había conocido a Fiorella que la pasaba bien solo, podía relajarse y disfrutar de los placeres de la vida. Tranquilo, tomó un trago de su cerveza, se acostó en la arena, y mirando el azul del cielo, sonrió. Estaba más calmado por haber controlado su ansiedad de buscarla y saber de ella.

Al finalizar la tarde en Gela, se encontraba en su elemento: playa, música, cervezas, amigos, surf y mujeres; las más preciosas de toda Sicilia.

Era él de nuevo.

Tenía claro su fin de semana y nada ni nadie lo sacaría de su playa.

## CAPÍTULO 10

Bianca estaba molesta por ver cómo su hija evadía a sus amigas con mentiras y excusas. Era momento de tomar el toro por los cachos. Entró a la habitación de Fiorella, y sin pedir permiso, abrió las ventanas y levantó las sábanas.

—¡Vamos, arriba! Levántate, que deseo cenar pizza y pienso invitarlos a los tres.

—No quiero ir madre —dijo, un poco enojada.

—¿Te pregunté si querías ir?

—No.

—Exacto, muévete, que tu hermana y Pietro nos esperan en el salón.

—¡Ve con ellos!

—Y contigo también.

Como Fiorella no se movía, Bianca comenzó a tocarla por todos lados, buscando sus puntos débiles, para hacerle cosquillas.

—Madre... ¡Déjame!

—No, hasta que te levantes de esa cama.

—De acuerdo, lo entendí, me quedó claro... ¡Vivo en una dictadura! —exclamó incorporándose.

—Hace veinticinco años hija mía.

—Mamá, lo extraño... —declaró con la voz entrecortada—. Y mucho.

—Es normal hija y lo seguirás extrañando por un largo tiempo —admitió, sentándose junto a Fiorella en el borde de la cama.

Bianca recordó con tristeza cuánto extrañaba a Gael, sin importar los años transcurridos, aún su corazón y su cuerpo lo anhelaban.

—No quiero sentirme así, me siento impotente al no poder dominar este vacío que siento en la boca del estómago. Sé qué me falta algo y es él.

—¿Qué harás mientras lo extrañas?, ¿quedarte aquí a esperar o tomar el timón de tu vida?

Fiorella, con lágrimas en los ojos, no supo qué responder. Realmente no sabía qué hacer.

—Estás muy equivocada si piensas que te voy a dejar aquí. ¡Pues no

señorita! Te levantas ahora mismo de esa cama y nos acompañas a la pizzería.

Cuando Fiorella entró al baño, Bianca supo que tenía parte del plan ganado. Tomó el móvil de su hija, que reposaba en la mesa de noche y marcó el número de Pia. Cuando finalizó la llamada, una grata sonrisa le cubría el rostro.

En la pizzería, Pietro fue el primero en tomar el menú que la joven camarera les ofreció. Estaba acostumbrado a ser el único hombre que acompañaba a las tres mujeres cada vez que salían. Y eso lo llenaba de orgullo. Le preguntó con caballerosidad a su suegra lo que deseaba tomar.

—Un vino de verano por favor —solicitó Bianca.

Luego de preguntarle a su novia y saber de antemano lo que Fiorella tomaría, Pietro terminó el pedido:

—Dos copas de vino tinto y un vaso de agua.

La camarera anotó la orden de bebidas y los dejó un momento para que decidieran qué pizza elegirían.

Comenzó el debate entre las hermanas por los ingredientes de las pizzas. Fabiana amaba el tocino y el salami, mientras que Fiorella deseaba champiñones, aceitunas negras, albahaca y el pan tenía que ser integral.

La pelea terminó cuando Bianca decidió que pidieran una pizza vegetariana para Fiorella y una Calabresa para Fabiana. Eran tan grandes como para comer los cuatro.

Cuando iniciaban a degustar su cena, nueve caras conocidas llegaron al lugar. Fiorella vio de inmediato a su madre, quien no levantaba la mirada del plato sobre la mesa.

—¡Madre, mírame!

—¿Qué pasa? ¿No te gustó la pizza?

—Sé lo que tramas... Eres una bandida.

Era evidente que su madre tenía otros planes en mente, y clavó su mirada dura en ella.

—¡Yo! ¿Y qué he hecho? —Fingió no entender.

Justo terminaba la pregunta cuando Pia llegó hasta la mesa y comenzaron los besos, abrazos y presentaciones. Bianca y Fabiana solo conocían a las chicas, y Pietro a ninguno.

—¡Doña Bianca, qué hermosa está! Parecen tres hermanas —afirmó Alessia, después de darle un fuerte abrazo.

—Y ustedes cada día más bellas ¡Son todas unas mujeres! ¡Cómo pasa el

tiempo! —señaló esta, poniéndose de pie, para saludar a cada una de las chicas.

—Doña Bianca, este es mi novio Mario, y este guapo de aquí es su hermano Luca —indicó Pia.

—Bianca Bonucci, un placer.

Ambos hermanos acompañaron el saludo con una agitación de mano.

Luca se sorprendió de lo joven que lucía la madre de Fiorella, aparentaba unos cuarenta y cinco años más o menos. Casi se veían como hermanas, y le fue grato descubrir la misma sonrisa e idéntico color de ojos. Ambas mujeres eran preciosas.

Luego de que Alessia presentara a su novio Rocco, y Carlotta a su esposo Marco y a la pequeña Carmelina, Donna no sabía con qué calificativo presentar a Flavio, si como un amigo con derecho, o medio novio o novio completo.

«¡Oh por Dios... qué complicado!», pensó Donna.

Durante los últimos días, Flavio se comportaba como un novio a toda regla: la visitaba cada noche, pasaban los fines de semana juntos y le enviaba mensajes de buenos días todas las mañanas. Respiró profundo y se llenó de valor.

—Doña Bianca, le presento a... a... —tartamudeó, mirando a Flavio a los ojos.

—Flavio Sturaro, el novio de Donna, un placer conocerla.

Su tono debió de impresionarlos a todos, y también a su nueva novia, porque pareció creerle.

Y como si el tiempo se hubiese detenido, ocho pares de ojos se congelaron en la cara de Donna. ¡Novios! ¿Cuándo? ¿Dónde?

Luca estaba tan sorprendido como el resto, pero no pensaba esperar para saber la historia completa. Fue el primero en hablar.

—¡Novios! ¿Desde cuándo? —indagó, intercambiando la mirada entre Donna y su amigo.

Flavio lo fulminó con sus ojos de águila, se quedó mirándolo de tal manera, que Luca se preguntó hasta qué punto había revelado sus sentimientos ante todos.

Donna aún no salía de su asombro. ¡Dios, novios! Después de cien respiraciones mentales, afirmó: «Sí, chico conquistado».

Para bajar un poco la tensión en el ambiente, Fabiana alzó a Carmelina del

cochecito de bebé y comenzó a jugar con la niña junto a Pietro.

—¡Qué niña tan linda Carlotta! Es una muñequita, preciosa.

—Gracias Fabi. Y la verdad, es una niña muy buena, come muy bien y hace sus siestas a sus horas.

—¡Es un angelito!

Cuando los chicos terminaron de unir las dos mesas más próximas, como si fueran imanes, cada pareja buscó su lugar y tomaron asiento. Por supuesto, Bianca no perdió detalle del lugar donde Luca se ubicó, al lado de su hija mayor.

—¿Y cómo supieron que estábamos aquí? —indagó Fiorella, lanzando la pregunta.

—Bueno, como dice un refrán: como la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña —sentenció Pia y le guiñó un ojo a Bianca.

La camarera volvió con el menú y anotó las bebidas de los nuevos integrantes.

—¿Mucho trabajo Fiore? —preguntó Mario, viendo cómo su hermano se comía con la mirada a su compañera de mesa.

—Sí, el hotel ha estado a toda capacidad estos días, y eso me genera más trabajo de lo normal.

—Me imagino que debe ser así, para desaparecer por tantos días, y ni un mensajito para tus amigos. —Le susurró Luca, muy cerca del oído.

Fiorella sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. No sabía si era el efecto del sonido de su voz, o del delicioso olor que desprendía del cuerpo o la sensación de aire cerca de su cuello, cuando él le habló; o en definitiva, la combinación de todo.

Volteó la cara y lo retó con la mirada. Él, como era su costumbre, le guiñó un ojo y le sonrió con ese gesto pícaro, que te hacía olvidar de todo lo malo que había hecho. Fiorella le devolvió la sonrisa, pero con sarcasmo.

«¡Se creerá idiota!», pensó Fiorella.

—¿De dónde vienen ustedes? —indagó Fabiana.

—De jugar a los bolos, y por supuesto, ganó el mejor equipo —exclamó Luca eufórico, y se levantó de su silla para chocar las palmas de su mano con su hermano, con Flavio, Marco y Rocco.

—¡Son unos tramposos! Acéptalo Luca, hicieron trampa desde el inicio del juego —bramó Alessia, mientras los apuntaba uno a uno con su dedo índice—. Todos son unos tramposos. ¡Hasta tú Rocco!

—¿Yo? Ustedes perdieron amor, así de simple —remarcó este, y comenzó a regar besos por el hermoso rostro de su novia.

—¡Las mujeres siempre quieren ganar!

—Cállate Marco o dormirás con el perro esta noche —sentenció Carlotta, dándole unas palmaditas en el hombro a su esposo.

—¡Pero estas mujeres están agresivas hoy! No se puede jugar con ellas —dijo Luca de muy buen humor.

Cuando la camarera llegó con las bebidas, solicitaron sus pizzas.

Luca no quitaba el ojo de la comida de Fiorella, por primera vez la observaba comiendo. Aunque se percató de que su pizza estaba rellena solo de vegetales.

«¿Habrán olvidado colocarle jamón, tocino o salami?», especuló irónico y aunque estuvo tentado en preguntar, no quería molestar a la chica, estaba de buen humor y quería aprovechar al máximo su suerte.

Por su parte, Bianca desde el otro lado de la mesa, no se perdía los pormenores entre Luca y su hija. Era evidente el interés del chico por Fiorella. Ahora necesitaba descubrir cuánto interés existía de la otra parte.

—Fiore, ¿le contaste a Fabi y a doña Bianca que recordamos a la perfección el baile de los Backstreet Boys? —indagó Donna con naturalidad.

—No. —Fiorella quiso morir de pena.

—¿Cuál baile? —soltó Luca sin pensar.

—¡Hombre, de lo que te perdiste! Estas mujeres eran fanáticas de los Backstreet Boys y practicaban todas sus canciones y coreografías. Imagínate, el día del reencuentro hasta nos bailaron una canción —contó Marco, tratando de ponerse serio, pero sin ocultar su diversión.

Luca volteó la mirada hacia Fiore y le contempló su cara de rasgos perfilados, de piel suave y de una blancura preciosa. Ahora que la tenía tan cerca, podía distinguir algunas pecas sobre su nariz, que la hacían ver aún más bella.

—Me hubiese encantado verlas —enfaticó Luca.

Carmelina comenzó a llorar, solicitando los brazos de Carlotta. Fabiana pasó a la pequeña por encima de la mesa, hasta que su madre la tomó de la cintura y la sentó sobre sus piernas.

—Déjame darle de comer, gracias Fabi.

—¡Me encanta tu hija!

—Dile a tu hermana que se anime.

Fiorella casi se atraganta con un bocado de pizza al escuchar semejante petición. Comenzó a toser e intentar respirar con ojos llorosos.

Fabiana soltó una carcajada que muchos acompañaron, la expresión de pánico de su hermana fue evidente.

—Creo que mi hermana debería buscar primero al padre de mi sobrina, ¿no te parece Luca?

—¡Ah! —exclamó sorprendido.

—¿Crees que una chica tan bonita como mi hermana debería estar sola?

Luca comenzó a carraspear con la garganta, mientras buscaba una respuesta acertada. No quería decir lo primero que pensaba, porque siempre era tan inoportuno como directo. Justo como ahora, que deseaba preguntar si en realidad estaba sola o si tenía una relación clandestina con un hombre casado. En cambio, eligió decir:

—Por supuesto que no, una mujer tan bonita como Fiore, debería tener un hombre orgulloso a su lado.

Los ojos de Fiorella se encontraron con los de Luca, y cuando él esperaba alguna respuesta amable de su parte, ella lo único que hizo fue entornar los ojos y negar con la cabeza.

—¡Se creerá idiota! —murmuró en voz baja para que nadie la escuchara.

Pasaron la noche recordando las aventuras del instituto, Bianca relató varias anécdotas de las jóvenes, y contó las veces que había salvado a más de una de los castigos de sus padres. Los chicos hacían memes divertidos, representando las situaciones que Bianca iba relatando.

Como a las diez de la noche, Flavio, más animado que de costumbre, los invitó a beber unas copas en el club de un amigo, y antes de que Fiorella rechazara la invitación, Fabiana aceptó junto a Pietro. Bianca encantada con los nuevos planes, animó a su hija.

Cuando caminaban hacia el estacionamiento, Luca, quien iba junto a Fiorella, le preguntó:

—¿Te llevo?

—No, gracias. Voy con mi familia, mi cuñado trajo su auto.

Luca quiso suicidarse por ser tan evidente. Tan desesperado estaba de tenerla junto a él a cada minuto, que se dejó ver en completa y ridícula evidencia.

«*Contrólate hombre, pareces un adolescente precoz. ¡Te desconozco!*»,

recapacitó.

—Bien, nos vemos allá.

—Primero vamos a dejar a mi madre en casa.

—¿No viene?

—No, prefiere ir a descansar.

—Entonces los acompañamos.

—No, no es necesario. Flavio puede darle la dirección a Pietro y nosotros llegamos después.

—Sí, es necesario. Somos un grupo. ¡Llegamos juntos, nos vamos juntos!

—¡Si tú lo dices! —exclamó Fiorella, segura de que no había conocido en toda su vida a un hombre tan testarudo como Luca Rossi.

Carlotta y Marco se despidieron del grupo, y luego de ajustar muy bien a Carmelina en su silla de viaje, se fueron a casa.

Pietro les informó a Mario y a Rocco de la nueva dirección, y subieron a sus autos. En pocos minutos estacionaban delante del edificio de Bianca, la cual bajó del vehículo y comenzó a despedirse de todos. Fiorella la acompañó hasta el portal y se despidió con dos besos. Corrió cruzando la calle y subió al auto de su cuñado sin saber que desde la ventana del cuarto piso, Nicola la observaba lleno de rabia e impotencia.

Fue imposible para Nicola no escuchar los gritos de las amigas de Fiorella, eran tan escandalosas como unas hienas. Las odiaba con todas sus fuerzas. Estaba seguro de que eran una mala influencia para la joven, pero ella había tomado su decisión, y por lo que veía esa noche, no se arrepentía. Tampoco él, pero le sorprendió ver a la señora Bianca junto a las chicas, aunque después de analizarlo pensó: *«Mi padre siempre tuvo la razón, son unas zorras. Qué podía esperar de la hija, si la madre fue peor»*.

## CAPÍTULO 11

Llegaron al club y el ambiente se encontraba súper animado. Un Dj mezclaba música electrónica, y Luca se sintió como pez en el agua. La noche se auguraba interesante.

—¿Qué desean beber chicas? —gritó Flavio, intentando ser escuchado por encima de la fuerte música.

—Un Cosmopolitan para mí —dijo Alessia—. Y una cerveza para Rocco.

—Dije chicas, los hombres que busquen resolver su vida —sentenció Flavio bromeando—. ¿Pia?

—Cerveza.

—Yo quiero un mojito cubano —anunció Donna.

—¿Fabiana y Fiore?

—Un cubalibre —contestó Fabiana.

Fiorella negó con la cabeza.

—Ahora no quiero nada, gracias. Más tarde.

Flavio, con el pedido completo y en compañía de Luca, caminó hacia la barra.

—¿Por qué no pruebas algo suave esta noche, como un cóctel dulce? —Le sugirió Pia—. O una cerveza.

—¿Sabes cuántas calorías tiene un vaso de cerveza?

—No.

—Cuarenta y tres. ¡Olvídalo!

—Solo por esta noche Fiore. —Intentó animarla.

En ese momento, y abriéndose paso entre la multitud, llegaron los hombres con las bebidas, que comenzaron a repartir sobre la mesa.

—¿Quieres bailar? —Sorprendió Fiorella a Luca con esa petición.

Algo relumbró en la mirada del joven. Retrocedió para dejar su trago en la mesa y la tomó por la cintura sin pronunciar palabra. Por fin era ella quien buscaba su compañía.

Llegaron al centro de la pista y comenzaron a bailar uno frente al otro.

Fiorella, al ritmo de la música electrónica, contoneaba las caderas de un lado a otro con sensualidad. Una sensualidad que le provocó a Luca acercarse

más a ella. Fiorella se volteó y descansó su espalda en el fuerte pecho de él, mientras continuaba moviendo las caderas y agitando los brazos sobre su cabeza.

El instinto del hombre fue tomarla por la cintura y disfrutar de sus movimientos, era imposible no tocarla.

Ella pareció tensarse, como si su contacto le hubiese dejado sin respiración. Levantó un poco la cara y su mirada se encontró con la de él. Era inevitable no distinguir el rayo de deseo que había entre los dos.

—¡Me encanta cómo bailas! —confesó Fiorella, y sus ojos traicioneros se deslizaron hasta su boca.

Luca notó una convulsión en su interior.

¡Dios santo! ¿Cuánto podía sentir con el simple contacto de esa mujer? La tenía tan cerca, que podía percibir su exquisito olor a coco, el calor de su cuerpo y hasta la calidez de su aliento.

Entre los agitados movimientos del baile, tardó unos segundos en darse cuenta de que su brazo se encontraba debajo de sus firmes senos, los que se batían con cada saltó que Fiorella daba.

El peso de sus pechos y las redondeadas nalgas de ella incrustadas contra su ingle, le produjeron una erección del tamaño de la Torre de Pisa.

—A mí me encantas tú. —Directo y de pocas palabras, así era él.

Fiorella enarcó las cejas sorprendida. No sabía cómo, pero intentó llegar al final de esa canción. Una vez más, Luca alborotaba sus pensamientos, que se debatían entre la locura y su sensatez.

Él deseaba apretarse contra ella y diluirse en su calor, sentir sus suaves manos rodeándolo con dulzura. La deseaba con tantas ganas, que era casi perturbador. Por un momento, y mientras la detallaba, su mente se llenó de imágenes eróticas, de él encima o debajo de ella. Imágenes imposibles de concebir con su boca a tan pocos centímetros de la suya.

«¡*Qué me lleven los demonios!*», imploró.

Bailaron por largo tiempo, hasta que la sed los obligó a regresar con los demás. Cuando llegaron, las cuatro parejas estaban sentadas alrededor de la mesa, jugando Thumper. Fiorella se sorprendió cuando vio a su hermana beberse un vaso completo de cerveza.

—Fabiana, ¡te vas a emborrachar! —gritó Fiorella, quitándole el vaso de la boca.

—Claro que no, además, perdí y debo pagar.

—¿Qué están jugando?

—¿Nunca has jugado Thumper? —Le preguntó Rocco, asombrado.

—No, ¿cómo se juega?

Luca, quien había ido por una botella de agua para su acompañante, estaba ya junto a ella, ofreciéndosela.

—Gracias, moría de sed. —Fiorella abrió el envase y bebió todo el contenido casi sin respirar.

—De nada —respondió Luca y le guiñó un ojo.

—Ven y siéntate junto a mí, para explicarte mejor —indicó Rocco, separando las sillas y cambiando a Pietro de lugar.

Fiorella se sentó entre Rocco y Pietro.

Las chicas estaban emocionadas por ver a su amiga jugar con ellas. Desde el reencuentro, observaron su cambio, no era la misma muchacha del instituto.

—Muy bien, explícame ahora cómo va el juego.

Luca la miraba desde el otro lado de la mesa, sentado entre Pia y Donna. Se habían organizado, un hombre, una mujer y así sucesivamente.

—Cada uno de los participantes tiene que tener una seña única, con un gesto que lo identifique del resto. Cuando cada uno de nosotros muestre su seña, inicia el juego —explicó Rocco y mostró su seña.

—Entiendo, ahora dime cómo hago para ganar —indagó ella con superioridad.

Luca descubrió algo nuevo en su chica: era competitiva a rabiar.

—Yo inicio el juego mostrando mi seña, luego sigues tú repitiendo el mío y agregas el tuyo. Así el siguiente los repite todos y añade el suyo —especificó Rocco, y comenzó con un ejemplo sencillo para que entendiera la dinámica.

—Y el que pierde, debe beber por completo su vaso de cerveza —soltó Alessia emocionada.

—¿Todo el vaso? —cuestionó Fiorella, con los ojos abiertos como plato.

—Todo. Claro, si quieres ganar. —La retó Luca.

Fiorella lo miró con determinación, cerrando un poco los párpados.

El truco consistía en estar atenta y memorizar con rapidez los gestos para repetirlos cuando corresponda. ¡Fácil!

—Perfecto, iniciemos.

Todos comenzaron a golpear con las palmas de la mano la superficie de la mesa; se sentía el estruendo generado que fluía desde los brazos hasta el resto del cuerpo. Una vibración que producía ansiedad y un poco de nerviosismo.

Ninguno quería perder.

—Empiezo yo —anunció Flavio con una sonrisa entre macabra y divertida.

De inmediato hizo su seña y continuó golpeando la mesa; luego Pia, seguida por Luca. Todo era demasiado rápido para Fiorella, cuando fue su turno intentó concentrarse y recordar poco a poco las señas anteriores de sus amigos.

«¡Dios, que difícil!», pensó.

—¡Perdiste! —gritaron al unísono, colocándose de pie.

—Te toca beber todo el vaso de cerveza —sentenció Luca, con una sonrisa más grande que su cara.

—Lo sé, entendí las reglas del juego desde el inicio —dijo molesta con ella misma, pues deseaba ganar.

Fiorella tomó el vaso de cerveza entre sus manos y lo observó un momento, calculando cuánto debía ejercitarse para gastar las cuarenta y tres calorías que ingresarían en su cuerpo. Aunque intentó beberlo todo de un trago, le fue imposible.

Mientras ella iba tragando, sus amigas junto a Fabiana la animaban con gritos.

—¡Fiore! ¡Fiore! ¡Fiore...!

Cuando terminó de beber toda la cerveza, golpeó el vaso sobre la mesa, se levantó de su silla y comenzó a bailar frente a Luca.

—¿Pensaste que no me lo iba a beber?

—Nunca dudé de ti.

—Mentiroso.

—¿Quieres otra oportunidad o te dio miedo? —Luca la retó de nuevo.

—¡Miedo a un vaso de cerveza! Qué poco me conoces chico.

Las mujeres sonrieron y fue Donna quien propuso el próximo reto.

—¿Qué les parece si jugamos hombres contra mujeres? Si uno de ustedes pierde, todos beben. Si alguna de nosotras pierde, todas bebemos.

—Sí, sí, sí... —Aceptaron los hombres, dándose golpes en el pecho, cual cavernícolas.

Si antes la tensión les fluía por el cuerpo, ahora estaba multiplicada por mil, cada uno sentía correr la adrenalina por las venas. El juego había tomado un carácter competitivo enorme, dejando ser una diversión para convertirse en el triunfo de un género completo.

Se sentaron de nuevo en sus sillas e iniciaron la ronda. Era el turno de Pia,

quien con picardía hizo su seña, seguida por Luca, luego Donna hasta Pietro, quien terminó repitiendo la seña de Luca y olvidó la de Donna.

Las chicas se levantaron eufóricas, emocionadas y gritando frases humillantes hacia los hombres, quienes no daban crédito de su mala suerte; querían asesinar al pobre de Pietro.

—¡Ganamos! Somos las mejores...

—A beber hasta el fondo. —Les demandó Fabiana, bailando junto a su hermana.

Fiorella no podía creer que tuvieran tan buena suerte. Miró por un segundo a su alrededor y disfrutó del ánimo de sus amigos, a la vez que reflexionaba sobre las palabras de Nicola. Era imposible rechazar esos momentos y alejarse de todo, cuando en realidad nunca antes había sido tan feliz. La estaba pasando genial.

Después de bailar hasta casi morir del agotamiento y beber algunas cervezas de más, la cabeza de Fiorella daba vueltas. Fabiana y Pietro horas atrás se habían marchado a otra reunión, dejando a Fiorella dichosa en la pista de baile junto a Mario, bailando una de las canciones más sonadas en Italia en esos momentos.

Fabio Rovazzi, con su canción *Andiamo a comandare*, se había convertido en un éxito viral dentro de todas las discotecas y clubes nocturnos del país. Era increíble ver cómo todos cantaban a puro pulmón cada estrofa de la canción y repetían los pasos de baile, como el video oficial del cantante. ¡Era alucinante!

*Ma guardi signor rovazzi  
Ho in mano qua la sua cartella  
E devo dirle che tra tutti I valori  
Le é salito  
L' andare a comandare, mi spiace*

*Ho un problema nella testa  
Funziona a metà  
Ogni tanto parte un suono che fa  
E ogni volta che mi parte situo imbarazzante  
Come quella volta che stavo al ristorante*

*Posso offrirti da bere?  
Lei dice: va bene  
Solo che quando le passo il bicchiere  
È una malattia  
È pericolosa  
Statemi lontano, è contagiosa!*

De repente, Fiorella sintió un nudo en el pecho. Esa extraña sensación de vacío que llega de golpe y te oprime el corazón. No sabía explicar por qué, simplemente estaba cargada de todo: el trabajo, su padre, el gimnasio y Nicola. Ese ser que no dejaba de aparecer en sus pensamientos y le taladraba la mente con sus quejas y reproches.

¡Cuánto anhelaba que él estuviera disfrutando junto a ella de sus amigos! ¿Qué tan difícil era tener todo lo que se deseaba? Decidió beber un trago más y darse una noche para ella. Vivir, bailar y disfrutar de sus veinticinco años.

\*\*\*

Solo recordaba hasta el quinto trago que se tomó, cuando despertó en casa de Pia, vestida con ropa de otra mujer.

«¿Dónde estaba su ropa? ¿Cómo llegó ahí?», intentó acordarse.

La luz tocó sus ojos y quiso morir. Maldijo todas las cervezas existentes sobre la faz de la tierra. Como pudo, poco a poco se levantó de la cama, sin quitar el dorso de la mano de sus ojos, y con la otra mano, sosteniendo su cabeza. Juraría que estaba dentro de un torbellino.

Salió hacia la cocina, en busca de un vaso de agua fría; sentía la garganta tan seca que le dolía un poco. Se llevó una gran impresión al encontrarse a Luca junto a Mario, durmiendo sobre un colchón inflable, en medio de la sala.

Caminó hasta la cocina con sigiló, para no despertarlos; bebió dos vasos de agua, y cuando iba de regreso, se encontró con Pia saliendo del baño, recién bañada y más fresca que una lechuga.

—¡Buenos días borrachita!

—Te odio, los odio a todos.

Pia soltó una fuerte carcajada y Fiorella sintió explotar su cabeza.

—Pero si anoche nos amabas a todos, tus gritos de felicidad los escucharon hasta en Roma.

—Por favor, no grites, me duele mucho la cabeza —dijo, llevándose una mano a la frente.

—Eso se llama resaca, es lo peor de una noche de copas.

—Los odio y no me hablen en toda su vida.

—Entra y báñate, mientras te busco algo de ropa limpia, porque la tuya, «amiga querida», está en una bolsa, toda vomitada.

—¿Qué?! —gritó sorprendida—. ¡Ay! Me duele la cabeza.

—No grites, que vas a despertar a los chicos —susurró—. Ven y entra al baño, eso te ayudará.

—Debo llamar a mi madre.

—Alessia la llamó anoche desde tu móvil, tranquila, ella sabe que estás aquí.

—Gracias.

—¿Hasta dónde te recuerdas?

—No lo sé..., hasta la hora loca, ¿hubo hora loca? —Se cuestionó pensativa, no estaba segura de qué era real y qué no.

Pia tuvo que taparse la boca para que sus carcajadas no despertaran a Luca y a Mario.

—Sí, sí hubo, y loca quedaste tú después de esos cócteles.

—¿Qué cócteles? Yo estaba bebiendo cerveza.

—Pero después decidiste probar el cóctel que bebía Alessia.

—No vuelvo a beber licor en toda mi desgraciada vida. ¡Lo juro!

Entre risas, Pia le aseguró:

—Eso lo decimos todos la primera vez.

—¡Créeme! Primera y última.

## CAPITULO 12

Fiorella se sintió mejor después del baño, con resignación se vistió con la ropa que Pia le prestó, aunque le quedaba algo grande. Su delgadez fue un problema.

Cuando volvió al salón, Mario y Luca estaban despiertos. Se percató de que Luca acababa de ducharse, porque el cabello húmedo le caía en finos mechones por encima de su cara. Por un momento, sintió la necesidad de llegar hasta él y peinarlo con sus dedos. Fiorella no podía creer lo que acababa de imaginar, seguro eran los efectos secundarios del alcohol.

Mario estaba en la cocina con Pia, preparando el desayuno, eran casi las once de la mañana. Un nuevo récord para Fiorella, pues hacía mucho tiempo que no dormía hasta esas horas del día.

De lunes a domingo, sin excepciones, Nicola no solo vigilaba su régimen alimenticio, sino su entrenamiento extremadamente controlado. Pero ella lo hacía, comprendiendo que era un estilo de vida acertado.

Quizás en sus inicios lo hizo por agradar a Nicola y compartir con él lo que más le gustaba, pero después se entregó de corazón, dispuesta a ser disciplinada y cuidadosa; no por Nicola, sino por ella misma.

Luca la vio llegar y supo de inmediato que se sentía mal, tenía una cara horrorosa. Esperó hasta que Fiorella se sentara junto a él en el sillón para preguntarle.

—¿Te duele?

—Mucho, y quiero que sepas que los odio a todos, pero a ti más, porque fuiste tú quien me compró esas cervezas —declaró, casi llorando del dolor—. Si muero será tu culpa.

Lucas se partió de la risa, intentando callarse por las quejas de la chica y su dolor de cabeza.

—Tengo el remedio perfecto para esa resaca.

—¿Cuál? Lo necesito urgente.

—Bébetе otra cerveza bien fría, y santo remedio. Se te quitarán todos los males.

—¡Qué, estás loco! —exclamó incrédula—. No quiero una gota más de ese licor en toda mi vida. ¿Tienes idea de cuánto engorda una cerveza?

—Sí, mira mi tripa ¡Orgullo cervecero! —Le dijo, levantando su camisa y apretándose la barriga.

—¡Dios, qué cerdo y horroroso eres!

Luca amaba jugar con ella y hacerla rabiar. Tenía un cuerpo casi perfecto, pero le encantaba molestarla. Desde hacía muchos años el surf y los deportes acuáticos colaboraban con el mantenimiento de su contextura; estaba seguro de que sin ellos, sería una bola rodante, pero feliz.

—Y tú eres una borrachita quejona.

—Borracha tus nalgas —contraatacó.

—¿Me las tocaste?

La pregunta la tomó por sorpresa.

—No, por supuesto que no. Ni en tus sueños.

—Por supuesto que en mis sueños sí.

Los colores le subieron al rostro de Fiorella.

—¿Sabes que a veces eres un impertinente, además de imbécil?

Sin que nada le quedara por dentro, Luca estalló muerto de risa. Pia y Mario salieron de la cocina para ver qué pasaba en la sala.

—¿De qué se ríe? —preguntó Pia, señalándolo.

—De mí, ¿qué te parece? Ahora soy su payasa —afirmó sonriendo, porque las carcajadas de Luca la contagiaron.

Luca intentaba explicarle, pero le fue imposible dejar de reír, mucho menos después de la afirmación de Fiorella.

—¡Ustedes dos están locos! —afirmó Mario y regresó a la cocina. La comida estaba lista y moría de hambre.

Sin embargo, comenzó a ver la nueva relación entre Fiorella y Luca, recordó la apuesta que él y Pia aún mantenían vigente.

«¿Será que al final, estos dos, si son compatibles?», pensó Mario.

Pia organizó la mesa y sirvió el jugo. Aunque el desayuno no era para nada lo que Fiorella estaba acostumbrada a comer, sabía que no podía seguir quejándose, menos delante de Luca. Además, tenía mucha hambre.

Comieron, recordando las mejores escenas de la noche anterior. Pia aprovechó la oportunidad para recordarles que las chicas habían ganado en Thumper y confirmó la revancha.

Luca se ofreció a acompañar a Fiorella hasta su casa. Al llegar, ella se despidió algo agitada dentro del auto, con un beso en la mejilla, y salió

disparada hasta su edificio.

Cuando atravesó el portal, chocó con la espalda de Nicola, quien venía hablando con su madre. Sus miradas se encontraron, pero ninguno habló. Como era costumbre, la señora la ignoró por completo.

Subieron las escaleras en un incómodo silencio, hasta que llegaron al piso donde vivía Fiorella. Antes de girar hacia el pasillo, buscó su mirada y lo que interpretó en el rostro de Nicola fue soberbia.

Adrede, él rompió el contacto, apartando la mirada. Quedó evidente por su aspecto físico, que estaba amanecida y vestía ropa prestada.

No había llegado a la puerta de su apartamento, cuando escuchó sonar su móvil con el tono de mensajes; abrió su bolso y sacó las llaves junto al teléfono. Desbloqueó la pantalla y el corazón le saltó del pecho cuando leyó el contenido.

- 🟢 Apesta a alcohol. ¿Quién lo diría?
- 🟢 Perdí 7 años de entrenamientos contigo. Sabes a la perfección el daño que le hace al cuerpo.
- 🟢 ¡Qué desilusión!

Las manos de Fiorella temblaban como un terremoto, y casi le fue imposible deslizar la llave dentro de la cerradura de la puerta. Cuando entró a casa, saludó a su hermana y siguió directo a su cuarto, seguida por sus gatos.

Fabiana supo al instante que algo había pasado. El rostro enrojecido y demacrado de su hermana no era consecuencia de unas cuantas cervezas. Decidió acompañarla y averiguar qué pasaba.

—¿Por qué estás llorando? —Le preguntó, acostándose a su lado en la cama, cara a cara—. ¿Pasó algo anoche, después de que me fui?

—No.

—¿Qué te pasa?

—Soy la mujer con la peor suerte de toda Sicilia... No. ¡De todo el mundo!

—Cuéntame.

—Me encontré con Nico y su madre en la puerta del edificio.

—¿Y qué tiene de extraño? Vivimos en el mismo lugar desde que nacimos.

—¡Fabiana, huéleme! Apesto a alcohol. Cada poro de mi cuerpo grita que bebí toda la noche —dijo casi sin aliento y con los ojos inundados de lágrimas

—. Nico se molestó más de lo que estaba. Siento que cada cosa que hago, pone peor la situación entre nosotros.

—¿Qué quieres tú?

—Lo que deseo es que todo vuelva a ser como antes, pero que él comprenda que mis amigos son ahora parte de mi vida.

—Tú conoces mejor que nadie a Nicola, él jamás permitirá que mantengas la amistad con las muchachas, muchísimo menos con los chicos.

—¿Mi sueño es un imposible?

—Sí, pero me gustaría que reflexionaras sobre todo lo que está pasando ahora. Necesito que lo veas desde otro punto de vista.

—¿Cuál?

Fabiana le tomó la barbilla con dulzura y sacudió la cabeza.

—¿Crees que hiciste algo malo anoche?

—El alcohol es un veneno para el cuerpo.

—¿Y cuántas veces lo has hecho?

—Solo una vez, pero mi mala suerte quiso que Nico me encontrara destilando alcohol, y justo cuando estaba con su madre.

—¡La bruja esa!

—Si vieras cómo me observó.

—Lo imagino.

—¿Qué hago hermana? —dijo Fiorella muy confundida.

—¿Mi hermana mayor me lo pregunta a mí?

—Bueno..., tú eres feliz con Pietro, y tienen una relación estable. Mientras que yo, no he podido lograr que Nicola formalice lo nuestro.

—¿Crees que lo hará?

—Sinceramente, no.

—¿Y qué harás?

—Escuchar por primera vez las palabras de mi madre y comenzar a vivir por y para mí. Durante estos dos años, Nico y yo jamás habíamos estado tan mal. Creo que esta relación se acabó.

—¿Crees o estás segura?

Ella suspiró.

—Creo..., no sé cómo explicártelo. Pero algo dentro de mí, me dice que él volverá algún día conmigo. Quizás no ahora, quizás este no sea nuestro momento.

Fabiana hizo una mueca de duda.

—¿Puede que tengas razón! Dejemos que pase lo que tenga que pasar... ¿Te parece?

—Sí, eso haré. Y gracias por estar aquí, ahora y siempre.

—Te quiero mucho, hermana.

—Yo te quiero más, enana —aseguró y la sostuvo con ternura entre sus brazos.

Cuando Fabiana se fue del cuarto, Fiorella se levantó de la cama con una nueva determinación para su vida. Miró todo a su alrededor. Muchos recuerdos acumulados de ellos dos decoraban parte de su habitación. Decidió que debía comenzar por apartarlo poco a poco, y había llegado el momento oportuno. ¡Era ahora o nunca!

Con la tristeza a mil, quiso despedirse de esos recuerdos con la canción que para ella era él en su vida: *Incomparable*.

*Así se apaga el sol  
Y la última esperanza de los hombres  
Nos quedará un abril  
Para desdibujar las estaciones  
No quiero un alma de papel  
Ni venerar la estupidez.*

*Aunque el mundo cae en pedazos  
yo mantengo un sueño a salvo  
nuevo y frágil que  
solo pertenece a ti*

*Aunque el mundo se deshace  
y el milagro es más difícil  
hoy nos sentimos más frágiles  
regresando a nuestro ayer  
siempre fuiste para mi incomparable.*

Marco Mengoni, explicaba en cada frase lo que su amor por Nicola había significado. Esa canción hacía dos años Fiorella se la había dedicado a él.

Llegó a su clóset y tomó la cazadora de cuero marrón que él le había regalado el día de su cumpleaños, también un par de zapatos deportivos que

eran idénticos a unos que él usaba. Cuando terminó de sacar toda la ropa que podía recordarlo, fue hasta su tocador y levantó un portarretrato de ellos juntos en un evento del gimnasio. Con la punta de los dedos acarició la imagen.

Todo era muy duro para ella, eran demasiados años amándolo, y cuando por fin pudo tenerlo, todo se había acabado.

Entre lágrimas tarareó una pequeña estrofa.

— ♪ El amor nunca entiende de lógica ♪ Es la vida que no se detiene ♪ Aunque el mundo cae en pedazos, yo mantengo un sueño a salvo... ♪

Quitó un afiche que tenía en la pared, donde ellos posaban juntos, como modelos del gimnasio; también guardó el peluche que él había ganado para ella en una feria. Con cada objeto, ropa o foto que quitaba de su lugar, sentía que arrancaba un pedacito de su corazón, pero estaba decidida.

## CAPITULO 13

Llegó Bianca con la compra de la semana, y al no encontrar a sus hijas en el salón, fue hasta sus cuartos, para verificar si estaban bien.

—Hola mamá —saludó Fabiana, sentada en su escritorio, investigando sobre un trabajo para la universidad.

—Hola pequeña. ¿Muchos deberes?

—Uff, ni te imaginas. Estoy sin un hueco libre, debo entregar este trabajo para el miércoles, y aún me falta mucho.

—Bueno, poco a poco. ¿Y tu hermana? ¿Ya llegó?

—Sí, está en su cuarto, pero mamá, se encontró con Nicola y su madre al llegar, y está un poco triste. Creo que debemos darle un poco más de tiempo y...

—¿Tiempo? ¡Nada de tiempo! Ese chico le ha robado demasiado tiempo a mi hija, demasiado —gritó la última palabra y salió del cuarto, rumbo al de Fiorella.

Abrió la puerta y la encontró guardando diversas cosas en un bolso de tela.

—Hola hija, ¿Cómo estás? ¿Qué tal te fue anoche?

—Hola mamá. Bien —dijo entre dientes. No quería preocupar otra vez a su madre, se rehusaba a que la viera afectada de nuevo por Nicola.

—Mírame Fiorella —exigió Bianca.

La joven se puso rígida por la orden que su madre le dio. Levantó la cara y miró sus ojos, tan azules como los de ella.

—¿Por qué estás llorando?

—Por Ni... —Su madre la interrumpió.

—Te pregunté por qué, no por quién.

Fiorella suspiró, indicando lo frustrante de la situación. Y le narró a su madre lo sucedido al llegar a casa.

Bianca se sentó en el sillón de su hija, ella tenía que saber cómo iban a ser las cosas a partir de ahora.

—Siéntate y escúchame con atención —ordenó—. ¿Sabes cuántas veces de mi vida me he encontrado con Bruno? —respondió por su hija y siguió hablando—. Infinitas veces, porque somos vecinos. Es por eso que tu padre

les exigió que nunca tuvieran una relación con compañeros de trabajo o vecinos, porque cuando la relación se acaba, quedan estos malos momentos, que son lógicos que ocurran. ¡Vivimos en el mismo edificio! ¿Qué esperabas? ¡¿No verlo más?! —exclamó, alzando un poco su tono de voz y agitando las manos.

—Por supuesto que sé que lo veré miles de veces mamá, pero ¿tenía que ser justo hoy? Cuando estoy apesto a alcohol.

—Será hoy, mañana y todos los días mientras tú o él sigan viviendo aquí, es inevitable. Lo importante es que debes aprender a vivir con eso.

—No es tan fácil.

—¡Me lo dices a mí!

—Lo siento madre, tienes razón.

—¿Qué son todas estas cosas? —preguntó, señalando con el dedo índice todo lo que estaba sobre su cama y dentro del bolso.

—Son los recuerdos de una relación sin futuro.

Bianca sabía que si la miraba, vería el dolor en sus ojos. Debía apoyarla ahora más que nunca, aprovechar este gran paso de fortaleza. Cuanto antes asumiera la pérdida, más fácil reconstruiría su vida.

—Perfecto, déjame ayudarte a deshacerte de todo, de inmediato. —La alentó y comenzó a guardar todo dentro del bolso, y cuando acabó, sin esperar a que su hija le indicara qué hacer con el, lo cargó en su espalda y salió de la habitación, dejándola sola.

Bianca sentía la necesidad de protegerla, hasta de sus propias malas decisiones y envolverla con sus brazos de madre, pero entendía que había momentos, donde sus hijas debían lamer sus heridas, pegar sus pedazos y despecharse en la soledad.

Ella no estaría por siempre a su lado, y los hijos son de la vida. Una madre no puede ser la eterna muleta, por mucho que lo desee su corazón. Sus hijas tenían que ser independientes.

Cuando Fiorella quedó sola, cargó a sus dos gatos y los montó en la cama. Ellos también eran un recuerdo de él, pero a ellos sí los iba a conservar. Eran parte de la familia, no unos simples objetos desechables que se podían obtener o tirar cuando quisiera. Fiorella los amaba tanto como lo hacían su madre y su hermana.

De imprevisto, Alessandra Amoroso y Mario Domm, llenaron la habitación con su balada: *Me siento sola*.

*Yo creí que podía encontrar en ti lo que siempre quise para mí  
Ahora entiendo que era una ilusión  
Parece demasiada diferencia la que hay entre tú y yo*

*Y todo lo que un día prometiste dime hoy ¿en qué quedo?  
Mírame ya no sé cómo explicártelo  
Estoy aquí, que triste ver que tú no sientes lo que siento yo  
Quisiera rescatarte y convencerte a salir del laberinto  
Trata de ver más allá de tu egoísmo.*

*Me siento sola  
Como pude permitir que tú acabaras convirtiéndome en tu sombra  
Ese fue mi error  
Duele ver que hemos llegado aquí  
No me puedo imaginar sin ti.*

*Te quiero y quiero rescatar tu amor  
Te pido que lo intentes  
Por favor  
Por favor  
Por favor.*

Cada palabra le retumbaba en el corazón, quizás estaba más sensible de lo normal, por el alcohol que aún tenía en su cuerpo, pero se sentía a morir; sin embargo, su hermana tenía razón, Nicola nunca compartiría su mundo con sus amigas. En eso estaba clara, y como tal, debía finiquitar los lazos entre ella y él.

Se levantó y caminó hasta su escritorio, encendió su portátil y comenzó a pensar cómo le convenía redactar su renuncia al cargo de instructora en el gimnasio. No quería levantar sospechas y generar murmullos, chismes o comentarios fuera de lugar.

Estaba segura de que tarde o temprano Nicola la despediría, y ella ese gusto no se lo daría. Primero ella renunciaría y saldría por la puerta grande, porque se lo merecía. Había trabajado muy duro durante los últimos cuatro años. Amaba sus clases de Zumba, y en cada una dio lo mejor, ahora buscaría

una nueva actividad para mantenerse activa y en forma.

Cuando terminó de escribir, imprimió dos copias y las guardó en su bolso de entrenamiento. Comenzaba la cuenta regresiva de Nicola en su vida.

El lunes decidió no entrenar, aunque se había prometido gastar las calorías ingeridas el sábado por las cervezas, prefirió llegar a la hora justa de su clase de Zumba para ver a Nicola lo menos posible. Era cierto que estaba dispuesta a cerrar ese ciclo en su vida, pero también entendía que a su corazón no se le podía pasar un borrador mágico y eliminar todo el amor que sentía por él. Al finalizar su clase, le entregó la carta a la secretaria administrativa.

—¿Te vas? ¡Es imposible! —exclamó sorprendida al leer la renuncia.

—Pues sí, tengo mucho trabajo en el hotel y se me hace muy difícil llegar puntual aquí y cumplir con los grupos.

—¿Nicola lo sabe?

—Por supuesto —mintió.

—¿Y te dejó ir así, sin negociar contigo un nuevo horario? Quizás puedan facilitarte otros turnos u otros días...

Fiorella la interrumpió.

—No, la verdad es que no puedo en ningún turno. Como les explico en la carta, mi renuncia es irrevocable. De igual forma, estoy muy agradecida por la oportunidad y la experiencia que me dio este trabajo a nivel personal.

—¡Aún no lo puedo creer! —exclamó y una mirada sagaz apareció en el rostro de la señora.

—Mi trabajo en el hotel es mi prioridad. Y en este momento, mi jefe necesita un poco más de mi tiempo y no puedo negarme. —Volvió a mentir. Necesitaba que la secretaria creyera firmemente en su motivo de renuncia—. ¿Puedes firmarme una copia como recibida y tú te quedas con la original?

—Sí, sí, claro —dijo la señora y firmó ambas hojas. Luego se levantó de su silla y sorprendió a Fiorella llegando a ella para abrazarla.

—¡Te vamos a extrañar!

La chica sintió nostalgia, quizás no era tan mala como pensaba.

—Y yo a ustedes. Han sido cuatro años juntos —afirmó y se soltó del abrazo.

No quería quedarse más tiempo, así que decidió marcharse lo más pronto posible. Fue hasta su clóset y recogió todo lo que estaba dentro.

Cuando traspasó las puertas del gimnasio, sintió como si un bloque de hielo

se desplomaba sobre ella. No quería ir a casa, necesitaba tomar aire y liberar esa presión. Caminó hasta un borde de la isla y llegó a la Fuente de Aretusa; bajó por una escalinata de piedra hasta encontrar un pedacito de playa.

Se quitó las zapatillas deportivas junto con los calcetines y se metió al mar. Al lado, las personas que disfrutaban de un solárium la miraban con curiosidad, pero al cabo de unos minutos, la ignoraron. Se sentó en la arena y decidió llamar a Pia, necesitaba hablar con alguien.

—Hola Fiore, ¿cómo estás? —Quiso saber su amiga, un tanto extrañada por esa llamada.

—¿Estás ocupada?

—No, pero dime cómo estás, ¿te pasa algo? —Volvió a preguntar, percibiendo en su voz que algo le sucedía. Aunque en realidad solo estaba ocupada preparando la cena junto a Mario.

—Necesitaba hablar con alguien y creí que podíamos...

Pia la interrumpió mientras caminaba hacia la terraza del apartamento, no quería que Mario escuchara la conversación.

—Gracias por pensar en mí. Sabes que puedes confiar, nada de lo que me digas lo contaré.

—Lo sé y te lo agradezco.

—¿Qué pasó?

—Acabo de renunciar al gimnasio —contó, soltando todo el aire de los pulmones.

—¿Y eso por qué?

Fiorella comenzó a jugar con la arena de la playa, haciendo pequeñas montañas y dibujando figuras con sus dedos.

—¿Te recuerdas de Nicola? Mi vecino, el que...

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué pasa con él?

—Es uno de los dueños del gimnasio donde trabajo, además de que era mi pareja y...

—¿Tu novio? —preguntó Pia, sentándose en una de las sillas de su terraza.

—No con exactitud, es muy difícil de explicar por teléfono.

—¿Renunciaste por él?

—Sí, eso te quería contar. Me vio llegar de tu casa ayer y se molestó mucho porque estaba casi ebria, además de que llevaba tu ropa puesta y era evidente que me quedaba un poco grande.

—¿Y por esa tontería renunciaste?

—No, ha sido un cúmulo de situaciones.

—¿Como cuáles?

Fiorella intentó resumirle a Pia los diversos motivos que la llevaron a tomar esa decisión. Necesitaba de su apoyo.

Hablaron durante veinte minutos, y al terminar la llamada, Fiorella reflexionó sobre las últimas palabras de su amiga: «*La vida no te quita lo que quieres, simplemente te deja espacio para algo mucho mejor*». Y por ese futuro se planteó luchar.

Para Fiorella la semana transcurrió tan gris como el clima de la isla, en mayo las lluvias eran más frecuentes y molestaban a los turistas. Aunque había recibido llamadas de las chicas, su ánimo estaba por los suelos.

«*Una cosa es querer y la otra es poder*», pensó.

El viernes, al salir del hotel, se fue directo hasta su casa, sin responder los quinientos mensajes de WhatsApp del grupo de amigas.

Cuando llegó, encontró a su madre hablando por teléfono y a Fabiana acostada en su cuarto con Pietro, viendo un programa de televisión. Los saludó con cariño y entró a su cuarto para darse un baño y acostarse.

Todos en casa estaban feliz porque había renunciado al gimnasio y por fin era libre de hacer lo que quisiese con su tiempo. Pero para ella su decisión la llenó de tristeza, no quería recordar su clase de Zumba y a sus alumnos, todo era muy reciente y los extrañaba un montón.

Lista, con su pijama puesta, subió a la cama en compañía de Mía. No había pasado mucho tiempo cuando un alboroto la sacó de la soñolencia, y antes de percatarse de quiénes eran, estaban sobre ella.

—Pero, ¿qué haces en la cama un viernes por la noche? ¡Estás loca! — exclamó Alessia, quien vestía un precioso vestido crema, ajustado al cuerpo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Les preguntó Fiorella, levantándose de la cama.

—Vinimos a buscarte —alegó Pia—. Como no contestaste los mensajes del grupo, pensé que era mejor venir por ti.

—Chicas, no quiero salir esta noche, lo siento.

—Amiga, lo mejor es lo que pasa. ¡Recuérdalo! —dijo Carlotta—. ¿Cuántos días llevas en este estado?

—Pocos, solo esta semana —mintió Fiorella.

—¿Nos vas a contar el motivo de tu tristeza o tenemos que emborracharte

para que nos digas todo? —sonrió Donna, sentada en el sillón.

—No he querido involucrarlas, porque sé que cada una tiene una vida y sus problemas, para que yo les agregue más.

—¡Eres tonta! Somos amigas desde hace años, ¿cómo puedes pensar eso de nosotras? —cuestionó Alessia—. Aquí todas somos importantes y los problemas de una son los de todas.

—Fiorella, mírame. —Le pidió Donna—. ¿Crees que no me sentí morir cuando me separé del imbécil? Nadie puede decir que es fácil. Para mí fue traumático, pero estoy segura de que hoy estoy mucho mejor que ayer, y mañana lo estaré más.

—¡Arriba ese ánimo! No sé por quién estás así, pero estoy segura de que es él quien pierde una gran mujer. Afuera hay miles de hombres que morirían por ti.

—Yo conozco uno que no para de preguntar por ti —añadió Pia y le guiñó un ojo.

—¿Luca? —indagó Fiorella.

—Sí, el mismo. Y quiero que sepas que me tiene sorprendida, desde que te conoció no lo he visto con esas lagartas con las que suele salir a beber.

—¿Le gustan las lagartas? —cuestionó Carlotta con cara de asombro—. No tiene cara de gustarle ese tipo de mujer.

Durante las próximas dos horas conversaron de todo y de todos. Las chicas intentaban subirle los ánimos a su amiga. Quizás aceptaría salir con ellas, para despejar la mente de tantos problemas.

—¿Por qué no salimos un rato a bailar y así nos divertimos un poco? Lo merecemos, después de una semana de trabajo fuerte. —Las invitó Carlotta—. Además, debo aprovechar que Carmelina está con mis padres y tengo la noche libre.

—¿Dónde está Marco? —preguntó Alessia.

—No me lo van a creer... Está jugando videojuegos con sus amigos en casa. Tienen una guerra de dos bandos, y es a muerte —respondió Carlotta, tan emocionada que parecía una niña.

—Si es tu noche libre, ¿qué hacemos aquí? —bromeó Fiorella y se paró a abrir las puertas de su clóset.

Las muchachas se levantaron de sus lugares y exclamaron frases de triunfo y optimismo. Habían logrado casi lo imposible.

## CAPÍTULO 14

Cuando llegaron al club nocturno, fueron recibidas por los acordes de Álvaro Soler y su canción: *Sofía*. Toda la gente la cantaba con gran entusiasmo.

*Ya no te creo, ya no te deseo, eh oh  
Solo te dejo, solo te deseo, eh oh*

*Mira, Sofía  
Sin tu mirada, sigo  
Sin tu mirada, sigo*

*Dime Sofía...,  
¿cómo te mira? dime  
¿cómo te mira? dime  
Sé que no, sé que no  
Sé que solo, sé que ya no soy oy oy oy*

Las cinco chicas dejaron rápidamente sus pocas pertenencias en la primera mesa que encontraron desocupada y salieron disparadas al centro de la pista de baile. Se unieron al frenesí, bailando y cantando a todo pulmón la canción.

*Dices que éramos felices  
Todo ya pasó, todo ya pasó  
Sé que te corté las alas  
Él te hizo volar, él te hizo soñar.*

*Ya no te creo, ya no te deseo, eh oh  
Solo te dejo, solo te deseo, eh oh*

Después de bailar por un largo rato, regresaron a su mesa y pidieron algo de beber. Cada una se decidió por su trago favorito, incluyendo Fiorella, con su acostumbrada botella de agua.

Mientras cada una hablaba, Fiorella las observaba con detenimiento, detallando lo distintas que eran entre sí. Pia vestía un elegante traje de dos piezas en color turquesa, que la hacía lucir muy profesional y ejecutiva. Alessia vestía un precioso vestido color crema, ajustado al cuerpo. Mientras que Carlotta y Donna llevaban unos vaqueros, combinados con elegantes blusas.

Tan distintas, pero a la vez tan compenetradas y amigas. Ese era el encanto de la amistad.

Aunque el ambiente entre ellas era divertido, Fiorella sabía que las chicas quizás se sentirían mejor con sus parejas.

—Pia, ¿es cierto que han preguntado por mí? —Quiso confirmar Fiorella antes de llevar a cabo lo que estaba pensando.

Alessia, Carlotta y Donna abrieron los ojos, y con caras de sorpresa, intercambiaron miradas entre Pia y Fiorella.

—Sí, y mucho. Sabes muy bien que no te mentiría con algo así.

—¡Genial! —Aplaudió Fiorella, mientras sacaba el móvil del bolso y buscaba en su lista de contactos el número de Luca.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Alessia, tomando la mano de su amiga con urgencia.

—Tranquila, solo deseo invitar a un amigo esta noche —aclaró la chica—. Quiero que la pasemos a lo grande.

—¡Así se habla amiga! Esa es la forma de enfrentar las dificultades, viviendo la vida al máximo —añadió Donna con absoluta certeza.

—Eso merece un brindis —sugirió Carlotta, levantando su vaso—. Brindemos por nosotras, para que nuestros sueños se realicen...

Donna la interrumpió para agregar algo más.

—Y por el sexo, que cada día sea tan bueno como hasta ahora.

Todas estallaron en carcajadas.

—Por el amor, por que sea verdadero —soltó Pia, mirando a sus amigas.

—Por momentos como este, que sean una constante en nuestras vidas —agregó Alessia.

Solo faltaba Fiorella por decir sus palabras, y luego de pensarlo unos segundos, supo por qué deseaba brindar.

—Por un amor a mi medida, ese que tanto he soñado.

—*Cin cin.*

Chocaron los vasos en el centro de la mesa y cada una bebió su trago.

Fiorella, quien aún tenía el móvil en la mano izquierda, comenzó a redactar un par de mensajes:

- 📍 Hace algunas semanas atrás me invitaste a salir con mis amigas, pero se me había hecho imposible aceptar.
- 📍 ¿Estás disponible para mí esta noche?

Luca se encontraba junto a Flavio, celebrando el cumpleaños de su compañero de trabajo Lorenzo, cuando sintió el móvil vibrar en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y vio que eran unos mensajes de WhatsApp.

Se sorprendió al leer los dos párrafos. Hacía tanto tiempo que esperaba esa respuesta, que ahora no lo podía creer.

Escribió lo primero que pensó.

- 📍 ¿Me estás escribiendo a mí?

Fiorella, al leer la respuesta, pensó que quizás se había confundido de persona, así que prefirió confirmar:

- 📍 Eres Luca Rossi, el hermano de Mario, ¿no?

Luca soltó una fuerte carcajada al recordar la primera vez que ella había anotado sus datos. Aún lo tenía grabado como: «el hermano de Mario». Con la sonrisa en la cara le respondió.

- 📍 Sí, el mismo.
- 📍 Lo que aún no puedo creer es que me estés escribiendo.

Fiorella se sonrojó al instante de leer los mensajes, pero le dio la razón. Era entendible que se sorprendiera después de tanto tiempo. La duda comenzó a abrir zanjas en ella.

¿Y si la rechazaba? ¿Si no quería verla más? Después de todo, ella siempre se había comportado muy distante y poco amigable con él.

¡Dios, no sabía qué escribirle!

Luca, quien tenía la conversación abierta, veía que escribía y paraba, pero no terminaba de enviarle nada.

«*Seguro se está arrepintiendo*», pensó. Tenía que actuar rápido o perdería la oportunidad de estar con ella. Envío el mensaje sin poder evitar sonreír con picardía. Sabía que la chica no esperaría un mensaje así, y eso era lo divertido. Sacarla de su mundo de confort.

📍 ¿Qué me propones?

Él había rogado por ella, no esperaba jamás lo mismo de su parte, pero un poco de travesura no le caería nada mal a la muchacha. No quiso hacerla sufrir más y decidió complacerla.

📍 Para ti siempre estoy disponible.

📍 Envíame la dirección y allí estaré en pocos minutos.

Los mensajes fueron como agua fresca para la mujer, sentía la adrenalina correr por el cuerpo. Jamás había enviado un mensaje así a nadie. Ni siquiera a Nicola, pero saber que Luca aceptaba su invitación, la emocionó. Como aún tenía el móvil en la mano, decidió asignarle un tono único de llamada.

—Bueno, como Fiorella invitó a Luca..., yo invitaré a Flavio —avisó Donna, poniéndose de pie para salir a la terraza y poder llamar a su novio.

No faltó mucho para que Alessia, Pia y Carlotta invitaran a sus respectivas parejas. Los planes de la noche habían cambiado un poco, pero estaban seguras de que la iban a disfrutar de igual manera.

Una hora después, seguían bailando a un lado de la pista. Carlotta tomó la mano de Fiorella para hacerla girar, mientras Pia, Alessia y Donna aplaudían y reían. Les encantaba bailar entre ellas.

En ese instante Carlotta sintió las manos de un hombre en su cintura; por instinto, volteó la cara, y se encontró con la preciosa sonrisa de su esposo. Soltó las manos de Fiorella y volcó todo su cuerpo a los brazos de Marco.

Fiorella contempló la escena con sentimientos encontrados, la hacía feliz ver a su amiga tan enamorada de su esposo y él de Carlotta, pero también sentía algo de nostalgia por no tener «eso» en su vida.

«*¿Cuánto he añorado un momento así entre Nicola y yo?*», con esos pensamientos atormentando su cabeza, bajó la mirada, y cuando giró para buscar a sus amigas, impactó contra el pecho de Luca, quien la venía

observando desde el instante en que entró al club.

Él la tomó por los brazos y la pegó a su cuerpo, no quería que se alejara. Tan solo percibir su exquisito olor a coco, lo enloqueció.

Fiorella subió la mirada y quedó embriagada por su hermosa sonrisa. La oscuridad del lugar no le permitió detallarlo, pero estaba segura de que lucía impresionante.

—¿Bailas? —Le susurró Luca al oído con dulzura.

La mujer se estremeció, cuando el tibio aliento de él viajó desde el cuello hasta su oído.

—¿Contigo? —respondió Fiorella con otra pregunta. Ese hombre la ponía nerviosa.

—Y con nadie más —sentenció Luca.

Fiorella hizo un movimiento de cabeza, afirmando dicha premisa. Comenzaron a bailar con lentitud, permitiendo que sus cuerpos se acoplaran a la perfección. Sus ojos volvieron a encontrarse, y Luca sintió como si le hubiese alcanzado una descarga eléctrica.

La intensidad del azul en los ojos de Fiorella lo hipnotizaba. Azules como el mar de Sicilia, como el color de las flores que cultivaba su abuela. Por eso, cada vez que la miraba, una cálida sensación le recorría el cuerpo.

Parecía que era capaz de ver a través de ella, y no era muy difícil para él descubrirle sus dudas y temores. La ponía nerviosa, algo inquieta, y quizás la hacía desconfiar. Sentimientos que le hacían ser más precavido con ella.

La música había acabado, pero ellos seguían abrazados. Hasta que los suaves acordes de Marco Mengoni llenaron cada rincón del club. Su canción: *Invencible*, hizo que la frágil coraza de Fiorella se quebrara como un cristal viejo.

*Seis de la mañana en los andenes  
La densa niebla esconde tempestades  
El viento en nuestra cara son espinas  
Y yo desarmo el frío porque  
Estás conmigo, estás conmigo, estás conmigo  
Estás aquí y me siento invencible.*

*Hay otro avión a punto de marcharse  
Y en tierra un corazón que se deshace*

*No hay pánico a volar ni miedo al aire  
El miedo es a alejarse y despedirse  
Estás conmigo, estás conmigo, estás aquí...*

—¡Estás conmigo, estás conmigo, estás aquí! —murmuró Fiorella, con la voz entrecortada por el llanto reprimido, mientras apretaba su cuerpo contra el de él.

Luca eliminó la burbuja de lujuria que lo envolvía por tenerla junto a él, y sin dudarle ni un segundo, la abrazó con ternura para consolarla. No sabía qué le ocurría, si era por él o por otro hombre que lloraba, pero no era el momento de averiguarlo.

La letra de la canción avanzaba, liberando miles de pensamientos en la mente de la chica.

*Un mundo tras nosotros  
Todo se mueve en torno  
Hacia ese tiempo y su locura  
Tú respírame tranquila  
Y me verás alzar el vuelo*

*Regálame un segundo  
Para construir un mundo donde es fácil navegar  
Hacia la misma dirección que hay en tus ojos  
Y reencontrarme un poco en mí.*

Tenía que irse de ahí o comenzarían a hacer preguntas que ella prefería no responder.

Fiorella miró indecisa al hombre que la cubría entre sus brazos, y con poco valor, le preguntó:

—¿Me llevas a la playa?

—Por supuesto.

Su serenidad dadas las circunstancias era admirable.

Luca le hizo señas a su hermano para que supiera que se iban y no volverían; y de Flavio, que había llegado tiempo atrás con él, se despidió con un movimiento de cabeza. Cuando pasaron por la mesa a recoger el bolso de Fiorella, se despidieron de Carlotta, Marco, Alessia y Rocco.

Pero hubo un detalle que Pia desde la distancia no perdió de vista, que Luca no soltaba la mano de Fiorella. Sin importar los movimientos de la chica, él mantenía el agarre.

*«Creo, que he ganado una apuesta»*, pensó.

## CAPÍTULO 15

Al salir, Luca le lanzó una mirada intrigada, mientras se adelantaba para abrirle la puerta del auto. Aún no podía creer lo que ella le había pedido, pero algo más lo atormentaba y necesitaba saber quién era.

Fiorella subió al vehículo con parsimonia, estaba incómoda y sorprendida por la actitud de Luca. No era el hombre que ella creía. Durante el recorrido, prefirió bajar la ventanilla del auto y contemplar la carretera.

Luca la dejó cavilar y no consideró prudente interrumpir sus pensamientos.

Volviéndose hacia él, Fiorella le preguntó:

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

Luca entrecerró los ojos, observando la dificultad con que ella se expresaba.

—No, ¿por qué debo pensar eso?

—Por pedirte venir a la playa a estas horas, con este clima.

Él no era como la mayoría de los hombres, que creían caprichosas a las mujeres. Entendía que algo debía sucederle.

—Si es lo que quieres y yo puedo complacerte, es un honor para mí.

—¿Sabes cuando uno está tan mal, que el cuerpo necesita esa conexión urgente con el mar, para limpiar el alma? Así estoy, lo necesito urgente — confesó mirándolo directo a los ojos, mientras intentaba recoger un poco su cabello, que volaba por la fuerte brisa, proveniente de la ventana.

—Yo también amo el mar, y entiendo de ese poder al que te refieres.

Retornó el silencio hasta que Luca estacionó su vehículo frente a la playa Fontane Bianche.

Fiorella suspiró.

—Conozco esta playa.

—Bien, ¿vas a bajar o te quedarás aquí contemplándola? —cuestionó él.

Ella abrió la puerta, y al poner los pies en la arena, sintió cómo se le hundían los tacones de aguja. Prefirió quitárselos y dejarlos dentro del auto.

Cuando Luca llegó hasta ella, le tendió la mano para acompañarla hasta la orilla de la playa. Él se quitó los zapatos, junto a los calcetines, y los arrojó a un lado. Comenzaron a caminar poco a poco, dejando que el agua mojara sus

pies.

A mitad de camino, Fiorella se sentó en la arena, con la mirada fija hacia la inmensidad del mar. Luca la acompañó en silencio, y al cabo de unos minutos, se volvió hacia Fiorella, dando por sentado que seguiría mirando el mar; pero se sorprendió al ver que por el contrario, lo estaba observando a él.

La luna llena alumbraba desde el horizonte, brindándoles un espectacular fondo artístico, solo como la naturaleza era capaz de dar. De repente, ella rompió en llanto. Él la tomó por los hombros y la reclinó en su pecho, para dejarla llorar.

—Tengo diez años de mi vida, amando a un cabrón de puta madre que me ha engañado, ilusionado, utilizado y enamorado como ha querido.

Luca soltó un bufido de incredulidad. Iba a hablar, pero ella lo interrumpió:

—Cállate y escúchame Luca.

Él cabeceó molesto. Hacía tiempo que no sentía ese deseo de golpear a alguien con tanto anhelo. Sus peleas callejeras formaban parte de su juventud, parte de su pasado; pero en ese instante, la fiera despertó con fuerza.

Fiorella no quería escuchar reclamos ni críticas, él era un extraño, y los extraños no cuestionaban ni juzgaban. Solo escuchaban y daban consejos absurdos, imposibles de hacer.

—Tenemos dos años en una especie de «relación» un tanto clandestina.

—¿Es tu novio? —preguntó, con la ansiedad de saber la verdad.

—No —contestó tajante y sin titubear.

—¿Por qué no?

—Por varias razones, la primera: mi madre fue novia de su padre y lo dejó cuando conoció al mío...

Luca la interrumpió, extrañado.

—¿Y qué tiene que ver eso con ustedes?

—Para Nicola... Todo. Su padre no lo supera, y vive lleno de rencores absurdos hacia mi familia.

Luca levantó una ceja.

—¿Se llama Nicola?

—Sí, y para empeorar la situación..., es mi vecino.

—Hmmm, ¿qué edad tiene ese tal Nicola?

Ignorante del efecto que tenía toda esa información en Luca, Fiorella contestó:

—Veintiséis años.

—¿Y un hombre de veintiséis años deja que los rencores de sus padres puedan más que el amor que siente por su mujer?

Ella se desconcertó por la pregunta.

—No es la única razón.

—¿Es casado?

—¡No! Claro que no. ¿Por qué piensas eso?

—No me explico cómo un hombre mantiene una relación de dos años «clandestina» por razones estúpidas y sin sentido. No lo entiendo.

—Quizás la verdadera razón es porque tuvo una relación anterior muy complicada, y eso lo ha hecho actuar de esa manera.

—Si no lo oigo de ti, no lo creería jamás. ¿Estás justificándolo? ¿Estás escuchando lo que dices?

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y él comenzó a limpiarlas y a besar su cabeza con inmensa ternura.

—Si llevan dos años así, ¿por qué ahora estás tan mal? ¿Qué ha cambiado?

—Creo que es un cúmulo de situaciones que me han arrastrado a esto, no lo sé...

—¿Como cuáles? Si se puede saber.

—Estos últimos días hemos discutido por todo y por nada, entre tantas cosas, me prohibió que continuara mi amistad con las chicas...

La suavidad en su tono de voz desapareció y se esforzó en controlar su rabia.

—¿Que te prohibió qué?! Pero... ¿qué le pasa a ese cabrón?

—Exacto, es un cabrón. Lo has dicho.

—¿Dejarás de ver a las chicas? —preguntó inquieto.

—¡Por supuesto que no! Además, no es el único motivo que nos separa.

A Luca no le gustaba para nada la confesión de Fiorella.

—Ah, ¿no?

—Está saliendo con otra mujer. No me confirmó si eran novios o solo amigos, pero...

—¿Tú qué crees?

—No puedo entender cómo hemos llegado hasta aquí, a un punto sin retorno. Así lo siento, y me parte el corazón creer que tiene a otra persona. Aunque me niegue a creerlo, sé que existe, no puedo tapan el sol con un dedo. Y reconocerlo hoy, aquí, junto a ti, ha sido lo más vergonzoso del mundo.

Tanta vulnerabilidad le golpeó el corazón, debía intentar sacarla de ese

estado melancólico. Lo sorprendía, no sabía qué pensar de ella, pero no era momento de preguntas o reproches.

—Tengo un plan... Espero lo aceptes.

—¿Cuál?

—Vamos al mar, entremos y dejemos que el limpie esas lágrimas. Luego pensamos cómo resucitar tu corazón. ¿Qué te parece? —preguntó, levantándose de un salto.

Fiorella se tensó, nunca antes había hecho algo parecido. Se puso de pie para discutir con él frente a frente.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡No tenemos trajes de baño!

—¿Traes ropa interior? Si dices que no me dará un infarto fulminante en ese instante, solo de imaginarte desnuda.

—¡Por supuesto que uso ropa interior! —exclamó, colocando los brazos en jarra.

—Bien... Ahora, como puedes ver, no hay nadie más en la playa —dijo él, señalando todo el lugar.

—Estás tú, eso es suficiente. La sociedad dice...

—Esa señora no está aquí, seguro está durmiendo a estas horas. Dime, ¿quieres entrar al mar, sí o no? No te voy a obligar.

Después de pensarlo, Fiorella contestó:

—Sí, sí quiero.

—Perfecto, para que te sientas más cómoda, yo me doy la vuelta mientras tú te desvistes y entras.

—De acuerdo, pero no voltees.

—¡Lo prometo!

Luca se giró, y Fiorella, entre tirones, se quitó el pantalón y la camisa; los dejó sobre la arena, uno sobre otro, y corrió hacia el agua.

Mientras estaba de pie, Luca pensó en qué demonios estaba haciendo. Él no tenía el control de nada, ni de su cuerpo, ni mucho menos de su mente. Carraspeó, para poder hablar.

—¿Lista?!

—¡Sí! —gritó ella desde el mar.

El hombre comenzó a desvestirse con una desesperación inimaginable, su ropa volaba por los aires, y sin nada de vergüenza, se quedó en bóxer y entró corriendo igual que ella.

A esas alturas de la noche, Fiorella ya no lloraba, sino titiritaba y reía del

frío. Cada soplo del aire la hacía temblar, sus dedos estaban congelados como el hielo, y supo que estaba nerviosa.

Luca se acercó con lentitud a ella, no quería asustarla, pero fue sorprendido cuando Fiorella se guindó de su cuello, en busca de calor.

Él se estremeció por el contacto de su piel, si la creía bella, a la luz de la luna lo era más. No podía ver su rostro, porque estaba literalmente colgada a él, con la cara detrás de su cuello, pero podía sentir cada parte de su cuerpo.

Estando sobre Luca, Fiorella se dio cuenta por primera vez de sus duros músculos. Abrazada a sus anchos hombros, sintió cuando él comenzó a recorrer su espalda con sus grandes manos. Luca la tomó por la cintura y la apretó lo más delicado que pudo. Sabía que se jugaba su confianza, y no iba a desperdiciarla.

—¿Te sientes mejor?

—Un poco.

—A la cuenta de tres nos sumergimos juntos, ¿te parece?

—Bien.

—Uno, dos y...

Ambos tomaron una bocanada de aire frío y se sumergieron abrazados y pataleando. Debajo del agua se separaron un poco y quedaron frente a frente, con los cachetes inflados de aire y los labios apretados.

Luca hizo una mueca graciosa y ambos explotaron en carcajadas, perdiendo el aire guardado, por lo que salieron a la superficie entre risas y ataques de tos.

—¡Eres un tonto! —dijo ella, mientras se apretaba los ojos con la mano para quitarse el exceso de agua salada.

—¿Yo?! —exclamó con gracia—. Pero si no hice nada.

Fiorella volvió a sus brazos y lo miró directo a la cara.

—Gracias.

—¿Por? —preguntó Luca, quitándole con ternura un mechón de cabello que le cubría un ojo.

—Por todo, por traerme, por escucharme y por ser tan tú.

—¿Tan yo? —Retrocedió un poco y le hizo muecas con la cara.

—Sí, tú.

Y antes de que Luca volviera a hablar, Fiorella cubrió sus labios con ternura. Fue un simple roce de piel, y con algo de duda, volvió a besarlo. Ambos sintieron como si una gran explosión los sacó del mar. La química que

nació entre ellos los sorprendió.

Sus labios se separaron y sus miradas se encontraron, ella leyó en los ojos de él que no había vuelta atrás. Sus pupilas dilatadas fueron la primera evidencia de lo que quería su cuerpo, miró su boca, y el pulso de su cuello se disparó. Sabía qué iba a pasar.

Podía detenerlo si quisiese, pero no quería. Jamás había deseado con tanta lujuria que un hombre la besara. Nuca hasta aquel momento.

La expectativa crujía en su interior como un voraz incendio en un bosque seco. Luca necesitaba probar el sabor de aquella boca exquisita, la tomó con locura y profundizó el beso. Ambos quedaron sin aliento, él estuvo a punto de gemir, perdido en tan dulce sabor y en la profundidad de su boca.

La piel de ella era seda pura bajo sus dedos. Fue un beso osado, posesivo, intenso, como él mismo. Nada parecido al tierno beso que ella le había dado.

Cuando el beso terminó, las piernas de Fiorella rodeaban las caderas de Luca, y sus manos le habían recorrido todo el cuerpo. Sus pezones se habían endurecido contra su pecho, ceñidos a él.

La cordura volvió a su mente como un puño al estómago, no estaba dispuesta a permitir que sus caricias y su cuerpo la intimidasen.

Tan rápido como se adhirió a él, se liberó; sorprendiendo a Luca por ese brusco cambio.

«*¿Qué hice, para que reaccionara así?*», se cuestionó él.

Fiorella, sin emitir palabra alguna, salió del agua, con la excitación golpeando en su interior.

## CAPÍTULO 16

Luca quedó desorientado, hacía unos segundos atrás estaba viviendo un sueño, despegado de la tierra y recorriendo el majestuoso cuerpo de Fiorella. Ahora ella corría lejos de él. ¿Qué hizo mal? ¿Qué había pasado?

Salió tras ella, y sin intercambiar palabra, buscó su ropa entre la oscuridad de la noche. En cuanto la encontró, recogió el pantalón y se lo puso sin importarle lo mojado que él estaba. Luego alcanzó la camisa, pero en vez de ponérsela, llegó hasta ella y se la ofreció, estirando el brazo para acercársela.

—Puedes secarte con ella.

—Gracias —murmuró Fiorella, temblando de frío—. ¿Puedes voltearte para quitarme la ropa interior mojada y vestirme?

—¡Claro!

Luca comenzó a buscar sus zapatos, dejándola sola para que se vistiera con tranquilidad. Al terminar, ella lo alcanzó a mitad de la playa. Caminaron en silencio uno al lado del otro, como si lo sucedido antes hubiese sido prohibido.

Él pensó, «¡Jodeté imbécil, la tenías y la cagaste por no saber aguantar!».

Cuando llegaron al auto, Luca le entregó su cazadora de cuero.

—No quiero mojártela —indicó Fiorella, negando con un movimiento de cabeza.

—Por favor, úsala. Sin ropa interior y tu blusa húmeda, se ve... todo, y no quiero que nadie te vea así —señaló, un poco avergonzado.

Fiorella bajó la mirada a sus pechos y comprobó que ambos pezones se marcaban en la ajustada camisa.

—Te lo agradezco —dijo apenada, mientras se cubría.

—Pronto amanecerá, y me gustaría verlo. ¿Nos podemos quedar unos minutos? —indagó él, colocándose los calcetines y zapatos.

—Sí, claro. Me encantaría.

Para Luca, disfrutar cada amanecer era un plus adicional que el surf le había impregnado. Aunque la mayoría de las veces lo contemplaba junto a su grupo de surfistas, él prefería hacerlo solo. Pero por primera vez, deseaba

compartir ese regalo de la naturaleza junto a Fiorella.

Él, quien conocía esa playa a la perfección, caminó hasta el borde Norte, para sentarse en un pequeño acantilado rocoso. Se sentó mirando hacia el Este, esperando la anhelada mañana.

Ella llegó a los pocos minutos y se sentó, pegando su espalda contra la de Luca, usándola como respaldo.

Pequeñas nubes cubrían el cielo gris. El frío viento soplaba con fuerza, levantando grandes gotas de mar que les golpeaban la cara. Fiorella intentaba recoger los mechones negros que volaban alrededor de su rostro y se le pegaban a la boca. Y antes de que el alba los cubriera de luz, se quedaron hablando de sus vidas.

Luca comenzó contándole un poco sobre su trabajo, su familia y el surf. Luego le dio un pequeño resumen de sus amores, y aunque vivió una amarga experiencia con una, le era imposible no recordarlas a todas con una sonrisa. Cada una le había dejado un momento o aprendizaje especial.

Hablaron de sus sueños, de sus próximos proyectos, y de alguna que otra batalla perdida. Fiorella le confesó porqué su estricto estilo de vida, algo que Luca deseaba saber.

No le sorprendió escuchar de nuevo el nombre de Nicola en medio de la historia, pero se alegró saber que había renunciado al gimnasio donde se frecuentaba con él. Y sin apenas darse cuenta, el amanecer los vistió.

Iluminaba con ese color amarillo tan único y difícil de distinguir, porque pronto el rojo se mezclaría, para lograr un naranja perfecto. El cielo, antes gris y oscuro, ahora se cubría de un color violeta. Y ante ellos, el sol iniciaba su ascenso; lento pero maravilloso. Los rayos proyectaban luz sobre el agua, y las olas se teñían de color.

Un nuevo día de primavera en Siracusa.

Un día mágico.

De regreso a la isla de Ortigia, Luca se estacionó en la puerta del edificio de Fiorella, apagó el motor del auto y se volteó hacia ella. Fiorella miró unos segundos por la ventana, para controlar los nervios, no sabía cómo despedirse de él. Se giró para verlo a los ojos y poder agradecerle por estar cuando ella más lo necesitó.

—Gracias por todo. —Volvió a decir.

—Nada que agradecer, fue un placer estar contigo.

—Para mí también.

—Cuando desees volver a escapar me llamas.

La chica sonrió por las ocurrencias del hombre. A pesar de todo, mantenía su sentido del humor intacto.

—Buenos días Luca —dijo, aproximándose a él para darle un beso en cada mejilla.

—Buen día Fiore.

No podía negarlo, sintió una gran decepción cuando Fiorella se despidió con tanta distancia, pero él jamás la obligaría a nada. Mucho menos manipularía la situación para su beneficio. Él, años atrás fue manipulado, y odió ese momento en su vida.

Al llegar a casa, todo estaba en absoluto silencio. Seguro que Bianca y Fabiana aún dormían. Dejó las llaves guindadas al lado de la puerta y fue directo a su cuarto, para quitarse la ropa y darse un baño con urgencia. El agua salada sobre su piel comenzaba a picarle, y se sentía incómoda.

Con su pijama puesta, fue a la cocina por un vaso de agua. Ahí encontró a sus gatos, maullando por comida. Fiorella buscó una lata de mouse para gato, de la marca y el sabor favorito de Mia y Pata; lo sirvió y les recargó el agua. Regresó a su cuarto y se acostó en seguida.

Solo pudo dormir tres horas, los pensamientos la atormentaban. Se volteó para tomar el móvil de la mesa de noche y le escribió unos mensajes a Pia.

- 📍 Hola Pia.
- 📍 ¿Estás en tu casa? Es qué..., necesito hablar contigo.
- 📍 Pero si Mario está ahí, olvida este mensaje.

Pia, quien estaba desayudando, escuchó el móvil sonar desde el salón; caminó hasta el, lo tomó y leyó los mensajes. De inmediato contestó:

- 📍 Buenos días Fiore.
- 📍 ¡Claro! Encantada de verte y hablar contigo.
- 📍 Ven, aquí te espero.

Mientras, en Fontane Bianche, Luca solo pudo dormir un par de horas, pues su sueño se vio interrumpido con la llegada inesperada de Flavio, quien fue

hasta su casa para invitarlo a surfear.

Después de beber su *Mokaccino* favorito, Luca se sentó en el sofá del salón junto a Mario y Flavio. Su hermano, al ver sus ojeras, le preguntó:

—¿Cómo te fue anoche? Me imagino que muy bien... Si llegaste hace pocas horas.

—¿Acabas de llegar?! —preguntó Flavio, frunciendo el ceño extrañado.

—Hace dos horas.

—Cuéntanos... ¿Qué pasó? —indagó Mario—. Porque tu cara me confunde.

—No voy a buscarla más, se acabó —decretó, molesto.

Mario se cruzó de brazos, sorprendido.

—¡Espera hombre! Dinos qué pasó.

—Ella tiene miles de problemas, y yo no hago nada en su vida.

—¿De qué hablas? —dijo Flavio con curiosidad.

—Fiorella es complicada y...

Mario lo interrumpió, necesitaba relajar tanto el ambiente como el humor de su hermano.

—¿Conoces a alguna mujer que no lo sea?

Luca se cruzó de brazos y con voz decidida afirmó:

—En fin, estoy seguro de que no quiere nada conmigo ni con nadie en este momento de su vida. Mejor le doy su espacio.

Flavio y Mario se miraron.

—¿Tiene novio? —Quiso saber su amigo.

—No, pero acaba de terminar una relación absurda que le ha hecho mucho daño, y yo no estoy para ser terapeuta de nadie. No sé ni darle consejos a mi hermanito, menos a una mujer despechada.

Flavio se recostó del respaldo del sillón, y con una sonrisa en la cara, le palmeó el hombro a Luca.

—¡Soy experto en mujeres despechadas! De hecho, son mis favoritas, y no son tan difíciles como los psicólogos dicen.

—Flavio, Fiore no es Donna, sus relaciones anteriores fueron distintas.

—Donna no ha sido mi primera despechada. Te aseguro que soy un experto.

—¡Eres mi ídolo! Cuando sea grande quiero ser como tú —dijo Mario sarcástico. Sabía que ese comentario molestaría a Luca.

—¿Flavio?! ¿Esta asquerosa y repugnante criatura es tu ídolo? —dijo Luca, antes de echarse a reír—. ¡Yo soy tu hermano mayor!

—Pero tú eres más complicado que una mujer... Relájate hermano, escucha a Flavio, no debe ser tan difícil conquistar a una mujer despechada, y doy crédito de eso. He visto a Donna más feliz.

Los tres hombres soltaron una carcajada.

—¡Dale una oportunidad! —sugirió Flavio.

—No lo sé. —Luca sacudió la cabeza.

—¿Te gusta, sí o no? —puntualizó Mario y castañeo los dedos, fastidiado.

—Sí.

—¿Mucho o poco?

Luca sintió pánico.

—Demasiado.

—¿Y entonces? —bramó Flavio.

—¡¿Entonces qué?! —

—¡Mierda hombre, eres peor que una mujer! —decretó Mario.

—Respeto, que soy tu hermano mayor, y desde anoche tengo unas ganas de partir caras bonitas.

—Con razón quieres partir la mía. ¡Es la cara más bonita de tu familia! —bromeó.

—¿Qué harás Luca? —curioseó de nuevo Flavio.

—Me encanta estar junto a ella, adoro su risa y me vuelven loco sus ojos, pero estoy cansado de sus rechazos.

—Algún día te tenía que pasar... ¡No siempre serás Paris de Troya!

—Sigue hablando y te parto la cara hermanito.

Mario sonrió y le lanzó un golpe directo al hombro.

—Estás viejo, ni reflejos te quedan...

Y antes de que Mario terminara la frase, Luca se le abalanzó para tomarlo por el cuello y derribarlo.

En cuestión de segundos, los hermanos estaban batallando y rodando por el suelo.

Flavio se interpuso a los pocos minutos, pero si tenía como propósito separarlos, fracasó en el intento. Ahora luchaban los tres.

Desde una amplia mirada, era imposible distinguir las partes exactas de cada hombre, solo se veían brazos, puños y patadas. Pero las maldiciones, gruñidos y amenazas, sí que eran perfectamente comprensibles, fuertes y claras.

## CAPÍTULO 17

Entretanto, en Ortigia, Fiorella se sentía frustrada con ella misma. Un remolino de pensamientos bloqueaba su horizonte. Tenía demasiadas dudas, y alguno que otro sentimiento nuevo, que no le permitió dormir en paz.

Llegó al apartamento de Pia y tocó la puerta.

—Bienvenida amiga, ¿Cómo estás? —La recibió Pia, con un beso en cada mejilla.

—Bien, bien. Gracias por recibirme —dijo, entrando al salón y colgando su cazadora en un perchero.

—No hay problema. Es un placer para mí tenerte en mi casa. ¡Siéntate!

Fiorella miró a su alrededor, El lugar era muy acogedor; reconoció otra vez el buen gusto de su amiga. La decoración ambientalista era preciosa.

—Gracias Pia. necesito hablar con alguien, y solo pensé en ti. Fuiste y eres mi mejor amiga, contigo puedo ser sincera.

—Bueno, antes de que comiences a hablar, ¿quieres beber un té, una limonada o un café?

—Una limonada sin azúcar estaría bien, gracias.

Pia se levantó y se dirigió hacia la cocina. Le sirvió un vaso y se lo alcanzó.

—Gracias. —Sonrió Fiorella.

—De nada. Ahora sí, cuéntame, ¿qué pasó? —indagó Pia, sentándose al lado de su amiga.

Fiorella pensó en Luca y en lo vivido la noche anterior.

—No sé por dónde empezar —dijo y se bebió su limonada casi de un trago. Pia entrecerró los ojos con gran interés.

—¿Tiene que ver con Luca?

—Sí.

—¿Qué pasó anoche entre ustedes?

Fiorella se movió nerviosa y comenzó a sacudir el vaso entre sus manos.

—Fue... —tartamudeó—, tan íntimo...

Pia sonrió y la abrazó con fuerza. Necesitaba impregnarla de valor.

—No es lo que estás pensando, no estuvimos juntos. No hubo sexo.

—No tiene que haber sexo para ser íntimo —recalcó, separándose de Fiorella.

—En cierto modo, sí hubo mucho erotismo, lo admito. Y eso es precisamente lo que me tiene loca.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la conexión que sentí, es inexplicable. Podría decirte que fue como una corriente eléctrica o una fuerza extraña o...

—¡Dios mío! Pero ¿qué pasó entre ustedes? —Alzó la voz, sorprendida por la descripción de los hechos.

—Todavía lo estoy pensando. Ha sido el motivo de mi desvelo, por lo que te pedí venir hasta aquí. Necesitaba compartir con alguien esto que estoy sintiendo —declaró, soltando las palabras una tras otra, casi sin respirar, mientras se apretaba el pecho con la mano izquierda.

Pia arqueó una ceja.

—Ya veo.

—No me mires así —protestó Fiorella.

—¡Es que aún no proceso lo que me estás contando! ¿Qué pasó con Nicola?

Fiorella colocó el vaso sobre la mesita del centro de la sala y se cubrió el rostro con ambas manos.

—¡Exacto! ¿Ahora entiendes mi remolino de sentimientos? No sé cómo pude sentir todo eso en solo una noche, y con un completo desconocido.

—Bueno, tampoco es que sea un desconocido. ¡Es mi cuñado! Y debo agregar que es un buen hombre. Lo conozco y doy fe de ello.

—¡Ay, no me entiendes! —Se removió molesta.

—Lo estoy intentando, pero en nuestra última conversación, tú estabas hasta la médula por el imbécil de Nicola —argumentó Pia y sacudió la cabeza.

Fiorella intentó explicar con toda la paciencia que logró conseguir.

—No sé cómo Luca...

Y como si lo hubiese llamado, el móvil de la chica comenzó a sonar, invadiendo con su música todo el salón.

—¡Es Luca! —exclamó Fiorella, abriendo muy grande los ojos. Sus manos comenzaron a temblar. No sabía si atender o dejar pasar la llamada.

—¡Contéstale! —Pidió Pia, viendo cómo su amiga buscaba torpemente el móvil dentro de su bolso.

—¿Y qué quiere? —cuestionó Fiorella.

—Si le contestas lo sabrás.

Pia hizo silencio en el momento que su amiga aceptó la llamada.

Fiorella estaba muerta de los nervios, y para poder drenarlos de algún modo, decidió levantarse del sofá y caminar alrededor del salón.

—Buenos días Luca.

—Buenos días. ¿Cómo amaneciste? ¿Dormiste algo? —preguntó, quitándose de encima a Flavio y a su hermano, quienes tenían las orejas pegadas al móvil de él. Se levantó del sofá y caminó hasta su cuarto.

—No mucho, ¿y tú?

—Dos horas, pero en realidad te llamaba para saber... si te gustaría almorzar conmigo hoy.

—Hmmm.

Fiorella se quitó el móvil y lo presionó contra su pecho, para poder hablar con Pia sin que Luca la escuchara.

—¡Quiere salir a comer! —exclamó Fiorella a Pia, deteniéndose en la mitad del salón.

—¿Hoy? —preguntó su amiga.

—Sí, me está invitando a almorzar. ¿Qué le digo?

—¿Qué quieres tú?

—¡Ayúdame! —imploró, perdida entre los nervios y la ansiedad.

—Dile que sí.

Fiorella volvió a subir el móvil y le contestó a Luca, quien escuchó toda la conversación que la chica intentó ocultar.

—Sí, me gustaría.

—¿Dónde estás? —sondeó Luca, intentó reconocer la voz de fondo, pero le fue imposible. Hablaban entre murmullos.

—En casa de Pia.

—Pensé que estabas en tu casa —dijo, mientras caminaba hasta la terraza de su cuarto. Amaba la vista desde ahí.

—No, Pia me invitó a desayunar y... a hablar un rato de... ¡Cosas de chicas!

—Hmmm... ¿De chicas o de chicos?

Fiorella se carcajeó y le dio la razón.

—Un poco de ambas.

—No quiero ni pensar en quién será la víctima de esa conversación. Mi cuñada tiene una lengua peligrosa.

—¡Dios, qué mal pensado! Y con lo que ella te quiere.

—¿Que me quiere?! Ver para creer. Esa solo quiere a un Rossi en su vida, y no soy yo.

—¿A qué hora pasas por mí? —inquirió Fiorella, con su mano izquierda pegada a su corazón. Estaba segura de que pronto se saldría de su pecho.

—¿Te parece bien a las dos?

—Sí, perfecto. Nos vemos luego.

—Bien, un beso Fiore. —Se despidió lleno de ansiedades, pero con la mirada perdida en la infinitud del mar.

—Otro para ti Luca.

Y tan puntual como era su costumbre, Luca llegó al apartamento de Pia. Su cuñada lo invitó a pasar. Los tres tomaron asiento y fue el hombre quien rompió el silencio.

—Cuñadita, ¿se puede saber a quién descuartizaban minutos atrás?

—¿Qué exagerado, por Dios! Solo comentábamos sobre algunos recuerdos de la reunión de anoche. Como Fiorella se fue antes, me pidió que le contara cómo había terminado todo.

—¿Y qué tal? Me extrañó ver a mi hermano en casa esta mañana —ironizó Luca.

—¿Qué te extraña?! Pero si vive contigo, no conmigo.

—¿Segura? —cuestionó su cuñado, en tono juguetón.

Fiorella sonrió. Las chicas no eran las únicas que se habían percatado de esos detalles tan obvios entre Mario y Pia. Solo su amiga intentaba negarlos.

Cuando Fiorella se levantó para ir un momento al cuarto de baño, Pia aprovechó ese espacio de tiempo a solas con Luca, para recalcarle de nuevo su posición entre ellos.

¡Tenía una apuesta que ganar!

—Sabes muy bien que no estoy de acuerdo con esta relación —declaró, mirándolo directo a los ojos—. Ella no es mujer para ti y tú lo sabes muy bien. Sin embargo, voy a darte un voto de confianza.

—¿Me honras! —Le dijo, levantando el pie derecho, para montarlo sobre su rodilla.

—¿Deja el juego Luca! Si tienes en mente comenzar a jugar con ella, más te vale dejarlo ahora, pero si por el contrario, crees que puede funcionar... Hazlo bien desde el inicio. No le rompas el corazón.

—¿Y si me lo rompe ella a mí? ¿No te has planeado esa opción?

—Lo dudo. Recuerda que eres el donjuán que posee una estrella en el paseo de los mujeriegos.

—Con ella es..., es distinto —confesó, mirando hacia el pasillo del apartamento.

Pia notó que era sincero, y se alegró por ambos. Estaba segura de que los polos opuestos eran perfectos juntos. Descubrir horas antes lo que su amiga sentía por su cuñado, y ahora escuchar de la propia boca de él casi lo mismo era increíble.

—¿Distinto? ¿Distinto cómo? —curioseó, quería saber más.

—¡Ella es distinta! Y eso hace todo diferente —dijo él, pasado unos segundos de silencio.

—Quiero creerte, y lo haré.

Justo cuando Luca pensaba debatir esa afirmación llegó Fiorella.

—¿Nos vamos?

—Claro, vámonos.

Él se levantó del sofá y caminó hacia la puerta, esperando que Fiorella se colocara su cazadora y tomara su bolso.

—¡Adiós chicos, cuídense! —Los despidió Pia desde la puerta.

Caminaron uno al lado del otro hasta el auto de él, y Fiorella le comentó que después de comer, debía buscar su vehículo, el cual había dejado estacionado a dos cuadras del apartamento de Pia. Luca bromeó:

—¡Pensé que solo caminabas!

Fiorella consideró muy divertido su comentario.

—Muy gracioso, muy gracioso —dijo sonriendo y entró al auto.

Luca estaba tan emocionado como un niño en navidad, al verla sentada junto a él; sin embargo, estaba dispuesto a darle el tiempo que ella requiriera. Estaba seguro de que nadie moría de amor.

Fiorella no dejó de preguntarle para dónde la llevaba, y cuando él contestó que tenía reservaciones, ella necesitó saber qué tipo de comida servían en el restaurante.

Intentaba hablar para evitar que Luca percibiera su nerviosismo, pero su actitud solo demostraba lo contrario. Aunque agradecía a los cielos que él no hiciera mención de lo sucedido la noche anterior.

Luca dejó que continuara hablando, hasta que estacionó el auto en el lateral del restaurante. Luego la invitó a bajar.

Ella descendió, y cuando estuvo de pie, echó los hombros hacia atrás, para sacudirse de encima los nervios y llenarse de buena vibra. Caminó junto a él, tan cerca, que a cada paso rozaban las manos.

—¿Comerás postre? —preguntó Luca, con la mirada fija hacia delante.

Fiorella se detuvo unos segundos y luego continuó el camino.

—No.

—¿Y si lo compartimos?

—No.

—Muy bien, me tocará más entonces.

—Perfecto.

Con un profundo suspiro de alivio, entró al restaurante. No quería que en su primera cita, él la obligara a ingerir cantidades no permitidas en su dieta o a probar comida poco saludable.

Luca sabía que su trabajo con ella no iba a ser fácil, pero estaba dispuesto a encontrar la manera de que Fiorella bajara la guardia. No solo con su estilo de vida, sino con él.

Avanzada la tarde, terminaron de almorzar entre risas y conversaciones alegres. Para ambos, fue delicioso todo el tiempo que pasaron juntos. Luca intentó explicarle los cambios que había hecho en el hotel que estaba remodelando y lo que tenía planificado hacer.

Fiorella lo escuchaba con gran entusiasmo. Le fue evidente la pasión con la que él describía cada detalle y que conocía a la perfección el gusto de su cliente. Le habló de tipos de materiales, sobre diseños y tendencias; de cosas que realmente la impresionaban.

Las horas transcurrieron como si fueran segundos.

Cuando iban de camino a la isla, él la observaba sonreír, y se preguntó que cuántos hombres desearían estar con ella de esa forma. Si Mario lo consideraba Paris de Troya, Fiorella sería para él su «Helena». La luz que brillaba en la oscuridad, aquella mujer por la que muchos iniciaron una guerra.

¿Se desataría una guerra por Fiorella?

El viaje fue tan rápido como entretenido, y a los pocos minutos Luca estacionaba cerca del apartamento de Pia. Fiorella le indicó dónde había dejado su auto, y él adelantó hasta dejarla frente al vehículo.

Cuando llegó el momento de la despedida, fue ella quien tomó la iniciativa y lo besó deprisa en la boca. No fue un beso premeditado, mucho menos como el que Luca estaba deseando; así que se tomó el atrevimiento de sujetarla por

el mentón y acariciárselo con los dedos. Con lentitud y suavidad, comenzó a delinearle el borde de la cara, hasta que encontró sus labios. Se detuvo ahí y disfrutó de su textura.

La boca de Luca pasó de la mejilla a la boca de ella, y Fiorella contuvo el aliento; de repente, sintió un hormigueo en sus piernas y el pulso se le disparó. La presión de sus labios carnosos, suaves y húmedos le provocaron pequeñas descargas de adrenalina por todo el cuerpo, y sin pensarlo mucho, ella intensificó el beso. Cuando sus labios se abrieron, se desató un huracán en ambos.

El espiral de emociones y sensaciones los elevó a los cielos. Luca alzó la mirada hasta sus ojos, y algo cambió entre ellos.

En medio de los besos, gemidos y caricias; él, con un ágil movimiento, deslizó ambas manos por la cintura, y la montó sobre su cuerpo. Necesitaba sentirla por completo.

Fiorella, con las piernas abiertas, apoyó las rodillas en el borde del asiento de Luca, y se hizo dueña de aquella deliciosa boca. Sus labios eran tan cálidos, como un atardecer en pleno verano, pero a su vez, eran tan gruesos y suaves como un bombón de chocolate *Ferrero Rocher*. El calor de su aliento le provocó una punzada en el estómago, que la estremeció. Disfrutó del sabor de su boca.

Luca fue subiendo sus manos por la espalda, hasta llegar a su nuca; allí entrelazó sus dedos con el suave cabello, para profundizar el beso, y se hundió en ella.

La burbuja explotó cuando el móvil de Fiorella comenzó a sonar. Con un fuerte gruñido y de mala manera Luca la liberó, dejándola sin piso. La chica se sentía desorientada, como si estuviera flotando. De a poco, enfocó su mirada en los ojos de él, y por primera vez, no sintió arrepentimiento alguno. De hecho, era la experiencia más alucinante que había vivido, y quería más.

Al darse cuenta de eso, comenzó a temblar. No sabía qué esperar de él, nada entre ellos estaba claro. Comenzó a removerse, intentando alcanzar su bolso para sacar el móvil y descubrir quién la llamó segundos atrás.

Luca percibió su cambio de inmediato, y como buen observador, reconoció los gestos de inseguridad en la cara de ella.

—¡Déjalo! Luego ves quién era. Seguro no es urgente —susurró él con dulzura.

Fiorella se detuvo y se giró hacia él.

—¿Puedo volver a mi puesto?

—No, aquí estás mejor —afirmó Luca, mientras le rodeaba la cintura y la presionaba contra él.

—Debo irme.

Cuando él comenzó a hacerle pucheros y a poner caritas de perro triste, Fiorella estalló en risa.

—¿Sabes que cuando te ríes así, el color de tus ojos cambia a un azul más claro?

Ella se sorprendió.

—No, no lo sabía. Nunca nadie me lo había dicho.

—¡Me encanta ser el primero!

Contra su voluntad, Luca se despidió de ella, pero antes le robó algunos besos fugaces.

Dentro de su auto, Fiorella recordó la llamada perdida, y buscó el móvil dentro de su bolso. Tembló al descubrir dos llamadas y un mensaje de Nicola; el cual repitió varias veces en su mente: «*Tenemos que hablar*».

## CAPÍTULO 18

Fiorella decidió no devolver ni los mensajes ni la llamada. Lo vivido junto a Luca, la había llenado de una valentía que desconocía. Su madre, en innumerables ocasiones le había recomendado «vivir», y era exactamente lo que pensaba hacer.

Nicola formaba parte de su pasado, y como tal, no volvería a darle importancia a sus acciones. Estaba segura de que era un arrebató del hombre, un capricho por saber si todo regresaba a la normalidad entre ellos.

¡Qué equivocado estaba!

Ni un paso atrás.

Aquel domingo, Nicola, por primera vez en muchos años, se sintió preso de las circunstancias. Cuando los minutos pasaron y Fiorella no le contestó las llamadas, palideció. Comprendió en ese instante su nueva realidad, la estaba perdiendo. Debió haber predestinado el alcance que esas mujeres tendrían en la vida de Fiorella, pero no lo hizo. Gravísimo error.

Los años de relación, le habían proporcionado una seguridad absoluta, sin contar con la devoción que ella le demostró día tras día. La arrogancia de aquel hombre no tenía límites.

Su mente trabajaba a toda marcha, ideando un nuevo plan para retenerla a su lado. Quizás, él había sido muy severo y estricto con ella. De eso le había servido su riguroso estilo de vida.

Él estaba convencido de que ella era como un molde de arcilla, una chica frágil que debía ser tallada a la perfección, y por eso, durante los últimos siete años había dejado lo mejor de él en ella, porque ella era suya; de él y nadie más.

Caminó en círculos por el pequeño espacio de su habitación, mientras organizaba sus ideas y tramaba un plan. Comenzó por recordar las últimas peleas y los motivos o situaciones que las provocaron.

Ella se había comportado como una adolescente desenfrenada, y él, como su pareja, tenía el derecho de corregir sus acciones. Traer toda esa basura al presente hizo que su humor de perros volviera.

Odiaba con todas sus fuerzas a esas víboras, que habían regresado a la vida de Fiorella solo para causar aquel infierno.

\*\*\*

Tres largos días después, Fiorella contemplaba al hombre que almorzaba junto a ella, y recordaba todos los mensajes de buenos días y buenas noches que Luca le había enviado a diario.

Era un hombre perseverante y detallista, lleno de ocurrencias, y con un sentido del humor único. Él le había pedido que cada noche al llegar a casa le enviara un mensaje, para saber que estaba bien y segura.

No había podido dormir por completo la noche anterior, por el anhelo de saber que lo vería esa tarde. Su invitación fue casi una súplica, y con cada obstáculo que ella ponía, él le daba una solución. Como resultado, se encontraban almorzando en uno de los restaurantes del hotel donde ella trabajaba.

Para él, cada espacio allí olía a ella, cosa que lo tentaba a llegar hasta el foco de ese rico olor a coco.

Cada noche que pasó alejado de Fiorella, pensaba en cómo sería el próximo encuentro, cómo actuaría ella; si volvería a rechazarlo, o si por el contrario, aceptaría lo que estaba sucediendo entre ellos. Miles de ideas giraban por su cabeza, mientras bebía sus cervezas y miraba el televisor.

Pero aquellas interrogantes quedaron en el olvido cuando ella lo vio y cubrió su boca con un tierno beso. Sus ojos se cerraron de golpe, dejando libre sus emociones. No tuvo tiempo de reaccionar, cuando deseó profundizar el beso, ya la mujer había girado y comenzaba a caminar lejos de él.

Luca codició palpar cada curva de Fiorella, recorrer con sus manos la suave piel, mientras la hacía prisionera de sus fantasías.

¡Si ella supiera todo lo que él soñaba hacerle, lo declararía un demente!

Las imágenes lo persiguieron por segundos, minutos quizás; dándole a entender que, con seguridad, sería una larga velada.

Cuando el camarero llegó a su mesa, les ofreció el menú, y al poco tiempo cada uno decidió su comida.

—¿Alguna vez has probado pasta? —preguntó él irónico.

Fiorella volvió a sonreír.

—¡Soy italiana!

—Perfecto, entonces... Vamos a cambiar tu comida por unos Raviolis rellenos de espinaca en salsa de albahaca, ¿qué te parece? —consultó, viendo el menú, mientras achinaba los ojos y se golpeaba los labios con el dedo índice.

A la chica su postura le resultó muy graciosa.

—Había pedido pollo a la plancha con vegetales al vapor.

—Lo sé, te escuché. Pero estoy seguro de que los Raviolis están más ricos que ese pollito insípido y sin sabor. ¿No crees?

Fiorella lo pensó un instante y después de considerar su ingesta de calorías por ese día, decidió complacerlo.

—Bien, lo pediré.

El hombre abrió los ojos, escéptico, no lo podía creer.

—¿Hablas en serio?! ¿Así?, ¿sin cuestionar?, ¿sin...?

Una fuerte carcajada llenó el lugar.

—Claro.

—No..., no entiendo. —La voz de Luca sonó increíblemente divertida.

—Sé cuántas calorías he consumido, por eso acepto almorzar esos Raviolis. ¡Espero que estén deliciosos!

—Tú me aseguraste que este restaurante era excelente.

Fiorella asintió y se acercó un poco a él, para robarle un beso. Un pequeño toque de labios.

En el momento que ella retrocedía, Luca tomó su rostro entre sus grandes manos y le susurró cerca de la boca.

—Quiero llevarte a la playa... Bueno, no a una cualquiera.

—¿A Cuál? —murmuró ruborizada.

—¿Conoces Isola delle Femmine?

—¡Claro! —Le recorrió con la mirada todo su rostro.

—Lo malo de vivir en una isla como Sicilia es que destruye tus sitios especiales y desconocidos. —Bufó sobre la boca de ella.

—¿Qué tiene de especial Isola delle Femmine?

—Hmmm, eso sí será una sorpresa.

—¿Cuándo quieres ir?

—Ahora.

La joven ladeó un poco la cara y exclamó con un movimiento de cejas.

—¡Estás loco! Es miércoles, son las dos de la tarde y ambos tenemos que volver al trabajo.

—No digas que no lo intenté —ronroneó él contra la piel suave y caliente de su cuello.

Fiorella sintió su piel incendiándose con ese pequeño contacto.

—Estamos en un sitio público. —Lo dijo para él, pero en realidad era ella quien necesitaba recordarlo y mantener la distancia. Era su lugar de trabajo.

Dicho eso, Luca le acarició con los nudillos su mejilla y retrocedió hasta pegar su espalda del respaldo de la silla.

—Entonces, ¿me regalas este fin de semana?

Tuvieron que pasar algunos minutos para que ella saliera del hechizo que esos ojos verdes, combinados con su cálida sonrisa le provocaban.

Respiró varias veces y el resultado fue peor, el olor de Luca la envolvió, para trasladarla a esa noche en la playa, cuando por primera vez se permitió muchas libertades. Para detener su mente de los recuerdos, decidió seguir conversando.

—¿Cómo está tu hermano?

Él suspiró con resignación, por el cambio de tema tan violento que ella había hecho.

—Mario está bien. Mientras Pia le permita seguirle la sombra continuará en perfecto estado. —Se encogió de hombros—. ¿No me vas a contestar?

Cuando Fiorella asintió, él se alejó un poco de ella. Necesitaba controlar su ansiedad; quizás la estaba presionando, y se había prometido dejar que todo fluyera a su tiempo. Sonrió con ironía y cambió por completo la conversación.

En el estacionamiento, Luca comenzó a despedirse, apoyó la espalda del cristal de la ventana de su auto y dejó que Fiorella se aproximara a él.

Su cuerpo delgado y tonificado entró en contacto con el suyo. La cadera de Luca, en una reacción traicionera, se aproximó a ella, lo que lo excitó como un animal en celo.

La haló hacia él, apretándola con fuerza contra su pecho; dejó resbalar sus manos por el contorno de sus caderas, disfrutando de la sublime sensación de su cuerpo fundido contra el suyo.

Fiorella abrió la boca para permitir que él la hiciera suya, perdiendo la capacidad de pensar, pero consciente de cada movimiento que Luca hacía con los labios. Esos labios húmedos, cálidos, gruesos y suaves. Sin duda alguna, eran un bombón.

El hombre le sujetó la cara con ternura, mientras tomaba todo de ella.

Amaba el sabor de su boca, el olor de su cuerpo y la textura de su piel. Pero eran esos ojos azules los culpables de su locura. Con el sol frente a ella, Luca le descubrió un tono nuevo, un azul oscuro como la profundidad del mar. Estaba excitada.

Fiorella se acercó más a él, eliminando el poco espacio que los separaba. Rodeó con sus brazos la espalda ancha de Luca y percibió la tensión de sus músculos, provocándoles a ambos una extraña corriente, que los encerró a los dos.

El deseo cegó a Luca, como siempre, cayó preso de sus instintos. Aunque Fiorella también quería más, se separó entre suspiros y risas.

—Para de besarme así.

—No puedo —confesó él con voz profunda.

—No querrás ser el culpable de mi despido, por inmoral.

Luca se rio y le guiñó un ojo con picardía.

—¿Nos veremos pronto? —preguntó, intentando no sonar tan desesperado, parecía famélico.

—Mmm... Lo intentaré.

—¡Prométemelo!

—Sí, lo prometo.

## CAPÍTULO 19

Mientras conducía hacia el hotel que estaba remodelando, Luca recordó cómo Fiorella había obviado su pregunta. Permitiendo de nuevo que el huracán de dudas azotara sus sentidos. Con la mirada fija en el camino pero la mente volando a kilómetros de ahí, consideró retroceder un poco.

No tenía intención de ser despreciado, aunque cada vez que Fiorella lo besaba, podría jurar que sentía lo mismo que él, pero existía un bloqueo en la chica demasiado evidente.

Comenzó a caer en un hueco de incertidumbre, y miles de preguntas azotaban su mente:

*«¿Volvería en algún momento con Nicola? ¿Y si aún lo amaba? ¿Yo, podría luchar contra él?».*

No quería naufragar. Sintió un desagradable nudo en el pecho, deseaba que fuera solo su belleza física lo que lo cautivara, pero cuanto más tiempo pasaba junto a ella, cuanto más la observaba, más fascinado se sentía. Hasta el suave olor de su cuerpo lo seducía.

Ante tanto drama, prefirió colocar la música de su Dj favorito, Marco Carola. No iba a surfear, pero necesitaba llenarse de esa energía para continuar su día de trabajo. Ella era como una montaña rusa, y él era adicto a esa adrenalina.

Aquella tarde en la oficina, Fiorella sentía que no caminaba, sino que flotaba por los aires. Luca había llegado a su vida como brisa fresca del mar. Todo con él era nuevo y diferentes, los besos, las caricias, los mimos. Todo tenía su marca especial.

Sus alucinaciones se acabaron cuando su móvil comenzó a vibrar sobre el escritorio, y al ver quién la llamaba, contestó feliz.

—Hola papi, ¿cómo estás?

—¡Pequeña! Todo bien, y ustedes, ¿cómo están? ¿Cómo está tu hermana?

—Bien, estamos bien. ¿Cuándo vuelves a casa? Fabiana necesita verte — comentó Fiorella, tratando de convencer a su padre.

—¿Y tú? ¿No extrañas a este viejo?

La joven sacudió la cabeza con humor, a su padre le encantaba pedir muestras de cariño.

—Siempre te extraño papá, pero bien sabes que tu «hijita mimada» muere por tus huesos.

Gael soltó una fuerte carcajada.

—Esa princesita está muy consentida.

—¿Cuándo vienes? —insistió.

—La próxima semana estaré libre unos días. Me gustaría pasar un poco más de tiempo con ustedes, ¿qué te parece? —preguntó con una sonrisa.

—¡Genial papi! Nos encantaría. Pero no le comentes nada a Fabiana sin estar seguro —apuntó, frunciendo el ceño—. Luego se ilusiona, y si tú, por cualquier motivo cambias los planes, ella se quedará esperando.

—Muy bien pequeña. No le diremos nada hasta que tenga confirmado esos días.

—Perfecto —dijo la joven, mirando unas facturas en su escritorio.

—Hija, te quiero mucho.

—Yo también papá.

—Les envió un beso a las tres. Cuida a tu madre por mí.

—Siempre.

—Hasta pronto hija.

—Adiós papi. —Se despidió, lanzándole un sonoro beso.

En cuanto terminó la llamada, se levantó de la silla y caminó hasta la ventana de su oficina. Desde ahí podía ver toda la preciosa costa sur de la isla de Ortigia. Justo delante del hotel, a orillas de la avenida Lungomare di levante, pudo contemplar un pequeño acantilado rocoso.

Ver cómo las olas golpeaban las grandes rocas, le generaba cierta tranquilidad. Para la chica, no había nada más imponente que el mar.

Al concluir su jornada, se despidió de sus compañeros de trabajo, y comenzó su habitual caminata hasta su casa, sin saber que a pocas cuadras, Nicola la esperaba como un corderito.

En el segundo que sus miradas se toparon, el alma se le desplomó al suelo. Vestía de forma casual, con unos vaqueros de talle bajo, desteñidos; una camisa blanca ceñida a su cuerpo y sus botas marrones favoritas. Su cabello rubio perfectamente peinado, lo hacía lucir como un modelo de publicidad.

¡Cómo negarlo, era hermoso!

—Te estaba esperando —anunció, dando un paso hacia ella, con seguridad.

—Hola Nicola, ¿cómo estás? —preguntó Fiorella en tono brusco.

—Tenemos que hablar.

Ella se cruzó de brazos y asumió una postura defensiva. Se encontraban a dos cuadras de su edificio, y estaba comenzando a oscurecer.

—Yo bien, ¿y tú? —punzó la joven.

—No contestaste mis mensajes ni mis llamadas.

—Porque no tengo nada que hablar contigo. Creo que dejaste claro que lo nuestro, «sea lo que sea que tuvimos», se acabó. —Apartó los ojos de él y miró por encima de su hombro, esquivándole la mirada.

—No seas infantil Fiore.

La chica le lanzó una mirada cargada de furia.

—¿Infantil?!

—Nuestra relación laboral no puede acabar de la noche a la mañana —demandó, mientras se aproximaba más a ella. Invadiéndole su espacio personal.

Hasta ese momento comprendió lo que él quería decir, y la desilusión le quebró el alma.

—¡Ah! De esa relación hablas, perfecto. Ahora sí entiendo todo. —Llevó ambas manos a su cabello y comenzó a trenzárselo con rapidez. Estaba nerviosa y necesitaba ocupar sus manos con algo.

—Te di el tiempo que consideré prudente para que reflexionaras sobre nuestras conversaciones. Maldigo el día que permití que fueras a ese puto reencuentro. Desde aquel momento todo cambió entre nosotros. ¿No te das cuenta de que son ellas? ¡No lo ves! —bramó Nicola, apoyándose de la pared, y pequeñas manchas rojas comenzaban a cubrir su rostro.

—¡Somos nosotros! Yo asumo mi parte en todo esto, y espero que tú también lo hagas.

—No, por supuesto que no es así. ¡Estás ciega! —lanzó alterado, moviendo las manos.

—Sí, lo estuve por muchos años.

—¡Necesito que vuelvas! —Nicola parecía perturbado por sus palabras, como si hubiese esperado otra respuesta por parte de ella.

—¿De qué hablas? —cuestionó Fiorella, temblando como una hoja seca al ser arrastrada por una tempestad.

La joven jamás pensó que él le pediría en algún momento retomar su

«relación». Y que le confesara su necesidad, removi6 sus sentimientos.

—Vuelve al gimnasio, te necesito —confes6 con sinceridad.

—No lo s6 Nico. Todo ha cambiado para m6 —revel6, bajando la mirada al suelo.

Parec6a decidida a rechazar su petici6n, cuando Nicola la interrumpi6 con el claro objetivo de convencerla.

Pens6, «*Prueba con los cumplidos, idiota. La conoces, sabes bien c6mo hacerlo*».

—Fiore, nunca encontrar6 a alguien como t6, eres 6nica e irremplazable.

—No sabes cu6ntas veces necesit6 escuchar eso de ti.

—Disc6lpame si no te lo dije antes, pero nunca es tarde, y te aseguro que te recompensar6. ¡Vuelve al gimnasio!

Nicola percibi6 la inseguridad y la duda en el rostro de Fiorella, la conoc6a a la perfecci6n. Sab6a que deb6a presionar un poco m6s, y as6 obtendr6a lo que deseaba. A ella.

—Todo seguir6 como antes, como siempre. Nada ha cambiado entre nosotros. Somos un equipo... ¿lo recuerdas? Siempre juntos —recalc6 las 6ltimas palabras, mientras la tomaba de la mano—. Quiero que escuches una canci6n antes de darme una repuesta.

—¿De qu6 hablas Nicola? Esto no es un juego.

—Lo s6, por favor. Solo escucha.

6l solt6 su mano y sac6 su m6vil del bolsillo delantero de su vaquero. Comenz6 a buscar una balada, que Pink, con su incre6ble voz, interpretaba: *Just give me a reason*.

*Right from the start  
You were a thief  
You stole my heart  
And I your willing victim  
I let you see the parts of me  
That weren't all that pretty  
And with every touch you fixed them*

*Now you've been talking in your sleep, oh, oh  
Things you never say to me, oh, oh  
Tell me that you've had enough*

*Of our love, our love*

*Just give me a reason*

*Just a little bit's enough*

*Just a second we're not broken just bent*

*And we can learn to love again*

*It's in the stars*

*It's been written in the scars on our hearts*

*We're not broken just bent*

*And we can learn to love again.*

El hombre esperó unos segundos, aguardando una respuesta positiva. La manipulación era su mejor arma, y por su gimnasio se las jugaría todas.

— ♪ Está en las estrellas, ha sido escrito en las cicatrices de nuestros corazones... ♪ No estamos rotos, solo doblados. —Le cantó Nicola casi en susurró.

Fiorella sentía que él la miraba como si no la entendiera. Todo era muy confuso, necesitaba tiempo para decidir qué era lo mejor para ella.

Se hizo un largo silencio, hasta que la mujer se encogió de hombros y asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien Nico, volveré al gimnasio.

## CAPÍTULO 20

La amplia sonrisa que apareció en el rostro de Nicola fue del tamaño de toda Sicilia, no pudo evitar reflejar el triunfo en su rostro.

—Todo seguirá como antes. Nada ha cambiado entre nosotros —remarcó Nicola, imprimiendo seguridad en su voz, mientras volvía a tomar su mano.

—No, no es así Nicola —refutó ella, levantando el mentón y mirándolo con dureza—. Entre tú y yo todo ha cambiado.

—Claro que no.

—Si vuelvo será mientras encuentran un reemplazo.

—¿De qué hablas?

—De que ya no hay ni habrá un «nosotros». Nuestra relación será estrictamente laboral. —Adrede, apartó la mano, para que él no continuara con sus caricias, e intentó omitir el gruñido que Nicola obró ante su rechazo.

Nicola se apoyó de espaldas a la pared. Sus palabras lo desconcertaron.

—Pero no tiene por qué ser así... —argumentó—. ¡Imposible!

—Perfecto, entonces no regreso al gimnasio —declaró la chica, retrocediendo dos pasos—. Hasta luego, no tenemos nada de qué hablar.

—¿De verdad vas a tirar a la basura cuatro años de trabajo? —preguntó apretando su hombro.

—No, solo te estoy dando mis condiciones, tú decides.

Él supo de inmediato que esa guerra no podía ganarla esa noche, pero la tendría todos los días junto a él nuevamente, y ahí, en su campo de juego, se plantearía nuevas estrategias para recuperarla.

—¿Compañeros de trabajo? —precisó él con sarcasmo, levantando una ceja.

—Sí, solo eso—confirmó, extendiendo su mano derecha, para cerrar el trato como correspondía.

Él sabía en qué estaba pensando ella.

—Bien, acepto.

Nicola se separó de la pared y le devolvió el apretón de mano.

—¿Cuándo comienzo? —indagó la chica.

—El viernes, a la misma hora —respondió—. Por lo pronto, me voy al

gimnasio, debo anunciarles tu regreso a los clientes y notificarlo a mis socios.

Si ella supiera lo mucho que él la quería, lo mucho que la deseaba justo en ese momento. Ahí tan cerca de él y con esa postura fiera, le despertó un nuevo deseo. Recordó sus exquisitos encuentros, donde los juegos sexuales desataban su lado más perverso, y aquello a ella la excitaba sobremanera. Las fantasías eróticas los disparaban a otro nivel.

Miró sus sensuales pechos, y le fue imposible no recordar lo suaves y tiernos que eran. Ella tenía que volver a él, la necesitaba más de lo que había imaginado, más de lo que algún día pensó querer a alguien.

Fiorella, por primera vez, se sintió fuera de lugar con Nicola. No sabía qué hacer o qué decirle. Consideró muy acertadas sus palabras: «*Todo había cambiado*». La fluidez o esa atmósfera de complicidad que había existido por años ya no estaban, no las sentía.

Cuando él se acercó a ella, con la clara intención de besarla en los labios, Fiorella al instante volteó la cara. Al parecer, no le había quedado clara su premisa. Su conducta indiferente y su sinceridad cruel no eran suficientes para alejarlo.

Permitió que le depositara el beso en la mejilla, y al cabo de unos minutos, estaba caminando lejos de él. Sin despedirse.

\*\*\*

Tratando de mantener su rutina de ejercicios, Fiorella se esforzaba por trotar los siete kilómetros diarios que acostumbraba cada mañana; aunque tenía once días sin entrenar en el gimnasio. Entre tantas situaciones, nunca buscó otra disciplina o actividad que reemplazara su entrenamiento.

Hacía dos días que había acordado con Nicola volver al gimnasio. Dos días sin poder dormir, pensando en cómo decirles a todos de su regreso.

Estaba segura de que Fabiana sería la primera en pegar el grito al cielo, sin reparar en su madre. ¿Y Luca? Solo de imaginar su reacción, dudó en decírselo.

Detuvo su trote cuando llegó al mirador de la Fuente Aretusa, comenzó con el estiramiento de sus extremidades y bebió un poco de agua. Miró su reloj, calculando cuánto tiempo le quedaba para disfrutar de las vistas. Con diez minutos extras, se permitió cerrar los ojos y dejar que los olores como la brisa del mar, la envolvieran. Los amaneceres en la isla de Ortigia eran hermosos.

Y perdida en sus pensamientos, sintió cuando su móvil vibró. Fiorella lo sacó de la funda del brazalete sobre su brazo derecho y leyó los mensajes.

- 📍 Buenos días Fiore.
- 📍 Espero que tengas un precioso día.

Luca, como cada mañana, le enviaba los buenos días. La mujer decidió que era momento de contarle su regreso al gimnasio, prefería que se enterara por ella y no por algún comentario que le escuchara a Pia o a Mario. Con los nervios a flor de piel, le respondió:

- 📍 Hola Luca.
- 📍 Igual para ti. Que tu día laboral sea muy productivo.
- 📍 Me gustaría invitarte a cenar esta noche, ¿puedes?

El hombre que estaba saliendo de su casa, rumbo al trabajo, se detuvo en medio del camino para leer los mensajes y contestó intrigado:

- 📍 ¿Qué celebramos?

Fiorella se tensó al leer la respuesta, ella pensaba darle una noticia no muy grata, y él imaginando una celebración.

—¡Dios, qué situación tan complicada! —murmuró y envió la respuesta que consideró más apropiada.

- 📍 Nada, ¿o será qué no puedo invitar a un amigo a salir?

Luca sonrió ilusionado, era la segunda vez que ella lo invitaba. Algo le decía que esa noche iba a ser especial. Y con el corazón acelerado, le respondió:

- 📍 Claro que sí, pero aunque tú invites, pago yo.

Después de un par de mensajes más, Fiorella regresó a su casa para ducharse, vestirse y beber su mezcla de proteínas. Esa mañana salió de casa con su bolso del gimnasio colgado en la espalda. Detalle que Bianca no perdió

de vista, y cuando su hija cerró la puerta, comenzó a negar con la cabeza.

¿Tan difícil era para ella desprenderse de esa vida? ¿Cuánto más tendría que vivir y soportar junto a él para dejarlo por completo?

Para una madre como Bianca, era inaceptable un hombre así para alguna de sus hijas, pero era la vida Fiorella, no la suya. Cada uno es responsable de sus actos y decisiones.

El resto del día Fiorella la pasó como una autómatas, en su trabajo le fue difícil concentrarse. A pocas horas de volver al gimnasio, un remolino de dudas la mantenía insegura de su decisión. ¿Era lo correcto? ¿Valía el costo de todo lo que arriesgaba por haber aceptado? Hasta ese momento no fue consciente de las consecuencias que podía enfrentar, si se equivocaba otra vez con Nicola.

Pero confiaba en él.

Camino al gimnasio, su ansiedad fue creciendo; sin embargo, desde su llegada, todo transcurrió con normalidad y calma. Dio las clases de Zumba, y sintió que su mente y cuerpo encontraban nuevamente el equilibrio perfecto. Amaba bailar, amaba la música y lo que esta le impregnaba a su cuerpo. ¡Estaba en su elemento!

Al terminar sus clases, se dirigió como era habitual a la sala de máquinas, y para su sorpresa, encontró a Nicola junto a la atleta que días atrás ella aseguraba que era su novia.

Fiorella intentó escuchar un intercambio de palabras entre ellos con disimulo, mientras pasaba por su lado.

Le fue imposible evitar que el sabor amargo de la bilis le llegara a la garganta, pero si comparaba, todos los sentimientos que tuvo en aquel momento, como la rabia, una inmensa frustración y la impotencia de no poder hacer nada; con lo que sentía en ese instante, había un abismo. Cosa que la sorprendió.

Debía desechar esos pocos sentimientos que aún le quedaban por Nicola, despertar a la realidad y entender que él no era ni sería el hombre que ella había idealizado durante diez años.

Con una nueva determinación, elevó la barbilla y caminó hasta la máquina elíptica. Se colocó sus audífonos y comenzó a realizar sus ejercicios, ignorando todo a su alrededor.

Por su parte, Nicola sabía lo que implicaba para él y su gimnasio el regreso

de Fiorella. Tenerla nuevamente era, no solo un logro personal, sino que garantizaba ante sus socios los ingresos económicos que generaban sus clases.

Nunca se imaginó que Fiorella tendría tanto éxito ni que fuera tan solicitada. Lo que había comenzado como una idea creativa por parte de ella, se había convertido en un ingreso seguro y constante para el gimnasio. Cada semana más personas se sumaban a las clases, al punto de tener que abrir una segunda hora.

Desde el otro extremo de la sala, Nicola observaba con deleite cada parte de su figura.

«*Hermosa, sin duda alguna*», pensó. Estaba orgulloso de cómo había transformado su cuerpo, a base de entrenamiento. Las piernas largas y esbeltas, los glúteos redondos y firmes, su cintura estrecha y un abdomen tonificado. Era perfecta.

\*\*\*

En su casa, Fiorella tardó mucho en decidir su vestimenta para esa noche. Fabiana creía que la belleza era un regalo de los dioses, y que todas las mujeres habían sido bendecidas con dicha ofrenda, solo que algunas no le sacaban el provecho suficiente.

Entonces, Fiorella decidió que aprovecharía todo lo que poseía para deslumbrar a Luca. Se vistió cuidando cada detalle de su aspecto, confió en que ese vestido entallado al cuerpo lo sedujera.

Se miró en el espejo, dando un paso atrás, para tener una visión completa de ella, y le gustó lo que vio. En definitiva, la mujer que la miraba no era la Fiorella de todos los días. Por las mañanas, solo vestía su elegante uniforme de trabajo, y por las tardes, se cambiaba con su ropa deportiva. Ahora llevaba los cabellos negros recogidos con un moño en lo alto de la cabeza. El vestido entallado negro, realzaba el blanco cremoso de su piel y el rosado de sus labios. Por último, maquilló sus azules ojos con un grueso delineado negro, para resaltar su mirada, dándole un aura seductora.

Luca la buscó puntual, y cuando se bajó del auto para recibirla, la miró largamente.

«*Espectacular*», reconoció.

—¡Estás preciosa! —Fue lo primero que salió de su boca, cuando llegó hasta ella. Le rodeó con sus brazos la estrecha cintura, para pegarla más a su

cuerpo.

—Muchas gracias Luca. —Lo saludó con un tierno beso en los labios.

—Si algún cabrón voltea y te mira... ¡es hombre muerto!

Fiorella liberó una fuerte risotada sobre su boca. No se explicaba cómo a él se le podían ocurrir ese tipo de comentarios tan agresivos, pero que sonaban tan graciosos.

—No digas tonterías, tampoco es para tanto.

—Pues a mí me parece que estás preciosa Fiore, muy hermosa.

A la chica el rubor le encendió las mejillas.

—Gracias, hoy me vestí exclusivamente para ti.

Los ojos de Luca tomaron un brillo especial, quizás era ansiedad, alegría o lujuria.

—Me halagas con tus palabras. Espero poder brindarte una linda velada.

—Tú también estás muy guapo esta noche —declaró ella, lanzándole una mirada desde los pies hasta la cabeza.

Suspiró.

Esa noche Luca llevaba un traje negro con una camisa púrpura, que hacía que sus ojos verdes resaltaran aún más. Fiorella pensó, que tenía que dejar de reaccionar así cada vez que lo tenía cerca, o le demostraría cuánto la afectaba su presencia.

Después de un par de besos, subieron al auto y empezaron a conversar sobre su día de trabajo. Fiorella se puso rígida cuando él le preguntó qué había hecho esa tarde. Pudo desviar el tema, pidiéndole su opinión acerca de un presupuesto que tenía para la reparación de una de las habitaciones del hotel. Tema que enganchó al hombre al instante.

Cuando llegaron al restaurante, Luca seguía hablando. Estacionó en la zona privilegiada del local y salió del auto rápidamente, para abrirle con galantería la puerta a Fiorella y tomar su mano con posesión.

—¿Comerás postre? —preguntó Luca, intentándolo otra vez.

—No.

—¿Y si lo compartimos?

—No.

—Bien. —Aceptó la negativa guiñándole un ojo.

—Perfecto.

Aclarada esa situación, ingresaron al restaurante y esperaron que los

ubicaran en la mesa que Luca había reservado con antelación.

Luca le ofreció una silla con amabilidad, para que Fiorella tomara asiento. Dio la vuelta a la mesa y se ubicó frente a ella, cruzando las piernas y desprendiendo ese aire relajado y juguetón.

A la chica le iba a resultar muy difícil encontrar valor para confesarle sus últimas decisiones, teniendo que mirar su hermosa sonrisa durante toda la cena.

El camarero les llenó sus copas con agua y sirvió unos aperitivos.

—¿Por qué tan callada? —indagó Luca, tan observador como siempre—. ¿Pasa algo?

Otro camarero les entregó la carta de vinos y el menú.

—No —respondió comedida, bajando la mirada.

Fiorella no estaba preparada para soltar toda la información tan pronto, esperaba jugar con algo más de tiempo. Pero dadas las circunstancias, supo que Luca no dejaría de indagar hasta obtener respuesta, así que era en ese momento o nunca.

—¿Puedo pedir por ti? —sondeó el hombre.

—Sí —contestó, distraída por sus propios pensamientos.

Luca enarcó una ceja y de inmediato dejó el menú sobre la mesa, y sin decir una sola palabra, se levantó de su silla y caminó hasta ella.

—Vamos hablar —demandó, mientras la tomaba de la mano para sacarle del lugar.

Fiorella lo miró confundida.

—¡Podemos hablar aquí! —exclamó, intentando seguirle el paso hacia la terraza del restaurante.

—No, todo tu aspecto me indica que lo que vas a decirme, no me va a gustar ni un poco —argumentó—. Así que prefiero estar al aire libre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella y se detuvo en seco. Hizo que él se parara también, para obligarlo a mirarla.

—Lo sé.

Caminaron hasta el extremo más alejado de la terraza, y Luca le ofreció sentarse en una nueva mesa, lejos de todos.

—Suéltalo de una vez. Directa y sin rodeos —soltó él.

Fiorella tomó una bocanada de aire, que fue soltando poco a poco por la nariz. Estaba nerviosa, muy nerviosa. No quería perderlo, no quería que se molestara con ella.

Tragó el grueso nudo que se había formado en su garganta.

—Antes de que me des tu opinión, quiero que me escuches..., que escuches todo lo que tengo que decirte, y al final, estarás en tu derecho de decidir si irte o quedarte.

Cada palabra que salía de la boca de Fiorella, eran como dagas ardientes clavándose directo en su cuerpo. Intuyó que venía la tercera guerra mundial. Tenía esa sensación de angustia y ansiedad que sucede cuando no sabes qué está por venir.

«¿Volvió con Nicola? ¿Regresó a sus brazos?», se torturó mentalmente.

—Bien, te escucho —murmuró, volviéndose a sentar, cruzando las piernas y reclinándose sobre su silla con desgano.

La miró directo a los ojos y le hizo un movimiento de cejas, invitándola a hablar.

—Volví al gimnasio —soltó las palabras acompañadas con todo el aire de sus pulmones.

—Continúa, te escucho —susurró, apretando los dientes. La rabia comenzaba a bullir por su sangre. Algo le decía que Nicola estaba incluido en la conversación.

Fiorella, con calma, le narró todo lo sucedido, comenzando por el encuentro con Nicola dos días atrás, donde accedió a volver mientras los socios conseguían su reemplazo; hasta esa tarde en el gimnasio. Mientras le contaba, observaba con cautela los gestos que Luca no podía evitar reflejar en su rostro. Creyó por un momento que un tic nervioso le aparecía en el ojo derecho. Cuando terminó de decir todo lo sucedido, le preguntó nerviosa:

—¡Habla! ¡Dime qué piensas!

Luca se quedó mirándola por unos minutos, generando una atmósfera tensa a su alrededor. La chica decidió no apartar su mirada y enfrentar lo que venía, fuese lo que fuese a suceder.

Luca estaba en una situación insostenible. Para tener lo que deseaba, debía acercarse más a ella y entenderla. Pero cuanto más sabía de Nicola, más difícil le resultaba aceptarlo en la vida de ella. Tampoco podía ignorar los detalles que Fiorella le había contado sobre cómo Nicola la había manipulado para que regresara al gimnasio. Para él estaba claro, conocía muy bien las actitudes y estrategias de una persona manipuladora.

Vislumbró cuáles acciones tomaría Nicola, teniendo en su terreno a Fiorella. Una palabra insinuante, una mirada aquí, un toque allá y la típica

sonrisa pícara. Luca había convivido el tiempo suficiente con Sylvana, como para haber aprendido bastantes artimañas, como para saber cómo las personas manipuladoras usaban su magia para conseguir lo que querían.

«*¿Por qué la quiere ahora?*», se preguntó en silencio, mientras la observaba.

Por lo menos, desde ese momento conocía qué terreno pisaba y cuál era el juego de su rival.

De pronto, y sin que ella lo esperara, Luca se abalanzó a su regazo, y con una rodilla inclinada en el suelo, tomó su mano derecha.

—Fiore, ¿quieres ser mi novia?

## CAPÍTULO 21

El aire pareció aquietarse en la terraza, el tiempo y los ruidos desaparecieron para ambos. Aunque Luca estaba seguro de que el retumbar de su corazón sonaba muy alto, Fiorella no se movió por la fuerte conmoción que le causó su declaración.

Aquellas palabras estallaron en su pecho.

—¿Estás hablando en serio? Si es una broma, es de muy mal gusto.

Luca, por unos segundos cerró sus ojos y rezó por tener el valor de repetir las palabras que podían alejarla por completo de él o hacer que uno de sus sueños se hiciera realidad.

—¿Quieres ser mi novia? —repitió la pregunta con un tono de voz suave.

La joven sintió una sensación de mareo en la cabeza. No estaba segura de haber entendido bien.

—¿Escuchaste todo lo que te dije?

—Sí, pero parece que eres tú la que no ha escuchado mi pregunta.

—¡La escuché! ¡Créeme! Sin embargo, no sé qué decir, no me lo esperaba.

—Solo quiero que contestes lo que tú quieras. No estás obligada a nada — declaró cada palabra imprimiendo seguridad, y se puso de pie.

—¿Quieres que sea tu novia porque desconfías de mí? —indagó Fiorella, mientras una oleada de sentimientos en conflicto recorría feroz por sus venas. Se levantó tensa y añadió con un hilo de voz—. De ser así no es eso lo que deseo para mí.

—¡No! —bramó indignado—. Pretendo que seas mi novia porque me gustas mucho y te deseo. Quiero que seas mi novia, que estés conmigo, que te des la oportunidad de conocerme mejor... Sería una hipocresía negarlo — respondió él atropelladamente.

No sabía muy bien qué reacción esperaba de ella, si sorpresa, negación o molestia, pero en cualquier caso, se encontró con algo muy distinto. Fiorella creía que su petición estaba llena de egoísmo y desconfianza, que simplemente quería estar seguro de ella.

Muy lejos de la realidad. Él era un ser libre, y por nada del mundo la coaccionaría para tenerla a su lado.

La sinceridad en las palabras de Luca le demostró a Fiorella todo lo que necesitaba saber. Quería abrazarlo, comérselo a besos y gritarle a todo el mundo que por fin había conseguido al hombre que ella deseaba tener.

Apartó los ojos de él y volteó la cara para mirar alrededor de la terraza; cuando descubrió que estaban solos, se lanzó a sus brazos y cubrió su boca con impaciencia.

A Luca una violenta ráfaga de posesividad lo dominó al sentirla entre sus brazos. Era la respuesta que él estaba deseando; y una sensación desconocida lo sacudió, cuando entendió que ella, desde aquel instante, le pertenecía. Como él a ella.

Atrapada en un tormentoso conflicto carnal, Fiorella solo estaba segura de una cosa: adoraba estar entre sus brazos, y lucharía por permanecer ahí.

Al infierno Nicola y sus estúpidas condiciones.

El beso que comenzó con impaciencia, terminó violento y apasionado. Fiorella quería que él sintiera el mismo relámpago de deseo que ella. Luca emitió un gruñido sobre sus labios.

—Fiore, ¿quieres ser mi novia? —insistió con tono suplicante, incapaz de refrenar sus ansiedades.

Las mejillas de la chica se tiñeron de rosa, mientras intentaba controlar los temblores de su cuerpo. Las palabras que su madre le había repetido en tantas ocasiones sobre vivir por ella y para ella, resonaron en su cabeza, para llenarla de valor y determinación. Respiró hondo y procuró aquietar el martilleo de su corazón.

—Sí, sí quiero ser tu novia —dijo ella—. ¿He tardado mucho en contestar? —Una linda sonrisa le curvó los labios.

Los ojos de Luca se iluminaron y el corazón le latió con fuerza en el pecho. Le dedicó la sonrisa más bella, exasperante y seductora que sentía. Y a Fiorella le dieron ganas de ponerse a gritar y a saltar como chiquilla por la felicidad que veía en sus ojos.

—Lo bueno se hace esperar —susurró él, inclinándose hacia adelante.

Sin decir más palabras, Luca se sentó y la tomó de la mano, para ubicarla sobre su regazo. Sin ceremonias, se apoderó de su boca con vehemencia, hambriento de sus besos.

Fiorella se sentía minuto a minuto más débil bajo el calor de sus caricias. La mirada de deseo que vio en Luca, le provocó un escalofrío por toda la

columna. Podía leer en sus verdes ojos la idea de hacerla suya en ese instante, y se sorprendió al descubrir que estaba deseando lo mismo.

Era tan bello, que se quedó mirándolo largamente. Aunque «bello» no era la palabra más adecuado para definir a un hombre, pero a Luca lo describía a la perfección. Su apariencia fresca, juvenil y absolutamente viril, lo envolvían en un aura tan única, que era imposible no impregnarse de él.

Después de permitirse disfrutar del momento, volvieron a su mesa y continuaron su festejo, cada uno con la sonrisa más tonta que jamás habían tenido.

Las siguientes horas la pasaron entre conversaciones amenas y caricias robadas. Para entonces, el sentimiento de ansiedad de Luca se había liberado, como los temores de Fiorella.

Al finalizar la cena, salieron al estacionamiento tomados de la mano. Fiorella echó una mirada a su pasado. Durante sus dos años de «relación» con Nicola, este nunca la trató con tanto cariño, ni la había hecho sentir tan única y especial, como Luca lo hizo en aquel momento.

Se mordió el labio y caminó llena de orgullo junto al hombre que la acompañaba en ese instante.

Su novio.

Luca abrió la puerta del copiloto con caballerosidad para Fiorella; ya en el interior del auto, él decidió dedicarle una canción que consideró perfecta para ella. Activó el equipo de sonido y todos los altavoces cobraron vida.

*A forza di essere molto informato  
So poco di tutto e dimentico di  
Guardarti negli occhi, sbloccare i miei blocchi  
Alzare il volume e pensare che sì, oh sì*

*La mia ragazza è magica  
E lancia in aria il mondo e lo riprende al volo  
Trasforma un pomeriggio in un capolavoro  
E mi fa stare bene, oh-yeah  
Quando io sto con lei.*

— ♪ Tu sei la mia luna ♪ tu sei la mia dea ♪ Che sale e che scende ♪ si

spagne e si accende ♪ Governa gli amori. —Le susurró al oído su estrofa favorita.

Su contacto la estaba enloqueciendo. Había algo tan íntimo en sus palabras, y estaba tan cerca de ella, que podía percibir su exquisito olor. Luca se aproximó más y ella perdió el aliento. Bello, era increíblemente bello.

Los labios de él rozaron su cuello, mientras sus manos le recorrían gran parte de su cuerpo. Una vez más, sintió aquella oleada de calor en el vientre.

—Preciosa canción. Adoro a Jovanotti —alabó Fiorella al cantante.

—Es uno de mis músicos favoritos, su estilo es único.

—¿Por qué esa canción? —Quiso saber ella.

—Porque tú eres mágica. Tú eres mi luna, mi diosa —tarareó de nuevo parte de la canción.

Una expresión fugaz en la mirada de Luca cuando cantaba, le hizo comprender, sin embargo, que era real. Él era real.

—Me voy a creer todo lo que me dices.

—No tengo porqué mentirte, lo digo porque así lo siento.

Se habría apostado la vida a que nunca le habían dicho aquellas palabras.

Era una suerte que Nicola fuera tan imbécil.

Pasaron más de dos horas antes de que estacionaran frente al edificio de Fiorella. Habían estado conversando sobre el regreso de ella al gimnasio y el acuerdo que estableció con Nicola sobre su relación. A Luca le resultó agradable saber que ella había tomado la decisión de terminar con Nicola mucho antes de iniciar con él una nueva relación. Esa actitud lo llenó de orgullo.

—Me alegra saber que aceptas mi decisión.

— No soy tu padre ni tu dueño. Tampoco te voy a decir que me alegra que regreses a ese lugar, sería una gigantesca mentira, pero quiero ser el compañero de tu camino, quiero estar contigo a pesar de los desacuerdos.

En ese momento, Fiorella comprendió lo afortunada que era de tenerlo como pareja. Él era todo lo contrario a Nicola.

—Puedes confiar en mí, jamás te engañaría.

—Lo sé, no tienes que decírmelo —declaró él. La miró fijamente a los ojos y levantó una mano para acariciarle con ternura la mejilla.

Luca no desconfiaba de ella, sino del bastardo de Nicola y su mundo de manipulaciones. Actuaba como una víbora sigilosa, listo para atacar, pero lo

que él no sabía aún era, que Luca podía anticipar sus movimientos.

Comenzaba la cacería.

Fiorella no le contestó, sus palabras la llenaron de tranquilidad y seguridad. Luca sí confiaba en ella plenamente y eso era suficiente para estar en paz.

\*\*\*

Después de haber compartido una semana estupenda con su novio, aquel día se preparaba para ir en compañía de Luca, Fabiana y sus amigas a un club marítimo en Catania. Le aguardaba un domingo de ensueño. Y esa mañana de fresca primavera, el sol traspasaba el cielo lleno de nubes, atravesando su azul e iluminando por completo la isla.

Como Luca la estaba esperando en la calle, recogió con prisa las cosas que iba a necesitar y las guardó en su bolso de playa. Antes de cerrar la puerta de la habitación, dio un último vistazo, para asegurarse de no dejar nada.

Salió de la habitación y se encontró con su hermana lista en el salón, esperándola. Pietro y Fabiana viajarían con ellos en el mismo auto.

Salieron del edificio y encontraron a Pietro junto a Luca, conversando gratamente al lado del auto.

Mientras recorría la distancia que los separaba, Fiorella detalló cada gesto que Luca hacía. Su sonrisa, la manera que movía las manos, su estilo de vestir. Todo de él le encantaba.

Luca levantó la mirada, y cuando la vio aproximándose a ellos, abrió los brazos para recibirla. La expresión de su cara cambió por completo, la alegría fue evidente.

Los ojos de Fiorella brillaron de diversión, al ver la reacción de Luca ante su llegada.

Fiorella aún no le confesaba a su madre ni a Fabiana que hacía una semana era la novia de Luca. Quería que pasaran unos días para estar segura de la estabilidad de su relación con él, pero con aquel inesperado encuentro, no le quedaba otra opción que revelarlo a todos. Incluyendo a sus amigas.

Y eso la llenó de nervios.

—Hola preciosa —saludó Luca, dándole un sonoro beso en los labios, y la envolvió entre sus brazos.

—¿Qué significa esto?! —exclamó Fabiana, y llevándose una mano a la

boca, intercambió miradas de asombro con Pietro—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es que yo no sabía nada?

Pietro sonrió. La escena le pareció divertida.

Cuando Luca soltó a su novia, ambos enfrentaron a Fabiana, quien se encontraba con los brazos cruzados, esperando una explicación.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Fabi, fue hace pocos días... —respondió Fiorella.

—Quiero el día exacto.

—El viernes de la semana pasada —añadió Luca, quitándose los lentes de sol, para guardarlos en el bolsillo de su camisa.

Fabiana le entregó su bolso a Pietro y se acercó más a su hermana.

—¿Quién más lo sabe?

—Ustedes son los primeros —afirmó Fiorella.

Sin esperarlo, Fabiana se abalanzó sobre ellos y los apretó con un fuerte abrazo.

—¡Estoy feliz! ¡Muy feliz por ti hermanita! —gritó muy fuerte la última palabra.

Fabiana sabía que su comportamiento era exagerado, pero estaba tan feliz por su hermana, que ignoró la risa burlona de Pietro a su espalda.

Cuando se separaron, a Fiorella le fue imposible evitar que un par de lágrimas a causa de la emoción le recorrieran las mejillas.

—Gracias hermana.

—Las chicas se morirán cuando se enteren de la noticia. Será la bomba del siglo —anticipó Fabiana.

—¡Que Dios nos agarre confesados! Caer en la lengua de esas mujeres será toda una telenovela —comentó Luca, tomando la mano de su chica.

Pietro se acercó a ellos para felicitarlos y augurarles muchos años juntos.

—Si estamos listos, nos vamos —sugirió Luca.

—Sí, sí... Listísimos —contestó Fabiana.

Luca desbloqueó las puertas del auto y Pietro abrió la cajuela, para guardar su bolso y el de ambas mujeres. Fiorella se sentó adelante y Fabiana atrás.

Charlaron durante todo el camino mientras Luca conducía. Habían acordado encontrarse con los demás a las puertas del club marítimo.

A Fabiana le encantó ver cómo su nuevo cuñado acariciaba a su hermana. Parecía orgulloso de estar a su lado; según mostraba, no le importaba que los demás supieran de su relación, al contrario, lucía ansioso y encantado de

tenerla junto a él. Sin embargo, ella podía sentir el nerviosismo que emanaba de Fiorella.

Sin duda, no estaba acostumbrada a las muestras de cariño en público, pero observar cómo Luca la calmaba, fue gratificante. Por fin su hermana había reaccionado, y ella estaba muy feliz por eso.

## CAPÍTULO 22

Un par de horas después, se encontraron con las cuatro parejas. Tal y como imaginaban, a las mujeres casi les dio un ataque en cuanto vieron que Fiorella y Luca llegaban tomados de la mano. Los acribillaron a preguntas y les exigieron detalles.

Fiorella intentó responder a casi todas las interrogantes, sin embargo, con cada respuesta venía otra pregunta. Todo acabó cuando Luca soltó una de sus frases sin pensar.

—Tranquilas chicas, que todas estarán invitadas para la boda.

Después de semejante anuncio, vino un largo y sepulcral silencio. Todos intercambiaron miradas. Nadie contestó ni una sola palabra, hasta que a Pia le dio un ataque de risa que cortó la tensión.

—¿Te volviste loco?! No hace ni diez días que son novios y sueltas esa invitación, como si fuera tu próximo cumpleaños —argumentó Pia, colocando los brazos en jarra.

Mario, quien intentaba reaccionar después de escuchar a su hermano, tomó del brazo a su novia para susurrarle al oído que se calmara un poco.

Flavio dio algunos pasos hasta Luca y lo palmeó en el hombro.

—Felicidades hermano. Supongo que seré el padrino —bromeó entre risas.

—¡No puedo jugar con ustedes! Todo es un drama —afirmó Luca, y como había sentido la tensión en la mano de Fiorella, volteó la cara y la besó en los labios.

—Luca, después de tu «bromita», Alessia me reclamará por no ser el primero en anunciar nuestro matrimonio —soltó Rocco.

—¿Yo?! —exclamó ella—. Ni en tus sueños te pediré matrimonio Roc.

La decepción en Rocco por esa respuesta tan negativa y contundente fue notable cuando la sonrisa fue sustituida por una mueca de asombro en su cara.

Alessia le taladró con la mirada y él la observó como si su comentario le resultara de lo más divertido, en un intento aparente de quitarle importancia a su respuesta.

¡Santo Dios! Alessia moría cada vez que Rocco le sonreía de aquella manera. Le daba un aspecto tan sexi, que la chica estuvo a punto de suspirar

delante de todos. Continuó retándolo con la mirada, y en aquel momento comprendió por qué sus fanáticas se volvían locas cada vez que subía a un escenario.

Rocco le había contado que en pocas semanas viajaría a Roma para un concierto. La idea de estar sin él, aunque fuera por pocos días, le resultaba aterradora.

Alessia intentó frenar las estupideces que pensaba y decidió disfrutar del momento. Prestando atención a la conversación.

—Por antigüedad, le corresponde a Mario pedirle matrimonio a Pia —replicó Marco, con Carmelina entre sus brazos.

Al mencionado se le congeló el rostro y comenzó a tartamudear.

—Por... ¿Por qué? Pia y yo estamos muy bien..., y no hemos hablado de matrimonio. Aquí el único demente es Luca.

Carlotta intervino para dar por finalizado el tema.

—Creo que Luca ya nos explicó a todos que fue un comentario sarcástico, así que dejemos el tema y no sigamos perdiendo el tiempo aquí afuera, cuando a estas horas ya deberíamos estar disfrutando del club.

—Estoy de acuerdo contigo Carlotta —dijo Fabiana colocándose sus gafas oscuras—. Nos estamos perdiendo las mejores horas de sol.

Fiorella pensó que Luca se había pasado de la raya con aquel comentario, y lo peor había sido la polémica posterior, dejando en evidencia a los demás chicos. Pero sin querer arruinar el día por lo que había pasado, entabló una conversación con Donna y Carlotta, sobre los diferentes protectores solares y otras trivialidades.

Luca debió entender la reacción de su novia, porque cuando ella comenzó a hablar con las chicas, soltó su mano y le dio un poco de espacio.

Entraron al interior y caminaron hasta la playa. A Marco y a Carlotta, quienes eran los socios del club, les encantaba llevar a Carmelina por las distintas atracciones y servicios que ofrecía: playa privada, cabañas, parque infantil, tres piscinas y los toboganes; excelente para disfrutar en el verano.

En esa ocasión se decidieron por la playa, para que Carmelina jugara a construir castillos en la arena.

Ubicados debajo de sus sombrillas, las mujeres comenzaron a quitarse la ropa que les cubría los trajes de baño. Alessia llevaba una falda con estampado floral, Donna había optado por un *short* corto con camiseta ajustada, mientras que Pia solo lucía un sencillo conjunto blanco. A su vez,

Fabiana, Carlotta y Fiorella vestían preciosos vestidos playeros con alegres diseños.

Luca se volvió, dejando de contemplar el mar y miró a Fiorella, quien en ese momento doblaba el vestido, para guardarlo dentro de su bolso.

La miró intensamente a los ojos, despertando en ella un nerviosismo que le creció en el estómago y la paralizó. Era la segunda vez que le contemplaba el cuerpo, pero la primera con el sol resaltando cada una de sus curvas. Era hermosa, perfecta.

Como si pudiera leerle el pensamiento, ella esbozó una tonta sonrisa, que Luca devolvió con otra mucho más radiante; de aquellas que él acostumbraba a regalarle para hechizarla.

Se acercó a ella sin perder el contacto visual, y cuando la tuvo entre sus brazos, le confesó con gracia:

—Eres el saquito de huesos más bello de toda Italia. —bromeó Luca, tratando de parecer serio, pero sin ocultar la picardía.

—¿Qué?! —Le espetó ella, arrastrando la palabra—. Repítelo.

Flavio, Donna y Mario, quienes estaban cerca de ellos, escucharon el halago y no pudieron evitar estallar en carcajadas.

—Eres lo más bello de toda Italia.

—Eso no fue lo que escuché —repuso Fiorella, con los ojos entrecerrados.

La joven batalló entre sus brazos, buscando liberarse de él. Luca, por su parte, estaba muerto de risa. Ver a su novia intentando enojarse por sus locuras le encantaba.

—Fiore, pero eres el saquito más lindo de todo el mundo. ¡Mírate! Eres perfecta. —Le señaló con la mano todo el cuerpo.

Ella aprovechó que él aflojó el agarre, para alejarse hasta la sombrilla de su hermana.

—¡Eres un imbécil! —gritó con una mezcla de furia y diversión. Estaba loca, no sabía si reír o matarlo a golpes por la ofensa.

Flavio, sentado en el borde de su tumbona, le gritó:

—¡Eres hombre muerto! Estas mujeres te asesinarán.

Luca le guiñó un ojo a su amigo con complicidad y le preguntó:

—¿Cómo era la canción que tocaba el surfista español el verano pasado?

—¿Cuál español? Vinieron varios. —Flavio le miró con expresión pensativa.

—El que tenía los tatuajes chinos por todo el cuerpo.

—¡Ah, ya sé!

—Recuérdame parte de la canción... ¿Cómo era?

Flavio empezó a tocar con las palmas de la mano la superficie de la tumbona, intentando reproducir el sonido que Luca le pedía. Luego, comenzó a tararear en español poco a poco, todo lo que iba recordando de la canción.

— ♪ Por un beso de la flaca daría lo que fuera ♪ Por un beso de ella, aunque solo uno fuera...

Y Luca lo acompañó dando palmadas.

— ♪ Y bailar y bailar, y tomar y tomar ♪ Una cerveza tras otra, pero ella nunca engorda ♪ Pero ella nunca engorda...

*La flaca duerme de día  
Dice que así al hambre engaña  
Y cuando cae la noche baja a bailar a la tasca  
Y bailar y bailar y tomar y tomar  
Una cerveza tras otra  
Pero ella nunca engorda  
Pero ella nunca engorda*

*Por un beso de la flaca daría lo que fuera  
Por un beso de ella, aunque solo uno fuera  
Por un beso de la flaca daría lo que fuera  
Por un beso de ella, aunque solo uno fuera  
Aunque solo uno fuera*

*Mojé mis sábanas blancas como dice la canción  
Recordando las caricias que me brindó el primer día  
Y enloquezco de ganas de dormir a su ladito  
Por qué Dios que esta flaca a mí me tiene loquito, oh oh  
A mí me tiene loquito.*

Mientras Luca cantaba, se acercaba bailando con los brazos abiertos hacia Fiorella. A la chica le fue imposible no reír de las locuras de su novio, su postura perdió parte de su rigidez. Era imposible molestarse con él. Demasiado bello, demasiado gracioso.

— ♪ Por qué Dios que esta flaca a mí me tiene loquito, oh oh... ♪ A mí me

tiene loquito. —Luca le susurró su parte favorita de la canción en el oído.

Luca sabía que su novia era hermosa, pero tener el placer de detallarla como lo hizo en ese instante, fue increíble. Por lo general, prefería otro tipo de mujer, menos discreta y más extrovertida que ella, pero esa mujer le había llamado la atención con esa combinación de pelo negro, piel blanca y ojos azules, y ese cuerpo ¡Por todos los cielos!

Tenía un cuerpo que cualquier hombre moriría por tocar. Piernas largas y torneadas, trasero redondo, y unos pechos perfectos. Luca recordó la primera noche que la tuvo entre sus brazos dentro del mar, y se estremeció.

Deseaba como un animal en celo poder pegar a él todas aquellas curvas deliciosas, y con seguridad estaría en el cielo.

Su cielo.

## CAPÍTULO 23

La compañía Restaurarte Sicilia & Figli, donde Luca, Lorenzo y Flavio trabajaban, poseía tres sucursales a nivel nacional. La principal en Sicilia, una en Ravenna y otra en Roma. Luca había trabajado únicamente en la sede principal, pero en varias ocasiones tuvo que viajar hasta Roma, para verificar la calidad de algunos materiales y actualizarse en nuevas técnicas de restauración.

Luca consideraba que restaurar era un trabajo más riguroso que construir desde cero, porque se debía respetar y cuidar la esencia, la técnica y el valor histórico de cada obra de arte.

A primera hora de aquel lunes, asistió a una reunión con todo el equipo que trabajaba en el hotel. Su jefe, después de una minuciosa inspección por la estructura y quedar satisfecho con el resultado que encontró, comenzó a organizar las próximas zonas a restaurar. El tiempo era su principal enemigo.

Al finalizar la reunión, Luca se sintió aliviado por no tener que ir a Roma el viernes. Estaba preparando una sorpresa para su novia, y por nada del mundo pensaba posponerla.

Salió mirando el reloj y calculando las horas que lo separaban para volver a verla ese día.

No se le pasaba por alto que tres días a la semana, ella compartía algunos momentos con Nicola, pero como hombre seguro de sí mismo, estaba dispuesto a que Fiorella viera por cuenta propia, quién era en realidad su exnovio.

Fiorella se encontraba sentada en su escritorio, sumergida entre cuentas y facturas, cuando recibió una llamada de Carlotta.

—Hola amiga, ¿cómo estás?

—Hola Fiore, no muy bien. Estoy en el hospital con Carmelina.

—¿Todo está bien? ¿Qué le pasa a la princesita?

—La verdad aún no sabemos con exactitud. Desde esta mañana está vomitando y no quiere comer.

—¿Qué tendrá la pequeña? —Quiso saber Fiorella con tono de angustia.

—Creemos que se trata de una infección intestinal, quizás bebió agua de la piscina o se llevó algún juguete sucio a la boca... —argumentó Carlotta mientras caminaba hacia el cafetín del hospital—. ¡Ay Fiore, pueden ser tantas cosas!

—¿Y los médicos qué te han dicho?

—Le van a realizar varios exámenes de laboratorio, y a dejarla en observación hasta que su pediatra reciba los resultados y nos pueda dar un diagnóstico.

Fiorella asintió, comprendiendo la explicación de su amiga.

—¿Cómo está ella?

—Muy decaída, no quiere jugar, y lo que más nos preocupa es que no desea comer.

Carlotta, como toda madre, odiaba ver a su pequeña enferma, pero su alarma se disparaba a las nubes cuando Carmelina rechazaba las comidas. Siempre era de buen comer.

En el cafetín intentó buscar algún jugo de fruta o una gelatina dulce, para intentar alimentarla de alguna manera.

—Lo siento mucho amiga —dijo Fiorella con nostalgia.

—Tranquila, así son los niños. Las madres sabemos que estas cosas pueden ocurrir, pero igual nos preocupa, y las debemos resolver lo antes posible para que mejoren pronto —comentó con esperanza en la voz.

—Al salir del trabajo voy para allá. ¿En qué hospital estás?

—No te preocupes, solo quería avisarte. —Tomó un yogurt de frutas y una gelatina de fresa que vio en la nevera, y se dirigió al puesto de pago, para cancelar.

—Claro que me preocupo, esa pequeña es mi sobrinita... La de todas nosotras. Así que dime dónde están.

—Gracias, estamos en el Hospital Umberto I.

—¿Las demás lo saben?

—No, te llamé a ti primero. Al colgar les escribo.

—Tranquila, yo las llamo. Seguro debes estar ocupada con la niña.

—Muchas gracias Fiore.

—Para eso son las amigas, en las buenas y en las malas.

—No tengo mucha batería en el móvil, cualquier cosa me pueden llamar al de Marco. Estamos juntos.

—Muy bien, espero que mejore pronto. Dile que le envíe muchos besitos.

—Gracias, otro para ti.

—Saludos a Marco. Nos vemos al rato.

Al terminar la llamada, Fiorella habló durante quince minutos con Pia, luego con Donna y por último con Alessia. Acordaron ir a visitar a Carlotta esa misma tarde, para saber el resultado de los exámenes.

También le escribió a Luca, para informarle la situación y saber si él podía acompañarla. Le contestó al instante.

- 📍 Paso por ti a las cinco en punto.
- 📍 Cuando esté cerca te llamo, para que bajes.

Fiorella adoraba que él siempre estuviera atento a sus llamadas y mensajes. Pocas veces lo molestaba dentro del horario laboral, pero cuando lo hacía, Luca le atendía en corto tiempo. Ella le contestó rápido:

- 📍 Estaré pendiente para no hacerte esperar. Quiero ver a Carmelina y acompañar a Carlotta.
- 📍 Gracias por llevarme.
- 📍 Un beso.

Luca, con una sonrisa en los labios, leyó los mensajes y luego le respondió:

- 📍 Un beso mi flaca.

A la chica le fue imposible no sonreír con ganas, ese hombre no tenía remedio. Desde el día de la playa, dejó de ser Fiore para convertirse en su flaca o saquito de huesos, pero con toda sinceridad, le encantaba. Esa manera tan familiar, tan ocurrente y cercana, la cautivaba día tras día.

Y como se lo había prometido, Luca la llamó minutos antes de estacionar frente al hotel. Cuando la joven lo distinguió a lo lejos, pestañeó. Aunque deseaba con todas sus fuerzas salir corriendo hacia él y lanzarse sobre sus brazos, lo descartó, para no evidenciar ante el mundo lo loca que estaba por ese hombre.

Destacando entre los transeúntes, por su porte atlético y esa aura de paz que

transmitía cada vez que sonreía, estaba el hombre que jamás pensó tener como novio. Eran tan diferentes, que a veces, solo a veces, creía que era un sueño.

Luca llevaba un *jean* beige, que cubría sus largas y tonificadas piernas; una camisa manga larga verde oliva, con los tres primeros botones sin cerrar, y una cazadora de cuero marrón, que le acentuaba la ancha espalda.

Su cabello castaño peinado hacia un lado de la cara, le daba un aspecto pulcro y masculino. Y aquellos ojos verdes, que brillaban con picardía cada vez que la veían, eran para la chica, el agregado perfecto.

Un espasmo le recorrió la piel. Necesitaba tocarlo.

—Te extrañé. —Fue lo primero que Luca le dijo cuando la tuvo entre sus brazos.

Fiorella no pudo responder, el aire entre ellos soltaba chispas. Absorbida por la atracción, se inclinó hacia él y se apoderó de su boca.

—Creo... que tú también... me extrañaste... flaca —susurró Luca, aún pegado a sus labios.

—Mucho, gracias por venir a buscarme.

—Por mi flaquita lo que sea.

Ella apartó la mirada de su boca y lo miró a los ojos. Esos ojos verdes que eran capaces de hacerla olvidar el espacio y el tiempo.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, tomándolo por el brazo—. Quiero ver a la niña y saber cómo sigue.

—Esperemos que todo esté bien.

Luca condujo durante veinte minutos hasta que estacionó en el aparcamiento del hospital. Ambos se bajaron del auto y Fiorella comenzó a escribirles a sus amigas, notificando su llegada. Donna le respondió que se encontraba con Alessia y Rocco en la habitación de Carmelina.

En el interior del hospital ubicaron a Marco, quien charlaba con sus suegros, quienes aguardaban a que se despertara su nieta, para verla.

Marco los acompañó hasta la habitación, donde descansaba la pequeña.

Al llegar, comenzaron los saludos entre los amigos y familiares. Todos preocupados por la salud de Carmelina. Sus abuelos solían cuidarla cuando sus padres tenían algún compromiso fuera de su jornada laboral, o ciertos eventos nocturnos, que planificaban como pareja. Ambos agradecían el apoyo y el cuidado de su hija. Estaban seguros de que el amor de los abuelos era incomparable.

Minutos antes, el pediatra había llegado con los exámenes, confirmando la

teoría de Carlotta. La niña tenía una infección intestinal y debía quedarse durante tres días en el hospital, para recibir el tratamiento adecuado y mantenerla en observación.

Los padres notificaron al instituto educativo donde trabajaban como profesores, la condición de salud de su niña. Por ley, merecían esos días para el cuidado de la niña.

Los tres días siguientes, Carlotta y Marco no estuvieron solos en el hospital. Cada espacio libre que encontraban, las muchachas lo aprovechaban para ver a la pequeña y ayudar a sus amigos llevándoles ropa limpia, comida caliente o cuentos infantiles para alegrar un poco a Carmelina. Así estuvieron hasta la mañana del jueves, cuando el pediatra les permitió continuar con el tratamiento desde su hogar.

Solo lograron acompañarlos Fiorella y Donna, quienes no tenían compromisos esa tarde. Ayudaron a Carlotta a recoger todas sus pertenencias de la habitación y a cargar los bolsos. A veces era increíble imaginar todo lo que una madre llevaba de un sitio a otro, solo por el bienestar de sus hijos: cambios de ropas, leche, pañales, toallitas húmedas, algunas galletitas o jugos, juguetes, cuentos, peluches, mantas y un sinfín de objetos infantiles.

## CAPÍTULO 24

Al terminar de trabajar, Luca tenía que buscar a su novia, quien aún se encontraba donde Carlotta. Durante el camino, iba pensando en cómo decirle a Fiorella que su abuela deseaba conocerla.

No quería asustarla con compromisos anticipados o que sintiera alguna presión de su parte, pero le fue imposible negarle a la mujer que más amaba alguna petición. Su abuela significaba todo para él.

Llovía con mucha fuerza cuando llegó a la avenida Teocrito, tuvo que esperar al menos unos diez minutos dentro del auto, mientras menguaba la intensidad de la caudalosa lluvia. Cuando vio salir a Fiorella por el portal de la casa de su amiga, bajó del auto cubriéndose con la cazadora y corrió hasta ella. De la fuerte lluvia solo quedaba una llovizna.

Ella lo vio acercarse y se detuvo en medio del camino. Cuando Luca llegó hasta su novia, la cubrió con su cazadora y comenzaron a caminar juntos hasta el auto. Él abrió la puerta del copiloto y esperó hasta que ella ingresara para lanzar hacia el asiento de atrás la cazadora mojada. Rodeó el auto y subió a su puesto.

Fiorella lo miraba directo a los ojos cuando la boca de él se acercaba poco a poco a la suya. Recordó la suavidad de sus labios y su delicioso sabor. No pudo evitar entreabrir los labios, anhelando probarlos.

Pero Luca le encantaba hacerla esperar, volverla loca de deseo, y prefirió detenerse a pocos centímetros de su boca. Era una agonía, pero estaba dispuesto a soportarla, porque sabía que la reacción de ella sería volcánica.

¿Es que no sentía lo mucho que quería que la besara? ¿No deseaba tanto como ella el sabor de su boca o las sensaciones que les producía cada beso? Por un largo instante, solo se dedicaron a descubrir nuevas pecas, pequeñas marcas o simples detalles en el rostro del otro.

—Estás empapado —afirmó Fiorella con voz severa, mientras peinaba los cabellos húmedos de Luca con sus dedos.

—Solo un poco. No podía permitir que te mojaras, te podrías enfermar.

—Pero si solo son unas cuantas gotas, no soy de azúcar.

—Creo que sí, porque eres dulcita —ronroneó en su cuello.

Fiorella cerró los ojos y liberó su mente. Solo deseaba sentir.

Luca inició un camino de cálidos besos, desde el cuello hasta la mandíbula de la chica, y cuando la escuchó gemir, se apoderó de su boca. La besó como a él le gustaba: intenso, profundo pero tierno y erótico.

Fiorella era adicta a esos besos, cada vez que Luca la tomaba de esa manera, mil imágenes sexuales inundaban su mente. Sabía los placeres del sexo, y tenía mucho tiempo sin disfrutarlo, pero con Luca estaba segura de que todo sería diferente.

—Me gustaría invitarte a un lugar muy especial para mí. —Luca aprovechó el momento íntimo para salir del compromiso.

—¿Dónde? —replicó, tratando de tranquilizarse.

—En casa de mi abuela, quiere conocerte —confesó, mirándola a los ojos.

Un nerviosismo le recorrió la espalda a la chica. No sabía qué contestar.

—¿Por qué?

—Le he hablado de ti y quiere conocerte, pero si no deseas ir, puedo llamarla y...

Fiorella lo interrumpió.

—¡No! No hagas nada de eso. Sería un desaire para ella. ¿Qué pensaría de mí?

—No quiero que vayas por compromiso, es simplemente una señora curiosa que desea conocer a la chica de su adorado nieto.

—¿Cuándo iremos?

—Esta noche.

Fiorella abrió mucho los ojos por el asombro de la noticia.

—¿¿Qué?! ¿Hoy?... ¿Ahora?... ¿Esta noche?

—Será solo la abuela... Mi abuelo murió hace tres años, y ella vive sola. Aunque mis padres han intentado que se mude con ellos, nada ni nadie la saca de su hogar.

—Pero no estoy vestida para una ocasión especial, y conocer a tu abuela lo es para mí —comentó con preocupación y ansiedad.

—¡Estás hermosa Fiore!

—Claro que no. ¡Mírame! Tengo aún el uniforme del hotel. ¿Qué pensará tu abuela?

—Que eres una mujer muy trabajadora y responsable —replicó, haciéndola sonrojar.

Luca comenzó con pucheros y ojitos de cachorro abandonado. Artimañas

difíciles de resistir.

—Bueno..., está bien, vamos, pero primero pasamos por el centro comercial a comprarle unas flores. ¿Cuáles son sus favoritas?

—Iris azules, pero estoy seguro de que con un ramo de rosas será feliz.

—Podemos comprarle sus iris azules.

—Mi abuela es amante de la jardinería, y su color favorito es el azul. En su jardín podrás ver infinidad de flores y plantas, pero sé que su favorita son los iris azules.

—¿La quieres mucho? —Quiso saber la joven. Sintió curiosidad por la forma tan tierna en que él se refería a la señora, y los detalles que contaba.

—Es la persona más importante de mi vida —confesó sin vacilar.

—¿Y tu madre? —instó Fiorella extrañada. Para ella, Bianca lo era todo, como Gael para Fabiana.

—Yo adoro a mi madre, la quiero muchísimo, pero ella sabe que mi debilidad es mi abuela, y lo respeta. Creo que todos lo hemos aceptado sin ningún sentimiento de egoísmo. Mi madre es feliz viendo a la suya ser feliz.

—¡Me gusta! —alabó la chica.

—Mi familia es un poco extraña.

—Créeme, ninguna como la mía —refutó.

—Entonces... ¿Vamos?

—Sí.

Cumpliendo lo planificado, compraron el ramo de flores. A Fiorella le temblaban las piernas. Si minutos atrás estaba nerviosa, saber que estaba a punto de conocer a la persona más importante para su novio, triplicaba la ansiedad.

Una ansiedad que cayó al suelo cuando doña Lina abrió la puerta de su casa y extendió sus brazos, para recibirlos en un cálido abrazo.

Olía a lavanda, con una mezcla de trigo. Fiorella la detalló sin disimulo. Llevaba un vestido de lino azul con encaje blanco, como su cabello. A pesar de que estaba en su casa, lucía sumamente elegante con un collar de perlas alrededor de su cuello, a juego con sus pendientes. Era alta y delgada, daba un aspecto aristocrático.

Pero hubo un detalle que resaltó del resto, sus penetrantes ojos color verde aceituna, idénticos a los de Luca. Fiorella intercambió la mirada entre su novio y su abuela. La descendencia era innegable.

—Bienvenida a mi casa Fiorella. Un gusto que vinieras. —La saludó, invitándolos a pasar.

—Gracias, es un placer para mí. Estas son para usted.

La pareja ingresó al salón, escoltados por la dueña de casa. Se sentaron en uno de los sillones de la sala. Era un espacio amplio, elegante y decorado cuidando cada detalle.

—Muchas gracias por las rosas, hace días que le dije a mi nieto que debía conocerte... —comentó, sentándose en su poltrona de cuero—, pero él insistía en que era muy precipitado. ¿Tú crees que sea muy pronto?

Luca se sintió incómodo por la confesión de su abuela. A veces hablaba demasiado y confiaba muy rápido en las personas.

—Estoy encantada de conocerla doña Lina.

—Me alegra mucho oírte decir eso muchacha —proclamó y volteó la cara hacia su nieto—. ¿Ves Luca?, el único que pensaba que era muy pronto eras tú.

El aludido sonrió ante el comentario de su abuela, quien era una experta con el juego de palabras.

—Como digas abuela —repuso sonriente.

—Fiorella, me gustaría saber un poco de ti... ¿Con quién vives? ¿Cuáles son tus gustos? ¿Qué te gusta comer o beber?

Luca suspiró, sabía lo que venía a continuación. Su abuela no descansaría hasta descubrir el último detalle en la vida de su novia. Anteriormente lo había visto con su hermano, pero pensó que quizás con él, su abuela cambiaría un poco y no la sometería a la santa inquisición.

¡Qué equivocado estaba!

Conversaron durante diez minutos con naturalidad. Fiorella agregó a sus comentarios algunas anécdotas de su trabajo y de su familia. Le habló sobre el divorcio de sus padres y la relación con Gael. Intentó expresar el inmenso amor que sentía por su madre y lo orgullosa que estaba por la fortaleza que día tras día les demostraba a sus hijas.

—Por último, pero no menos importante, está mi hermana menor, Fabiana. La adoro con todo mi corazón y agradezco a mis padres por traerla a mi vida. Somos muy unidas, nuestra complicidad es maravillosa.

Con una sonrisa en los labios, doña Lina la escuchó con atención. Le encantó percibir sinceridad en cada palabra dicha por Fiorella. Observó cómo su nieto durante toda la conversación, recorría con la mirada a la joven. Estaba embelesado, podría decir que hasta hechizado. Desde su amplia mirada

detalló a la pareja y afirmó, «*Esta es la chica correcta*».

Y sin ser casualidad, la puerta principal se abrió, y todos los presentes desviaron la mirada. Mario y Pia ingresaron con familiaridad, dando a entender que conocían de la reunión. Para Fiorella fue grato ver a su mejor amiga entrar a la casa, estaba segura de que con ella a su lado, todo fluiría con más tranquilidad.

—Buenas noches familia —saludó Mario, acercándose a su hermano para abrazarlo.

Luca y Fiorella se levantaron del sillón para recibir el saludo con cortesía.

—Hermano, no sabía que venías —inquirió Luca con curiosidad.

—La abuela me llamó hace un par de horas.

Luca frunció el ceño.

—¡Hola Fiore! —dijo Pia después de saludar a su cuñado—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y ustedes qué tal?

—Muy bien... Me alegro encontrarte aquí.

—Igual.

Doña Lina los invitó a sentarse en la mesa de la cocina. Era un espacio grande, de paredes blancas y suelos de granito pulido. El juego de muebles en caoba oscura, daba una sensación de calidez. El lugar era iluminado, y cabían con exactitud dieciséis personas.

—¡Espero te gusten los espaguetis con albóndigas Fiorella! —exclamó la doña, mientras comenzaba a servir la comida.

Mario y Pia voltearon a verla e intercambiaron miradas con Luca.

—Sí señora, me gustan. Gracias.

—A Pia le encantan. Y mis nietos, por supuesto, lo adoran. Es su plato favorito —expresó con cariño.

—Yo adoro todo lo que tú preparas abue —acotó Mario, inclinándose hacia ella para regalarle un beso en la mejilla.

Luca hizo un movimiento de cabeza y encogió los hombros.

—Comenzamos con la chulería —afirmó Luca con desesperación.

Pia sonrió mientras servía el vino tinto en cada copa. Estaba acostumbrada a compartir con ambos hermanos y su abuela. Aunque eran dos hombres adultos, delante de doña Lina se comportaban como niños malcriados. Pero estaba segura de que todo era culpa de su abuela, quien los consentía más de lo normal.

Cuando todos los platos quedaron servidos, la dueña de casa se levantó con

su copa de vino en alto, para brindar.

—Esta noche es muy especial para mí. Me alegra estar en compañía de mis nietos y de las mujeres que ellos han escogido para compartir sus vidas. Le doy gracias a Dios por permitirme disfrutar de esta velada.

Cada palabra dicha, fue directo a la memoria de Fiorella y de Pia. Ambas repitieron en mente: «*Que ellos han escogido para compartir sus vidas...*».

La idea de un «para siempre», las aterró.

Era obvio que su abuela no entendería el alcance de su afirmación en la vida de las muchachas. Ahora le correspondía a Luca y a Mario explicarles o hacerles comprender, bajo qué óptica su abuela dictaminaba tal premisa.

—Pia, Fiorella, sean siempre bienvenidas a mi casa. Les deseo de corazón toda la felicidad del mundo junto a mis nietos. ¡Estoy feliz de que ustedes sean mis nietas! —exclamó las últimas palabras con voz entrecortada por los sentimientos.

Ambas chicas se levantaron de sus sillas y se acercaron a ella, para abrazarla con cariño y gratitud. Estaban conmovidas.

El resto de la noche transcurrió relajada y amena. Sonriendo, conversando y respondiendo trivialidades que doña Lina les preguntaba a las chicas. Pero todo cambió para Fiorella, cuando su móvil vibró al recibir varios mensajes de Nicola.

- 📱 Hola Fiore.
- 📱 Me acabo de enterar que a partir del viernes diecisiete de junio comienza la exposición *fitness* en Catania, y como todos los años, tenemos que asistir en representación del gimnasio.
- 📱 Te aviso con tiempo para que puedas organizarte y acudir sin falta todo ese fin de semana.
- 📱 Un beso, nos vemos mañana.

Toda la tranquilidad que poseía minutos atrás fue devorada por la angustia y el miedo que experimentó ante la idea de que Luca leyera los mensajes y concluyera que Nicola y ella aún seguían juntos. Necesitaba tiempo para pensar en cómo y cuándo decirle sobre ese nuevo compromiso.

Ella apartó la mirada de la pantalla del móvil, para encontrarse con unos ojos verdes que intentaban leer los mensajes. Rápidamente giró el aparato y lo guardó entre sus muslos, sintiendo una descarga de adrenalina que la hizo

temblar.

Luca percibió cada uno de sus cambios corporales, y el temblor en las manos de Fiorella le confirmó sus sospechas: era Nicola, no tenía dudas.

Luca, años atrás, había trabajado muy duro para mejorar su carácter, y lo había logrado con mucha paciencia y perseverancia, pero días como ese, el animal que habitaba en él, rugía por salir y destrozar todo a su paso. Su paciencia tenía un límite, y Nicola la estaba rebasando.

La mezcla de furia con impotencia por no saber qué le había escrito, lo devoraba como una fiebre alta. Sentía la sangre galopar por las venas. Juró partírla la cara en mil pedazos, a la primera oportunidad que tuviese.

Y lo disfrutaría bastante.

¡Sí que lo disfrutaría!

## CAPÍTULO 25

Los ojos verdes de Luca admiraron la larga melena negra y el delineado cuerpo de la mujer que caminaba hacia él. Prestó toda su atención a cada paso que daba y admiró ese estilo tan elegante que tenía al andar. Fiorella era sin duda alguna, su flaca favorita.

Como ya era costumbre, él la buscaba todos los viernes al salir del trabajo. Luca odiaba que su novia caminara sola desde el gimnasio hasta su casa, aunque la isla de Ortigia tenía un bajo índice delictivo, prefería esperarla a las puertas del gimnasio un cuarto de hora, y así poder estar junto a ella el resto de la noche.

—Buenas noches mi flaca hermosa. —La saludó abriendo sus brazos para recibirla.

—Buenas noches mi loco hermoso —respondió, lanzándose a él con toda la ternura que podía sentir.

De inmediato, sus labios se unieron con ávido deseo. Él la tomó por la cintura y la pegó por completo a su cuerpo. Ella simplemente se dejó hacer. Ambos disfrutaban de sus besos, de sus caricias y mimos. Era tan fácil perder la noción del tiempo cuando estaban juntos.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Y qué tal las clases?

—En el hotel hoy todo fue complicado, pero en el gimnasio me liberé de toda esa carga —contestó Fiorella con una mueca—. Ahora me siento mucho mejor. Las clases de Zumba me relajan.

—Me alegro.

—¿Cómo te fue a ti? —preguntó Fiorella, frotando su mejilla contra la barba incipiente de él.

—Mmm..., eso me encanta. Tienes una piel muy suave flaquita —ronroneó Luca con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia.

—Haces lo mismos ruidos que mis gatos cuando los mimo.

—Solo me falta caer al piso panza arriba y dejar que me frotes.

Fiorella se carcajeó, recordando las posturas de Mía y Pata.

El espíritu juguetón de Luca era contagioso, siempre terminaba sonriendo por sus ocurrencias.

—¿Cómo te fue hoy? —Volvió a preguntar la chica.

—Bueno, ya sabes... —Comenzó a decir él—. Con el tiempo en contra, pero intentando que la restauración del hotel quede con la mejor calidad posible. El dueño es muy exigente.

—Estoy segura de que tú y tu equipo lo lograrán.

—Gracias por confiar en mí. No tengo intención de perder el trabajo ni quedar mal con mi novia —replicó con suavidad.

—Por supuesto que no.

Luca exhaló un profundo suspiro antes de continuar.

—No sé si lo recuerdas, pero hoy cumplimos dos semanas de novios.

—No lo recordaba —admitió Fiorella abriendo mucho los ojos, como si de pronto hubiese recordado la fecha exacta.

—Tengo desde el viernes veinte de mayo siendo el hombre más afortunado del mundo mi flaca, gracias por haberme dicho que sí.

—Sin duda alguna, eres un hombre de pequeños detalles —dijo Fiorella sonriendo para él con emoción.

—Por supuesto, así que hoy tenemos motivos para celebrar.

La chica lo observó durante un instante, preguntándose cómo podía ser tan desleal, al ocultarle el nuevo compromiso que tenía con Nicola y el gimnasio; cuando Luca era tan transparente y la miraba con tanta devoción.

Se sintió morir de angustia. Tenía que buscar el momento adecuado, y tenía que ser pronto.

Fiorella sacudió la cabeza e intentó volver al presente. No le hacía bien sentirse desgraciada por un hecho que aún no ocurría. Se planteó disfrutar de esa noche en un entorno maravilloso, con el chico que en ese instante la llenaba de calidez con sus besos.

Siempre se había sentido sola, sin importar lo grande que fuera la multitud que la rodeaba. Nicola nunca se dignó a hacerla sentir parte de él o por lo menos especial. Todo había cambiado desde que Luca llenaba cada espacio de su vida.

Fiorella subió la vista hacia él, mientras su novio la contemplaba.

—Te quiero Luca. —Le confesó ella desde lo más profundo de su corazón.

Él sintió vértigo al comprender tal afirmación, parpadeó unos instantes, para darle paso a la sonrisa más grande de satisfacción que su rostro pudo expresar. Descendió la vista hacia sus labios y se detuvo ahí por unos segundos.

—Yo te quiero más —contestó con la mirada clavada en Fiorella. Su corazón latía tan rápido como el de un colibrí.

Tal respuesta le provocó una punzada en la boca del estómago a la joven; sin embargo, el sentido común le indicó que era hora de irse. Estaban a pocos metros de las puertas del gimnasio, y lo que ella menos deseaba era presenciar un enfrentamiento entre Luca y Nicola. Esa era su peor pesadilla.

—¿Nos vamos? —inquirió ella, arreglándose a duras penas el cabello.

—Sí, claro.

Luca se encogió de hombros y Fiorella sintió una vez más la firmeza de su cuerpo bajo sus manos, como la dureza de la pierna que rozaba la suya, y ese delicioso olor que desprendía su cuerpo. Aquello era demasiado.

Como pudo, se alejó de él y comenzó a caminar hacia el auto.

Mientras tanto, desde las ventanas de su oficina, Nicola observaba la escena romántica. Sintió una fuerte irritación cuando aquel hombre le dijo algo a Fiorella en el oído, y esta sonrió embobada.

Era suya y no estaba dispuesto de perderla. Haría lo que sea para tenerla nuevamente.

Había invertido mucho tiempo a su lado, por lo que ahora pensaría en cuál sería la mejor forma de reconquistarla. De una u otra manera, él siempre conseguía lo que quería. En ese instante, se prometió así mismo acabar con esa relación. Recordó la canción de Marco Mengoni que Fiorella le había dedicado años atrás, « ♪ *Siempre fuiste para mí, incomparable* ».

—Bien, intenta estar con otro, así comprenderás que nadie más que yo te dará lo que deseas, lo que te gusta y conoces. Soy único e incomparable. Serás mía y de nadie más —sentenció, girándose para dejar de mirar hacia la calle.

Caminó hasta su escritorio, y al sentarse, comenzó a planificar los días que estaría solo con Fiorella en Catania. Serían tres días, y pensaba aprovecharlos al máximo. Su primera jugada era reservar una habitación para los dos. Le regalaría a su mujer la mejor noche de sexo que pudiese imaginar. Trazando los planes, no pudo evitar sonreír con malicia. Los días estaban contados entre Fiorella y su nueva conquista.

Tocaron a la puerta, y sin esperar respuesta alguna, ingresaron.

—Amor... ¿Te falta mucho o nos podemos ir a mi casa? —preguntó la atleta, que desde hacía un mes, se creía la novia del entrenador.

Sin saber que las palabras «novio» y «compromiso», Nicola no las

conocía.

—¿Quién te dio permiso para entrar a mi oficina de esta manera? —bramó él, y pequeñas manchas rojas comenzaron a decorar su blanco rostro.

La chica palideció.

—Pensé que... Lo siento —tartamudeó y se volteó para salir del lugar.

—¡Espera! Tenemos que hablar.

Ella se detuvo con la mano sobre la manilla de la puerta.

—¿Ahora? —preguntó, temblando de angustia. Con el poco tiempo que tenía conociendo a Nicola, sabía que era mejor dejarlo tranquilo cuando estaba de mal humor.

—Sí, ahora.

—¿Qué sucedió? Hace unos minutos estabas de excelente humor. Fuiste tú quien sugirió ir a mi casa esta noche —replicó, con el corazón latiéndole con más fuerza, al sospechar cuál podía ser el tema de conversación.

Nicola no pensaba decirle que la escena entre Fiorella y ese hombre eran la causa del veneno que corría por sus venas. Ella solo era una más de sus admiradoras fanáticas, que morirían por una noche con el entrenador más cotizado de Sicilia. Pero ninguna de esas mujeres se comparaba con su chica.

No podía permitir que Fiorella lo encontrara de nuevo con otra mujer, debía armar muy bien el escenario y calcular cada escena.

Se jugaba todo, y él no era el típico hombre que sabía perder, porque nunca perdía.

\*\*\*

Mientras esperaba la llegada de sus hijas, Bianca se sentó en el mueble del salón. Estiró sus agarrotados músculos y se acostó un poco para descansar la vista.

Llevaba algunas noches sin poder dormir. Entre los problemas de sus hijas y la casa, apenas lograba conciliar un poco el sueño. Pero por mucho qué le costara reconocerlo, sabía perfectamente quién era el culpable de su desvelo. Gael, el hombre que un día decidió marcharse de su vida sin valorar los efectos de su partida, y que ahora, después de quince años, deseaba regresar.

Quizás no se sentiría tan alterada si aquella petición hubiese llegado años atrás, pero ahora, después de tanto tiempo, no sabía si merecía la pena reanudar esa historia de amor.

Lo cierto era que él seguía siendo su amor, no podía negarlo. Lo más perturbador de todo era, que un pequeño toque de su cuerpo o una simple mirada de él, eran suficiente para encender dentro de ella esa llama de deseo que únicamente lo producía Gael.

Se odiaba por eso, tanto, que les decía a sus hijas que no dependieran emocionalmente de otra persona, por eso procuraba siempre que su hija Fiorella abriera los ojos y se alejara de Nicola; pero ahí estaba ella, intranquila por la simple idea de volver a tenerlo en su vida.

¡Qué irónico era el destino!

Bianca se revolvió sobre el sofá y exhaló un suspiro. ¿Cómo les diría a sus hijas semejante noticia? ¿Les gustaría tener a su padre de nuevo en casa? Una parte de ella parecía asimilar el regreso de Gael a sus vidas, sin embargo, los temores de un nuevo abandono la paralizaban.

La ambigüedad de su exesposo era la piedra de tranca, a la hora de tomar una decisión. ¿Y si luego se arrepentía? ¿Y si volvía a romperle el corazón y dejaba a sus hijas destrozadas? Eso jamás se lo perdonaría.

Una sola noche las vio sufrir, recordó cómo su corazón de madre se quebró en mil pedazos cuando sus pequeñas hijas se aferraban de las piernas de su padre, para no dejarlo ir. Hacía muchos años de aquella pesadilla y no estaba dispuesta a repetirla.

De pronto, el timbrar del teléfono la sacó de sus pensamientos.

—Buenas noches —dijo Bianca al contestar la llamada.

—Hola Bianca, ¿cómo estás?

Con tan solo oír su voz, su corazón se estremeció.

—Hola Gael, estoy muy bien, ¿y tú?

—Bien, las niñas... ¿Cómo están?

—Ambas están bien. Fabi llegó hace un par de horas de la universidad y salió con Pietro. Fiore debe estar en el gim.

—¡Pero le pedí que dejara ese trabajo! —exclamó molesto.

—No recuerdo que haya sonado como una petición, más bien se lo ordenaste, y sabes cómo es tu hija. De todas formas, creo que será por pocos días. Debe cumplir el preaviso, para que busquen un reemplazo.

—Si es así, lo comprendo.

El rostro de Bianca se iluminó.

—¡Tengo que contarte algo! —dijo, levantándose del sofá y saliendo disparada hacia la cocina.

—¿De qué se trata? —preguntó el hombre, curioso.

—Es sobre Fiore...

—¿Qué le pasa a mi niña? —La interrumpió, preocupado.

—Tiene novio.

—¿Qué?! ¡¿Desde cuándo?! —exclamó, sorprendido ante la noticia.

—Hace pocos días —respondió—, pero estoy feliz... Lo conocí y es un chico estupendo. Me gustaría que tú también lo conocieras...

—¡Claro! Tengo que verlo, saber quién es, qué hace, de qué familia viene, cuáles son sus intenciones con mi princesa... Tengo que conocerlo y ya decidiré si es el hombre adecuado para mi hija.

—Gael, esa decisión no es tuya ni mía. Es de tu hija... Y te recuerdo que ya tiene veinticinco años... Creo que es lo suficientemente madura como para tomar sus propias decisiones. —Ocultó su irritación.

—¡Es mi hija! No permitiré que ningún canalla juegue con sus sentimientos. No me importa que tenga veinticinco años o cincuenta —argumentó—. Organiza ese encuentro y me avisas.

Ella asintió con entusiasmo.

—Intentaré que sea pronto. ¿Puedes la semana que viene? ¿El viernes diez? —preguntó Bianca, mientras observaba el calendario que colgaba de la puerta del refrigerador.

—Sí, por supuesto.

—Perfecto, déjame anotarlo. Organizaré una cena, ¿qué te parece?

—Estupendo. ¡Cocinas delicioso mujer!

—Intentaré hacer algo especial.

—Bianca... ¿Pensaste en lo que te pedí? —indagó con ansiedad.

Las palabras que él había elegido eran directas.

—No, aún no —mintió—. Y no me presiones Gael. Es una decisión muy difícil —argumentó, dirigiéndose a su habitación con pasos suaves—. Debo pensar en mis hijas.

—También son hijas mías Bianca.

—Lo sé, pero he sido yo la que ha sufrido junto a ellas tu abandono. No sé cómo se tomarían tu regreso...

—¡Soy su padre, ellas me aman! —replicó exaltado—. Imposible que no deseen vivir conmigo.

—Dame tiempo Gael —suplicó con la voz entrecortada por los sentimientos.

Bianca se sintió desleal, por utilizar únicamente a sus hijas como excusa ante su exmarido. Él exigía una respuesta; y ella, en vez de confrontar la verdadera razón, alegaba la reacción de ellas ante la noticia. Cuando era ella misma que no sabía si lo quería de nuevo en su vida.

—No olvides que te amo cariño. Sé que han pasado muchos años, que no he sido el mejor hombre o esposo... Pero te amo Bianca, juro que te amo, y... Me arrepentí desde el mismo momento en que decidí irme, pero mi...

—No quiero hablar de eso ahora Gael... Tampoco es la forma, no por teléfono.

—De acuerdo, lo entiendo, yo... Yo solo quiero demostrarte que soy un hombre distinto a ese chico inmaduro que te abandonó, que he sufrido lo indecible tu ausencia, el ver crecer a mis hijas a distancia, no estar para ustedes cuando más me han necesitado... No te imaginas lo mucho que lamento todo lo que les hice... Lo que me hice a mí mismo.

—Gael... —Lo cortó.

—Lo sé, lo sé y lo entiendo... Disculpa.

—Solo quiero que comprendas que en este momento mi prioridad es la estabilidad emocional de Fiorella. Deseo verla feliz...

—Y yo solo quiero verte feliz a ti mi vida, hacerte feliz... También quiero el bienestar de las niñas, pero a fin de cuentas, harán sus vidas aparte, se irán del nido... Y tú y yo...

—Tú y yo nada Gael... No me presiones. Sabes muy bien que bajo coacción no funciono. Dame tiempo para pensar... Para decidir si vale la pena intentarlo de nuevo, arriesgarlo todo por ti... No es tan fácil hacer borrón y cuenta nueva, olvidar el pasado, las lágrimas que he derramado por ti, las noches frías sobre una cama vacía, los momentos importantes en que te he necesitado a mi lado y no he podido siquiera llamarte... No Gael, no me pidas lo que en este momento para mí, es imposible.

Él comprendió que sus palabras causaban en ella el efecto contrario a lo que en realidad deseaba. Echaba de menos su familia, su hogar, pero percibió cierta vulnerabilidad en Bianca, y temió que no pudiera perdonarlo, que ni ella ni sus hijas lo necesitaran ya en sus vidas; que los años separados, el dolor y la desilusión hayan provocado una grieta muy grande en su corazón, tan grande que haya extinguido el amor tan bonito que siempre sintió por él.

—Está bien, será cómo y cuándo tú lo consideres oportuno. Te daré el tiempo que me pides. Solo recuerda lo mucho que te extraño —dijo Gael

cauteloso.

Bianca no supo qué contestar. Había tanta desilusión en ella, que decidió callar.

## CAPÍTULO 26

Ese mismo viernes, desde su asiento, a la izquierda de Fiorella, Luca intentaba escuchar la conversación entre su novia y Donna. Estaban organizando ir a la playa el próximo domingo.

—¿Le has comentado a Flavio la idea que tenías de mudarte sola? — preguntó Fiorella, curiosa por saber la reacción del arquitecto.

Luca la miró curioso, frunciendo el ceño, y luego se acercó a Fiorella.

—¿Cuándo decidió eso? — indagó el hombre en un murmullo.

Fiorella intentaba escuchar a Donna y a Luca, pero le fue imposible prestar atención a los dos al mismo tiempo.

—Donna, mejor seguimos conversando el domingo —dijo con resignación—. Cuídate, un beso. —Se despidió y terminó la llamada.

Luca cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Por qué no me habías comentado que Donna decidió mudarse sola? ¿Flavio lo sabe?

—Todavía no. Las chicas y yo lo hablamos hace unos días, creemos que será lo mejor para ella.

—No creo que a Flavio le guste mucho la idea.

—¿Por qué no? Pia vive sola, y a Mario le encanta.

—Pia no vive sola, esa es la mentira más grande del mundo. Mi hermano vive más con ella que conmigo. No entiendo por qué no termina de mudar las pocas cosas que le quedan en mi casa y acepta de una buena vez su realidad.

—¿De qué realidad hablas?

—Fiorella, ellos tienen meses viviendo juntos. Pero como ambos viven de engaños, yo prefiero omitir mi opinión al respecto.

—Sí, tienes toda la razón. De hecho, las chicas piensan igual que tú. Es obvio que viven juntos.

—En fin, no es mi problema. Simplemente odio las mentiras y los secretos. Creo que una relación sana, se basa en la confianza, y esa confianza es generada por la total sinceridad entre la pareja —reconoció él y la miró directo a los ojos—. Para mantener una mentira, tienes que decir mil más para sostener la primera.

Fiorella percibió el escrutinio en su mirada. Sintió una aguda punzada de dolor en el pecho, supo que esas palabras iban dirigidas a ella.

¡Por los clavos de Cristo!

Estaba segura de que Luca sospechaba que le estaba ocultando algo. El día que recibió los mensajes de Nicola, él intentó leerlos, aunque ella fue más rápida y guardó el móvil antes de que leyera.

Quedó atrapada de inmediato.

A Luca le asombró la reacción de sus palabras en la vivacidad de Fiorella. Comprendió el porqué, y ante una posible confrontación, prefirió cambiar la expresión de su rostro y relajar la tensión entre ambos.

Iba a esperar que fuese ella quien le mostrara los mensajes que Nicola le había enviado, porque estaba seguro de que eran de él. ¿Qué le había escrito? ¿Por qué esa actitud en ella? ¿Tan malo era?

Un incómodo silencio de expectación recorrió el auto, poniendo fin a la conversación.

\*\*\*

Con los primeros rayos del sol, Luca y Fiorella esperaban dentro del auto la llegada de Flavio y Donna. El lugar que habían acordado para encontrarse era el Templo de Apolo, a pocas cuadras de la salida de Ortigia.

—¿Por qué tardarán tanto? Nos estamos perdiendo de ver el amanecer desde la playa —argumentó Luca.

—Donna me acaba de enviar un mensaje... Están por llegar.

—La próxima vez nos vamos solos —replicó Luca, mirando de nuevo su reloj.

Cuando Fiorella identificó el auto de Flavio a lo lejos, gritó:

—¡Llegaron!

—Era hora.

Luca encendió el motor de su vehículo y avanzó unas pocas cuadras, hasta que se estacionó al lado de su amigo.

—¡Impuntual, como siempre hermano! —Le reclamó Luca, bajando el cristal de su ventanilla.

—Lo siento, se nos hizo tarde.

—¡Qué novedad!

—¿Te sigo o tú me sigues? —indagó Flavio.

Fiorella ladeó la cabeza para saludar a los recién llegados.

—¡Buenos días chicos!

—¡Buenos días Fiore! —contestaron al unísono.

—Sígueme —ordenó Luca, y se colocó sus lentes de sol.

Después de conducir un par de horas, ambos autos estacionaban en la avenida Lungomare Federico II di Svevia, en Gela. Aunque Luca deseaba ir hasta Palermo y enseñarle a su novia surfear en una de sus playas favoritas de Sicilia: Isola delle Femmine, la distancia se lo impedía, de momento.

Mientras desmontaba la tabla de surf del techo del auto, pensó que quizás podía invitarla al Open Surf de la Federación Italiana de Surf, que se celebraría ese año.

A su lado, Flavio le enseñaba a Donna cómo desmontar la tabla. Cuando acabaron de organizar sus pertenencias, las dos parejas caminaron tomados de la mano hasta la playa.

Con veinte grados de temperatura, la mañana se sentía fresca. Decidieron sentarse cerca de un pequeño restaurante, que les ofrecía baño privado, sombrillas y un pequeño equipo de primeros auxilios.

Los chicos acostaron las tablas en la arena, a un lado de sus tumbonas.

—¿Tienen hambre? —Les preguntó Flavio a las mujeres.

Donna comenzó a quitarse un ligero vestido color turquesa, que le acentuaba el tono de sus ojos.

—Sí —contestó su novia.

—Yo desayuné antes de salir —respondió Fiorella—. Gracias.

—Luca, ¿quieres que te compre algo? —Se ofreció Flavio.

—Voy contigo, así veo qué se me antoja.

—Yo quiero un pastel y un café negro, por favor —pidió Donna.

—Ya volvemos —anunció Luca.

Después de desayunar y tomar un poco del sol, Luca decidió que era momento de iniciar las clases de surf. Con unas olas de poca altura, era perfecto para que Fiorella comprendiera todas las técnicas básicas, necesarias para la primera lección.

Los dos hombres se levantaron de sus poltronas y tomaron sus tablas. Donna se sentía ansiosa por aprender este nuevo deporte. Quería de una u otra manera conectarse con su novio, y sabía que el *Surf* le apasionaba.

Por su parte, Fiorella pensaba que quizás no fuese tan difícil después de todo. Hasta el momento, su condición física la había ayudado en diversos

deportes.

Flavio les dio una rápida demostración en la arena de como situarse sobre la tabla y la forma correcta de flexionar las rodillas. Luego entraron al mar y Luca soltó la tabla sobre el agua. Comenzó explicando en voz alta los trucos que él hacía para ponerse de pie sobre la tabla, y mantenerse sin importar los fuertes movimientos que generaban las olas.

Fiorella miró por el rabillo del ojo al sensual hombre parado junto a ella, y supo sin duda alguna, que cada día lo quería más.

Se rio de sí misma, Luca tenía la firme intención de enseñarle a surfear a cualquier costo, y ella solo quería comerle la boca.

Flavio realizó una demostración para ambas chicas, y a continuación, ellas comenzaron a intentarlo.

Durante un par de horas estuvieron disfrutando del agua. Luca les explicaba cómo posicionarse correctamente en la tabla, cómo superar con seguridad las ondas del mar y cómo identificar una buena ola.

La meta ese día para él, era que las chicas navegaran un poco sobre alguna onda, sin caerse de la tabla. Quizás en otra ocasión y con mayor práctica, tendrían la seguridad de surfear una pequeña ola.

No se sorprendió al ver que Fiorella tenía mucha fuerza en las piernas, y pudo casi al instante ponerse de pie sobre la tabla, además de mantener el equilibrio. Sus piernas eran largas, esbeltas y bien formadas. Se sintió orgulloso de su novia, de su flaca.

Regresaron cansadas a las sombrillas, pero eufóricas por la experiencia vivida. Sentir la brisa del viento chocar contra su rostro, mientras estaban de pie sobre la tabla de surf, había sido increíble para ambas.

Cuando llegó la hora de almorzar, abandonaron las poltronas y caminaron hasta el pequeño restaurante que se encontraba frente al mar. Ubicados en la primera mesa, y después de recibir el menú, comenzaron a elegir su comida.

—¿Qué deseas comer? —Le preguntó Luca a su novia.

—Un filete de pescado con papas al vapor.

—Hmmm, yo prefiero unos espaguetis con frutos del mar.

Donna aún discutía con Flavio sobre el menú. Estaba indecisa entre dos platos.

—Creo que probaré los espaguetis a la marinera. —Finalmente se decidió ella.

Flavio fue el próximo en pedir su comida.

—A mí tráeme por favor unos fettuccini con langostinos.

El almuerzo fue acompañado por un buen vino. Fiorella, por primera vez, decidió no romper el ambiente relajado y compartió su copa con Luca.

La comida transcurrió animada, entre las anécdotas de los chicos y su mundo del *surf*. Contaron sus viajes a otros países, en busca de una buena ola, y los eventos nacionales e internacionales que habían disfrutado. Les hablaron sobre la seguridad que se debía tener en el mar y las técnicas de autosanación. Y sin percatarse, se bebieron dos botellas de vino.

En aquel momento, perdida en la emoción de sus sentimientos, Fiorella deseó que el día no acabara. Todo junto a él era increíble.

De vuelta al mar, Luca señaló hacia el cielo, para que ella pudiera ver a una gaviota lanzándose al agua, trazando una curva perfecta, y luego volvió a elevarse con un pequeño pez en el pico. Fiorella disfrutó del espectáculo que la naturaleza mostraba ante ellos.

Aunque Siracusa, con sus pantanos, estanques lacustres y dunas en las costas era un paraíso acuático para las aves, en cada cambio de estación, emprendían su viaje de migración. La reserva nacional de Vendicari era el oasis para muchas aves.

Increíbles cormoranes, preciosas garzas, diferentes tipos de patos y vistosos flamencos disfrutaban de los dulces lagos del norte y de las dunas costeras del sur, donde desovaban las tortugas marinas.

Sicilia era una isla magnífica y poseía un hábitat impresionante.

—Quiero volver —comentó Fiorella con la vista perdida en la inmensidad del mar.

—Cuando quieras —aseguró sonriendo—. Solo tienes que pedírmelo. —Era evidente la felicidad en la cara de Luca, a su chica le había gustado surfear, y él se sentía feliz por ello.

Flavio, acostado en la arena con sus ojos de águila, fulminó a un chico, que al pasar junto a Donna, volteó la cara, para detallar su cuerpo.

—¡Amigo! ¿Se te perdió una chica igual? —Le gritó Flavio al joven.

Donna lo tomó del brazo, intentando calmarlo un poco.

—No, lo siento. No sabía que estaba acompañada. —Se excusó el hombre y siguió su camino.

—¿Y yo estoy pintado en la arena? —bramó.

—¡Cálmate! No pasa nada.

—Claro que pasa, el hombre te hace una radiografía delante de mí, ¿y qué esperas? ¿Qué le pregunte: está rica?

Donna estalló en risa. Su novio no era celoso sino lo siguiente, pero lo adoraba. Sentir que la reclamaba como suya, así fuese como un cavernícola, la llenaba de emoción. Sus sentimientos hacia él, cada vez eran más fuertes, de los que había jurado no volver a sentir, después de su fracaso con el imbécil. Pero ahí estaba ella, sin intención de huir o rechazar lo que estaba pasando.

Al verlo justo como estaba en ese instante, acostado sobre la arena, como un dios griego, se sintió afortunada.

Flavio era una belleza exótica, el típico hombre que nunca pasa desapercibido. Dueño de todas las miradas. El cabello le brillaba como chocolate fundido; los labios gruesos, con ese tono rosa que provocaba morderlos. Pequeñas arrugas de molestia grabadas en torno a los ojos eran apenas visibles, a menos que lo miraras de cerca, como ella lo hacía en ese instante. Con aquellos ojos de un azul profundo que hechizaban a cualquier mujer.

Estuvo a punto de ahogarse. ¡Desgraciado hombre! ¿Por qué Dios los hacía tan atractivos y seductores?

—Flavio, aprovechando que estamos solos..., quiero consultarte una idea que me ha dado vueltas por la cabeza..., pero no sé qué opines...

—¡Suéltalo! —respondió él con una dureza un tanto excesiva.

Donna había pensado mucho la idea de mudarse sola, era de esperar cierta tensión entre ellos. Desconocía su reacción.

—Quiero vivir sola. No puedo seguir en casa de mis padres... — argumentó muy segura de sí misma, pero tragó saliva y guardó silencio.

Flavio observaba el tranquilo ir y venir de las olas, subiendo y enrollándose en una perfecta sincronía. No podía librarse de aquellos ojos verdes turquesa, luminosos y tan llenos de vida. Le sorprendió lo mucho que quería tenerla junto a él en cada momento.

—Me parece una excelente idea —replicó, sentándose junto a ella.

Donna sonrió.

—¿Estás seguro?

—Sí, creo que es momento de que retomes tu vida en completa normalidad —comentó él—. Regresar con tus padres siempre había sido un momento transitorio, pero toda esa mala experiencia vivida ya quedó en el pasado — resumió, mirándola con ternura.

—¡Sí, exacto! —sentenció eufórica.

Eso era lo que ella había analizado día tras día, se sentía completa, y deseaba regresar a la independencia que disfrutaba antes. Estaba agradecida con sus padres por recibirla y apoyarla cuando más los necesitó, pero un nuevo arcoíris brillaba en su horizonte, y pensaba disfrutarlo al máximo.

No dudó ni un minuto en abalanzarse sobre Flavio y cubrir sus labios con furor.

—¿Sabes qué es lo que más me encanta de ti? —preguntó él, entrecerrando los ojos.

—No —contestó, alargando la palabra.

—Tu sonrisa. Los ojos se te achinan tanto, que es casi imposible saber el color exacto de ellos.

Donna se sorprendió por sus palabras. Era un pequeño detalle que no esperó de su parte. A simple vista, Flavio aparentaba frialdad y quizás un poco de narcisismo, pero en la intimidad de su relación, era encantador.

—Sí, lo sé. Es algo que no puedo evitar —confesó muerta de risa y feliz de estar entre sus brazos.

—¡Me seduce...! Me vuelve loco.

—Y a mí me seduces tú.

Donna se sentía como si volviera a ser una adolescente, con las hormonas alborotadas; viviendo un amor de telenovela.

## CAPÍTULO 27

Cinco días después, Luca se encontraba tocando la puerta del apartamento de Fiorella. Había sido invitado por Bianca a una cena especial. Pese al caos que rodeó la invitación, él se sentía entre alagado y asustado.

No era un muchacho inseguro, mucho menos inexperto; pero las formalidades no eran su punto fuerte. Prefería las situaciones relajadas y amenas. Sin protocolos.

Fue Bianca quien le abrió la puerta. Fiorella se volvió, notando su presencia, y él cuando le entregó a la señora un lindo ramo de rosas blancas, una amplia sonrisa de bienvenida iluminó su rostro.

—Buenas noches doña Bianca. Un gusto volver a verla —saludó, levantando la mano cortésmente.

—Buenas noches muchacho. Bienvenido a mi casa.

Gael, quien estaba en la cocina, salió en el momento que escuchó una gruesa voz masculina. Bianca sintió los pasos del hombre, y con rapidez se movió, para presentarlos.

—Luca, conoce a Gael. El padre de Fiorella y Fabiana.

Gael se acercó hasta el centro del salón, y con un apretón de mano, saludó al novio de su hija.

—Gael Bonucci, un placer conocerte.

—Luca Rossi, el placer es mío señor.

Fiorella se puso de pie, mientras miraba con afecto a su hermana, quien estaba sentada junto a Pietro en el sillón. Cuando llegó hasta su novio, lo saludó con un beso tímido en los labios.

Para esa noche, lucía un lindo vestido naranja hasta las rodillas. La soltura de la tela le proporcionaba comodidad y frescura. Dos gruesos tirantes amarrados sobre el cuello sujetaban el vestido.

Decidió soltar su larga melena negra, la cual le llegaba casi a la cintura. Se maquilló un poco los ojos y aplicó brillo color rosa en sus labios. Quizás era la felicidad de tener a todos sus amores juntos o los nervios por todo lo que se podía suscitar esa noche, pero ella lucía increíblemente hermosa.

Por su parte, Luca vestía más elegante que en otras ocasiones. Para

impresionar a sus suegros, decidió llevar un traje a la medida en gris marengo, con una camisa color granate. Su estilo reflejaba su personalidad.

—Hola mi loquito, ¿cómo estás?

—Bien, aunque un poco nervioso. Tu padre da miedo —añadió murmurando las últimas palabras.

La sonrisa de Fiorella se ensanchó.

—Sí, dicen que come hombres infieles.

Al ver su exagerada expresión, se carcajeó con ojos divertidos.

Fabiana se acercó a ellos, y con complicidad, le apoyó una mano en el hombro a su cuñado, para infundirle valor.

Pietro no había tenido que vivir ese amargo momento. Fabiana le hablaba de él a su padre casi a diario, desde que estudiaban en el instituto. Así que cuando les comentó que había decidido ser su novia, sus padres lo tomaron como algo evidente. Un respiro para el dulce Pietro.

—Hola cuñado, siéntate, estás en tu casa —añadió Fabiana.

—Hola Luca. —Lo saludó Pietro.

—Hermano, un gusto verte.

—Tranquilo, no estás solo. Juntos podemos —bromeó el joven.

Gael observó el comportamiento de cada uno de los miembros de su familia ante el invitado. Pero el joven le agradó desde el momento que le susurró algo a su hija, y esta no pudo evitar una enorme sonrisa, seguida de una traviesa carcajada.

Ver a sus hijas felices, era lo más importante para él. También detalló la forma cortés con que se dirigía a Bianca. Hablaba mucho de su educación y del respeto que sentía hacia los mayores. El chico iba ganando puntos. Pero antes de dictarle un veredicto, tenían que hablar.

Prediciendo los pensamientos de su exesposo, Bianca anunció que la cena estaba lista, y los invitó a sentarse. Mientras las chicas terminaban de llevar las bebidas desde la cocina hasta el comedor, Gael comenzó a interrogar a Luca.

—Luca, cuéntame de tu vida. ¿Dónde trabajas? ¿Qué haces?

En la cocina, Bianca tomó la mano de Fiorella, de forma protectora, cuando comenzó a escuchar la conversación que se llevaba a cabo en el comedor.

Sabía que a ella no le había gustado para nada que invitara a Gael a la primera cena de Luca con ellas. Y menos que no se lo consultara antes.

Esa reacción de Fiorella hacia su padre, eran las actitudes que a Bianca le

daban miedo, cuando pensaba en aceptar de nuevo a Gael en su mundo. En varios ámbitos de su vida doméstica, ya Gael desencajaba del todo.

Ellas tres habían construido un universo, como una bola de cristal, donde cada una entendía y respetaba ciertas situaciones en la vida de las otras. Con Gael, nada de ese mundo existiría, él era como un torbellino.

—Odio cuando se comporta de esa manera. ¿Quién se cree que es?

—¡Es tu padre! —replicó Bianca soltándole la mano, para comenzar a servir la comida.

—¡Mi padre! ¿Cuándo le conviene o le sobra el tiempo? ¿Qué pretende con ese interrogatorio? ¿Cree que soy una imbécil que se metería de novia con un cualquiera? —inquirió molesta.

—Solo desea protegerte. —Lo defendió Fabiana, abriendo el refrigerador.

—Tú no te metas y ponte en mi lugar. ¿Te gustaría ver sudar frío a Pietro por la inquisición de tu padre?

—«Nuestro» padre. —La corrigió—. Y a mí me parece muy divertido. —Sonrió con sarcasmo y salió de la cocina con dos botellas de vino tinto.

—Madre, has que pare con las preguntas o me largo. Esto parece un circo —masculló la joven—. Tengo veinticinco años y Luca treinta. ¿Qué pensará de mí después de esta noche? ¡Qué soy una mocosa!

Bianca se giró para enfrentarla.

—No seas tonta niña. Pensará que tienes unos padres que te aman y procuran lo mejor para ti..., que tienes una familia que te defiende y protege en todo momento. Entenderá, que pase lo que pase, nunca estarás sola.

—¡Uff, por Dios! ¡No lo puedo creer! ¡¿Lo estás defendiendo?!

—Así deben ser las cosas, te guste o no —enfaticó su madre molesta y salió de la cocina con dos platos de comida en sus manos.

Cuando Bianca llegó al comedor, ubicó los platos sobre la mesa y le sonrió con amabilidad a los tres hombres que conversaban gratamente.

—Estudié Ingeniería Civil y posteriormente hice una especialización en Conservación y Restauración de Edificaciones. Hace tres años que trabajo para la compañía Restaurarte Sicilia & Figli.

—¿Y qué cargo desempeñas? —preguntó Gael.

—Como ingeniero, desarrollo el diseño detallado del proyecto según los requerimientos del cliente. La compañía se especializa en restaurar obras de artes y edificios históricos, y una de mis funciones es respetar y cuidar la esencia, la técnica y el valor histórico de cada obra —argumentó orgulloso—.

En este momento, estamos restaurando un hotel muy antiguo, y debo velar no solo por la calidad de los materiales, sino que también debo asegurarme que el proyecto sea completado en el tiempo pautado, respetando el presupuesto previsto.

—Se escucha complicado —soltó Pietro.

—Un poco —contestó Luca.

—Me gusta lo que haces muchacho. Suena interesante.

Luca miró al padre de su novia con una mezcla de admiración y respeto.

—Gracias don Gael.

—Llámame simplemente Gael. No soy tan viejo como aparento.

Bianca sonrió y lo miró, agradeciéndole.

—Bueno..., pues muchas gracias Gael —corrigió Luca.

Fabiana, quien acababa de sentarse en su silla de madera, puso los ojos en blanco.

*«Tanto drama de Fiorella por el bendito interrogatorio, y Luca con tres palabras bonitas se metió en un bolsillo a papá»*, pensó.

Un ligero gesto traicionó sus pensamientos. Su padre era el hombre más bueno del mundo, y su hermana vivía satanizándolo. Ya comenzaba a cansarse de sus actitudes infantiles.

Y sin ser invitados pero cómodos por estar en su casa y entre los suyos, los gatos salieron del cuarto de Fiorella en busca de alimentos, y quizás, con algo de suerte, encontrarán un poco de mimos.

Fabiana fue la primera en verlos.

—Luca, te presento a tus hijos: Mía y Pata —comentó con tono burlón, señalando hacia el suelo.

—¿Quiénes? —preguntó Luca con el ceño fruncido.

Fiorella, quien venía saliendo de la cocina con su plato de comida, divisó a los gatos viniendo hacia ella.

—Mira Luca, estos son mis pequeños, mis gatos —acotó la joven.

—Nuestros gatos —aclaró Fabiana.

—Nunca he tenido gatos —dijo Luca levantándose de su silla y caminó hasta ellos. Elevó a Pata del suelo y lo abrazó.

—Son los mejores hijos que una madre pueda tener —bromeó Fiorella.

—¿Es macho o hembra? Porque tienen nombres extraños.

Ambas hermanas se carcajearon.

—¿Cómo los puedes confundir? —preguntó Fabiana extrañada—. Pata es

macho y Mía es hembra.

—¿Quién inventó esos nombres?

—Yo escogí Mía —dijo Fiorella.

—Por mi parte, yo quería ese nombre fuese perro o gato.

El comentario hizo que todos los presentes sonrieran.

La velada transcurrió en un ambiente ameno y entretenido. Lo que al inicio pudo ser la inquisición, ahora era una verdadera cena familiar. Luca, observó con disimulo, desde su asiento, a la derecha de sus suegros, no perdió detalle de los gestos cariñosos que Gael le hacía a doña Bianca. Aunque percibió un incómodo nerviosismo por parte de su suegra.

«¿*Fiorella estará al tanto de...? No, no lo creo*», pensó el joven, mientras intercambiaba la mirada entre sus suegros y su novia.

Bianca no podía oír con claridad la conversación entre Fiorella y Luca. Aunque estaba tensa por el enfrentamiento que ellas tuvieron minutos atrás, ahora se encontraba más tranquila, al ver, después de lo sucedido, una espléndida sonrisa en los labios de su hija, por alguna anécdota que Luca le contaba en ese instante.

Esas expresiones de auténtica alegría eran las que anhelaba ver en su hija siempre. Aunque también la impresionaba sentir esa energía intensa entre ellos. Ya que por más que lo deseaba, jamás pensó que su hija se fuera a desprender del capricho que sentía por el vecino.

—Antes de irte, recuérdame devolverte la cazadora de cuero que me distes en la playa —comentó Fiorella con picardía.

—Pensé que la guardarías como recuerdo de nuestra primera noche juntos.

—¿Primera noche juntos?!

La pregunta le sacó una carcajada a Luca, al ver la expresión de asombro en el rostro de su novia. Adoraba sus reacciones.

—No te quedes despierta hasta tarde, que mañana será un día largo, y necesito que tengas toda la energía del mundo. —Le susurró él con voz melosa.

Fiorella, quien estaba terminando de beber un trago de agua, inhaló, ansiosa.

—Aún no me has dicho a dónde vamos.

—¡Es una sorpresa! —exclamó muy cerca de su cara, con gesto gracioso.

—Me encantan las sorpresas —dijo sonriendo—, aunque muera de la

curiosidad.

Luca puso su copa de vino sobre la mesa y se volvió hacia ella, para mirarla con pillería.

—Solo necesito que empaques ropa para todo el fin de semana y traje de baño.

—¿Vamos a Isola delle Femmine? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—No —respondió él, alargando la palabra—. Eso lo dejo para otro momento.

—Hmmm, muero por saber...

Y justo en ese instante se miraron en silencio, y los ojos de ambos se anclaron en los labios de cada uno. Deseosos de tomarlos, de sentir sus cuerpos unidos, mientras disfrutaban de sus apasionados besos. Pero eran conscientes de que no estaban solos, y que la buena impresión que se habían llevado los padres de Fiorella de él, se iría por el caño si lo veían poseerla como deseaba.

## CAPÍTULO 28

Un Luca impaciente estacionó su auto frente al edificio de Fiorella. Eran las cinco de la mañana, y en un par de horas debían estar tomando el ferry que los llevaría a la República de Malta.

Algunas condiciones ponían a Fiorella ansiosa, y el desconocimiento del destino para ese fin de semana era una de ellas. Aunque sabía que podía confiar plenamente en Luca, la falta de información le generaba cierta incertidumbre. A esas horas solo sus gatos la acompañaban mientras ella se vestía.

Con todo guardado en su pequeña maleta de viaje y sin saber si la vestimenta que había empacado era la correcta, bajó hasta la calle, para encontrarse con un Luca sonriente. Quien vestía una camisa de algodón blanca Giorgio Armani, unos pantalones cortos negros y zapatillas azul celeste. Presentaba un aspecto juvenil y playero.

No se demoró mucho en saludarla, ya que el ferry partía puntual y el camino hasta el puerto de Pozzallo les llevaría algo de tiempo.

—Buenos días flaca —saludó él mientras se acercaba a ella.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó y lo besó en los labios con ternura—. ¿Dormiste algo?

La ansiedad de lo inesperado lo mantuvo con insomnio.

—Sí, dormí bien —mintió, abriéndole la puerta para que se ubicara en su puesto.

—Yo he dormido muy poco sinceramente —replicó ella sin molestarse en ocultar sus sentimientos.

—Puedes dormir durante el viaje. Tú descansa mientras yo conduzco.

—¿Me vas a decir a dónde vamos?

—No, aún no. Pero en una hora lo sabrás.

—¿Vamos muy lejos?

—Shh... Disfruta del viaje —replicó Luca, cerrando la puerta del copiloto.

A los pocos minutos ya cruzaban el puente Umbertino, rumbo a Pozzallo.

Desde su asiento y sin poder dormir, Fiorella contemplaba el hermoso rostro de su novio. Estaba conmovida, cautivaba en realidad. Con cada

obstáculo, Luca le demostraba cuán grande era su amor. Llegando a tocar esa fibra sensible de su corazón, que la hacía desear más de él. Todo de él.

De pronto se le aceleró el corazón, al recordar que compartiría dos días y una noche junto a él. Su mente y su cuerpo tomaron conciencia de todo lo que estaba por venir, y una pequeña descarga de adrenalina la recorrió entera.

Hacía días que disfrutaba de sueños húmedos, imaginando cómo sería su primera vez con él. Con Nicola el sexo siempre había estado cargado de limitaciones, nunca pudo ser libre completamente.

Sin embargo, con Luca estaba dispuesta a darlo todo, y exigiría sus propios placeres.

Luego de una hora, llegaron al puerto de Pozzallo. Y Fiorella, al ver el ferry, descubrió cuál era su destino. La isla de Malta.

Abrió mucho los ojos y comenzó a gritar como loca.

—¡Vamos a Malta! ¡Sí! ¡Vamos a Malta!

Luca no pudo evitar sonreír y afirmar con la cabeza.

—¿La conoces?

—No, la verdad no. Siempre había querido ir, pero entre una cosa y otra...

—Perfecto, porque hoy la conocerás conmigo. Llegaremos a la capital.

—¡Oh, qué emoción conocer La Valeta! —exclamó retorciéndose sobre su asiento y luego brincó a las piernas de su novio, para comérselo a besos.

Bajaron del auto, sacaron las maletas de la cajuela, y tomados de la mano, caminaron hasta las puertas de embarque del ferry. Aunque era temprano, ya había una fila de personas delante de ellos.

Luca había comprado los pasajes una semana atrás, tenía todo el fin de semana planificado a la perfección. Cuidó cada detalle y confirmó como un maniático las horas de cada evento. Para su desagrado, cuando reservó los pasajes ya no había plaza para el auto. Así que decidió dejarlo en el estacionamiento del puerto y solicitar un traslado hasta el hotel donde se hospedarían en La Valeta.

Pronto, el ferry desatracaba del puerto y soltaba los amarres, para navegar parte del mar mediterráneo hasta llegar a Malta.

Aprovechando los servicios ofrecidos por la embarcación, tomaron un ligero desayuno. Luca pidió un café corto, acompañado por un croissant, y Fiorella un yogurt descremado con ensalada de frutas. No quería comer mucho por miedo a marearse debido al movimiento del barco. Era su primera vez en

uno de ese tamaño y no quería correr riesgos.

Terminando de comer, Fiorella le preguntó:

—¿Me vas a contar todo lo que tienes planificado o debo torturarte?

Luca se cubrió la boca con el dorso de la mano para no escupir lo poco que le quedaba dentro de ella, cuando tuvo la necesidad de carcajearse por la amenaza de la chica.

Respiró y tragó la comida antes de responder.

—Ni lo uno ni lo otro. Todo será una sorpresa y nada de lo que hagas o digas cambiará tu destino.

—¿Mi destino?!

—Solo te pido que disfrutes de cada momento y dejes de preocuparte por todo. Yo tengo el control, tú confía en mí —declaró él—. Este fin de semana mando yo, tú eres mía y haré de ti la mujer más feliz del mundo durante las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Perdona?! ¿«Tuya» has dicho? ¿Desde cuándo? —indagó con asombro, mirándolo directo a la cara.

Luca se echó a reír con picardía, giró por completo su cuerpo hacia ella, para tomarla del brazo, y comenzó a masajear su hombro con suavidad.

—¡Qué mujer tan complicada! Suelta el control mi flaca, diviértete, que la vida es una sola. Sé feliz... O mejor dicho, déjame hacerte feliz —replicó, haciéndola sonrojar.

Todo lo que él le pedía se escuchaba fácil, pero no lo era para Fiorella. Acostumbrada a una rutina, a un estilo de vida riguroso; controlado por horarios y responsabilidades. Soltar todo era un tanto arriesgado. Pero ya estaba ahí, así que decidió darle lo que él pedía. Libertad.

Él tenía toda la buena intención, y por eso accedería a su petición. Era su novio.

—Muy bien, cero preguntas. Dejo todo en tus manos... Solo porque eres mi loquito favorito —anunció, mientras retorció un largo mechón de cabello entre los dedos.

—Eso suena mucho mejor —decretó Luca alargando las palabras.

Tomó su rostro entre sus grandes manos y comenzó a regar suaves besos por toda su cara. Hasta que llegó a sus labios y los devoró.

Navegaron casi dos horas, tiempo suficiente para actualizarse sobre los últimos acontecimientos en la vida de sus amigos. Luca retomó el tema de su

hermano con Pia, haciendo énfasis en que durante la semana, no había ido a dormir ni una sola noche a casa.

Por su parte, Fiorella le comentó que Alessia estaba un poco deprimida ante la pronta partida de Rocco hacia Roma, donde daría un par de conciertos, por lo que vivirían separados un tiempo. Aunque la rubia era feliz al ver a su novio triunfar en su carrera, los momentos donde él debía viajar por compromisos, la ponían melancólica.

En medio de la conversación, el ferry atracó a puerto, y una joven de la tripulación les anunció que ya podían bajar a tierra.

Luca se levantó primero que Fiorella para buscar sus pertenencias, y juntos se dirigieron a la salida.

No habían dado dos pasos fuera de las puertas, cuando sintieron el cambio de clima. Al zarpar de Sicilia, disfrutaban de unos diecinueve grados, pero en La Valeta, la temperatura ascendía a unos veintiséis, acompañados de mucha humedad.

—¡Oh, qué calor tan sabroso! Amo el verano —dijo Luca cerrando los ojos y alzando la cara, para sentir los rayos del sol directo en su rostro.

Fiorella lo observaba con los ojos entrecerrados, a causa del brusco contraste por la brillante luz del sol. Buscó dentro de su bolso los lentes oscuros y se los colocó.

Como el ferry los dejaba justo en la terminal de pasajeros, fue muy sencillo al salir, identificar al muchacho que levantaba un pequeño cartel con el apellido de Luca.

Ambos se acercaron hasta el joven y Luca se identificó.

—Luca Rossi, un placer. —Le extendió su mano para saludarlo en inglés.

—Buenos días señor. Soy Elton, quien los llevará hasta el hotel. Un gusto conocerlos —asintió mirando a Fiorella—. Por favor, acompáñenme —dijo en italiano.

Aunque los idiomas oficiales en la isla eran el maltés y el inglés, dos tercios de la población eran capaces de hablar y entender el italiano, que fue el idioma oficial de ese Estado hasta los años treinta y cuatro.

—¿Estamos muy lejos del hotel? —Le preguntó Fiorella al joven, mientras salían de la terminal.

—No, en La Valeta todo queda muy cerca. Malta es un país insular muy pequeño, apenas nos sostienen unos trescientos dieciséis metros cuadrados de tierra. Sin fronteras, pero con mucho mar.

—¡Oh, es muy pequeña! Sicilia posee más de veinticinco mil kilómetros cuadrados. ¡Increíble! —exclamó sorprendida al comparar el tamaño entre ambas islas.

—¿Es su primera vez? —Quiso saber el hombre.

—Sí, pero mi novio ha venido otras veces.

—Espero le guste mi país. Sea bienvenida —añadió el joven, abriendo la puerta para que ambos subieran al auto.

—Muchas gracias, seguro que sí —contestó Fiorella con amabilidad.

## CAPÍTULO 29

Durante el corto recorrido, la joven no dejó de mirar por la ventanilla. Alababa cada edificio, cada monumento. Con toda sinceridad, Malta era un país hermoso.

Luca se acercó a ella, le besó la mejilla y comenzó a narrarle al oído parte de la historia del país. En sus innumerables visitas, había permanecido allí el tiempo suficiente como para conocer un poco de todo.

—En el siglo XI, para el año mil noventa, Malta se encontraba bajo el dominio de los normandos de Sicilia, y desde esa fecha, muchos colonos sicilianos viven aquí. Muchos años después pasó a la Corona de Aragón, y en mil quinientos treinta, el rey Carlos I de España arrendó las islas a los Caballeros Hospitalarios, quienes declararon el italiano como lengua oficial del país.

—¡Qué interesante! —exclamó Fiorella, escuchando todo lo que él le contaba.

—Para hacerte un resumen, el dominio de los Caballeros Hospitalarios terminó tras la conquista francesa, liderada por Napoleón Bonaparte, pero los malteses se rebelaron, y en esa disputa, Gran Bretaña envió su ayuda, para que al final, en mil ochocientos, Malta pasara a formar parte del Imperio Británico.

—¿Pero hoy en día es un país independiente? —preguntó con duda la chica.

—Sí, desde mediados del siglo pasado, exactamente en septiembre de mil novecientos sesenta y cuatro.

El joven chofer, que venía escuchando la corta reseña histórica de su país, quiso agregar con orgullo un dato más.

—Pero nuestra verdadera independencia la celebramos desde el treinta y uno de marzo del setenta y nueve, que fue cuando los británicos soltaron el control de los puertos, aeropuertos, correos y medios de comunicación, y salieron del país. Antes de esa fecha, la reina Isabel II seguía siendo la soberana de aquí.

—Y si ya eran independientes, ¿cómo es que la reina seguía siendo la soberana?

—Así lo planteó la constitución del sesenta y cuatro. La reina seguía siendo la soberana de Malta, pero asignaba a un gobernador, quien ejercía su autoridad dentro del país.

—¡Increíble!

—Por eso celebramos el día de la Libertad a partir de su salida definitiva.

—Debes sentirte orgulloso de tu país.

—Mucho. Mi pueblo es valiente, y muestra de esa valentía está plasmada en nuestra bandera: la Cruz de San Jorge. Que se nos fue otorgada por el rey Jorge VI.

Luca, quien le interesaba todo lo relacionado a la historia, ya que iba directamente relacionada con su trabajo, agregó:

—Para mí, lo interesante de conocer la historia de un lugar, es comprender el porqué de su arquitectura, quiénes estuvieron y qué dejaron a su paso; todo eso hace más bello cada monumento. Cuando sabes desde cuándo están ahí y lo increíble de su construcción, empiezas a verlos con otros ojos.

Fiorella volteó la cara y lo miró con sus ojos azules brillantes.

—¿Todo lo relacionas con tu trabajo, cierto?

—Adoro mi trabajo, restaurar maravillas antiguas es un placer que pocos tenemos. Y yo lo disfruto al máximo.

—Lo puedo ver en tus ojos cuando hablas, te emocionas —alabó la chica mientras le acariciaba el mentón.

—Pocos saben que Malta es mucho más que sol y playas paradisíacas. Actualmente cuenta con tres lugares declarados Patrimonio de la Humanidad. Y uno de ellos es la ciudad.

—¿Conoces los otros?

—Sí, he tenido el placer de recorrer este país casi por completo.

—¿Podríamos recorrerlo juntos? —sondeó ella.

—Claro, pero para eso tendríamos que venir por unos quince días, y así conocer el archipiélago completo. Malta tiene su propia Laguna Azul.

—¿Como la de la peli?

—Mucho mejor que la de la película, ¡créeme!

—Perfecto, entonces ese será el plan para nuestras próximas vacaciones.

Fue inevitable que una ola de alegría y satisfacción le refrescara el corazón a Luca, al escuchar que su novia planeaba el futuro junto a él, como pareja.

—De acuerdo, lo planificaremos —aplaudió Luca.

En ese momento, el auto se detuvo frente a las puertas del Grand Hotel, y

de inmediato otro joven se aproximó al vehículo, para abrir la puerta e invitarlos a ingresar al vestíbulo, mientras el chofer se encargaba de bajar las maletas.

Juntos cruzaron la puerta principal del hotel y se aproximaron hasta la recepción. Quizá, si no trabajara en un hotel cinco estrellas y no estuviese acostumbrada al lujo, la suntuosidad de la estancia la habría abrumado.

Fiorella no perdió detalle en el brillo del suelo de mármol beige, ni en las preciosas columnas talladas a los lados del salón ni en las inmensas lámparas de cristal que colgaban de los techos. Pero lo que más llamó su atención, fueron las dos escaleras de mármol forradas en moqueta color vino, que unían el gran salón con el primer piso.

Luca, por su parte, que un año atrás se había hospedado en ese mismo hotel, conversaba con la recepcionista, mientras esta los registraba, además de preguntarle por la solicitud que había realizado para esa tarde.

Caminaron tomados de la mano hasta la zona de los ascensores, con las tarjetas electrónicas de acceder a su habitación y a las áreas comunes del hotel en mano.

Por un segundo, a Luca lo cegó el impulso de echar a correr por las escaleras con Fiorella entre sus brazos, para llegar a la suite de esa manera y demostrarle cuánto la deseaba, cuánto anhelaba estar dentro de ella. Pero una bofetada de sensatez lo hizo comportarse como el caballero que era.

«*Todo a su tiempo*», pensó.

Al instante de ingresar a la suite, sonó el móvil de Fiorella. Era su madre

—Hola Fiore, ¿llegaron bien?

—Hola mamá. Acabamos de llegar al hotel, y todo ha salido de maravilla.

—Me alegra hija. Disfruten mucho.

—Por supuesto mamá.

Luca comenzaba a adorar a su suegra. Desde que la conoció, intuyó que era una aleada.

—¿Y Luca? —preguntó Bianca.

—Bien, aquí está... Espera, desea saludarte.

Luego de entregarle el móvil a Luca, Fiorella recorrió con la mirada toda la elegante y amplia habitación. Al fondo, halló un escritorio de trabajo y un lindo sofá. Por otro lado, un televisor enorme, y ocupando todo el centro de la suite, una cama King.

Tras pasó la habitación y se detuvo frente a un ventanal que iba desde el

suelo hasta el techo.

Luca conversaba gratamente.

—Mi suegra linda, ¿cómo está?

—¡Luca, hijo! Feliz, muy feliz de saber que están bien.

Bianca supo la idea del viaje desde el mismo instante que se le ocurrió a Luca, y juntos planificaron la aventura. Así que tenía mucho que agradecerle a la señora.

—No es la única. A su hija le encantó descubrir la primera sorpresa.

Bianca se carcajeó. Imaginó la alegría que pudo sentir Fiorella al encontrarse rumbo a Malta.

—Cuídala mucho Luca.

—Siempre.

—Gracias por hacerla feliz... Bueno, ya no los molesto más. Nos vemos pronto.

—No tiene nada que agradecer. Le mando un beso a Fabi... Y salude a Gael de mi parte. —Luca le lanzó la indirecta a su suegra.

Bianca se quedó en silencio por unos segundos, luego le contestó:

—Un beso para los dos.

Terminó la conversación y caminó en dirección a su chica, quien se encontraba mirando por la ventana de la suite, anonadada.

Las habitaciones de lujo que se encontraban entre el segundo y séptimo piso, ostentaban unas impresionantes vistas al mar del puerto de Marsamxett y a la isla Manoel. La suya se encontraba en el tercer piso, por lo que podían contemplar parte de la piscina exterior, como el esplendor del mar.

Llegó a ella y la envolvió desde atrás con sus brazos, sorprendiéndola. Como sus pasos fueron silenciados por la esponjosa moqueta beige que cubría todo el piso, no lo oyó acercarse.

—¡Qué belleza! —exclamó Fiorella en voz baja, con la vista clavada en el puerto.

—Sí, la panorámica desde aquí es impresionante.

Fiorella se volteó y hundió su rostro en la curva de su cuello.

—Gracias. —Le susurró—. Una noche en este hotel y en una habitación tan lujosa, debe costar mucho.

—El dinero no importa.

—Prometo pagarte con creces todas estas atenciones que tienes conmigo.

—Y ahora es que comienza lo bueno —decretó él, besándole el cabello con ternura—. Necesito que te cambies de ropa y te pongas tu traje de baño. Y si deseas refrescarte primero, tenemos una media hora.

—¿Te quieres duchar conmigo? —Le pidió tímidamente, por la poca confianza que había entre ellos.

Luca la abrazó con fuerza, subió una mano hasta la parte posterior de la cabeza, y con la otra, envolvió su cintura. Comenzó a morderle los labios, a chupárselos como si se tratase de un exquisito postre. Y Fiorella, con los ojos cerrados, gimió en su boca.

Transcurrieron unos minutos, donde solo se podía escuchar susurros, súplicas incomprensibles y respiraciones agitadas.

—Sé que me arrepentiré de lo que voy a decirte, pero todo a su tiempo. — Logró decir, embelesado por ella—. Primero deseo llevarte a un lugar muy especial para mí, y si entro contigo a la ducha, no habrá fuerza humana que me saque de esta habitación —decretó, mirándola a los ojos con intensidad.

—De acuerdo... —expresó, resignada.

—Pero prometo que al regresar..., toda la espera habrá valido la pena. Te lo juro. —Hizo esa afirmación con los ojos llenos de promesas, gritándole las infinitas formas en que la haría suya.

Fiorella exhaló con fuerza y se estremeció ante la promesa de Luca. La haría suya en cuerpo y alma. Y la visión de ellos desnudos sobre la cama, la hizo jadear.

Después de aquella petición tan directa, a Luca se le haría imposible borrar las escenas eróticas de Fiorella bañándose junto a él.

Por unos segundos, no supo qué contestar, la pregunta lo tomó por sorpresa. Jamás esperó que Fiorella fuera tan abierta al sexo. En definitiva, su novia era una montaña rusa, y él era adicto a esa adrenalina.

## CAPÍTULO 30

Después de una ducha rápida y presumiendo de un hermoso traje de baño, que había comprado días atrás junto a Donna, pensando en lucir bella para su novio. Fiorella salió del cuarto de baño con los nervios a flor de piel.

Luca tragó grueso e intentó no abalanzarse sobre su novia cuando la vio aparecer. Solo dos pequeñas prendas cubrían su tonificado cuerpo. Mientras ella se iba acercando a él como una gata sigilosa, Luca intentó no imaginar todo lo que podía hacer con Fiorella desnuda en la cama.

Intentó no pensar en cómo sería tocar, chupar, lamer y hacer el amor con la mujer que caminaba hacia él.

¡Por los clavos de Cristo!

Sabía de su relación con Nicola y recordó cuán grande era su amor por él, cuánto había llorado por esa relación.

«*Durante dos años fue la mujer de ese bastardo*», pensó.

Sin saber la agonía de él, Fiorella se acercó más, atraída por su cuerpo. Le rodeó el cuello con sus brazos y depositó una lluvia de besos húmedos por su mejilla, hasta que se detuvo en la boca.

Los pechos de ella, firmes y suaves le quemaban la piel. Dos finas capas de ropa no eran suficientes ante tanta lujuria.

—¿Nos vamos? —preguntó él, en cuanto la tuvo entre sus brazos. Demasiada tentación.

—Sí. —Parpadeó algo desorientada, y luego lo soltó—. Déjame ponerme un vestido ligero y estaré lista.

Fiorella caminó hasta el fondo de la habitación, donde tenía abierta su maleta, y sacó la prenda.

—¡Estás preciosa!

—Gracias, y tú guapísimo, como siempre.

Cuando estuvo lista, Fiorella atravesó la habitación y se colgó al hombro su bolso playero, donde había guardado protector solar, sus lentes de sol, una botella de agua sin gas, el móvil y una pequeña cartera con su documentación personal.

Al salir de la suite, caminaron por el largo pasillo hasta los ascensores.

Luca le posó la palma de la mano sobre la cadera y la empujó un poco hacia él. La quería lejos, pero la necesitaba cerca.

Y ese olor a coco que lo enloquecía. Inhaló de nuevo, consciente de que estaba condenado por ella.

—¿Ahora qué? ¿Hacia dónde vamos? —preguntó Fiorella, mientras ingresaban al ascensor.

—Vamos a comer... ¿O no tienes hambre? —La miró levantando una ceja, mientras le acariciaba la espalda con la palma de la mano.

—Un poco.

Un atisbo de sonrisa curvó la boca de Luca.

—Excelente.

Cruzaron el vestíbulo hasta llegar a la puerta principal del Grand Hotel, donde los esperaba el mismo joven que los había trasladado desde el puerto horas antes.

—Buenas tardes. —Los saludó y se volteó para abrir la puerta trasera del auto.

—Disculpa... ¿Me recuerdas tu nombre? —Le pidió Fiorella. No soportaba hablar con una persona sin dirigirse a ella por su nombre.

—Elton.

—Elton, yo soy Fiorella, y mi novio...

—Luca Rossi. —La interrumpió el joven—. Lo sé, yo mismo anoté su nombre en el cartel, antes de ir a buscarlos.

—Ah, cierto.

El trayecto desde el Grand Hotel hasta la playa Gnejna Bay fue divertido y duró unos treinta minutos. Aquella playa, situada al oeste de la isla, cerca de un embarcadero, y con algunas zonas rocosas, era ideal para los planes de Luca.

A simple vista y comparándola con otras playas, era descartada por los turistas, haciéndola perfecta para aquellos que buscaban privacidad y un lugar solitario en medio del Mediterráneo.

Aunque gran parte de la costa era rocosa, había espacios de arena y agua cristalina.

Elton estacionó en el aparcamiento de la playa, donde minutos antes una furgoneta del hotel se había retirado, dejando en un sector de la playa una decoración idílica.

Luca se sentía ansioso por descubrir si todo lo que había solicitado y

planificado con el gerente del hotel se había cumplido como él lo imaginó.

Tomados de la mano, se acercaron al borde del litoral, de donde se podía contemplar la inmensidad del mar y disfrutar de ese cálido aire marino tan único. Unas pequeñas nubes esponjosas resaltaban la perfección del cielo, de un azul más claro cerca del horizonte.

Era un hermoso día soleado.

—¿A qué hora será su regreso? —Les preguntó Elton con discreción, desde la distancia.

—A las seis, por favor —respondió Luca y se volteó para llegar hasta él y despedirse con un apretón de mano.

—Que tengan una maravillosa tarde —anunció, inclinándose un poco ante ellos, luego volteó la cabeza para despedirse de Fiorella—. ¡Qué disfrute señorita!

—Gracias, nos vemos luego Elton —contestó la chica.

Uno al lado del otro, bajaron los pocos escalones que separaban el estacionamiento de la playa. Luca comenzó a caminar hacia el lado oeste, seguido por Fiorella.

Mientras se acercaban, el corazón de la chica comenzó a latir con más ímpetu, cuando sus ojos captaron el escenario frente a ella. La suave arena había sido decorada por hojas de palmeras; y una lluvia de pétalos rojos, delineaba el camino hasta una pequeña carpa, cubierta con tela blanca.

Fiorella se paralizó, no había visto nada comparable.

—Fiore. —Le pidió Luca al percibir su reacción, y tiró de su mano, invitándola a continuar.

—¡Es precioso! —murmuró, y volteó la cabeza para poder mirar a su novio directo a los ojos—. No me lo esperaba.

—Prometí hacerte feliz; y sobre todo, que este fin de semana sería inolvidable... Para los dos. —Destacó las últimas palabras, mientras la tomaba entre sus brazos.

Fue imposible para Fiorella evitar que sus cachetes se tiñeran de rosa ante tal afirmación. Lamentó ser, a veces, tan introvertida. «*¿Por qué a ella no se le ocurrían ideas tan sorprendentes y llenas de magia como a él?*», se cuestionó.

—¿Almorzamos? —añadió Luca a propósito, intentando sacarla del mutismo en que se había asumido.

Fiorella vaciló cuando estaba a punto de dar un paso más.

—Sí, claro, discúlpame, es que... Me sorprendiste.

—Fiore, la vida está concebida para vivirla a plenitud. ¡Relájate! — exclamó, tomando un mechón de cabello negro de ella entre sus dedos.

—¡Te adoro!

—Yo más mi flaca. Ahora, ¡A comer!

Después de un par de besos, ingresaron a la carpa.

Una pequeña mesa para dos, con sillas de mimbre, ocupaba el centro del lugar; decorada con un gusto exquisito. Cuatro antorchas iluminaban el interior, creando un ambiente romántico y casi místico.

Al fondo, había dos tumbonas forradas con paños blancos, invitándolos a tomar sol. Y a un lado de la carpa, la chica observó dos bandejas de acero inoxidable.

—Nuestra comida —anticipó Luca, y ambos se acercaron a descubrir su contenido.

El jefe de cocina del hotel les había proporcionado todo lo necesario para preservar en perfecto estado la comida y las bebidas.

—Mmm, huele delicioso —confesó Fiorella—. ¿Tienes el menú?

Luca afirmó con la cabeza.

—En esta bandeja hay Timpana, uno de los platos típicos de Malta — comentó—. Son unos macarrones rellenos de carne picada y huevo duro, cubiertos por una capa de masa de hojaldre. Están cocinados al horno.

Cuando terminó de explicar, cerró la bandeja y abrió la siguiente.

—Aquí nos colocaron un pastel de Lampuki —especificó—. Es una crujiente empanada rellena de filetes de pescado lampuga con espinacas, coliflor, castañas y un poco de pasitas. ¡Es delicioso!

—¿Lo has probado antes?

—¡Claro! Por eso los pedí para hoy. Quiero que tú también los pruebes. — El entusiasmo de Luca era palpable.

—La masa de hojaldre tiene muchas calorías y...

Luca la interrumpió.

—No hay ensalada flaca —anunció y su voz adquirió una cadencia diferente.

Su cambio de voz le oprimió el pecho a Fiorella. En ocasiones, era muy difícil sacudirse un estilo de vida, que por años, había marcado su forma de ser. Luca la tomó por los hombros y la enfrentó.

—No te estoy pidiendo que dejes todo atrás o que no cuides tu

alimentación, solo te pido pequeños espacios de libertad. Permítete disfrutar de cosas nuevas —prosiguió Luca con ternura—. Concédeme este fin de semana. Disfruta de todo lo que quiero darte... Y hazlo sin inhibiciones.

Una súbita tristeza invadió los sentidos de Fiorella. ¿Cómo podía ser tan descortés? ¿Cómo era posible, que estando en un lugar tan mágico, siguiera anclada al pasado?

—Discúlpame, no debí pensar en calorías ni en nada de esas cosas.

—Flaca, no te sientas mal. —Le rogó. Retiró las manos de los hombros y la envolvió entre sus brazos—. Mi intención es que seas feliz, no que te sientas triste o culpable.

—Te lo prometo, no más calorías ni limitaciones —replicó, abrazada a él, y con la cara dentro del hueco de su cuello.

—Recuerda que eres... «El saquito de huesos más lindo de toda Sicilia» —aseguró, sintiendo el roce de sus labios en el cuello.

Fiorella abrió los ojos y estalló en una risotada.

—¡Estás loco!

—Siempre —contestó al instante.

—¿Almorzamos? —indagó la chica.

Luca tomó un poco de distancia y se quedó contemplándola. Su mirada vagó por toda su cara de piel blanca y suave. Que, agregándole unas preciosas pecas en el puente de la nariz, se veía aún más perfecta. Y esos ojos azules que le recordaban el mar de Sicilia.

—Por supuesto, muero de hambre.

Con sus modales afables y eterna sonrisa, Luca consiguió que su novia disfrutara de ambos platos y bebiera un poco de su cerveza. Hubo instantes de complicidad y cariño, cuando ella decidió darle de comer como un chiquillo, o cuando Luca la levantó de su silla para sentarla sobre su regazo e invadir cada parte de su cuerpo con sus manos. Todos esos momentos fueron impregnados por la risa de Fiorella, quien minuto a minuto, disfrutó de la velada. Hasta que su novio recordó que debía comentarle algo.

—Flaca, ¿hace cuánto que tus padres se reconciliaron?

Fiorella se removió entre sus brazos y volteó la cara para mirarlo a los ojos.

—¿De qué hablas? —preguntó sorprendida ante tal afirmación—. Están divorciados, te lo comenté hace tiempo.

—Hmmm... Sí, lo recuerdo, pero el trato que vi entre ellos anoche...

—Explícate, porque no estoy entiendo —dijo, frunciendo el ceño.

Luca sintió la molestia en su tono de voz.

—Fiorella, solo te estoy comentando algo que creí ver, no es una afirmación.

—¿Pero de dónde supones que están juntos otra vez?

—Pues..., por sus gestos, sus miradas... No lo sé flaca, yo lo sentí así.

—Mi madre no me ha dicho nada, absolutamente nada —replicó, negando con la cabeza. Estaba confundida.

—Y sí volvieran, ¿qué pasaría? No veo nada de malo, al final de todo, Gael es tu padre.

Fiorella, al imaginar ese escenario, se levantó del regazo de su novio.

—No Luca, tú no entiendes. Solo mi hermana y yo, quienes hemos vivido en carne propia todo lo que fue el infierno de su ausencia, podemos comprender.

—¿Comprender qué?

—Que mi madre ha llorado mares por su abandono, mientras él vivía su mundo como si no tuviese familia. ¡La dejó sola! ¡Nos dejó a las tres sin medir las consecuencias! —exclamó y comenzó a trenzar su larga cabellera hacia un lado del cuello.

—Flaca, no seas tan dura con tu padre. Quizás...

Fiorella no se molestó en escucharlo.

—No hay un «quizás» Luca... No con mi padre. Lo siento.

Luca no quería que aquel comentario dañara la velada, nunca imaginó cuánto podía afectarle la eminente reconciliación de sus padres. Porque estaba seguro de que algo había entre ellos.

—Solo quiero que pienses un poco en que los seres humanos podemos equivocarnos. Lo importante es pedir perdón de corazón e intentar enmendar los errores.

—Es muy tarde para Gael Bonucci —sentenció, sacudiendo la cabeza en forma negativa—. Cada vez que recuerdo las infinitas veces que escuché a mi madre llorar por él, me olvido de todas las veces que deseé que regresara. Me impide aceptar siquiera esa posibilidad, ahora, después de quince años.

Luca extendió sus brazos hacia ella, invitándola a sentarse en su regazo.

—Mejor cambiemos de tema, aunque creo que debes hablar con tu madre. —Le recomendó con dulzura.

Fiorella caminó hasta él, se sentó sobre sus piernas y se recordó a sí misma

que aquel hombre no tenía la culpa de sus problemas familiares. Simplemente, Luca había hecho un comentario sobre sus padres. Pero lamentablemente, todo lo que se relacionaba con Gael la tambaleaba.

Más tarde, acostados sobre las tumbonas, Luca le enumeró las distintas actividades que podían realizar en la playa.

—Entre el kayak, el esnórquel y el buceo... Prefiero el esnórquel —aseguró Fiorella, mientras deslizaba los dedos por el pecho de Luca.

—Muy bien, voy a alquilar todo el equipo a la tienda y nos lanzamos al mar. —La besó en los labios, y cuando comenzaba a distanciarse, regresó para morderle el cuello.

Ella gritó no por dolor, sino por la sorpresa del gesto.

—Te espero aquí —dijo ella entre risas.

—Ya vuelvo.

Fiorella lo vio caminar hacia la tienda, que en realidad era una casa rodante modificada, donde se vendían varios productos playeros, y también ofrecían servicios de alquiler de equipos deportivos, recorridos en bote a otras islas y alguna que otra bebida.

Volvió a fijar la mirada en su novio y se deleitó con todo lo que su cuerpo le ofrecía. Su espalda era ancha y musculosa, en contraste con su cintura. Y con cada paso que él daba, se podía apreciar unas nalgas perfectas para apretar. O eso era lo que ella deseaba hacer.

Con solo pensarlo, se humedecía.

## CAPÍTULO 31

A lo lejos, Luca la llamó, para que lo acompañara. Ella se levantó de la tumbona y caminó hasta él. La esperó en la orilla de la playa, donde una pequeña embarcación flotaba.

—¿A dónde vamos? —preguntó la chica.

—¿Ves esa costa rocosa? —Indicó con la mano.

—Sí.

—La dueña de la tienda me recomendó esa zona para el esnórquel. Su hijo nos llevará hasta ahí.

—Fantástico.

Luca la ayudó a subir al bote y luego subió él. En el trayecto, Fiorella intentaba recoger los mechones negros que volaban alrededor de su rostro y se le pegaban a la boca, por causa de la fuerte brisa y el agua que saltaba por los aires, cada vez que el bote golpeaba contra la superficie del mar.

El mar, de un azul turquesa y con temperaturas cálidas, les dio la bienvenida. Disfrutaron de la naturaleza hasta bien entrada la tarde. Hasta que el sol comenzó a verse más naranja y menos brillante, y el cielo a teñirse de muchos tonos rojos.

A esa hora de la tarde, Luca, sobre una tabla de surf, disfrutaba de su deporte favorito, de deslizarse y hacer giros sobre las olas. Surfear era para él, tan placentero como un orgasmo. Era tan intenso y en tan corto tiempo le producía miles de emociones.

Desde su tumbona, Fiorella hipnotizada, no podía apartar los ojos de él. Detalló aquel cuerpo de pura masculinidad. El sol destacaba en cada uno de sus músculos, y el agua que le recorría, hacía que su figura brillara, en contraste con el mar.

Sus hombros y brazos estaban enrojecidos por el sol, y el cabello mojado, le caía en finos mechones por encima de su cara. Pero su increíble cuerpo no era lo único que despertaba en ella tanto fascinación como admiración, era también su increíble destreza y la gran agilidad que mostraba mientras surfeaba aquellas olas. Las piernas de Luca se tensaban mientras zigzagueaba, así como su abdomen.

Los pensamientos de Fiorella derivaron hacia la mañana que amanecieron en casa de Pia y ella sufría la peor resaca de su vida. Él le había ofrecido como antídoto beber otra cerveza bien fría, y cuando ella se había quejado por todo lo que una cerveza engordaba, Luca, en respuesta, abrió su camisa, y apretando la piel de su estómago, exclamó: «*Mira mi tripa... ¡Orgullo cervecero!*».

La chica sonrió ante el recuerdo, al verlo, podía asegurar que no había ni una pizca de carne sobrante en ese abdomen.

Comenzó a hiperventilar cuando Luca salió del agua e inició su regreso hacia ella, y con la mirada, le recorría el cuerpo, haciéndola arder de deseo.

¡Oh diablos!

La adrenalina por todo lo que podía suceder entre ellos, estimulaba su sistema nervioso.

A pocos metros de Fiorella, él enterró con un golpe seco su tabla en la suave arena, y se lanzó sobre ella, mojándola y cubriéndola por completo.

Ella le acarició suavemente el contorno del rostro, incitándolo, pero Luca no necesitaba más provocación; hacía días que la deseaba con locura. Y como muestra de su deseo, le secuestró los labios y los hizo suyos con pasión.

En fracciones de segundos, la carpa se llenó de gemidos y jadeos. Fiorella le rodeó el cuello con los brazos e inició su propia exploración por todo el cuerpo de su novio. Apretó sus nalgas y acarició su espalda y sus hombros.

Cegada por el deseo y las ganas de ser suya, comenzó a balbucear:

—Quiero... —gimió—, hacer... el amor... contigo.

Luca le alzó un muslo, sorprendiéndola.

—¿Estás segura? —preguntó desesperado, intentando darle unos segundos para que reconsiderara lo que pedía.

Se inclinó un poco para poder apoderarse de sus pechos. Ella arqueó las caderas y comenzó a frotar su pelvis contra la creciente erección de él. Tragó saliva y su corazón se desbocó.

—Sí, lo deseo. ¡Te deseo!

Había llegado el día de hacer realidad todas esas fantasías y sueños eróticos que ambos imaginaban. ¡Diablos! Ella no tenía ni idea de lo excitado que estaba con solo tenerla pegada a su cuerpo. ¿Cómo sería estar dentro de ella? ¿Le permitiría hacer realidad todas sus locuras? ¿O lo creería un depravado?

De pronto, un destello de inseguridad lo cegó. «*¿Me comparará con*

*Nicola?»*», caviló.

Un segundo después, las manos de Luca envolvieron el rostro de su novia. Aquellos ojos azules chispeaban de lujuria. Él la miró como nunca nadie lo había hecho, con ternura, con pasión y con amor.

Cada parte de su ser tembló.

—¡Regresemos al hotel!

Una hora después y con la promesa de hacerla suya, Luca abrió con desesperación la puerta de la suite. Alargó la mano y la tomó del brazo.

Sintió una chispa en los dedos ante el contacto, notó cómo los vellos de la piel bronceada de Fiorella se erizaban, casi como los de él. Cerró la puerta, dejando el mundo atrás, olvidando las inseguridades, borró esos recuerdos y se centró en la hermosa mujer que tenía entre sus brazos.

Ella tenía el aspecto tan seductor y arrebatado de una fuerte tormenta, pero era tan cálida y fresca, como la primavera en Sicilia. Cubierta con su vestido ligero y su sexi traje de baño blanco, sus ojos parecían más claros, más parecidos al celeste del cielo, que a los de un océano profundo.

Con un suave movimiento que a ella le pareció muy lento, él alargó la mano para acariciarle la curva de la mejilla con el pulgar. Su piel era tan suave y tersa, como la de un recién nacido. Ella, ansiosa, se inclinó hacia él, y el contacto de sus pechos contra su cuerpo, les provocó a ambos un vacío en la boca del estómago.

«*¡Qué divino es poder tener entre tus manos algo tan deseado!*», pensó Luca.

Todos sus instintos clamaban por tirarla sobre la cama y hacerla suya de una embestida, pero a ella la amaba. Con ella todo sería distinto, se desviviría por hacerla estremecer muchas veces, antes de acompañarla con su propio orgasmo.

Fiorella vaciló un instante, antes de comenzar a recorrer su brazo, desde la muñeca hasta el hombro. Mirándolo, atrayéndolo a su mundo, deslizó la mano hasta su cintura y entreabrió su camisa, para posar la mano en su duro abdomen.

Él inclinó la cabeza lentamente, milímetro a milímetro, permitiéndose contemplarla en todo su esplendor. A ella, el corazón se le detuvo.

En respuesta, Luca tomó su boca como un hambriento en medio de la nada. Desesperado.

—Deliciosa —murmuró, mientras le mordisqueaba los labios con arrebató.  
—Tócame. —Le pidió, ansiosa.

La contención se hizo pedazos en su interior ante tal petición. Ella lo deseaba, lo quería.

Un beso, el contacto más tierno y delicado, le produjo un escalofrío que viajó por todo su cuerpo. Recordó lo suaves y divinos que eran sus labios, solo al instante de tenerlos sobre su boca. Esos labios húmedos, cálidos, gruesos y suaves; sin duda alguna, eran un bombón *Ferrero Rocher*.

Sus alientos se mezclaron con el aire caliente y denso de la noche. Lo que comenzó con un beso, se transformó rápidamente en un burbujeante y descontrolado arrebató. Lleno de hambre, intrépido y escandaloso.

Su boca se movía sobre la de ella posesivamente. Los labios de ella se abrieron y él deslizó su lengua hasta lo más profundo de su boca. Fiorella respondió automáticamente y sus lenguas se unieron para dar rienda suelta al deseo.

La chica se derritió en sus brazos, jadeó al sentir sus pechos y caderas amoldándose, como si fueran uno solo; se estremeció al sentirse segura entre sus brazos. Su piel se encendió al instante.

Él abandonó su boca y bajó la cabeza, para rozar y lamer su garganta; probó el sabor salado de su piel y la descubrió caliente, muy caliente.

Las manos de Luca estaban por todo el cuerpo de Fiorella, marcándola por primera vez como suya. La ayudó a quitarse el vestido, deslizándolo los dedos hasta el final de la prenda; y con un movimiento desesperado, se lo sacó por la cabeza, después él se quitó por completo su ropa.

Con la poca luz que entraba por el ventanal, Luca pudo ver el contorno de todo su cuerpo. Dio un paso atrás y le fue imposible evitar que su mirada viajara hasta el vértice donde se unían sus piernas. Comenzó a sudar con el cuerpo ardiente, como si estuviera en medio de un incendio.

Aprovechando la distancia, Fiorella, con toda la sensualidad que sentía, comenzó a soltar los amarres de su traje de baño. Y con cada nudo suelto, le regalaba una mirada sensual, acompañada de una sonrisa sugerente.

Cuando la tuvo desnuda, ante él, Luca detalló la firmeza de sus pechos y los pequeños pezones rosados, que se endurecían por la excitación. Y definitivamente, perdió el control.

La arrastró hacia él, apretándola con fuerza contra su pecho y bajando las manos por sus caderas. Disfrutando de su suavidad y de las sensaciones que le

producía sentir sus redondeadas nalgas entre sus manos. Las apretó y la levantó, estrechándola contra él.

Fiorella reprimió un grito y se aferró a su cuello. El corazón le latía como un colibrí.

—¿Es esto lo que quieres? —dijo con un tono ronco, acercando la cara para devorar su boca.

—Lo quiero todo. —Las palabras se escucharon como gemidos.

Luca caminó hasta el borde de la cama, la depositó con inmensa ternura y se acostó junto a ella. Colocándose sobre un costado para observarla mejor. Con el rostro encendido de lujuria, Fiorella lo miró tímidamente a los ojos.

—Desde hoy seré tuya. —Tenía el corazón agitado.

—Eres mía desde que aceptaste ser mi novia ¡Mía! —Alargó la palabra con fuerza.

El corazón de Luca latía con brío. Acarició con su cara la unión de sus pechos, absorbiendo su delicioso olor a playa, a mar, a coco. Deslizó su lengua por el redondeado seno, hasta que su boca encontró el pezón; lamió la tensa punta, lo chupó y mordisqueó suavemente.

Fiorella, en respuesta de todo lo que él la hacía sentir, arqueó la espalda y dejó escapar un gemido. Mientras que Luca, con su mano, empezó a descender lentamente por todo su estómago, hasta posarse en su vientre plano.

Deseando excitarla más, hacer de esa noche la mejor para los dos, escurrió la mano entre sus piernas, sorprendiéndose al encontrarla ya húmeda para él. Le introdujo un dedo suavemente y comenzó a torturarla con movimientos circulares y rítmicos. Sentía su sexo latir.

Un calor emergía entre ambos, dejándola con un nudo en el pecho y deseando más de él. Ella necesitaba verlo, grabar en su memoria cada parte de su cuerpo. Comenzó a recorrer con las manos sus brazos duros y atléticos, su torso cálido y ancho como un escudo.

Con las yemas de los dedos, exploró los músculos en relieve de su estómago, y se trastornó cuando lo sintió estremecer.

La cabeza de Fiorella se ladeó hacia un lado sobre la almohada, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, relajándose por completo y entregándose al placer absoluto de sus caricias.

Pero cuando su boca se deslizó hasta la sensible hendidura, una oleada de exquisitas sensaciones la consumieron.

—Flaca, no sabes lo que estás provocando en mí, lo que me haces sentir —

confesó, levantando la cara de entre sus piernas, con la boca mojada por los fluidos de ella.

—Me estás torturando —replicó, con todo el cuerpo cubierto de sudor.

—Te estoy disfrutando... Deseo que esta noche sea inolvidable —susurró y se apoderó de su clítoris.

—¡Luca! —gritó y se aferró a las sábanas.

Y las puertas del cielo se abrieron para ella. Con cada lengüetazo, una descarga eléctrica le recorría el cuerpo, un cuerpo que no sentía suyo. Luca era el dueño absoluto.

Una oleada tras otra, el tsunami fue creciendo desde su centro hasta dispararla por los aires, en un frenético orgasmo. No supo por cuánto tiempo perdió el sentido del espacio y la conciencia, pero luchó por regresar.

Luca se atrevió a lanzarle una fugaz mirada y descubrió que estaba boqueando, con los párpados apretados y la cabeza un poco ladeada. Era la expresión más perfecta que podía ver.

A pesar de su estado de excitación, él recordó que debían protegerse. Olvidó preguntarle si tomaba la píldora, pero como hombre adulto y responsable, velaría por ella.

En cuestión de segundos salió de la cama y buscó un paquete de preservativos dentro de su maleta. Tomó uno y lanzó la cajita sobre la mesa; y sin preámbulos, abrió el pequeño envoltorio plateado y cubrió su miembro.

Febril, se puso sobre ella en toda la extensión de su cuerpo, ubicó las manos a cada lado de sus hombros, mientras movía la punta de su pene erecto entre los muslos de Fiorella. La penetró lentamente, disfrutando cada centímetro de su calor, de su humedad y de su entrega. Hasta que una barrera le prohibió el total acceso.

No fue necesario que Fiorella le respondiera, él lo había entendido de pronto.

Ella bajó la mirada, visiblemente aturdida por las sensaciones.

En fracciones de segundos, un millón de preguntas invadieron la mente de Luca. «*¡Virgen! No es posible... ¿Y Nicola?*»

No sabía qué hacer o cómo actuar. Jamás había sido el primero en la vida sexual de una chica.

«*Debió decírmelo...*», cuestionó.

Tomó una bocanada de aire e intentó calmar un poco la lujuria que lo cegaba.

Fiorella sintió su cambio, y cuando él comenzó a retroceder, levantó las caderas y lo embistió.

Todo se detuvo. Los minutos, los ruidos en el exterior, sus responsabilidades, sus obligaciones; todo desapareció. Solo quedaron ellos dos, amándose como nunca antes lo habían hecho.

No existía nada más que dos almas libres, encontrándose para amarse intensamente. Pero Fiorella entendía que era mucho más que una simple atracción física lo que reaccionaba en ella. Era su necesidad de experimentar el sexo a plenitud, sin restricciones.

Con él encontraba paz y le permitía a su cuerpo expresarse libremente, con él no se sentía sola ni excluida. Luca se había convertido en su verdadero amor, con él era invencible. Un amor consciente de lo bueno y lo malo. Él era su compañero de vida, no el dueño de su vida.

Después del primer impacto, Luca comprendió que debía ser sutil, tierno y calmado. Esperó hasta que sintió que ella se relajaba un poco e iniciaba con lentos movimientos de cadera.

—¡Espera! No quiero hacerte daño. —Las palabras salieron de su boca con preocupación, implorantes.

—No me lastimas, solo siento presión, quizás un poco de ardor, pero no duele.

La miró intensamente en silencio, buscando respuestas.

No había lógica para todo lo que estaba viviendo. Finalmente, decidió tomar lo que la vida le regalaba, a ella.

Ladeó la cabeza y cubrió sus temblorosos labios con los suyos. La besó con toda la pasión y entrega que sentía en su corazón. Su flaca era suya en cuerpo y alma. Sus bocas se movían fervientes.

¡Qué divino es estar con la persona que amas... Amándola! Sublime.

—Te amo flaca.

Ella estaba visiblemente alterada por sus palabras. Enamorada.

—Yo te amo más.

Incapaz de detenerse, Fiorella alzó nuevamente sus caderas. En respuesta, Luca la acompañó, llenándola por completo, imprimiéndole a su cuerpo nuevas sensaciones, que nunca imaginó sentir. Él, entrando y saliendo, reclamaba una parte de ella que ambos desconocían.

¿A dónde iban las almas cuando despegaban de la tierra, propulsadas por un fuerte orgasmo?

¿Cómo era posible que un cuerpo aguantara tanto placer sin colapsar?

## CAPÍTULO 32

Al despertar, Luca saboreó el espectáculo que el cuerpo femenino desplegaba ante sus ojos. Apretó las manos contra sus suaves y cálidos muslos, le pasó los dedos entre sus cabellos sueltos y se pegó al delgado cuello, embriagado por su olor. Se quedó mirándola como si no fuese real.

El desenfreno de su novia lo había vuelto casi loco. El exquisito sabor de sus fluidos, los movimientos de sus caderas, sus gestos al amar, sus reacciones. Todo era demasiado para él.

Fiorella le provocaba una confusión tal, que no sabía qué pensar o qué creer de todo lo que había pasado.

En aquel momento, suspendida en un sueño profundo, Fiorella comenzaba a despertar, debido al calor que generaban los fuertes brazos de su pareja. Cabeceó, buscando su mirada, y cuando la encontró, sonrió con una emoción difícil de ocultar. Estaba feliz.

—Buenos días —saludó él, frotando su barbilla sin afeitarse sobre el cuello de la chica.

—No, me haces cosquillas. ¡Luca! —gritó muerta de risa.

—Imposible, este cuello es mío —replicó, y sin previo aviso, cubrió su cuerpo, para torturarla con más cosquillas.

De tanto reír, por un instante pensó que su vejiga explotaría.

—Tengo que ir al baño *amore*, por favor —suplicó sin dejar de reír.

—¿Puedo ir contigo? Quizás te pierdes en el camino —sugirió con picardía.

—No, ahora no vas conmigo a ninguna parte, por travieso.

—Puede que encuentres una araña gigante y...

—Olvídalo, no le tengo miedo a ningún insecto. Esas artimañas no te sirven conmigo.

—Hmmm... ¡Chica lista!

—No, «chica valiente», créeme. Tres mujeres solas, aprenden a vivir sin ningún hombre que venga a matar arañas.

—¡Mujeres al poder! —exclamó y le guiñó un ojo.

Fiorella apartó las sábanas y se dirigió al cuarto de baño, desnuda.

Decidido a compartir otro momento de intimidad con su flaca, Luca esperó unos minutos, dándole algo de privacidad, hasta que escuchó el agua de la ducha correr, entonces se levantó con rapidez.

Se asomó a la puerta y descubrió a Fiorella de espalda, dentro de la ducha. No pudo evitar recorrer su cuerpo con la mirada. Sus tonificadas piernas, las redondeadas nalgas y su estrecha cintura, orquestaban un cuerpo perfecto.

Ella sintió su presencia, a pesar de que él no la había tocado. La fuerza de su energía y el olor a sal y mar que aún brotaba de su cuerpo, lo habían dejado en evidencia. Por unos segundos contuvo la respiración.

Después de dos años de relación con Nicola, de practicar infinidad de juegos sexuales, Fiorella se creía osada, atrevida y un tanto carnal; pero en ese instante, aquel hombre, con su mirada penetrante, la intimidaba un poco.

Sin embargo, decidida a vivir su sexualidad a plenitud, se dio la vuelta y levantó la cabeza lentamente, mientras disfrutaba del espectáculo que el cuerpo de Luca le obsequiaba.

A él se le hizo la boca agua ante tanta belleza, se lamió los labios y tragó saliva. Caminó con demora, mientras se la devoraba primero con los ojos y luego...

¡Por los demonios de Hades!

Había tanta energía en el ambiente, que un simple chispazo los lanzaría por los aires.

—Bella —dijo Luca colocándole un mechón de pelo negro detrás de la oreja—. Hermosa.

—Feo —respondió ella, acariciándole la mandíbula.

Luca soltó una fuerte risotada y la estrechó por completo contra su cuerpo, rodeándola con sus brazos.

El agua tibia les recorría la piel a ambos.

—Amo el color de tus ojos, cuando los veo... es como si estuviera contemplando mi playa favorita.

—Y a mí me encanta tu panza cervecera.

Ambos se carcajearon con ganas. Luca no esperaba esa respuesta.

—¡Sabía que te gustaría! Es lo máximo —bromeó y le guiñó un ojo.

Fiorella lo examinó con el pulso acelerado y los latidos de su corazón desbocados. Él tenía una boca hermosa, y ella podía pasar el resto de su vida observándolo, para grabar en su mente cada gesto, cada palabra.

Luca comenzó a besarla; o realmente, a torturarla. Sus besos eran toques

suaves, como terciopelo. Luego, una tierna caricia por la nuca, que al combinarlas, la dejó mareada y con ganas de más.

Ella separó los labios, y con arrebató, profundizó el beso. Lo tomó todo, todo de él.

Sabía tan rico, a la promesa de un despertar lleno de amor, de placeres y de sexo. Luca respondió ante las exigencias de su novia, y se aferró a ella, dejándola sin aliento.

—Ahora sí, ¿te quieres bañar conmigo? —preguntó irónica, mientras bajaba una mano y le tomaba sin pudor la erección.

Luca contuvo la respiración y cerró los ojos, preso de las sensaciones.

—¿Te gusta? —Quiso saber ella, vibrando con cada caricia que le regalaba a su miembro.

—¡Diablos flaca! Juro que moriría feliz en tus brazos —confesó, echando la cabeza hacia atrás—. Pero ahora me toca a mí.

Fiorella parecía sorprendida por sus palabras.

Él tomó el frasco de gel para baño y vertió una buena porción sobre la palma de su mano. Empezó a enjabonarle los brazos, los hombros, el cuello; luego la enjuagó, arrastrándola un poco al centro de la ducha. El fuerte chorro los empapó a los dos.

En seguida tomó más gel y se puso en cuclillas, para lavarle los pies, seguido de las piernas. Con las manos resbaladizas de gel, empezó a masajearle los muslos, torturándola cada vez que le rozaba el centro de su feminidad.

Él sabía lo que le estaba provocando, y lo disfrutaba. Un roce tras otro, piel contra piel.

Fiorella pegó la espalda a la pared y gimió, cuando el pulgar de Luca comenzó con lentos círculos sobre su vagina.

—¿Cuántas horas nos quedan? —susurró ella, anhelante.

Luca sonrió, sin levantar la mirada.

—Infinitas —contestó, mientras escurría dos dedos en su interior.

En un traicionero reflejo de placer, Fiorella le enterró los dedos en el cabello, mientras abría los muslos, susurrando palabras incomprensibles. Aquellas caricias avivaron más su lujuria, su deseo de tenerlo dentro de ella, muy profundamente.

Al instante siguiente, las manos de Luca estaban por todas partes, disfrutando de cada curva, de cada pedazo de su cuerpo. Saqueando su boca,

dejándole claro que su misión era ella. Sus movimientos eran cada vez más bruscos, más exigentes, como si ese fuese su primer y último encuentro.

Mientras su lengua entraba y salía de su boca, deslizó la mano desde su espalda hasta su muslo; le alzó la pierna para colocarla alrededor de sus caderas. Cuando ella notó que su mano le apretaba la nalga mojada, empujó las caderas contra su evidente erección.

Ambos se estremecieron, y un hormigueo de expectación los arrolló, cuando sintieron que el miembro estaba ubicado justo en la entrada de su sexo. Sus inquisidores toques, las caricias y los fervientes besos, habían borrado la poca cordura que les quedada a ambos. Pero en el instante que Luca comenzó a sentir la presión de la cavidad sobre su glande, retrocedió, embargado por el miedo. La prudencia explotó en su cara.

—¡Demonios! Olvidé tomar un preservativo. —La voz de Luca sonó tensa—. Espera aquí, ya vuelvo.

Fiorella asintió y se quedó de pie, bajo la cascada de agua tibia, mientras murmuraba para sí misma infinidad de groserías, por ser tan irresponsable con su vida y su futuro. Un bebé no estaba en los planes de ninguno de los dos.

Ella con apenas veinticinco años y Luca de treinta, sentía que la vida estaba por comenzar. Por supuesto que deseaba tener una familia, ahora más que nunca, por tener a Luca a su lado. Pero el divorcio de sus progenitores y el abandono de su padre, habían marcado sus planes de vida. Tenía claro que solo tendría hijos cuando hallara al hombre indicado.

Después de unos segundos, Fiorella le sonrió al verlo correr hacia ella. Luca le devolvió la sonrisa, y Fiorella presionó su memoria, para hacer una captura de la imagen frente a ella y guardarla tanto en su mente como en su corazón.

Deseó con todas sus fuerzas que sus sonrisas fueran única y exclusivamente para ella. El aguijón de los celos por primera vez la pinchó.

Luca entró como caballo desbocado a la ducha, y sin perder más tiempo, comenzó a colocarse el preservativo; pero Fiorella tenía otros planes.

—Permíteme a mí. —Se inclinó y le colocó el preservativo poco a poco por su larga y gruesa erección.

Él la tomó por el brazo y la levantó.

—Haré que disfrutes en cada encuentro, para que siempre desees estar llena de mí. No quiero que te canses —masculló él con fuerza—. Viviré para

darte placer. —La presionó contra la pared de la ducha, y con la mano derecha, le sujetó la mandíbula.

—Te amo mi loco... En verdad te amo mucho —recalcó Fiorella con la voz afectada. Se sentía inmensamente feliz.

—Y yo te amo más mi flaca.

Cuando su boca se unió a la de Fiorella, suave, tierna y ansiosa; se besaron salvajemente. Ella hundió los dedos en el cabello de él y ladeó la cabeza, para responder al juego de su lengua. Luca la tomó por las nalgas y la levantó.

Las piernas de Fiorella se enroscaron en las caderas de su novio, y ambos se estremecieron cuando él la penetró muy despacio.

Sentir cómo centímetro a centímetro él la llenaba, potenciaba el placer y el deseo.

—Sujétate de mis hombros.

—Luca... —dijo, como un ahogo, jadeante.

—Relájate y disfruta.

La pequeña liebre se sentía acorralada, fuera de lugar e intentaba con desesperación tomar el control; sin embargo asintió, abrumada por la oleada de sensaciones que dominaban su cuerpo. Con cada embestida de Luca, su sexo vibraba con más fuerza. Y el sonido que producían debajo de la ducha, amándose, la excitaba como si fuese un fetiche.

Fiorella cerró los ojos y se entregó al goce. Las sensaciones galopaban en su interior. Estaba caliente, húmeda y viscosa.

Luca soltó un ronco gemido al sentir presión alrededor de su miembro, y siguió penetrándola, hasta que ella comenzó a convulsionar de placer. Pero no se detuvo, siguió amándola hasta llevarla a la locura.

Primero llegó ella, y él no tardó mucho en seguirla, estimulado por las contracciones de su vagina. El orgasmo fue arrollador.

Con poco oxígeno en los pulmones y las gargantas irritadas, se miraron en silencio. Luca le bajó las piernas y comenzó a acariciarle los muslos.

—¿Te duele? ¿Estás cansada? —Le preguntó con la frente pegada a la de ella.

—Solo un poco mareada —dijo con la voz entrecortada.

—Déjame lavarte. —Salió de su interior y se volteó, para quitarse el preservativo y depositarlo en el sanitario.

Ella esperó hasta que él volvió a su lado y comenzó a bañarla. Primero le lavó el cabello, luego volvió a enjabonar cada parte de su cuerpo, hasta que se

dedicó a higienizar su sexo. Después, él se bañó con premura.

Luca la llevó hasta el espejo, y con una toalla pequeña, comenzó a secar su larga melena negra. Fiorella se dejó consentir. Estaba extasiada de amor.

—¡Mierda, qué difícil es esto! ¿Cómo lo hacen? —inquirió, vuelto loco entre tanto cabello.

La chica se carcajeó al verle la cara de frustración. Luca le envolvió el cabello con la toalla seca y cubrió su cuerpo con la bata del hotel. Luego rodeó sus caderas con un paño, que ajustó con un nudo.

Mientras caminaban hasta la cama, él le preguntó:

—¿Quieres que pida comida o prefieres bajar al restaurante del hotel?

—Prefiero que desayunemos aquí, tú y yo... solitos.

Luca pidió comida, estaba muerto de hambre; y mientras esperaban el servicio a la habitación, decidieron lavarse los dientes y recostarse en la cama.

Fiorella retiró las sábanas y se acostó cubierta por la bata de paño. Luca se ubicó a su lado y la cubrió con su pecho, permitiendo que cada parte de su cuerpo se adaptara a él.

Ella hundió el codo en el colchón y se dedicó a contemplarlo. Intentando descubrir cuán grande era su amor por él, estaba segura de que Luca no tenía idea de lo que significaba para ella ese fin de semana. Pensó, «*Eres... un amor a mi medida Luca Rossi. Nada falta y nada sobra*».

Para Luca, descubrir que era el primer hombre en la vida sexual de Fiorella, lo había dejado desconcertado, pero egoístamente feliz. Se sentía eufórico y complacido con la vida, por brindarle una nueva oportunidad. Sabía que lo bueno estaba por comenzar.

Permanecieron en silencio, solo escuchando los latidos acompasados de sus corazones.

## CAPÍTULO 33

Fiorella giró para tomar su móvil, que había dejado sobre la mesa de noche, y regresó a su lado, uno frente a otro.

—Quiero dedicarte una canción muy especial para mí —declaró, imprimiendo intensidad en su voz.

Luca delineó con el índice el contorno de su rostro, deteniéndose en las partes que más le gustaban de ella; el corte cuadrado de su mandíbula, los pómulos algo abultados, y esa pequeña boca tan femenina, que la hacía ver tan perfecta.

—Vamos a ver... ¿Cuál será?

—Primero, déjame decirte que mi cantante favorito es Marco Mengoni, adoro todas sus canciones. Soy su admiradora número uno.

—Pensé que eras de los Backstreet Boys —replicó con sarcasmo.

Fiorella bufó y negó con la cabeza.

—Ay por Dios, eso fue hace siglos.

—Lo sé, solo que me encanta hacerte enojar; pero dime cuál es la canción.

—Prefiero que la escuches —dijo, mientras reproducía la canción a través de su iPhone.

Los suaves acordes de Marco Mengoni llenaron cada rincón de la habitación. Su canción: *Invencible*, hizo que Luca levantara la cara y mirara a su novia con gesto de confusión.

Él recordaba perfectamente la primera vez que la escucharon juntos. ¿Por qué quería dedicársela? ¿Por el recuerdo de su primera noche en la playa?

Cuando quiso hacer un comentario, Fiorella, con un toque suave en los labios, le pidió que hiciera silencio y la escuchara.

*Seis de la mañana en los andenes  
La densa niebla esconde tempestades  
El viento en nuestra cara son espinas  
Y yo desarmo el frío porque  
Estás conmigo, estás conmigo, estás conmigo  
Estás aquí y me siento invencible.*

*Hay otro avión a punto de marcharse  
Y en tierra un corazón que se deshace  
No hay pánico a volar ni miedo al aire  
El miedo es a alejarse y despedirse  
Estás conmigo, estás conmigo, estás aquí...*

—♪ Estás conmigo, estás conmigo, estás aquí... ♪ —murmuró Fiorella, con la voz entrecortada por los sentimientos que le provocaban escuchar otra vez esa canción junto a él.

Luca eliminó el poco espacio que había entre ellos, se sentó sobre la cama y la tomó entre sus brazos. Fiorella pegó su rostro en el pecho de él y se echó a llorar.

—Flaca, vida...

—Luca... —Ella quiso decirle más, pero necesitaba descargar ese nudo que sentía en la garganta.

—No llores cariño, ¿por qué estas así? Pensé que te hacía feliz.

—No, no... No creas que lloro de tristeza.

—Entonces, ¿qué pasa *amore* mío? ¿Por qué lloras?

—Es que estoy tan feliz..., y a veces las personas también lloramos de tanta felicidad.

—¿Estás loca?

Fiorella, con los ojos llenos de lágrimas, reía de las ocurrencias de su novio; él decía lo que pensaba, sin filtro.

—Loca me estás volviendo tú, de tanto amor.

—Dime qué pasa, ¿por qué esa canción?

La melodía avanzaba, liberando miles de reflexiones en la mente de la chica.

*Un mundo tras nosotros  
Todo se mueve en torno  
Hacia ese tiempo y su locura  
Tú respírame tranquila  
Y me verás alzar el vuelo*

*Regálame un segundo*

*Para construir un mundo donde es fácil navegar  
Hacia la misma dirección que hay en tus ojos  
Y reencontrarme un poco en mí.*

—Cariño, cuando mi corazón se deshacía... llegaste tú con tu mundo de locuras, con tus sarcasmos inoportunos y tu personalidad única... Llegaste a mi vida y me arrastraste a la dirección de tus ojos, estos hermosos ojos verdes que brillan de picardía cada vez que me miran; y de una forma inesperada, me han hecho su esclava. Y te juro mi amor, que cada segundo, cada día... quiero seguir unida a ellos.

—Dios flaca, me estás enamorando. ¡Vas a convertirme en un tonto!

—¿Más? —preguntó sobre su pecho.

—Te adoro Fiore. ¡Muchísimo!

—Luca, contigo soy... verdaderamente yo. Sin poses ni máscaras. Contigo todo es mágico.

—No me compares con él. —Luca odiaba tener celos de ese cabrón, y le fue imposible imprimir ira en sus palabras.

Fiorella chasqueó la lengua y se removió entre sus brazos, levantando la cara para fijar su mirada en la de él.

—No, nunca. Son como la noche y el día. Jamás te compararía, ni con él ni con nadie —aseguró—. Yo estoy hablando de mí, comparándome a mí —expresó, envolviendo su rostro entre las manos y lo besó en los labios.

—Yo... solo deseo hacerte feliz mi flaca —declaró pegado a sus labios, probando la mezcla de su sabor con el salobre de sus lágrimas.

—Te juro que cuando decidí vivir bajo este riguroso estilo de vida, con dietas y ejercicios, lo hice convencida de que era lo mejor para mí. En eso siempre he sido honesta, pero sé y reconozco, que había perdido un poco de mi propia personalidad, intentando moldearme a alguien que... al final, resultó ser un completo desconocido para mí.

—¿Tenemos que hablar de él?

—Nicola forma parte de mi pasado. Tú eres mi presente y mi futuro, pero necesito hacerlo, permíteme mencionarlo en este momento. Te prometo no volver hacerlo más entre nosotros.

—Me haría muy feliz que no lo volvieras a mencionar nunca más en toda tu vida.

—¡Luca! —bramó—. Ahora solo somos tú y yo... Sin fantasmas.

—Tú y yo. —La interrumpió con otro beso en los labios.

Y en el momento que la canción terminó, Fiorella le regaló una hermosa sonrisa y admitió:

—Porque junto a ti me siento invencible.

Luca la tumbó en la cama, cubriéndola con su cuerpo. Deslizó las manos bajo la bata y comenzó a acariciarle con dedicación ambos pechos. Fiorella arqueó la espalda, cuando la boca de él le atrapó un pezón.

—Tú y yo... Un saquito de huesos junto a su loco enamorado —recalcó eufórico por saber que era amado en la misma medida que él lo hacía.

—Luca —clamó.

Pero en el momento que él comenzaba a desnudarla, fueron interrumpidos por el sonido de unos nudillos que tocaron la puerta. Acababa de llegar su desayuno.

Luca bramó mientras Fiorella se carcajeaba por las maldiciones que el hombre decía. Cuando él se levantó para recibir la comida, ella se puso de pie y se acomodó la bata.

Para complacerla, él había pedido desayuno continental, compuesto por frutas frescas, yogurt, una cesta de panes y mermelada. Para beber, jugo de naranja y café negro. Conversaron sobre los planes para ese día y los lugares que Luca deseaba que Fiorella conociera.

Con el atardecer, había llegado la hora de volver a Sicilia y a la realidad. De pie, junto al ventanal de la suite, viendo las embarcaciones del puerto transitar mientras se ocultaba el sol, Fiorella intentaba grabar en su mente los momentos de felicidad que acababa de vivir.

Nunca pensó que despertaría en ella esa necesidad de amar tan intensamente. No dudaba de su capacidad de dar y entregarse al placer, porque lo había experimentado con Nicola, pero con Luca le era imposible controlar su lujuria. El sexo había cambiado de significado, y ella pensaba disfrutarlo sin barreras.

—Fiore, Elton está abajo. Es hora de irnos. —Luca se paró detrás de ella y la arrastró hacia él, tomándola por la cintura. Apoyó la barbilla en su hombro derecho y se quedó mirando el esplendor del ocaso.

—No me quiero ir —admitió ella.

—Si es por mí, te secuestraría dentro de esta habitación por un largo tiempo —murmuró, pegando los labios al cuello de la chica.

—No me tortures... —suplicó, ladeando la cabeza para darle más acceso a sus besos.

—Volveremos, te lo prometo.

—Por favor.

Horas más tarde, Luca se despedía de su chica entre mimos y pucheros en el portal del edificio de Fiorella. A ella se le partía el corazón cada vez que lo veía poner carita de perro triste; pero con la promesa de un próximo y pronto encuentro, Fiorella lo besó con inmensa ternura y subió a su apartamento.

## CAPÍTULO 34

A media mañana del lunes, Fiorella recibió el ramo de flores más bello que había visto en toda su vida. Dos docenas de margaritas adornaban su escritorio; pero cuando halló un pequeño sobre, su corazón se desbocó. ¿Qué le escribiría un hombre como Luca? ¿No era el tipo más romántico del mundo? ¡Bueno, a veces!

*«Cada uno de nosotros es un ángel con una sola ala. Y solo podemos volar si nos abrazamos [...]».*  
*Luciano De Crescenzo.*

*Flaca, eres mi ángel, y solo puedo volar junto a ti. Gracias por hacerlo realidad.*

*P.D.: Te ama con locura el dueño de la tripa cervecera más sexi de toda Sicilia.*

*Luca Rossi.*

Las lágrimas invadieron sus ojos. Entre risas y llanto, sacó el móvil de su bolso y marcó su número, era el primero en su lista de llamadas.

Cuando el móvil de Luca sonó en su pantalón, se encontraba reunido con Flavio y Lorenzo en una de las habitaciones del hotel que estaban remodelando. Discutía con sus compañeros sobre algunos cambios que él había sugerido. Sacó el móvil, y al ver la imagen de su novia en la pantalla, una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—Buenos días flaca. —La saludó ávido por saber la reacción de su chica. Minutos antes lo habían llamado de la floristería para confirmar la entrega.

—¡Son preciosas! Muchas gracias. —Fue lo primero que dijo, gritando por la emoción que sentía.

—¿Te gustaron? —Luca no disimuló su ansiedad, quería saber si la había complacido.

Generalmente las mujeres esperaban rosas rojas, pero Luca no era el típico hombre clásico; él se distinguía por los detalles. Así que escogió la flor nacional de Italia, las margaritas.

—Sí, me encantaron. Son preciosas —dijo ella con la vista en el ramo de flores.

—No más que tú.

—¡Te extraño! —exclamó mientras acariciaba las hojas blancas y suaves de una margarita.

—¿Nos vemos hoy?

—No, lo siento... Alessia sigue desanimada, y planifiqué temprano con Pia que iríamos esta noche a su casa, para hacerle un poco de compañía.

—¿Todas?

—Sí.

—¡Carajo! ¡Tiembra el Mediterráneo! ¿Con quiénes acabarán esas lenguas?

—¡Ay Luca por Dios! Cualquiera que te escuche pensará que somos unas víboras.

—Hmmm...

—¡Luca! —Le reprochó.

La carcajada del joven, provocó un intercambio de miradas y gestos entre Flavio y Lorenzo.

—Y entonces, ¿nos vemos mañana?

—¡Por supuesto! Muero por verte.

—No olvides enviarme un mensaje cuando llegues a casa, sabes que me preocupa que camines sola por la noche. —La instó.

—Siempre te escribo o te llamo, así que no me reclames.

—No lo hago, solo necesito que estés bien... —Se disculpó, bajando el tono de voz.

—Lo sé, lo sé... Gracias por preocuparte por mí.

—Por mi flaca lo que sea.

—Bueno..., nos hablamos más tarde.

—Está bien, un beso.

—Te amo.

—Yo más —aseguró y colgó la llamada.

Flavio y Lorenzo, quienes habían escuchado toda la conversación, comenzaron a provocarlo con comentarios sarcásticos, sobre el poder de las mujeres; y aseguraban que habían perdido a un buen amigo por culpa del amor.

—Tú cállate, que Donna te tiene agarrado por las pelotas. ¿O crees que no te he visto? —replicó Luca, atacando a Flavio.

—¿Yo? ¡Estás loco hombre! Soy un tipo libre, como el viento —contraatacó, golpeándolo en el hombro.

—Te veré caer —aseguró Luca—, y cuando llegue ese día...

—Con amigos como tú quién quiere enemigos. —Flavio lo interrumpió, irónico.

—Ustedes y las endemoniadas mujeres... Mejor sigo trabajando —intervino Lorenzo, quien elevó los ojos al cielo y negó con la cabeza, antes de salir de la habitación.

Ya estaba acostumbrado a los juegos de manos y palabras entre aquellos dos. A veces parecían dos chiquillos y no los dos potenciales profesionales de la ingeniería y la arquitectura.

\*\*\*

Al terminar su jornada en el hotel, Fiorella tenía que ir al gimnasio. Aún mantenía los tres días a la semana y en el mismo horario. Esperaba con inquietud que los dueños encontraron pronto su reemplazo. No quería que su permanencia allí junto a Nicola, le ocasionara inconvenientes con su novio.

Feliz por los recuerdos del fin de semana, Fiorella traspasó las puertas del gimnasio con una enorme sonrisa, y se dirigió hasta los vestuarios. Se quitó el elegante uniforme del hotel y se vistió con unas mallas ajustadas y sus zapatillas deportivas. Después de guardar todo lo que no iba a necesitar en su pequeño clóset, se recogió el cabello con una elástica negra.

Ya lista para su calentamiento, se fue directo al área de máquinas. Pero antes, agarró una pequeña toalla y su botella de agua. Saludó a otros entrenadores mientras caminaba por el gimnasio, y cuando visualizó dentro de la sala una máquina elíptica disponible, se subió a ella; programó veinte minutos de rutina y se colocó sus audífonos. Solo necesitaba calentar un poco antes de sus clases de Zumba.

Nicola la vio en el instante que entró a la sala. Su alta y esbelta figura destacaba entre los presentes. Mientras se acercaba a ella, detallaba cada parte de su cuerpo. Pensó, «*He hecho de ti una mujer perfecta*».

En cambio Fiorella, ignoraba todo a su alrededor, concentrada en su rutina y su música, el tiempo se le pasó volando. La pantalla digital de la máquina le anunció que había finalizado su calentamiento, se quitó los audífonos y bebió un poco de agua. Al bajar de la elíptica, tomó la toalla para secarse el sudor; y

al voltear, se encontró de frente con Nicola.

—Hola preciosa. —La saludó, mientras se inclinaba para darle un beso.

—Hola —contestó, volteando la cara para evitar que la besara en los labios. Nunca antes había intentado besarla en las áreas públicas de gimnasio, pero prefirió no hacer ningún comentario y así evitar un mal momento.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Feliz ahora que te veo.

Fiorella entrecerró los ojos. Después de su última conversación, él trataba de hacerla cambiar de decisión, sin mucho disimulo. Antes era descortés, orgulloso, y hasta cierto poco, arrogante en cuanto a su belleza; ahora se mostraba amable, solícito. Exponía ante ella una personalidad que Fiorella nunca conoció siendo su pareja.

Pero desgraciadamente para él, llegaban en un momento en que ella ya no caería engañada, ya nada que pudiera hacer Nicola la impresionaba.

Su decisión estaba tomaba, y después de vivir aquel fin de semana con su novio, nunca volvería con su ex. Jamás.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

Nicola no se molestó en disimular su escaneo, la miró de arriba abajo, como si le faltara o le sobrara alguna parte del cuerpo.

—En diez minutos inicia mi primera clase, lo siento.

—Lo que tengo que decirte me llevará menos tiempo. ¡Vamos! —La cogió por el brazo y la condujo hasta su oficina. Al entrar, cerró la puerta detrás de él.

—¿Estuviste en la playa?

—¿Para eso me trajiste aquí? —contestó, colocando los brazos en jarra—. ¿Para preguntarme sobre mi vida privada?

—¡Estás completamente bronceada! Roja como un langostino. —Su voz comenzaba a elevarse.

—Sí, estuve en la playa, ¿y?

Nicola estalló lleno de celos e impotencia. Pequeñas manchas rojas comenzaron a brotar en su rostro.

—¿Dónde estabas y con quién?

—Mi vida privada no es de tu incumbencia Nicola. Creí que lo habías entendido —dijo desafiante.

El hombre se obligó a calmarse, estaba perdiendo el control, y esa reacción

no le favorecía para sus planes.

—Lo siento Fiore. Tienes que entenderme, yo... Eres muy importante para mí —contestó con voz baja, pero con la rabia quemándole las venas.

La agarró por el brazo y la pegó a su cuerpo.

—No me alejes de tu vida —ordenó—. Eres mi mejor amiga.

—Si quieres que siga siendo tu amiga, no vuelvas a gritarme.

—Lo siento, no volverá a pasar.

Fiorella se dejó abrazar y le devolvió el gesto con amabilidad.

—¿Recuerdas nuestra canción? —Le preguntó, mientras comenzaba a moverla entre sus brazos—. La que me dedicaste.

—Sí, claro que la recuerdo.

De pronto, comenzó a cantar en voz alta parte de la canción, mientras la hacía bailar.

— ♪ Yo mantengo un sueño intacto, vivo y frágil que... solo pertenece a ti. Siempre fuiste para mí, incomparable.

La tomó por la cintura para darle la vuelta y empezó a bailar nuevamente. Siguió susurrándole al oído, *Incomparable* de Marco Mengoni.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios, cuando ella lo acompañó cantando la última estrofa.

Fiorella se sentía muy mal por él, cubierta entre sus brazos y escuchando aquella balada, le fue imposible no revivir los diez años que pasó amando a ese hombre.

Comprendió que la única que amó fue ella, que él simplemente se dejó amar; y lo más sorprendente, intuyó que quizás los papeles se habían invertido, pero ya era demasiado tarde para ese descubrimiento, para reconocer que a veces, en una relación, solo uno de los dos ama.

Se mordió el labio y retrocedió. Todo eso estaba mal, muy mal. Luca no merecía que ella estuviera ahí, bailando con Nicola, abrazada a él.

Cuando se separaron, la mirada de posesión que vio en él, la estremeció. Debía irse, de inmediato.

Para Nicola, ese encuentro lo fue todo y fue nada. Tenerla otra vez entre sus brazos era una tortura. La quería, por supuesto que la quería. Ahora más que nunca estaba seguro de ello.

Tenía el cuerpo comprimido por tener que aguantar las ganas de arrancarle esas mallas y hacerla suya allí mismo, sobre su escritorio. Disfrutar de cada

centímetro de aquella piel tan exquisita. ¡Cómo la extrañaba! Fiorella era todo para él: su amiga, su compañera, su amante, su molde.

En ese momento se juró así mismo que volvería a ser suya.

Lo decretó.

## CAPÍTULO 35

Horas después, Fiorella se encontraba en casa de Alessia con todas sus amigas. La idea de Donna de una noche de chicas, sushi y vino, comenzaba a hacer efecto en el ánimo de Alessia.

Sentadas alrededor de la mesa del salón y devorando sus bandejas de comida, se quedaron charlando hasta bien entrada la medianoche.

Se despidieron felices al ver a su amiga sonriente y animada.

—¡Chicas! Mil gracias por venir y por estar cuando las necesito —comentó Alessia.

—Nada que agradecer, estamos para apoyar en las malas y disfrutar en las buenas —afirmó Carlotta, mientras la abrazaba para despedirse.

—Cuando Rocco vuelva, salimos todos a celebrar esa grandiosa gira —agregó Donna con voz alegre.

—Seguro que sí chicas —aseguró Alessia con una gran sonrisa.

Con la terapia de grupo, unas copitas de vino y la llamada fugaz a Rocco, sus amigas habían logrado que despejara la mente y disfrutara de la noche.

Cuando se quedó sola, ya lista para dormir, la joven reconoció que la vida era más fácil y alegre en compañía. A veces, y por el día a día, no valoramos esas grandes amistades que Dios nos coloca en el camino.

Ella se sentía completa con un novio encantador que la hacía sentir amada, una familia cariñosa y las mejores amigas que podía desear. Estaba agradecida con Dios.

Fiorella entró a su departamento, después de dejar a Donna y a Carlotta en sus respectivos hogares. Mario había llamado a Pia para pasarla a recoger, pero ella, quizás para disimular un poco ante sus amigas, quienes momentos antes habían estado bromeando a su costa e insistiendo en ellos eran más que novios, lo rechazó, y prefirió irse en taxi.

En medio de la oscuridad, Fiorella solo fue recibida por sus gatos, los que paseaban entre sus piernas de un lado a otro. Los tomó entre sus brazos y se fue con ellos hasta la cocina. Luego de verificar si tenían suficiente comida y agua, los dejó en el suelo y avanzó hasta su habitación. Se cambió de ropa, y

antes de subirse a la cama, buscó su móvil para enviarle un mensaje a su muy preocupado chico.

Luca, quien se encontraba viendo la repetición del partido entre Italia y Bélgica, escuchó su teléfono sonar. Hacía horas que esperaba el mensaje de su novia. Se levantó del sofá, tomó el móvil que reposaba sobre la mesita de centro de la sala, y caminó hasta la cocina, mientras desbloqueaba la pantalla y leía.

- 🟢 En casa, sana y salva.
- 🟢 Disculpa la hora, pero el tiempo se nos fue volando.
- 🟢 Mañana prometo llamarte temprano, un beso.
- 🟢 Te amo con locura.

Después de leer, sonrió con malicia por el mensaje que estaba redactando.

- 🟢 Por la hora, presumo que las víboras no dejaron vivo ninguna víctima.

Fiorella recibió el mensaje y le contestó casi al instante.

- 🟢 ¡Dios! Te he dicho que no somos unas serpientes. Entre cuentos y anécdotas se nos hizo tarde.
- 🟢 Pero prometí escribirte y cumplí.

Luca, con el teléfono en la mano, abrió el refrigerador, para beber un vaso de agua. Leyó los mensajes, y con una sonrisa en los labios le escribió un recordatorio.

- 🟢 No olvides que mañana en la noche serás solo mía.

Fiorella sintió su cuerpo inquietarse, nada más imaginar estar otra vez entre sus brazos, sus mejillas se cubrieron de rubor y comenzó a transpirar.

- 🟢 Soy tuya siempre.
- 🟢 Es muy tarde y mañana debemos trabajar.
- 🟢 Espero que sueñes conmigo.

📩 Te envió un beso enorme.

Luca llegó a su cuarto, y antes de acostarse, le envió un último mensaje.

📩 Todo lo que sueñe... prometo hacerlo realidad.

La chica sonrió, ansiosa. Estaba segura de que todo había cambiado entre ellos; hacer el amor había sido una experiencia tan íntima, tan personal. Y Luca se había comportado como todo un caballero.

Con varios pensamientos atormentando su cabeza, abrió las sábanas y se acostó. Después de priorizar las preocupaciones, decidió que lo primero que debía hacer era concertar una cita con su ginecóloga, para comenzar con algún método anticonceptivo. No quería delegar en Luca toda la responsabilidad.

Fiorella se despertó mucho antes que saliera el sol en la isla, con una sonrisa en los labios al recordar que era martes, y esa noche disfrutaría de la compañía de su novio. Se removió entre las sábanas y se levantó, dispuesta a trotar un poco más de los siete kilómetros que exigía su rutina de ejercicios. Ahora más que nunca deseaba lucir bella para su chico.

\*\*\*

A veces, Luca sentía que todas sus atenciones estaban dando resultado con su novia. Aquella mañana, solo, de pie, mirando la inmensidad del mar desde la terraza de su habitación, podía asegurar que empezaba a amarlo verdaderamente.

Al principio dudó de sus declaraciones de amor, no podía engañarse él mismo. Después de presenciar la noche, donde ella se desplomó de amor por Nicola, le era imposible no dudar, de ella, de Nicola y de su mundo de manipulaciones.

Pero en otros momentos, como aquella mañana, se sentía seguro de Fiorella y del amor que le declaraba; sin embargo, no habían vuelto a hablar sobre su permanencia en el gimnasio ni qué tipo de relación seguía manteniendo con Nicola.

Quiso pensar que lo mantenía siempre alejado de ella, que evitaba en todo momento sus posibles acercamientos.

Después de una ducha rápida, se fue hasta la cocina a desayunar, encontrándose allí con su hermano.

—¡Te maletearon anoche hermano! —dijo Luca, con toda la intención de molestar a Mario.

—Es muy temprano para tus chistecitos de mal gusto —bramó.

Luca sonrió.

—¿Dormiste mal?

—No te voy a contestar, todo lo que diga lo usarás en mi contra.

—¡Bah!... Cuéntame. Al fin y al cabo, soy tu único hermano. —Se sentó en una de las sillas de la cocina, mientras degustaba su *Mokaccino* favorito.

Mario dudó por un momento de sus palabras, pero se sentía tan molesto por la situación que vivía con Pia, que prefirió hablar con Luca.

—No logro dormir profundamente si no tengo su cuerpo entre mis brazos —confesó.

Luca casi escupió el café. Con lentitud, colocó la taza sobre la encimera de la cocina y se cruzó de brazos.

Aquella conversación iba a requerir de mucho tiempo.

—¿Es una broma?!

Mario pareció decepcionado ante la expresión de su hermano.

—Si te digo que solo he dormido un par de horas, ¿me creerías?

—No, porque no tengo ni la más puta idea de lo que estás viviendo.

Un incómodo silencio se apoderó del lugar, hasta que Luca decidió que era el momento de enfrentar a su hermano.

—Voy a preguntarte algo y quiero la verdad —exigió.

—Nunca nos hemos mentado Luca.

—Bien, quiero que me digas... —Tras una pausa preguntó—. ¿Por qué no te vas a vivir con ella de forma permanente? ¿No se lo has propuesto?

Mario se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la cocina.

—Tengo miedo de que me diga que no.

Su voz tendía un velo de pánico.

—No entiendo... ¿Que te diga que no?... Pero ¿a qué? —preguntó con el ceño fruncido.

—A vivir conmigo... ¿Y si no quiere? —replicó Mario.

Esa información preocupó a Luca, porque jamás dudaría del amor que Pia sentía por su hermano.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mario avanzó hasta el refrigerador y se sirvió un vaso de jugo de naranja, luego volvió a sentarse junto a Luca.

—Desde hace un mes todo ha cambiado... Ahora inventa excusas para que no me quede con ella todas las noches. Cuando antes era de lo más normal —explicó, apretando de modo inconsciente el vaso de jugo que tenía entre sus manos.

Luca se quedó analizando sus palabras, y al pasar unos minutos y darse cuenta de que no aportaría más detalles, le sugirió:

—Tienes que hablarlo con ella.

Mario se quedó mirándolo, pensando quizás que su hermano estaba loco. Pia era una abogada implacable, con respuestas y argumentos feroces ante cualquier situación.

Luca se levantó de la silla, tomó su taza de café y de varios tragos se lo bebió por completo. Luego se volteó para dejarlo dentro del lavavajillas. Se quedó de pie, con la mirada fija en su hermano.

—Si después de dos años de relación con Pia, no tienes el coraje de confesarle lo que sientes ni lo que deseas..., creo que deberías terminar con esa relación —dijo acercándose a Mario—. Los secretos y las mentiras son el veneno perfecto para destruir una relación. —Le dio una palmada en el hombro y lo dejó solo con sus pensamientos.

De una cosa Mario estaba seguro, Pia no perdonaría nunca una mentira. No se atrevía a pensar en su rechazo, porque la simple idea lo estremecía. La amaba como nunca antes amó a otra mujer. Él no era perfecto, pero después de las palabras de su hermano, tenía que intentarlo.

Debía hablar con su novia y declararle sus verdaderas intenciones.

Y tomar esa decisión le liberó el alma.

## CAPÍTULO 36

En la Isla de Ortigia, terminaba otro día de bella primavera, la estación favorita de Fiorella. En el mes de junio, las temperaturas aumentaban como las lluvias. Y tanto los turistas como los residentes, comenzaban a sentir la llegada del verano.

Fiorella se tomó su tiempo recorriendo con la mirada el rostro de su novio. Nunca se cansaría de contemplarlo. Era tan hermoso: su risa, su forma de ser.

Cada vez que él la veía con esa picardía en los ojos, todo se sacudía dentro de ella. Y con el paso de los días, sentía que lo amaba más y que su relación se fortalecía.

—¿Desean un postre? —Les preguntó el camarero.

Luca asintió, tomando la carta que el joven le ofrecía. Ella declinó la oferta.

—Unos *Cannoli* de vainilla, chocolate y pistacho por favor —pidió Luca.

Llevaban un par de horas cenando en uno de los restaurantes favoritos de él. El tiempo pasó volando, mientras conversaban sobre algunas complicaciones en sus respectivos trabajos.

Luego, se enfrascaron en una discusión sobre la plantilla que el entrenador italiano, Antonio Conte, había seleccionado para la Eurocopa. Ambos estaban felices por la victoria del equipo italiano ante Bélgica la noche anterior.

Para Luca, su novia no solo poseía belleza, también era inteligente, locuaz y una defensora acérrima de sus ideales. Una vez más, él se quedó maravillado ante ella.

Por su parte, Fiorella disfrutaba de las vistas, el hombre que estaba sentado frente a ella era hermoso. Con aquellos ojos verdes de ardiente mirada, sus largas pestañas y esa sensualidad que derrochaba tan solo con su presencia, eran un pecado para cualquier mujer; además, era un hombre perseverante, trabajador y un apasionado restaurador de arte. No podía pedir más.

Luca vestía un jersey azul que cubría estrechamente su torso. Permitiendo que la imaginación de su novia volara por los aires. Cuando un intenso calor le recorrió el cuerpo, tuvo que removerse sobre su silla y apartar la mirada.

¡Dios, demasiado bello!

Al terminar sus deliciosos *Cannolis* sicilianos, Luca canceló la cuenta, y con toda la caballerosidad que lo caracterizaba, ayudó a su novia a ponerse de pie.

Fiorella tomó la cazadora que había dejado en el respaldo de la silla y se la colocó. Después, levantó su cartera y la colgó en su antebrazo. Cuando miró a su novio, vio que él le ofrecía la mano para acompañarla al exterior del restaurante.

Y mientras traspasaban el lugar, Luca se sorprendió al ver sentados en una mesa a Bianca y a Gael. Hubo un rápido cruce de miradas entre su suegro y él, y Luca comprendió que no era el momento ni el lugar para que Fiorella conociera la verdad de sus padres, esa que tanto se negaba a aceptar.

Le soltó la mano a su novia y la posó sobre su espalda, intentando guiarla hacia la salida entre las mesas, sin que algún detalle hiciera que volteara la vista hacia donde se encontraban sus padres.

Bianca quedó paralizada cuando descubrió a su hija en el mismo restaurante donde ella había citado a Gael. ¿Cómo puede tener una persona tan mala suerte?

«*Miles de restaurantes en Sicilia y coincidimos en el mismo*», pensó Bianca aterrada.

—¡Cálmate mujer! Luca comprendió mi seña y no dejará que nos vea — aseguró Gael, tomándola de la mano.

La mujer bajó la mirada al suelo.

—Si me descubre de esta manera, perderé toda su confianza. Estoy segura de que pensará cualquier cosa de mí, y ninguna buena.

—¿Cuándo piensas hablar con ellas? Bianca mi vida, te lo pido, te lo ruego... Perdóname —suplicó Gael apretándole la mano sobre la mesa—. Te necesito mi vida... Déjame volver a casa.

—No estoy preparada.

—¿Quieres que hable yo con las niñas?

Aquella pregunta hizo que Bianca elevara la cara y lo fulminara con la mirada.

—¡No! —bramó—. Soy yo quien les debe una explicación.

—Y yo les debo mil disculpas. Fui un cobarde, un... Pero todo ha cambiado, te lo juro. Estoy dispuesto a hacer lo necesario para recuperar su confianza y la tuya.

—¡Vamos poco a poco Gael! Necesito estar segura de...

Él la interrumpió.

—¿Me amas? Solo eso me importa.

Los ojos de Bianca se inundaron de lágrimas, para ella, esa era la pregunta más estúpida que había escuchado de su parte.

Lo había amado, lo amaba y siempre lo amaría. Gael era el único dueño de su corazón, él único capaz de encender cada nervio de su cuerpo.

—Sí Gael, te amo, pero...

—Yo también amor mío, te aseguro, que en todos estos años, has sido la única dueña de mi corazón... —replicó, tomando su rostro entre sus grandes manos para besar sus labios con ternura, pero ella no se lo permitió, no hasta que sacara lo que llevaba dentro.

—Sin embargo, no he sido la única dueña de tu cuerpo... No Gael, mientras yo le he sido fiel al recuerdo de tu amor, en todo este tiempo tú has disfrutado del placer de otros cuerpos, de...

—No voy a mentirte Bianca, pero no han sido más que un desahogo, la manera de satisfacer una necesidad física, nada más. Juro que a más de una llamé por tu nombre, a más de una acaricié e hice mía pensando en ti, en tu cuerpo, en tus ojos, en tus gemidos...

—Cállate Gael, ya no sigas...

Él no pudo contenerse y volvió a tomarla por el rostro, y esta vez no le permitió alejarse, esta vez tomó lo que deseaba con propiedad, y sintió que el corazón le volvía a latir como cuando era un muchacho. Estaba eufórico y lleno de ilusiones. Recuperaría a su familia, lucharía por tener nuevamente un hogar feliz.

En el momento que Luca y Fiorella salieron del restaurante, una fuerte brisa les golpeó el rostro. Caminaron un par de cuadras, hasta donde habían dejado el auto estacionado. La noche estaba oscura, solo unas escasas estrellas iluminaban el cielo.

Luca, cansado de soportar la distancia, cansado de esperar dos días para tenerla entre sus brazos. Le quitó la cartera y la dejó sobre el techo del auto.

—Flaca... —susurró pegándola a su cuerpo y deslizando los dedos por sus curvas—. Te deseo.

Ella podía sentir su tibio aliento sobre su cara, pero prefirió disfrutar de sus caricias antes de besarlo.

Luca le cubrió de besos las mejillas, los ojos, la frente y el contorno de la

mandíbula. Luego, ladeó la cabeza para llegar a su cuello y mordisquear su hombro. Comenzó a subir por su largo cuello hasta llegar a su oreja, ahí le susurró al oído infinidad de pecados que deseaba cumplir con ella, sobre ella y debajo de ella.

Envuelta por una burbuja de lujuria, Fiorella gimió cuando él la presionó contra la puerta del auto y su pecho. Al sentir su erección palpitante entre sus cuerpos, se rindió al juego.

—Bésame *amore*.

Y la complació. Él, con la mirada oscurecida por el deseo, miró primero sus labios y luego sus ojos. Al primer roce de su piel, ella abrió la boca, invitándolo a poseerla. Luca sonrió con picardía y malicia, pero de igual forma, se entregó al deseo.

La envolvió con los brazos e invadió su boca, disfrutando de su sabor. Deslizó su lengua hasta lo más profundo, como deseaba hacer en otras partes de su cuerpo.

Pero ¿cómo podía desearla tanto? Sí, la deseaba más, mucho más que antes. En cada encuentro, descubría una Fiorella más desinhibida, más caliente y dispuesta a la aventura.

El roce de su lengua con la suya, hizo que ella tirase de su jersey y lo acercara más a su cuerpo. Luca dejó que ella recorriese su boca, permitiéndole liberar su lado salvaje. Lo besó hasta dejarlo sin aliento.

Con el cuerpo estremecido por el placer y el deseo, Luca se apartó de ella para tomar un poco de aire, Fiorella lo abrazó como si temiera perderlo. Metió su rostro en el hueco de su cuello y disfrutó de su olor.

Con la respiración acelerada por todo lo vivido, Luca retrocedió un poco y levantó la cabeza, para buscar su mirada. Ella intentó apartarse, pero él volvió a presionarla contra la puerta del auto, y con su mano, le levantó el rostro.

—¿Qué pasa flaca? —Le preguntó, mientras enroscaba un mechón de cabello negro entre sus dedos.

Ella volteó la cara, esquivándole la mirada.

—Dime qué estás pensando, porque sé que algo desagradable se cruzó por tu mente.

Fiorella se removió entre sus brazos y fijó su mirada en él.

—No quiero que se acabe. —Negó con la cabeza.

—¿Tienes miedo?

—Sí —confesó con el corazón oprimido.

—¿Por qué? ¿A qué le temes? —Quiso saber él.

—Es demasiado perfecto...

—Yo no soy perfecto mi flaca.

—No me entiendes... —La tristeza se filtró en su voz.

—Te repito, no me compares. —Luca odiaba que ella lo comparara con Nicola. Ese ser que siempre giraba en torno a ellos, como un espectro del pasado.

—No es tan sencillo para mí. —No pudo evitar que la frustración se abriera camino entre sus palabras.

—No eres mi primera relación, y nunca te he comparado y jamás lo haré — afirmó él.

—¿Sabes... cuánto tiempo soñé con un amor así?

—Entonces vívelo mi vida, y no te tortures pensando en fechas de caducidad.

—¡Prométeme que no se acabará! —suplicó ella y bajó la mirada. Sentía el cuerpo estremecer, esta vez no fue de deseo, sino de miedo.

—Fiore..., flaca ¡Mírame! —susurró con la esperanza de que comprendiera su punto de vista—. No se puede ir por la vida pensando en lo negativo, en que todo es negro. Pero si lo que deseas es escuchar mi promesa, pues bien: Te lo prometo, prometo que haré hasta lo imposible porque siempre estemos juntos, porque nuestro amor triunfe por encima de las tormentas.

Mirándola a los ojos, supo que la amaría por siempre, que jamás había sentido tanto por una chica. Aunque comprendía que su pánico era que él le rompiera el corazón, repetir la mala experiencia vivida con Nicola.

A Fiorella le costaba admitir ante Luca, que su pasado seguía ejerciendo control sobre ella. Su miedo se inició por el cambio tan brusco que dio Nicola durante su relación.

Cómo no desconfiar del amor, si durante diez años amó a un hombre que jamás la valoró como mujer. ¿Acaso Luca no tenía idea del pánico que sentía por no repetir sus malas decisiones?

Él estiró el brazo y le acarició la mejilla, necesitaba que ella estuviese segura no solo de sus palabras, sino de sus actos. Tenía que llenarla de amor. Le puso un dedo en la barbilla y se la levantó, para besarla.

Quizás un simple beso lleno de amor, podía hacerla sentir el calor, el amor y el gran compromiso que él sentía por ella. Pensó, «*¡Que Dios se apiade de mí! Porque pienso luchar contra todo aquel pasado, para ver sonreír a esta*

*mujer el resto de sus días».*

## CAPÍTULO 37

Los días posteriores estuvieron llenos de llamadas, mensajes y notas de voz. Tras su encuentro con Luca, Fiorella se sentía más tranquila, y no deseaba volver a remover el pasado.

La mañana del miércoles, despertó con sentimientos encontrados, con un poco de culpa, por haber esperado hasta el último momento para contarle a Luca sobre su viaje a Catania junto a Nicola y otros empleados del gimnasio.

Así que el jueves, invirtió casi todo el día entre su trabajo y analizar cuál debía ser la mejor forma de explicarle a su novio sobre su compromiso. Pocas horas la separaban de aquel incómodo momento.

¡Si tuviera un poco más de tiempo!

Al final de la tarde, mientras esperaba que Luca llegara por ella, agonizaba entre suposiciones, «*¿Lo entenderá? ¿Y si no le gusta la idea del viaje?*».

Ya no podía hacer nada más para posponer lo inevitable. La exposición *fitness* comenzaba al día siguiente por la noche, y ella debía partir a media mañana. Nicola, como cada año, tenía organizada toda la logística para el evento.

Fiorella volvió a levantarse de su lugar de trabajo y caminó hasta la ventana de su oficina. Con los nervios a flor de piel; prefirió tomar un pequeño descanso para contemplar la preciosa costa sur de la isla de Ortigia.

Ver cómo las olas golpeaban las grandes rocas, le generaba cierta tranquilidad. Sus suposiciones se acabaron, cuando su móvil comenzó a vibrar sobre el escritorio.

Luca que estacionaba en la avenida Lungomare di levante, estaba tan emocionado, que no se percató del tono desenchajado con que Fiorella le respondió.

Poco después, él conducía hacia la casa de su novia. En vez de discutir o darle motivos para una negativa, Luca prefirió planificar una sorpresa para esa noche. Estacionó en la puerta del edificio, y cuando ella se giraba para bajar del auto e invitarlo a subir, él le comunicó parte del plan.

—Hoy deseo llevarte a mi casa.

—¿Esta noche? —Se volteó hacia él.

—Sí, ahora mismo.

—Y entonces, ¿para qué hemos venido hasta aquí?

—Porque necesito que te cambies el uniforme del hotel y te pongas tu traje de baño y uno de esos sexis vestidos playeros que...

Fiorella soltó una carcajada. Las locuras de su novio no tenían límites.

—Vale, de acuerdo... Entendí el mensaje.

Luca le guiñó un ojo.

—Ve, te espero.

—No me tardaré.

Lugo de quince minutos, Fiorella regresó al auto, vestía un ajustado blusón blanco con diseños florales negros a lo largo del vestido. Unas sencillas sandalias blancas sin tacón, trenzadas hasta la pantorrilla. Por el poco tiempo que disponía, optó por dejar suelta su larga melena negra.

—¡Estás preciosa flaca! —Luca la contempló con ojos de halcón.

—Gracias, entonces... ¿A tu casa? —dijo esto intentando sonar tranquila y natural, cuando por dentro moría de la emoción. ¿Volverían a estar juntos?

—Sí —afirmó, abriendo mucho los ojos en un gesto juguetón.

Fiorella, quien conocía su isla a la perfección, no pasó por alto la dirección que Luca estaba tomando. Aunque no tenía ni idea de dónde vivía, estaba segura de que no podía ser hacia la Fuente de Aretusa, que era un extremo de Ortigia.

—¿Dónde vives?

—En Siracusa —replicó sarcástico.

—Luca... ¿A dónde vamos?

—Ya te lo dije, a mi casa.

—¿Vives en el mar, literalmente? —preguntó, levantando una ceja.

Luca dejó escapar una fuerte risotada, a veces la paciencia de su novia era muy escasa.

—Creo que te dije el lunes, que hoy cumpliré contigo todos mis sueños.

Fiorella, que observaba por la ventanilla del auto, tragó en seco y volteó la cara para fijar su mirada en él. No supo qué contestar ante esa premisa, y se sonrojó.

El auto se detuvo en el estacionamiento de la avenida Giuseppe Mazzini, frente al gran puerto deportivo de Ortigia.

La confusión de Fiorella era palpable. Estaba comportándose otra vez como una maniática del control. Debía recordar las últimas palabras de su novio:

«*Hoy cumpliré contigo todos mis sueños*», repitió en su mente.

No estaba ahí por casualidad, sino por deseos de él.

Luca bajó del vehículo, se acercó a ella para tomarla de la mano y caminar hasta el interior del puerto deportivo. Ella sintió cuando él le acarició con el pulgar la muñeca, y en el momento que elevó la mirada, Luca le guiñó un ojo. ¿En qué instante del día se dedicaba a planificar detalles como ese?

—¿Qué hacemos aquí? —Empezó a preguntar, mientras recorrían el puerto.

—Es parte de la sorpresa.

—¿Vives en un barco? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—No, claro que no —replicó—. Vamos a dar un pequeño paseo.

Luca se inclinó, para robarle un beso fugaz, y se sorprendió ante la genuina emoción que veía en los ojos de su novia.

—¡Oh, qué emoción! ¡Me encanta!

Caminaron un par de minutos más, hasta llegar a un precioso Catamarán, propiedad del padre de Luca.

—¿Y este bote?! —exclamó sorprendida al ver las dimensiones de la embarcación.

Luca chasqueó la lengua.

—De mi padre —confesó apenado—, pero tanto mi hermano como yo, tenemos permiso para usarlo cuando queramos.

Fiorella asintió entusiasmada por subir al Catamarán.

—¿Abordamos? —Le preguntó él, extendiendo su mano hacia la embarcación.

—Por supuesto.

Juntos abordaron la preciosa embarcación, de un blanco impoluto, con dos cascós paralelos de igual tamaño, y en lugar de una quilla, este tenía dos.

Pero sin duda alguna, a Luca una de las virtudes que le encantaba de aquella barca, era su estabilidad, y cómo el movimiento que se producía al navegar era de cabeceo y no de balanceo, evitaba significativamente el mareo. Perfecto para su novia.

Al recorrer el catamarán, Fiorella detalló el amplio salón que estaba unido por los dos cascós, uno a estribor y otro a babor. Ambos iluminados y con una visión inmejorable.

—Es precioso —alabó ella.

—Gracias, es la niña consentida de mi padre.

—Lo creo, cada detalle es... impresionante.

Luca, después de soltar los amarres, prendió los motores y comenzó a navegar hacia su destino. Una ruta que había recorrido tantas veces, que casi lo navegaba con los ojos cerrados. Adoraba el mar y todo lo que tenía relación con este.

Bajo una perfecta noche estrellada, Fiorella contemplaba el reflejo de todas las luces del puerto sobre el mar, y que poco a poco, mientras navegaban mar adentro, se desvanecían en la oscuridad.

Le esperaba una noche de ensueño, porque el hombre que tenía a su lado, con tan solo una mirada, podía hacerla estremecer. Estaba ansiosa por llegar a su casa y descubrir todas las cosas que seguramente Luca había planificado, y que ella ni siquiera se imaginaba.

Fiorella caminó por la cubierta hasta la proa y se sentó a disfrutar de la naturaleza. A pesar de que había nacido en la isla de Ortigia, era la primera vez que navegaba de noche. Y la experiencia le pareció mágica.

Con la luna en lo alto del cielo, brillando fuerte sobre un manto negro plagado de estrellas, Fiorella pensó que después de lo vivido en Malta, todo le parecía posible junto a él.

La chica supo que habían llegado a su destino cuando las luces de un pequeño muelle flotante iluminaron por completo la embarcación.

—¿Dónde estamos? —curioseó en el instante que Luca llegó hasta ella. La oscuridad de la noche no le permitía divisar con claridad el horizonte.

—En Circolo del Giardino. Soy socio del club —dijo mientras apretaba los amarres al muelle.

—¿En Fontane Bianche?

—Sí.

—¿Vives en Fontane Bianche?

Luca hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Se incorporó, dio un paso hacia ella y la tomó de la mano.

—Vamos a casa.

## CAPITULO 38

Caminaron en silencio por el muelle, hasta el borde de un pequeño acantilado rocoso. Luca, sin soltar su mano, intentaba rodear la costa, para llegar a la playa; y a pocos metros, saltaron sobre la suave arena.

Fiorella no quería hablar, desde el momento que reconoció la playa, se sintió incómoda. Todos los recuerdos de aquella noche, llorando despechada por Nicola, le revolvieron los sentidos. Luca percibió su rigidez.

—¿Pasa algo? —indagó, deteniéndose a mitad de camino.

Ella le soltó la mano, se volteó hacia la orilla y dijo, con un tono casi de disculpa:

—La última vez que estuvimos aquí, me comporté como una completa idiota. Entre la sensatez y la locura, creí amar a una persona que solo robó diez años de mi vida —murmuró con la mirada perdida en el infinito mar—. Qué equivocada estaba... No era más que un espejismo, la herencia de una adolescente ilusionada.

Luca se conmovió por sus palabras. Fiorella no dejaba de sorprenderlo. No recordaba ninguna otra mujer tan autocrítica sobre la vida como lo era su novia. La mayoría de los seres humanos, ni siquiera intentaban sacar a la luz sus errores, pero su flaca era diferente. En sus ojos podía ver sinceridad y bondad.

—Ya todo eso forma parte de tu pasado —aseguró, abrazándola desde atrás y cubriéndola por completo. Ella ladeó un poco la cabeza, permitiendo que Luca hurtara en su cuello—. Creo que todo en esta vida tiene un porqué —afirmó él.

Mientras Fiorella se esforzaba por olvidar esa historia, la fuerte brisa del mar revoloteaba por los aires sus mechones de cabello negro, y las suaves olas le mojaban los pies.

—¿Qué quieres decir?

—Que gracias a las experiencias que hemos vivido, hoy somos lo que somos —argumentó Luca, decidido a sacarla de ese estado de nostalgia.

—Puede que tengas razón.

—¿Vamos a casa? —Volvió a preguntar.

Cruzaron la playa, hasta llegar a una puerta doble de madera. Para ella fue una verdadera sorpresa cuando él sacó una llave del bolsillo de su pantalón.

—¿Vives frente al mar?! —preguntó, girando la cabeza entre la puerta y la orilla de la playa. Intentando calcular los pocos metros que las separaban.

—Prefiero nadar que caminar —bromeó, abriendo la puerta trasera de su casa.

Perdida entre las callejuelas de la costa, estaba el hogar de Luca. Era un precioso chalet de dos pisos, con amplios jardines y una pequeña piscina. Aunque su mayor tesoro lo escondía en el garaje: su extraordinaria moto Aprilia, la niña de sus ojos.

—¡Dios mío! —exclamó estupefacta.

Si el exterior era increíble, el interior lo era aún más. Una puerta de cristal dio paso a un espacioso y luminoso salón, decorado con colores cálidos y con unos ventanales que iban desde el suelo hasta el techo.

Cinco portarretratos descansaban sobre la chimenea, y Fiorella se acercó con curiosidad, para detallarlos. Eran sin duda alguna los momentos más importantes en la vida de Luca y Mario. Aparecían juntos en todas las fotos, pero con distintas personas. La chica identificó a doña Lina en una de ellas.

—¿Tus padres? —preguntó, tomando uno de los portarretratos entre sus manos.

—Sí..., ese día celebrábamos la graduación de Mario, cuando se hizo abogado.

Ella estaba fascinada.

—Tienes una linda familia —dijo deslizando los dedos por el marco de la foto.

—Media loca, pero sí. Mi familia es muy unida —afirmó, quitándole la foto de las manos, para colocarla nuevamente sobre la chimenea—. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Te digo un secreto? —dijo, tomándole las manos para colocándoselas detrás de la espalda y abrazarla.

—Hmmm... ¿Qué será...?

—Mi abuela nos preparó una deliciosa lasaña de berenjenas —confesó, acariciándole la cara con su propio rostro.

Fiorella contuvo la respiración y abrió un poco los labios, para incitarlo a besarla. Él era como el mar: exótico, intenso, lleno de adrenalina y aventuras.

Y ella estaba feliz de estar entre sus brazos.

—Con seguridad será la mejor de toda Sicilia —susurró, sin quitar la mirada de los labios de él.

—¿Tienes mucha hambre? —Volvió a preguntar y acto seguido le devoró los labios.

Luca no esperó respuesta, un simple movimiento de cabeza fue lo que necesitó para tomar las riendas de aquel instante. La estrechó completamente contra su cuerpo y profundizó el beso.

En los próximos minutos, ninguno de los dos pronunció palabra, les bastaba con las caricias, los gruñidos y las miradas cargadas de amor.

Luca rodeó con las manos sus nalgas, para levantarla y apoyarla sobre su cadera. Así cruzaron todo el lugar, hasta llegar al piso superior.

Con la punta del zapato abrió la puerta de su habitación, y sin detenerse ni un segundo, la acostó en el centro de la cama. En vez de encerrarla entre sus brazos, prefirió colocar sus manos abiertas a cada lado de su cabeza. Luego se elevó un poco, para poder contemplarla.

—¿Por qué aceptaste ser mi novia? —Le preguntó, mirándola con intensidad.

Fiorella se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Ya sabes por qué.

—No, dímelo —murmuró él, antes de darle un beso en el cuello y embriagarse de su exquisito olor a coco.

—Porque sabía que eras el indicado.

Luca apoyó un codo en el colchón, y con la mano libre, le apretó un seno entre los dedos.

—¿Solo por eso? ¿No hay nada más?...

Ella volteó la cara de nuevo y abrió los ojos de par en par, cuando sintió la mano de Luca bajar por su vientre.

Desde el momento en que él la había levantado en el salón, el ajustado blusón blanco se había subido hasta su cintura. Permitted que sus esbeltas piernas se enroscaran alrededor de las caderas de Luca.

—Porque te deseaba —respondió.

A Fiorella se le aceleró el corazón al sentir los dedos de Luca entre sus piernas.

—¿Como ahora? —comentó él con una sonrisa pícaro.

—Más, mucho más.

Ella contuvo la respiración en el momento que la mano de Luca arrastró su bikini hacia abajo, y con el pulgar, comenzó a acariciar su centro.

—Mmm, ¡divina! —susurró él, mordiéndole los labios—. Tu belleza es única.

—Luca... —gimió desesperada, cuando él le introdujo dos dedos en su interior.

Sin clemencia, la torturó, hasta arrastrarla al abismo.

Al volver de su exquisito orgasmo, Fiorella descubrió que solo la envolvía una capa de sudor. Luca se había encargado de quitar cada prenda de su cuerpo y hacerla sentir como una diosa.

—¡Eres intensa flaca! Me encanta cómo te entregas —admitió y se puso de pie para desvestirse. Agarró un preservativo, y con rapidez, cubrió su miembro.

Los ojos de Fiorella detallaron cada uno de sus movimientos, deleitándose con su cuerpo. Hasta que Luca se subió a la cama y le rodeó la cintura, para ubicarla ahorrajada sobre él.

—Disfrútame, haz de mí lo que quieras —suplicó y se hundió en ella centímetro a centímetro, mientras la besaba con fuerza.

—Dios, cómo me haces sentir —gimió Fiorella.

Y fue ella quien tomó el control del acto. Comenzó a subir y a bajar más fuerte, más hondo y más rápido. Hasta que se detuvo para tomar una bocanada de aire e iniciar el galope con movimientos circulares.

Desesperado, Luca bajó las manos hasta apretarle las nalgas. Cuando la sintió estremecer, supo que estaba tan cerca como él de llegar al clímax. Hundió su cara entre sus turgentes pechos, los mordisqueó, los chupó hasta que vio cómo dejaba caer la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—¿Te gusta tener el control?

—Sí. —A ella se le quebró la voz—. Porque así te siento mío.

—Esto apenas comienza. ¡Pienso poseerte toda la noche!

Se amaron intensamente, marcando con caricias sus cuerpos, llenando con palabras sus corazones. Y en el instante que Fiorella sintió que explotaría a consecuencia de todo lo que estaba viviendo, se aferró a él como si fuese a desaparecer. Y las puertas del cielo se abrieron para ella.

*«Cada uno de nosotros es un ángel con una sola ala. Y solo podemos volar si nos abrazamos unos a otros...».*

Y este recuerdo llegó a ella como un flechazo.

## CAPÍTULO 39

Las horas parecían demasiado breves cuando el cuerpo encontraba goce. Fiorella observó desde la cama el cielo lleno de estrellas. Levantó la cabeza y vio a Luca durmiendo a su lado.

¡Demasiado bello!

Al sentir un poco de frío, decidió levantarse para cerrar la puerta de la terraza. Cuando descansó los pies en el suelo se erizó, agarró la camisa de Luca y se cubrió parte del cuerpo. Caminó en silencio, abrazándose, en un intento de mantener su calor corporal, pero cuando llegó a la puerta y su mirada enfocó el lugar, quedó paralizada.

Fiorella sintió que aquel momento era irreal. Sus pies se movieron atraídos por tanta belleza. Ante ella, el paisaje más bello que podía existir. Ubicada en medio de la playa, y gracias a la altura de la terraza, distinguía a la perfección la inmensidad del mar.

Los tonos plateados que ondulaban entre las olas, la gruesa espuma que se desvanecía en la arena, y aquella fuerte brisa que le impregnaba los sentidos con su olor marino, representaban un cuadro perfecto.

Cerró los ojos, relajó el cuerpo y disfrutó de los sonidos que hacían vida a su alrededor.

Luca se despertó solo y con mucha hambre. Levantó su mano para ver la hora. Al comprobar lo tarde que era, se sentó en el borde de la cama y giró la cabeza, en busca de su novia. Cuando la vio fue hasta ella.

Fiorella sonrió cuando Luca la cubrió con su cuerpo.

—Tengo hambre —confesó él, apartándole el cabello del cuello, para morderlo.

—Siempre estás hambriento —comentó muerta de risa.

—Sí, aunque últimamente mi apetito ha cambiado, ahora tengo otros antojos.

—¡Eres un sinvergüenza! —exclamó, dándole un golpe en el brazo.

Él la presionó más contra su cuerpo.

—Lo confieso.

—Adoro las vistas —dijo ella señalando el mar.

Luca la tomó por la cintura y volteó su cuerpo, para tenerla frente a él.

—Cuando el día amanece y el sol ilumina el cielo, el color del mar es idéntico a tus ojos.

—¿Esta es tu playa favorita? —preguntó, al recordar sus palabras.

—Tus ojos son mi playa favorita —declaró antes de besarla.

Fiorella suspiró, era imposible no amar a ese hombre. No había esperado vivir los placeres que habían disfrutado aquella noche, pero en cada nuevo encuentro, todo era mejor.

—¿Comemos? —gruñó él.

Ella recordó de golpe que debía decirle sobre el viaje a Catania.

¡Es ahora o nunca!

—Primero necesito decirte algo... —anunció y sus ojos se oscurecieron. Comenzó a temblar por la angustia o quizás era la ansiedad.

Luca ladeó la cabeza, y cuando vio que ella le esquivaba la mirada, le agarró la barbilla.

—Suéltalo de una vez. Rápida y sin rodeos.

Fiorella cerró los ojos y aspiró profundamente el aire. Estaba muerta de los nervios. No quería perderlo, la simple idea de estar lejos de él, le partía el alma.

—Tengo que viajar este fin de semana a Catania con varios compañeros del gimnasio.

Y las puertas del infierno se abrieron para Luca.

Por primera vez, Luca presintió que algo malo sucedería.

—¿Con Nicola? —preguntó él, apretando los dientes.

Fiorella dudó en decir algo más, pero quizá era la oportunidad de decirle todo y buscar su comprensión.

—Sí, él forma parte del equipo —añadió vacilante.

Luca se tensó ante la mención de aquel nombre. Se quedó pensativo, no había esperado jamás aquella respuesta. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Por qué se lo había ocultado? Martillaba su mente con infinidad de preguntas. Tras darse cuenta de lo que significaban sus palabras, comenzó a sentir que la temperatura de su sangre se elevaba.

—Imagino que no irás.

—Desde que trabajo en el gimnasio siempre he asistido a la exposición *fitness* como modelo.

—¿Por qué tienes que ir?

—¡Soy la imagen del gimnasio y tengo un contrato!

—Creo haber entendido, en nuestra última conversación, que estabas asistiendo mientras ellos encontraban tu reemplazo.

—Sí, así es, pero aún no tienen a nadie.

—¡Qué casualidad! —bramó agitando las manos.

—Cálmate, no tienes que levantar la voz.

—¿Que me calme?! —replicó, abriendo mucho los ojos, en un gesto de aprensión.

—Te estás comportando como un imbécil.

—Imbécil es ese cabrón de Nicola, que te enreda en su mundo de manipulaciones, y lo peor de todo..., lo que más rabia me da es que no lo ves. ¡Estás ciega por él!

—Claro que no Luca, yo solo...

—¿Desde cuándo lo sabes? —indagó, fulminándola con la mirada.

Un escalofrío le cruzó toda la longitud de su espina dorsal, combinado con el miedo y el pánico que la inmovilizaron por completo en la terraza. No sabía qué contestar. Si le mentía era peor, pero si le confesaba la verdad, podía perderlo para siempre. Jamás lo había visto tan furioso.

—Hace algunos... días...

—¡Días! ¿Desde cuándo?

Fiorella dio un paso hacia él, esforzándose por encontrar la voz.

—La noche que cenamos con tu abuela —confesó y bajó la mirada al suelo. Se sentía muy mal.

—¿Qué?! —gritó fuera de sí.

Luca entró a la habitación. Caminaba de un lado a otro como león enjaulado. Se detuvo frente a su clóset. Sacó una camiseta blanca, unos *jeans* desgastados y sus botas negras de cuero. Tiró con fuerza todo sobre la cama y comenzó a buscar su bóxer.

Fiorella ingresó en silencio y cuando él pasó junto a ella, lo tomó del brazo.

—Tenía miedo de...

Luca la interrumpió en seco.

—¿Acaso he hecho algo o te he dado algún motivo para que me tengas miedo?

—No, pero sé que...

La miró, desafiándola.

—¿Quieres resolver esto? —preguntó parándose frente a ella. Cara a cara. Aún seguía completamente desnudo.

—Sí.

Luca sentía unas ganas terribles de golpear a Nicola, se juró mil veces que se las pagaría. Tarde o temprano, la vida lo pondría en su camino. Cabeceó molestó. Sentía ese deseo de golpear a alguien con tanto anhelo. Sus peleas callejeras formaban parte de su juventud, de su pasado; pero Nicola cada día despertaba la fiera con más fuerza.

—No vas —sentenció, entrecerrando los ojos—. No quiero que estés ni un minuto más cerca de él.

—Por favor Luca, no me pidas eso —repuso con un tono casi de disculpa. Deseaba con todo su corazón que todo volviera a estar como antes, pero no volvería a estar bajo las exigencias de otro hombre.

—No acepto que viajes con él ni que vuelvas al gimnasio. —Estaba tan enojado que no pensaba lo que decía, solo la rabia mezclada con la impotencia dominaban su alma.

Fiorella se sobresaltó. El modo en que él le exigía las cosas le voló la poca cordura. Tiempo atrás, había permitido que Nicola, de una forma u otra manejara su vida. Ahora no estaba dispuesta a repetir sus errores, por mucho que amara a Luca.

—¡Escúchame bien Luca, estoy cansada de que me digan qué hacer y qué no! —contradijo llena de cólera, sintiéndose indignada por su actitud.

Él sintió un agudo dolor en el pecho, esa no era la respuesta que deseaba escuchar.

—Soy lo suficientemente adulta y responsable como para tomar mis propias decisiones, y a pesar de que te adoro con todo mi corazón, no permitiré que dudes de mi fidelidad.

—¡Tu fidelidad!... —repitió sus palabras con sarcasmo.

—Sí, a ti, aunque no me lo creas.

—Bien, tomaste tu decisión. Lo has elegido a él por encima de mí, así que no tenemos nada más de qué hablar. —Se volteó y comenzó a vestirse.

Fiorella lo miró, sintiéndose desolada, indignada. Molesta con él y con ella misma.

Quiso callar y darle tiempo a que se le pasara la molestia, pero se escuchó diciendo:

—Si no confías en mí, entonces esta relación no tiene ningún sentido. —  
Estaba temblando.

Luca levantó la cara, se quedaron mirándose unos segundos, y con un ligero movimiento de cabeza, él le dio la razón. Ya nada tenía sentido.

Por un instante Fiorella no supo qué hacer, estaba semidesnuda ante él y lejos de casa. Se revolvió el cabello con la mano y comenzó a trenzarlo. Después buscó su ropa, que estaba esparcida por el suelo. Mientras levantaba el vestido, un nudo de llanto se le atoró en la garganta. Los recuerdos de minutos antes, llenos de felicidad, se estrellaban en su mente.

## CAPÍTULO 40

Luca no podía creer que lo estuviera dejando, se estaba vistiendo para irse de su casa, sin importarle cuánto la necesitaba. Él se encontraba de pie, en medio de la terraza, mirando el mar.

Aunque deseaba creer en sus palabras, para él, ocultar y mentir eran la misma porquería. Debería sentirse aliviado de salir de aquel triángulo nocivo, que lo único que había hecho, era destruir su relación. Quería sentirse bien, pero sería un cabrón si negaba lo mal que se encontraba. La amaba con todo su corazón, y perderla era lo peor que le podía suceder.

De todos modos, ya nada de lo que él pudiera pensar tenía importancia. La que siempre había tenido la última palabra entre los dos era ella. Fiorella se marchaba y no se volverían a ver.

—Voy a llamar un taxi —dijo con la voz perdida y llena de tristeza.

Girando, Luca miró hacia la habitación, donde ella estaba terminando de atar sus sandalias.

—Yo te llevaré a tu casa —replicó él, acercándose.

—No es necesario, puedo irme sola.

—He dicho que no y punto.

—¿Por qué no? —Fiorella se levantó.

—Soy un caballero, siempre me he comportado como tal, y no será este el momento para hacerme cambiar.

—Está bien.

Con cada paso que daba, Fiorella sentía una opresión en el corazón. Caminaron en silencio, uno al lado del otro; sin un roce, sin una mirada, nada. Ya no quedaba nada entre ellos.

Al llegar al salón, en vez de salir por las puertas de cristal, Luca se dirigió hacia un largo pasillo oscuro. Abrió la puerta y la mantuvo así, hasta que Fiorella la traspasó. Era el garaje.

—Pensé que volveríamos como vinimos —comentó apenada.

—No, tardaríamos en llegar.

—Cierto, pero tu auto está en Ortigia.

De pronto, al ver que ella ni una lágrima derramaba, se sintió

completamente estúpido. Había creído en sus palabras de amor, en sus promesas de un futuro juntos. Y ahora comprendía que ella prefería a Nicola antes que a él.

Luca prendió la luz del garaje, y Fiorella reconoció el auto de Mario y un par de motos pegadas a la pared, cubiertas por una lona sintética. Él caminó hacia la moto azul, le quitó la lona y subió sobre ella.

—Sube. —Le ordenó después de ofrecerle un casco. No tenía intención de explicarle que su hermano le traería de vuelta el auto por la mañana.

Tampoco tenía sentido confesarle todo lo que había soñado hacer con ella y su moto Aprilia. *«¿Para qué? Ya para de fantasear con sueños estúpidos, que nunca podrás realizar. Ella no te quiere, acéptalo. Al único que ha idealizado siempre es al cabrón de Nicola».*

—No sabía que tenías una moto —comentó, colocándose el casco.

Luca no contestó, no tenía ánimo para entablar una conversación con ella. Por su parte, Fiorella comprendió el silencio y decidió no abrir más la boca. Tampoco pensaba humillarse ante él.

Todo el trayecto desde Fontane Bianche hasta la isla, transcurrió en completo mutismo por parte de ambos. La fuerte brisa de la noche le desprendió unas cuántas lágrimas a Fiorella, que limpió con el dorso de su mano.

Intentaba ser fuerte, pero le resultaba muy difícil. Sí, se sentía culpable por no haberlo hablado con él antes, pero estaba segura de que su respuesta hubiese sido la misma.

Cuando la moto se detuvo frente al portal del edificio, Luca no apagó el motor ni se bajó de la moto para acompañarla hasta dentro, como solía hacer. Simplemente, esperó con los pies apoyados en el suelo a que ella descendiera y le devolviera el casco. Cuando se lo entregó, ni siquiera se despidió, solo arrancó nuevamente, dejándola ahí parada, en medio de la noche.

Fiorella parpadeó con los ojos llenos de lágrimas. Su espalda fue lo último que pudo ver de él. Se estremeció cuando el frío de la calle se le coló por sus piernas desnudas hasta los huesos, o quizás fue por comprender que estaba sola otra vez.

Abrazada a sí misma, comenzó a subir hasta su apartamento, sin dejar de llorar.

Luca no pudo permanecer un minuto más junto a ella, tenía que huir de su presencia, de su impotencia y de su dolor. Había conducido unos pocos metros, cuando tuvo que detenerse para poder secarse las lágrimas que le impedían ver con claridad la carretera.

Permaneció sentado sobre la moto por un largo tiempo, sin saber qué hacer o a dónde ir. Todos los lugares que le pasaban por la mente estaban marcados por el recuerdo de Fiorella. Su playa favorita, el club al que solían ir; hasta su casa estaría marcada por ella a partir de ese día. Todo le traía su risa, su cuerpo, su olor.

¡Qué mierda de vida!

Se marchó a su casa sin poder dejar de pensar en ella y en las cosas que provocaron que la noche terminara de esa forma, que su relación terminara.

Al día siguiente, al finalizar la mañana, Fiorella terminó de organizar su trabajo en el hotel y partió rumbo al gimnasio, con una pequeña maleta como equipaje. Todo el vestuario que utilizaría en la exhibición del fin de semana, como el de sus compañeros, era responsabilidad de Nicola.

Mientras caminaba, iba pensando en que era inevitable que aquello pasara. Pero ¿por qué tenía que ser justo cuando su relación con Luca empezaba a consolidarse? Cuando sentía que había encontrado al hombre perfecto.

Supo que había llegado a su destino al ver su propia imagen en el cartel publicitario de las puertas del gimnasio. Era el recordatorio real de su compromiso con Nicola. Ella era la imagen principal del negocio, debía asistir. Era su responsabilidad.

Casi había conseguido convencerse de que tenía la razón y de que debía luchar por ello. Que quizás Luca, al pensarlo con la cabeza fría, la comprendería e intentaría volver con ella.

*«Qué tonterías estás pensando... Despierta Fiorella. El hombre te dejó... Admítelo y sigue tu vida. No ha sido una simple pelea de adolescentes, ustedes son dos adultos; y por el comportamiento distante y frío de él, debes reconocer que es definitivo».* Con la tristeza que sus pensamientos le provocaban reflejada en la cara y los ojos hinchados de tanto llorar, entró al gimnasio.

Nicola se complació de verla, al descubrir que él seguía siendo importante para ella. Esas eran las pequeñas cosas que la hacían única y especial para él.

La conocía tanto, que sabía que blanqueaba los ojos cuando algo le

molestaba, que trenzaba su cabello cuando estaba nerviosa, y que todo su cuerpo se erizaba justo antes de un fuerte orgasmo.

Todo eso le serviría para recuperarla, para llevarla a su terreno y lograr que volviera a hacer todo lo que él le pedía. Porque había descubierto que la quería.

Además, Fiorella lo había ayudado siempre con el gimnasio. Sugería ideas ingeniosas, reclutaban juntos los mejores entrenadores, y su constancia, era un ejemplo clave para todo el personal.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto dependía de ella.

Una hora después, los seis entrenadores partían con destino a Catania. Nicola, como cada año, había alquilado una amplia furgoneta, perfecta para cargar con todo el material de publicidad que debían montar en la exposición y la ropa deportiva para cada entrenador. Él y sus socios tenían todo planificado.

\*\*\*

Para Luca, había llegado el momento de decidir si ir a Catania y partírle la cara a Nicola o aceptar el viaje a Roma, y marcharse a comprar los materiales que necesitaban en la reconstrucción del hotel.

Elegir no era fácil para él, pues a pesar de amarla, no podía olvidar o justificar sus errores.

Si la pasión vivida entre ellos no hubiese sido tan fuerte, tan plena, podría dar borrón y cuenta nueva. Pero no era así, la vida no era tan sencilla, mucho menos cuando había sentimientos involucrados. Tenía que convencerse de que se había acabado, de que ella se había decidido por Nicola y ya estaba.

Fue Flavio quien lo llevó hasta el aeropuerto, luego de hacer una parada rápida en casa de Luca, para recoger algo de ropa. A su amigo le resultó obvio que algo le sucedía, por su ceño fruncido.

—¿Piensas decirme qué te ocurre? ¿O pasaremos las próximas dos horas en este silencio sepulcral?

—No sé qué decirte hermano —dijo bajando la mirada, evitando la vergüenza.

—Detesto pensar, por tu cara, que tiene que ver con Fiorella.

Luca asintió.

—¿Qué sucedió? —preguntó Flavio confuso.

—Anoche hemos terminado...; o mejor dicho, ella tomó la decisión y yo acepté.

—¡Donna no sabe nada de esto! —exclamó, recordando brevemente la noche de pasión que habían compartido.

—No tengo idea..., y realmente no me importa. Ya nada de ella tiene que interesarme.

—Mierda hombre, pero ¿qué ha pasado?

Silencio, antes de que se rompiera la muralla con unos gritos ensordecedores, que llenaron el interior del auto.

Luca le contó todo y los motivos de la pelea. Era de esperar que Flavio se encendiera de furia y lo acompañara con las maldiciones. Su ofrecimiento de acompañarlo a partirle la cara a Nicola le resultó tentador, pero ese gusto lo disfrutaría él mismo.

A Flavio no le gustó ver a su amigo tan abatido, hablaba con tanta sinceridad sobre el amor que sentía por Fiorella, así como del dolor que le produjo descubrir sus secretos y mentiras. Y al Flavio imaginarse vivir algo parecido, le entró pánico.

Habían llegado.

—Envíame un mensaje cuando llegues a Roma, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—No me gusta verte así hermano, ánimo.

—Tranquilo, al volver estaré mejor. Quizás en Roma consiga quién me alegre la noche.

—¡Ese es mi amigo! Conquista una romana por ti y otra por mí —sugirió entusiasmado.

—Dalo por hecho.

—Buen viaje.

Al llegar a la sala de espera, antes de abordar el avión, Luca decidió llamar a Mario para contarle sobre su viaje y saber un poco de él, ya que en la mañana, cuando se fue al trabajo, no lo vio. Al segundo repique le contestó.

—Hola Luca.

—Hola cabezón, ¿cómo estás?

—Mejor que nunca —manifestó, feliz por haber despertado esa mañana entre las piernas de su novia—. ¿Y tú?

—Por eso te llamo, voy saliendo a Roma.

—¿Te tocó comprar los materiales a ti?

—Sí.

—¡Qué inoportuno! A Fiorella no le agrada —comentó Mario con sinceridad—. ¿Cuándo regresas?

—El domingo en la noche, si logro comprar entre hoy y mañana todo lo que necesitamos, de lo contrario será el lunes.

—Perfecto, te cuidas.

—Estaré bastante ocupado, y no me dio tiempo a llamar a los viejos y a la abuela. ¿Puedes avisarles por mí?

—Seguro, más tarde los llamo.

—Gracias. Ya debo abordar... Nos estamos escribiendo.

Luca interrumpió la conversación y se puso de pie para caminar hacia la puerta de embarque.

—Buen viaje.

Y antes de que Fiorella llegara a Catania, ya Luca volaba hacia Roma.

UN AMOR A MI MEDIDA  
AMANECER

Gabriela Lo Curto

## CONTINUACIÓN...

Intentó disfrutar de cada paso, de la música y la alegría que derrochaban las personas que la acompañaban durante su presentación. Poco a poco, se fueron sumando más seguidores; y cuando la canción llegó a su fin, ella tenía una multitud aplaudiéndola, y se encontraba eufórica.

A los italianos les encantaba bailar, y en eso Fiorella era la mejor.

Se despidió, invitándolos a visitar su gimnasio y deseándoles una velada maravillosa. Caminó hasta el final del escenario, se quitó el micrófono inalámbrico para entregárselo al joven responsable del sonido y comenzó a bajar las escaleras. Levantó la vista y frunció el ceño.

Ahí la esperaba Nicola, de pie, con su toalla y una botella de agua. Ante su gesto, entre sorprendido y enamorado, Fiorella le soltó:

—Tenemos que hablar. —Pasó por su lado, arrancándole la botella de agua de la mano.

Con recelo, Nicola la siguió en silencio.

Fiorella se detuvo detrás del escenario, donde pocas personas transitaban. Había llegado el momento de aclarar con él, el tipo de relación que mantenían. Cuando lo tuvo de frente, alzó la voz.

—¿Qué es lo que te pasa?! ¿Se te olvidó nuestro acuerdo?! Te dejé claro en el momento que me ofreciste regresar al gimnasio, que lo nuestro se había acabado. Ya no hay un «nosotros». Solo somos compañeros de trabajo, de hecho, tú eres mi jefe.

—No te pongas melodramática Fiorella.

—¿Dramática?

—No he hecho nada.

—¡Ah no! —Abrió la botella de agua y se la bebió casi de un trago. Estaba muerta de sed.

—¿Te he besado? ¿Te he dicho que te quiero y que deseo estar otra vez contigo?

Ella se limitó a negar con la cabeza, sorprendida por sus palabras.

—En realidad, te he tratado con mucho cuidado y he intentado consentirte sobremanera.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Crees que no te conozco? Sé perfectamente que has llorado. Y estoy seguro de que es por culpa de tu «amiguito».

—¡Basta! No quiero hablar de él, menos contigo. —Le fue imposible detener un par de lágrimas.

Cuando Nicola vio que comenzaba a llorar, la estrechó contra su pecho.

—Ay Fiore, Fiore —susurró, pegado a su piel. Cerró los ojos e inhaló el aroma de su cabello.

Ella se echó para atrás, intentando alejarse, pero Nicola no se movió; al contrario, apretó sus manos como si quisiese quedarse allí para siempre.

—Ya te dije lo que tenía que decirte. Regresemos a nuestra casilla, por favor —replicó, intimidada por su cambio brusco y excesivamente cariñoso.

—¿Por qué no vuelves conmigo?

—No —respondió, soltándose de su abrazo.

—Todo será mejor que antes —prometió.

—No.

Él tomó su rostro entre sus manos.

—¿Por qué no? —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Ya nada es igual. Yo no soy la misma.

—Yo tampoco. Aprendí mi lección. —Ella bajó la mirada y negó con desconfianza—. Déjame recuperarte, dame la oportunidad de demostrarte que he cambiado. —Le suplicó.

—No. —Terminó de decir y salió corriendo fuera del centro de exposiciones. Necesitaba aire fresco, necesitaba desaparecer.

Caminó hasta el estacionamiento y se sentó en un pequeño jardín que dividía las filas de autos. Nunca podría liberarse de Nicola. Debía buscar la manera de salir del gimnasio y alejarse de él.

Esos presentimientos se incrementaron cuando hacía un momento, allí dentro, sintió el cuerpo tenso de Nicola al abrazarla. Era como un león, listo para devorarla, y su petición de volver con ella le sacudió hasta los huesos.

La noche de insomnio, el desgaste físico de todo el día y el enfrentamiento con Nicola, le tenían los nervios a flor de piel. Solo deseaba un baño caliente y dormir. Necesitaba descansar.

De pronto, percibió una sombra negra moverse entre los autos. Ella intentó buscar en medio de la oscuridad, pero no pudo ver a nadie. Sintió la sangre helársele en el cuerpo y un escalofrío recorrerla.

Se quedó escondida un momento, detrás de una camioneta, mientras intentaba escuchar algún paso. No tenía su móvil ni nada que pudiera ayudarla a iluminar el camino. Vestía solo el uniforme del gimnasio y sus zapatos deportivos. No traía nada más con ella. Todo lo había dejado en la casilla, antes de subir al escenario.

Repentinamente, un auto ingresó al lugar e iluminó todo, permitiéndole una amplia visión del suelo, por lo que pudo regresar al interior.

Una vez cruzada las puertas, se sintió a salvo.

¿Por qué había sentido ese miedo tan fuerte? ¿Qué le estaba pasando?  
¿Cómo podía ponerse a la defensiva de algo que no podía ver?

El agotamiento físico y mental la estaba llevando a la locura.

## DEDICATORIA

A mi abuelo Giuseppe Lo Curto, tú que estás en el cielo, pero antes de irte, con tu presencia nos enseñaste a tus hijos y nietos que los logros solo se obtienen con disciplina, esfuerzo, trabajo y ambición. Todo lo que somos y todo lo que soy es gracias a ti, que un loco día decidiste cruzar mares y echar raíces en Venezuela.

Atesoro tu generosidad, en tu casa siempre había espacio para una persona más, hijos, nietos, primos, amigos y hasta amigos de esos amigos. Una casa llena de vida. Doy gracias al cielo por haberte tenido. Qué fuera de mí sin tu inmenso amor.

Es un orgullo llevar tu apellido, espero con todo mi corazón que tú, hoy, donde quiera que estés, te sientas orgulloso de mí.

Gaby. -

## CONTACTA CON LA AUTORA

Correo: [gabrielalocurto@gmail.com](mailto:gabrielalocurto@gmail.com)

Twitter: @locurto27

Instagram: @gabriela.locurto

Facebook: Gabriela Lo Curto

Google+: Gabriela Lo Curto

# PLAY LIST BOOK

**Todas las canciones que han sido incluidas en esta obra son de sus respectivos autores.**

Backstreet Boys - Everybody

Laura Pausini y Marc Anthony - Se Fué

Ricky Martin - La Mordidita

Fabio Rovazzi - Andiamo a Comandare

Marco Mengoni - Incomparable

Alessandra Amoroso y Mario Domm - Me siento sola

Alvaro Soler - Sofia

Marco Mengoni - Invencible

Pink y Nate Ruess - Just Give Me A Reason

Jovanotti - Ragazza Magica

Jarabe De Palo - La Flaca